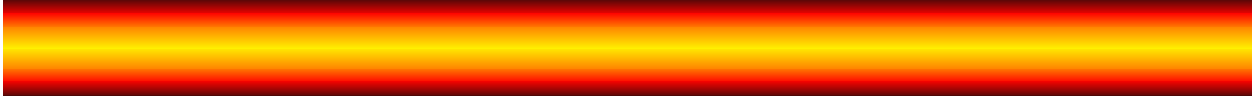


Lo Mejor de la Ciencia Ficción Rusa

Jacques Bergier



Título Original: Fantascienza Russa

Edición en lengua original:
Giangiacomo Feltrinelli, editore – 1965

Carlos Robles – 1968 Traducción

La presente edición es propiedad de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Edición especial: abril, 1972
Printed in Spain
Impreso en España
Depósito Legal: BL.-1274-1972

Impreso en:
ARTES GRAFICAS GRUELMO, S. A.
Uribitarde, 4 – Bilbao -1 – España

Trabajo digital: artulópezchih, julio, 2003
Sólo para compartir por vía electrónica
Prohibida su Venta

Al Lector

Esta selección de cuentos ha nacido en la mente del editor, ante todo, como un antídoto contra la banalidad. En efecto, se ha convertido en tema normal de conversación, ampliamente aprovechado por periodistas y conferenciantes, hablar del «gran florecimiento», de la «extraordinaria importancia», de la ciencia-ficción en la Unión Soviética. Cualquier persona, dotada de un mínimo de facilidad de palabra, es capaz de improvisar, al menos durante tres cuartos de hora, sobre el tema de la relación entre la fantasía de ciencia-ficción y la mentalidad de la nueva clase de tecnócratas que está tomando las riendas del poder en la Unión Soviética. También los parangones entre la ciencia-ficción soviética y la americana está al alcance de cualquier mentalidad. Según el punto de vista del conferenciante, es posible escuchar que la ciencia-ficción soviética es inferior a la americana por un exceso de preocupaciones ideológico-políticas, o que es superior por su mayor limpieza moral y por un mayor y serio empeño humano.

Pero en cuanto se intenta pedir a estos locuaces conferenciantes que den algún nombre, que citen algún ejemplo concreto, entonces un velo de niebla empieza a caer sobre todo y a confundir peligrosamente los contornos. Pueden estar satisfechos si oyen citar al clásico *Nosotros*, de Zamiatin, o la *Aelita*, de Tolstoj, textos que pertenecen, queriendo ser benévolos, a la prehistoria de la ciencia-ficción. Por lo demás, la contestación que se les da más frecuentemente es que una búsqueda en este campo es muy complicada y que haría falta, *un día u otro*, afrontar el problema seriamente.

Ahora, el editor, persuadido de que la Unión Soviética no es la Luna, sino un país cercano y contemporáneo nuestro, tal como lo son Francia, Estados Unidos, Alemania o el Congo, ha hecho lo más sencillo que quedaba por hacer, aunque hasta ahora nadie lo hubiese pensado: enfrentarse con el problema. Se ha dirigido, para ello, a uno de los mayores expertos europeos en ciencia-ficción, el francés Jacques Bergier, autor de un ejemplar artículo sobre «Ciencia-ficción», en la *Enciclopedia de la Pléyade*, de Queneau, y habitual lector de la literatura soviética de anticipación. Pero no han faltado ayudas de la misma Unión Soviética. En primer lugar, tenemos el deber de agradecer a los hermanos Strugackij sus amplias sugerencias e informaciones y que hayan puesto a nuestra disposición material preciosísimo y difícilmente recuperable.

Una frase de una carta de los hermanos Strugackij podría citarse aquí como blasón para nuestro trabajo: «Los cuentos que os hemos indicado, escribían los Strugackij, os los hemos propuesto, simplemente, porque, entre la producción de los últimos años, son los que más nos gustan a nosotros y a nuestros amigos apasionados por la ciencia-ficción». Por lo tanto, la finalidad de esta antología no es el hacer la historia de la ciencia-ficción en la URSS, sino de proporcionar una verdadera radiografía del estado de la ciencia-ficción en la Unión Soviética, en estos años pletóricos de sputniks, de luniks y de proyectos interplanetarios; de ofrecer al lector occidental una idea, lo más exacta posible, de la mentalidad particular, del tipo de imaginación fantástica, de la carga sentimental del ciudadano soviético que esté destinado, posiblemente, a ser en el breve plazo de unos meses el primer hombre en el espacio. Dudincev y Efremov, Dneprov y los Strugackij, dan del “homo sovieticus” una representación muy diferente a la que nos han acostumbrado los habituales conferenciantes.

Es, por esta razón, que un editor, bien decidido a no rendirse a las exigencias de la banalidad, se siente hoy orgulloso de ofrecer a sus lectores esta modesta pero concreta antología.

Introducción

Dos rasgos fundamentales del carácter ruso, la preferencia por lo maravilloso y por la libertad, se manifiestan en la ciencia-ficción soviética. Sus raíces ahondan profundamente en la vida social y política de la Rusia anterior a 1917. Desde 1911, mucho antes de la aparición de revistas especializadas americanas, se publicaba mensualmente en Rusia una revista de ciencia-ficción, El mundo de las aventuras. Ricamente ilustrada, impresa en buen papel, la revista se nutría principalmente de traducciones. En ella fueron dados a conocer Julio Verne, Robida, Wells, Paul d'Ivoi y muchos otros autores alemanes, italianos y polacos.

El mundo de las aventuras publicaba también trabajos inéditos de autores rusos de ciencia-ficción, como Alasantrev y Pervuchin. En 1912 ofreció las primicias de un notabilísimo cuento de ciencia-ficción, escrito por uno de los principales autores rusos de la época, Alejandro Kuprin. Este relato, titulado El sol líquido, resulta, aun en nuestros días, de una modernidad extraordinaria. Está basado en la idea de licuefacción de la luz y la constitución de un líquido formado por fotones de energía, y no por moléculas de materia. Por otra parte, parece que un líquido de esta naturaleza existe, efectivamente, en algunas estrellas. Sin contar con que la conquista de la energía solar, como se la imaginaba Kuprin, está a punto de convertirse en realidad actualmente. Los más recientes satélites artificiales están alimentados con energía solar.

La revolución del 1917 dio vida en seguida a una abundante literatura de ciencia-ficción, de carácter extremadamente utópico. Pero su base era netamente soviética, porque el torrente de traducciones se había suspendido por la interrupción de las relaciones con Occidente. El mundo de las aventuras, sin embargo, continuó apareciendo, aunque en un papel menos elegante. Mientras tanto, otras revistas de ciencia-ficción, como El Buscador Universal, entraron en liza. Y se multiplicaban las novelas, publicadas, no sólo en la URSS, sino también en el extranjero. Ilja Eremburg, por ejemplo, el más célebre, quizá, de los escritores soviéticos del momento y que en aquella época residía en Berlín, dio a la imprenta, entre 1919 y 1924, más de una novela de ciencia-ficción, una de ellas por lo menos, excelente: El trust D. E. (D. E. son las iniciales de dos palabras rusas que quieren decir «abajo Europa».) Esta novela de anticipación describía la conquista de Europa por el capitalismo americano en términos singularmente proféticos. Ahora es absolutamente imposible encontrarla. Es de esperar que un editor tenga la sagacidad de editarla de nuevo.

En aquella época heroica de la ciencia-ficción soviética, las dos obras más célebres fueron las del gran Aleksei Tolstoj: Aelita, y La hipérbola del ingeniero Garin. La primera es un relato fantástico sobre un viaje a Marte a bordo de un cohete. La segunda cuenta la lucha que se desarrolla en torno a un invento, que recuerda mucho al «rayo de fuego» de Wells. Hace poco, un aparato semejante, destinado a cortar las planchas de blindaje, ha sido construido en una fábrica moscovita, y no hay que asombrarse de que haya sido presentado a la Prensa justamente con “la hipérbola del profesor Garin”.

Entre los otros autores de la época heroica (1921-1925) de la ciencia-ficción rusa, hay que citar también a Valentín Kataev (que es el autor de Tiempo adelante, además de Los disipadores y de Blanquea una vela solitaria) y G. Bulgakov. Kataev se ha convertido de inmediato en uno de los más autorizados exponentes de la literatura soviética. La carrera de Bulgakov ha sido, sin embargo, menos afortunada. A pesar de ello, uno de sus relatos, al menos, Los huevos malditos, es verdaderamente notable. Durante un experimento científico, un zoólogo descubre casualmente unos huevos de reptiles prehistóricos. Los huevos son incubados y los reptiles que salen de las cáscaras se pasean por la tranquila campiña rusa, a pesar de las medidas draconianas tomadas por las autoridades.

Fue también en esta época heroica cuando el público soviético conoció a K. Ciolkovskij (1857-1935). En sus relatos de ciencia-ficción, la fantasía no ocupa realmente mucho sitio. Los personajes humanos son pocos, la acción nula. Todo lo más, se trata de sueños, monólogos en voz alta. De todas formas, sus páginas no merecen el olvido. Otro científico eminente, el académico Obrucev, también escribía relatos de ciencia-ficción por aquellos años. Obrucev fue geólogo, geógrafo y explorador. Destacó entre los más importantes

de nuestro siglo. Sus obras literarias son más bien ingenuas, y, en ciertos aspectos, pueden recordar al americano Edgar Rice Burroughs, el inventor de Tarzán. Obrucev describe civilizaciones perdidas en tierras desconocidas o, a veces, en las entrañas de nuestro globo. Con ocasión de una reciente reedición de sus obras, Obrucev (que ha muerto en 1959, a los noventa y cinco años) escribió un prólogo, en el que admitía que la mayor parte de las hipótesis formuladas por él en aquellos libros habían sido desmentidas luego por el progreso científico. Sucede, con frecuencia, en la ciencia-ficción. Pero esto no quita nada al valor poético de la obra de Obrucev.

El final de la edad heroica vio nacer a un verdadero y completo autor de ciencia-ficción, un Julio Verne ruso. Su nombre es Alexandr Beljaev, muerto en 1941 dejando una cuarentena de novelas y un centenar de relatos. Es un escritor muy «verniano». Pero con una diferencia, Beljaev es menos materialista y racionalista que Julio Verne. Escoge temas como la telepatía y la levitación, y da de ellos explicaciones científicas o seudo científicas. Esta curiosa tendencia a un idealismo filosófico es, por lo demás, frecuente en la ciencia-ficción soviética; pero ya tendremos ocasión de volver sobre este punto. Representa, en mi opinión, una reacción contra el materialismo oficial y una manifestación, bastante elocuente, del espíritu de libertad de la fantasía científica. Beljaev ha tocado todos los temas de la ciencia-ficción, pero nunca el del viaje en el tiempo. También en esto tiene puntos de contacto con Verne. Como Verne, Beljaev vive, asimismo, en un universo newtoniano y considera al tiempo como una constante. Las mejores novelas de Beljaev son: Ariel, El salto a la nada, La estrella Kec, El maestro del inundo, El hombre anfibio y El último superviviente de la Atlántida.

Uno de los libros menores de Beljaev, La guerra en el éter, conoció un momento de celebridad, al saberse que el Pentágono estaba buscando un ejemplar a cualquier precio. Los estrategas americanos creyeron ver en él una anticipación de la derrota militar de Estados Unidos, víctimas de un ataque de cohetes rusos apoyados por la aviación y las armas electrónicas. Pero La guerra en el éter termina con un brusco despertar del protagonista. Sólo ha sido un sueño, una pesadilla, y en el mundo de la realidad, las dos grandes democracias, URSS y USA, no corren ningún peligro de hacerse la guerra una a la otra. Esperemos que, en este punto, Beljaev se haya mostrado un buen profeta. De pasada, indiquemos también que esta conclusión imita la de La guerra infernal, de los franceses Giffard y Robida.

Como la obra de Julio Verne, la de Beljaev es extremadamente sólida. Anticipa poco, y de forma racional e inteligente. Se encuentran en ella pocos errores científicos.

Al igual que Verne, Beljaev se permite, a veces, asombrosas intuiciones poéticas. Fue, probablemente, el primer autor de ciencia-ficción que hizo resaltar que en la luna no hay noche, porque las rocas lunares remiten, por fluorescencia, la luz solar absorbida. Tal fluorescencia fue descubierta, efectivamente, más tarde. Políticamente se ha mostrado buen profeta, en particular en lo que concierne al nazismo en Alemania,

En cuanto a los valores de estilo, la obra de Beljaev es sólo honesta. Pero ha provocado muchas vocaciones científicas por lo que merece ser considerada como uno de los fundamentos, una gran etapa de la ciencia-ficción.

Entre los grandes autores mundiales del género, sólo uno ha ejercido una influencia que pueda ser comparada con la de Beljaev: el americano Robert Heinlein. La vida de Beljaev fue un ejemplo de valor. Nació el 22 de marzo de 1884, en Smolensko. Soñó en ser el primer hombre que pudiese volar con alas propias, el primero capaz de construir una máquina volante cuya fuente de energía fuesen los músculos humanos. Los especialistas no han considerado una máquina volante de esa clase del todo imposible; se han realizado tentativas en Inglaterra y con cierto éxito. A los catorce años, Beljaev intentó el primer experimento, saltando desde el techo. Se rompió la columna vertebral. No se pudo levantar de la cama hasta 1922, y durante el resto de su vida llevó un chaleco ortopédico. Su enfermedad tuvo frecuentes recaídas y empeoramientos, pero eso no le impidió ser el primer director de un asilo de infancia; luego, inspector de policía, bibliotecario y consejero jurídico de un ministerio. A partir de 1925 se dedicó exclusivamente a la ciencia-ficción. Casi nunca salía, y trabajaba con una energía implacable. Murió de hambre durante la guerra, el 6 de enero de 1942. Se mantenía al corriente de todas las novedades científicas con admirable celo. No dudaba en inventar, pero siempre partiendo de datos exactísimos. En su novela El ojo submarino, aparecida en 1935, describe la televisión submarina con tal precisión, que algunas de sus páginas podrían

muy bien haberse publicado en una obra de divulgación de 1960. En general, las novelas de Beljaev se desarrollan en nuestros días. Pero hay excepciones. Por ejemplo, El laboratorio W está ambientada en el año 2000, y en ella está descrita una de las posibles civilizaciones futuras de la ciencia-ficción. En el mismo libro se encuentran ideas notabilísimas sobre la posibilidad de una prolongación de la vida humana.

Es natural, por lo tanto, que Beljaev se interesase por la obra de Julio Verne. En efecto, fue él el primer traductor en ruso del relato, poco conocido, de Verne que se titula La jornada de un americano en el año 2889.

Bajo ciertos aspectos, algunos relatos de Beljaev recuerdan también la divulgación de la física hecha por el americano Georges Gamow. Igual que Gamow, Beljaev imagina una variación local de las leyes naturales: la velocidad de la luz disminuye, cambia el peso, un trozo de materia de una estrella blanca enana llega a la tierra. En conjunto, la obra de Beljaev merece, ampliamente, el esfuerzo de una traducción.

Aunque la obra de Beljaev sea válida en su conjunto, es difícil señalar una obra maestra entre sus novelas o relatos. Por el contrario, la novela de Jurij Dolguzin El generador milagroso merece ese título. Publicada en el suplemento de un periódico en 1949, fue reeditada en 1959, tras cuidadosos retoques realizados por el autor. El libro viene precedido de un prólogo, en el que el autor reivindica para el escritor de ciencia-ficción el derecho a crear pasados imaginarios y universos paralelos. La obra ha sido bien acogida por la crítica soviética. Y su lanzamiento no se ha hecho en una colección para muchachos, sino a través de la Casa Editorial Pedagógica, de seriedad reconocida.

El caso es sorprendente, porque la novela se apoya en argumentos netamente «idealistas». Trata, en efecto, de lo que los americanos llaman “parasitología” o, directamente, «psionica». El tema es el de la telepatía, o sea, el de la transmisión del pensamiento, el poder del pensamiento a distancia y hasta de la resurrección de los muertos. Aún más, la base intelectual de la novela reside menos en la ciencia-ficción que en la alquimia. Ciertas ideas sobre la vida de la materia podrían ser suscritas por alquimistas modernos, como Eugenio Canceliet o Rene Alleau. La novela tiene, además, características absolutamente extraordinarias, por la complejidad de la intriga, el nivel del «suspense», la descripción de los personajes. El estilo es notable. Se trata, pues, de una auténtica obra de arte de la ciencia-ficción, de una obra fundamental. El autor nació, en 1896, en el Caucazo. Su abuelo había sido un celeberrimo revolucionario, que murió en las prisiones del zar. Dolguzin combatió con los partisanos en la guerra contra los blancos hasta 1921. Empezó a escribir en 1925 y la primera versión de El generador milagroso lleva la fecha de 1936. Fue llamado a las armas en 1941. Cayó herido en 1942. En el hospital escribió un relato, Con un fusil contra los carros armados, que aquel mismo año obtuvo un premio literario. Terminada la guerra, se ocupó, principalmente, de divulgación científica, y se hizo célebre por dos libros de esta especialidad: En las fuentes de la nueva biología y En el corazón del mundo viviente. Lo que más impresiona en El generador milagroso es la enorme cultura del autor, tan a sus anchas en la electrónica como en la biología. Una cultura de esa clase falta en la mayor parte de los autores occidentales,

Si el autor de El generador milagroso tuviese en su haber una obra conjunta más importante, sería, sin duda, un grande de la ciencia-ficción a escala mundial. Pero aparte de El generador milagroso, sólo nos ha dado hasta ahora un largo relato: El secreto de la invisibilidad. Demasiado poco para que sea posible incluir al autor en el grupo, por otra parte muy restringido, de los maestros de la ciencia-ficción. Sin embargo, esta calificación puede aplicarse con todo merecimiento a otro escritor, del que hablaremos ahora: Ivan Efremov.

Efremov es paleontólogo. La paleontología es una disciplina científica que, con frecuencia, proporciona excelentes autores a la ciencia-ficción. Por ejemplo, el mejor autor del género en Francia, Francis Carsac, es también paleontólogo y antropólogo. La obra de Efremov es considerable. Un relato suyo, El camino de diamantes, publicado en 1941, ha provocado búsquedas y expediciones científicas que han conducido al descubrimiento de inmensos yacimientos de diamantes en Siberia. Esta ha sido una de sus mejores anticipaciones. Una de las colecciones de narraciones de Efremov, Relatos de ciencia-ficción, ha sido traducida a veintitrés lenguas, incluido el japonés. Pero los títulos de Efremov, para el puesto de grande de la ciencia-ficción rusa (y, de paso, de la literatura soviética contemporánea) reposan sobre tres obras: Naves de estrellas, La nebulosa de Andrómeda y El corazón de la serpiente. La nebulosa de Andrómeda es

una novela; las otras dos constituyen largas narraciones. Las «naves de estrellas» de que habla Efremov no son astronaves, sino galaxias. La astronomía moderna demuestra que las galaxias, las vías lácteas, sólo son un gas, y que se mueven y, a veces, se acercan unas a otras. Efremov imagina que hace millones de años una galaxia había atravesado la nuestra. Tales colisiones se producen realmente y constituyen una de las fuentes de los rayos electromagnéticos celestes. Efremov supone que, en el momento de una de estas colisiones, una estrella se acercó a nuestro Sol, hecho suficiente para producir una relación entre ambos sistemas. Seres inteligentes de otra galaxia descendieron así a una Tierra de la que el hombre aún estaba ausente, mataron a algún dinosaurio y dejaron su imagen incisa en una plancha de metal sensible a las radiaciones nucleares. Esta plancha será descubierta y estudiada por dos científicos de nuestra época, y así sabrá el hombre —con absoluta certeza— que no se halla solo en el universo. Esta será la prueba de que otras mentes, otras inteligencias, existen en el gran cielo estrellado. El relato es una de las obras maestras del realismo fantástico. Su posibilidad es perfecta, y abre, incluso, otros horizontes absolutamente inéditos. Cualquiera que lo haya leído una vez verá, desde entonces, el universo con un aspecto nuevo.

La nebulosa de Andrómeda es una obra larga e infinitamente más ambiciosa que Naves de estrellas. Ha sido violentamente atacada por una parte de la Prensa soviética y, de modo particular, por el influyente Periódico Industrial y Económico. El motivo es que se trata de una novela desarrollada en un futuro tan lejano, que nuestros actuales conceptos políticos y los nombres de los grandes hombres de nuestra época ya han sido olvidados. Nadie se acuerda ya de Kruschev, ni de Marx, ni de Lenin. Pero los nombres de los dioses griegos están siempre presentes en los labios y en la memoria de los hombres, porque la belleza y el ideal son inmortales. En este mundo futuro, el hombre ya no está solo. La televisión interestelar le pone en contacto con otros planetas, habitados por seres que son superiores a él. Poco después de la publicación de La nebulosa de Andrómeda, los americanos pusieron en práctica un proyecto destinado precisamente a realizar un enlace radiofónico interestelar. He aquí cómo, una vez más, la ciencia-ficción ha triunfado sobre sus detractores.

Efremov describe minuciosamente este mundo futuro. Las ciencias: unas matemáticas sin paradojas; una física dialéctica, una biología que ya ha resuelto los secretos de la vida. Las técnicas: aeronaves que se alimentan de una propulsión proporcionada por una materia en la que las relaciones mesónicas han sido eliminadas, y que permiten viajes a las estrellas; máquinas casi inteligentes; la síntesis de los alimentos. La vida cotidiana de estos hombres y de estas mujeres libres está descargada de las preocupaciones que pesan sobre nosotros, pero no siempre son felices. La nebulosa de Andrómeda, la galaxia más próxima a la nuestra, domina el libro, conjunto de meta y símbolo. Los personajes intentan abolir las barreras del espacio y del tiempo, a fin de abrir en el cosmos una puerta que conduzca directamente a la nebulosa de Andrómeda. Al fin lo conseguirán, pero al precio de una catástrofe.

El corazón de una serpiente es la continuación de La nebulosa de Andrómeda. Los hombres han aprendido a abrir las puertas en el espacio y en el tiempo y sus astronaves penetran en el espacio a millones de años-luz de nuestro Sol. En el corazón de la constelación de la Serpiente, una de estas astronaves encuentra un navío de los grandes galácticos, seres cuya existencia había sido revelada por comunicaciones de radio y que son superiores al hombre, de la misma forma que el hombre es superior al animal. En una bellísima página del libro, los terrestres deciden, finalmente, ponerse en contacto con los grandes galácticos:

«En nuestros viajes a través del espacio nunca hemos matado, ni saqueado, ni colonizado. Nos presentamos ante las otras inteligencias con las manos limpias.»

El contacto se produce, y los hombres ven finalmente, cara a cara, a los grandes galácticos. Pero es necesario que el encuentro tenga lugar a través de una barrera de plástico transparente, pues aunque los grandes galácticos tienen forma humana, su carne está formada de moléculas a base de flúor; y al contacto de su aliento todos los objetos de nuestro mundo correrían el peligro de incendiarse. A pesar de todo, aun a través de esta barrera, se logra establecer contacto espiritual. Los grandes galácticos entregan a los hombres un plano tridimensional, en el que están indicados todos los planetas dotados de oxígeno, habitables para el hombre, con el símbolo universal de este elemento: un núcleo, ocho electrones. En lo sucesivo, la expansión de los hombres en el universo ya no se hará desordenadamente.

Estos tres relatos se hallan muy por encima del nivel internacional de la ciencia-ficción. Están escritos por un adulto para lectores adultos. Son obras nobles en toda la acepción del término.

Efremov es el mejor, pero no el único escritor de ciencia-ficción que presenta a la vez una producción copiosa y de calidad. Si tuviese que indicar al número dos de la clasificación, pensaría inmediatamente en mi amigo Alexandr Kazancev.

Kazancev es, en realidad, más conocido en el mundo del ajedrez que en el de la ciencia-ficción. Los variados problemas ajedrecísticos que ha compuesto le han valido una fama mundial. Y su obra literaria revela que ha sido ideada por un jugador de ajedrez. Las intrigas de las novelas de Kazancev —La isla en llamas, Un sueño ártico, El puente, etc. — son siempre extremadamente complicadas. A mi entender, les perjudica el exceso de complicación. Kazancev da lo mejor de sí mismo con tramas más sencillas. Por ejemplo, su reciente novela, Una carretera en la Luna. Pero en sus obras aparecen también dos características típicas de su autor: el valor y la generosidad. El héroe de El puente crea una asociación para la amistad ruso-americana en un momento político desfavorable, y esto le procura los peores males, Recordaré siempre una frase que Kazancev me dijo durante una discusión que tuvimos en París no hace mucho tiempo. Le rogaba que se convenciera de que entre nosotros había ya hombres del mañana, cuando me contestó:

«Acabo de regresar de una peregrinación al monte Valérien, a las tumbas de los partisanos fusilados. Los que cayeron allí son los proyectiles de la reacción. Aquellos sí eran hombres del futuro. En cualquier parte de la tierra, el hombre del futuro se reconoce en el hecho de que, está dispuesto a luchar y a morir por el futuro.»

El propio Kazancev es un ejemplo de estos hombres siempre dispuestos a luchar por el porvenir. Durante más de diez años se afanó en demostrar que el gran meteorito que en 1908 explotó sobre Siberia era en realidad una astronave ínter planetaria de propulsión nuclear. Esta convicción le ha proporcionado muchas reconvenciones y burlas por parte de los pontífices de la ciencia oficial. Efectivamente, las investigaciones han probado que no es posible encontrar astillas de aquel meteorito, que, sin duda alguna, fue un fenómeno extremadamente anormal. Se explicó que se trataba de un cometa cargado de energía, un trozo de antimateria procedente de un anti universo infinitamente lejano, quizá — ¿quién sabe?— una astronave interplanetaria. Exactamente, lo que Kazancev había dicho desde el principio.

La obra de Kazancev está llena de ideas técnicas perfectamente válidas. Su túnel flotante para unir Estados Unidos y la URSS a través del estrecho de Bering, ha sido tan bien estudiado, que muchos ingenieros se interesaron por él. Su acumulador portátil, que explota la superconductividad, será realidad algún día. Sus personajes no son siluetas o títeres, son seres vivos. Nadie como él ha hecho tanto por la ciencia-ficción, publicando antologías, haciendo traducir autores extranjeros de valor como Ray Bradbury, sosteniendo en Pravda las razones del género. Tiene esperanzas de fundar una revista mensual consagrada únicamente a la ciencia-ficción.

*Los escritores de los que hasta aquí hemos hablado, y sobre todo Efremov y Kazancev, atraviesan las fronteras de lo fantástico y las rebasan ampliamente. **Pero** Vladimir Nemcov y Georgij Gurevic tratan, al contrario, de ajustarse a la realidad y de producir obras que sirven directamente de inspiración a los ingenieros y a los laboratorios científicos de investigación. Se consideran como los «public relations» de la ciencia de vanguardia, como la unión necesaria entre investigadores y soñadores. Lo que no les impide poseer dotes de escritores. Los lectores de esta antología podrán darse cuenta de ello leyendo el relato de Nemcov, La esfera de fuego.*

La posición de estos escritores ha provocado en la URSS vivas controversias. Algunas revistas los han acusado de falta de fe y de entusiasmo, así como de ser rápidamente superados por los progresos científicos. Es indudable que mientras Nemcov se afana en describir las ascensiones en globo estratosférico, los sputniks giran alrededor de la Tierra, los cohetes alcanzan la Luna, los planetas artificiales empiezan a girar alrededor del Sol. Sin embargo, no es menos cierto que las ideas de Nemcov sobre el modo de captar la energía solar expresadas en su novela, Un fragmento de sol, son del todo excelentes. Ni que la idea de

Gurevic para explorar los océanos, no con un batiscafo, sino con una máquina extremadamente plana, dotada de circuitos impresos, sin riesgo de aplastamiento, porque la presión es la misma sobre las dos caras, es técnicamente irreprochable. Por lo demás, ambos autores han buscado, como continuación de los recientes progresos de la ciencia, ampliar su registro y lo han conseguido muy bien.

Así Nemcov, en La última etapa desarrolla una tecnología bastante interesante para captar las energías cósmicas. Se envían al espacio cohetes que contienen materia inestable, cuyos núcleos puedan ser activados por rayos cósmicos primarios. Luego se intenta el regreso de dichos cohetes hacia la tierra. Entonces se provocará la desintegración de tal materia, y de ella se extraerá toda la energía. Es energía útil el «carbón» estelar. En torno a esta idea, Nemcov ha concebido una óptima trama de aventuras, aunque haya evitado — como indica expresamente en el prólogo— los monstruos galácticos y las intrigas de espionaje.

Paralelamente, la más reciente novela de Gureviov, Nacimiento de un sexto océano, dedica su atención a un argumento de vanguardia: la transmisión de la energía a distancia a través de la ionosfera. Se aprovecha de ello para exponer un plan sensacional para la potenciación de los países subdesarrollados, gracias a un sistema de suministro directo de energía eléctrica a partir de centrales situadas en los países más progresistas y con el personal técnico necesario. Los receptores son completamente automatizados y emiten de inmediato corriente de tipo clásico, de consumo fácil. Es una idea muy estimulante. Si un día pudiese llevarse a la práctica, no existirían más países subdesarrollados, y muchos de los problemas que nos afligen desaparecerían. Gurevic no es tan buen narrador como Nemcov. En sus novelas no ha sabido evitar los acostumbrados espías extranjeros, tópico que hace perder mucho interés a su libro, cualquiera que sea su ideología política. Pese a todo, El nacimiento de un sexto océano se lee con pasión.

Hemos pasado lista a los cabezas de serie de la ciencia-ficción en la URSS. Además de estos maestros, hay muchos jóvenes, algunos de ellos incluidos también en esta antología. Por ejemplo, Arkadij, Boris Strugakij, A. Dneprov y Vicktor Saparin. Estos jóvenes son, muy frecuentemente, investigadores científicos, que aprovechan los últimos descubrimientos de laboratorio. Por eso, la más reciente ciencia-ficción soviética es de un tecnicismo extremo, y puede leerse con provecho aun para los especialistas. Es posible al mismo tiempo observar el desarrollo en la URSS un «melodrama del espacio», una fantasía de la aventura científica pura, y hasta la novela de espionaje con base científica.

En las relaciones de la Unión de Escritores soviéticos es fácil leer violentas inventivas contra este género narrativo. Parecería, al leer estas relaciones, que se publiquen en la URSS, especialmente por parte de editores de provincias, obras semejantes en todo a las noveluchas adocenadas y de poco precio que en Francia salen a un ritmo de veinte o treinta al mes. Está claro que existe un total interés en sustituir esta producción decadente por ciencia-ficción de calidad o menos por novelas de aventuras que se lean con gusto. Quizá por esta razón las traducciones de autores americanos como Edmond Hamilton, Murray Leinster y H. Beam Piper, encuentran un merecido éxito en la Unión Soviética.

Aún no existe una revista mensual soviética consagrada únicamente a la ciencia-ficción. El mundo de las aventuras actualmente aparece sólo una vez al año, aunque en la forma de un gran tomo.

Dos revistas mensuales, Técnica para jóvenes y Saber es poder, publican regularmente novelas y relatos de ciencia-ficción. La importante revista tecnológica, Inventores y racionalistas, publica en casi todos los números un relato de ciencia-ficción. Las revistas de literatura general, como Jóvenes o Neva, publican con frecuencia temas sobre fantasía científica. Además, existen un gran número de novelas, de colecciones de relatos, y de antologías. Entre los más recientes volúmenes de relatos, A través del tiempo, de la Zuravleva, tiene interés particular.

En conjunto, la situación de la ciencia-ficción en la URSS es mejor que la estadounidense, donde de treinta y cinco revistas de ciencia-ficción que existían en 1955, sólo quedaban en 1960 unas siete, aproximadamente.

No es raro oír todavía en la URSS cómo adversarios y paladines de la ciencia-ficción expresan un cierto descontento. Todos parecen de acuerdo en afirmar que la producción de ciencia-ficción en la URSS no es aún satisfactoria, en calidad o en cantidad. En el plano cuantitativo, se nota que tal deficiencia obliga a ciertas revistas y periódicos a publicar, como suplemento, obras absolutamente reaccionarias, mal escritas, llenas de espectros, de fantasmas, de vampiros. En el plano de la calidad, la lamentación más frecuente es la

falta de personajes humanos, la ausencia, la amplitud de miras y la pobreza de fantasía, la insuficiencia de las construcciones utópicas. Pero me siento tentado de objetar que es preciso ya mucho valor para publicar, en la Unión Soviética, novelas que se desarrollen «después» de la época comunista. Desearía resaltar también que un cierto número de escritores de ciencia-ficción, en particular el Dudincev, de No sólo de pan se vive (1) y de Cuento de Año Nuevo o el Gurevic (2) de ¿Qué tiempo hace bajo tierra?, han llegado mucho más allá de la crítica constructiva y de la protesta social de cualquier otro escritor soviético. No es un pequeño título de gloria.

En suma, para terminar, quisiera señalar que, contrariamente a cuanto suele decirse y escribirse, existe también en la Unión Soviética una literatura de fantasía, de imaginación pura, sin justificaciones racionales. Un bellissimo ejemplo de este género es la colección de novelas y relatos de Aleksandr Gris (Grinevskij). En particular, El que corre sobre la ola y El mundo chispeante. Grin, que fue amigo de Gorkij, es ahora admirado e incluso imitado por ciertos jóvenes escritores soviéticos. No debe excluirse la idea que un día no muy lejano se vea aparecer en la URSS una obra semejante a la de la americana Catherine L. Moore.

(1) No es insensato considerar novela de ciencia-ficción a *No sólo de pan se vive*. En efecto, la estampadora continua de tubos metálicos imaginada en el libro transformaría radicalmente los problemas planteados en la construcción de nuevas ciudades. Por otra parte, una máquina de este tipo ha sido construida por el ingeniero Godenne, en las aceras del Escalda, en Francia. Actualmente está en fase de prototipo.

(2) Una nueva novela de Gurevic, *El primer día de la creación* ha sido publicada por entregas en *Técnica para jóvenes*. Se trata de una utopía avanzadísima. Ingenieros planetarios cortan a pedazos los planetas gigantes del sistema solar, para obtener pequeños mundos semejantes a la Tierra y habitables por el hombre. La idea ha sido seriamente propuesta por el astrónomo americano Zwicky. Gurevic se adentra en particulares tecnicismos muy sutiles y crea, además, una serie de personajes válidos desde el punto de vista psicológico, aunque sean muy distintos del género humano terrestre. El primer día de la creación reúne todos los méritos para ser considerada como un acontecimiento de la ciencia-ficción soviética.

Cuento de Año Nuevo

Vladimir Dudincev

Yo vivo en un mundo fantástico, en un país de fábula, en una ciudad creada por mi imaginación. En ella suceden aventuras asombrosas, y yo también he tomado parte en ellas. Les contaré algo aprovechando el hecho de que en Año Nuevo los hombres se muestran propicios a escuchar, confiados, cualquier fábula. Les hablaré de algunas jugarretas que nos juega el tiempo. El tiempo no conoce límites, es ubicuo. Pero en mi mundo imaginario es posible, si se quiere, regular los relojes con la señal horaria de Moscú. Es por eso por lo que me he decidido a contar mi historia. Puede suceder que para algún lector ciertos pasos de mi fábula crucen su vida verdadera y no imaginaria.

Llegó volando a nuestra ciudad un pájaro misterioso, una lechuza, y visitó a algún afortunado. El primero fue mi jefe superior, director del Laboratorio de Investigaciones Solares donde trabajo. El segundo, un médico, especialista en neuropatología, compañero mío de colegio. Para tercero, la lechuza me eligió a mí. Es un pájaro singular. No estaría de más que se estudiasen sus costumbres y que su imagen se reprodujese en las enciclopedias.

En aquella época yo había publicado trabajos científicos sobre ciertas propiedades de la luz solar. Era ayudante de cátedra de ciencias, tomaba parte, en calidad de consejero, en diversas comisiones e intentaba convertirme, lo más pronto posible, en una persona situada. Imitando los modales de nuestros ilustres ancianos, aprendí a mantener, con ellos, la cabeza alta; como ellos meditaba largamente las preguntas que se me formulaban y, como ellos, alzando una ceja, emitía con voz musical mi preciosa y ponderada respuesta. Otro de mis rasgos característicos era el cuidado que dispensaba a mi abrigo. Teníamos armarios en nuestras habitaciones de trabajo y, tal como hacían los viejos, dejaba el mío en un colgador de madera marcado con mis iniciales.

Dada mi condición de hombre no privado de talento, tomé la costumbre, por consejo de un académico, de anotar las ideas que se me ocurrían. Ya es sabido que las ideas más brillantes no son las que llegan con fatiga, tras horas y horas de trabajo en la mesa. A veces, las ideas brillantes llegan como empujadas por el viento. Te pueden sorprender caminando por la calle. Anotaba aquellos pensamientos y luego los olvidaba. En compensación, la mujer que encendía nuestras estufas, recordaba muy bien que en los cajones de mi escritorio se hallaban mágicos papeles que ardían como la pólvora. Tenía el detalle de limpiar mi mesa y con aquellos papeles encender todas las estufas del laboratorio.

Dentro de mí había un ingeniero nato. Y — ¿por qué no?— un profesor de ciencia. Un científico de mejillas mofletudas que a veces hacía novillos, especialmente por la tarde, cuando nosotros, los solteros, nos sentábamos frente al televisor de nuestra habitación e, inmóviles, como hipnotizados, con los ojos abiertos, observábamos durante horas las piernas de los futbolistas que relampagueaban en la azulina pantalla.

Como veis, no me adulo a mí mismo. Exhibo y continuaré haciéndolo, muchos aspectos de mi carácter, para que podáis juzgarlos con pleno conocimiento. Yo soy mi primer juez. De un tiempo a esta parte, es como si se me hubieran abierto los ojos. Justo desde aquel día en que la lechuza me hizo la primera visita. Ha sido ella la que me los ha abierto. Y se lo agradezco.

Por ejemplo, he podido ver desde un ángulo distinto mi polémica con un tal S., miembro correspondiente de una academia científica de provincias. Hace cinco años, en un artículo suyo, definió un trabajo mío como «fruto de ociosas elucubraciones»... Debía replicar. En un nuevo artículo refuté, corno por casualidad, las tesis fundamentales de S. e inserté —a propósito— palabras como éstas: «Es precisamente lo que en vano intenta demostrar el ayudante S.» (Sé con certeza que, como miembro correspondiente, S. es igual que yo, un ayudante). A este ataque mío, S. contestó al punto con un opúsculo, donde, casi de pasada, afirmaba que yo forzaba los resultados de mis experimentos, para darles estado de teoría, colocando la palabra teoría entre comillas. Poco después, publiqué un ensayo sobre mis observaciones sobre el sol, que confirmaba la teoría

puesta entre comillas y destruían por completo los cálculos de S. «El crucero ha recibido un torpedo en plena santabárbara», observaron por aquel entonces mis compañeros. No había mencionado el nombre de S. en mi artículo. Sabía que mi adversario no soportaría este segundo torpedo. Me había limitado a decir: «Ciertos autores...» Pero el crucero resistió y contestó...

Y así sucesivamente. Esta escaramuza, empezada cinco años atrás, había sacudido notablemente mis nervios. Y no sólo los míos...

Pero volvamos a los hechos. Una mañana nos reunimos todos en nuestro laboratorio, colgamos nuestros capotes en los percheros y, antes de ponernos a investigar, iniciamos, como de costumbre, la conversación matutina de preparación. Fue nuestro anciano y reverendísimo director, titular de ciencias, el que empezó. A ratos perdidos se dedicaba a las antigüedades, coleccionaba hachas de la edad de piedra, monedas antiguas y libros. Creo que todo el sentido de su plácida vida reposaba más en estas aficiones que en nuestro trabajo.

— ¡Qué curioso! — Dijo, invitándonos a prestar atención—. Hace poco tiempo, al descifrar una inscripción en una lápida de piedra, encontré esta figura.

Y nos enseñó una hoja blanca sobre la que estaba dibujada, con tinta china, una orejuda lechuza.

—También he podido leer la inscripción —continuó el director con orgullo—. Decía: «Y los años de su vida eran novecientos».

—Ya... —murmuró pensativo uno de mis compañeros de grupo, seductor y burlón—. A mí me bastaría con cuatrocientos.

— ¿Para hacer qué? —intervino, de improviso, un hombre de mediana edad, seco y rechoncho, habitualmente silencioso. Se sentaba junto a mí y se distinguía de todos nosotros por una marcada dejadez en el vestir, por un carácter taciturno y una inaudita capacidad de trabajo.

»Esos cuatrocientos años no le servirían de nada —replicó—. Ni siquiera ahora tiene usted prisa.

—Quiero hacerles observar —el director levantó la voz, como reproche por haber sido interrumpido—. Quiero hacerles observar que tales lechuzas han sido halladas, en distintas épocas, en muchos países. En un desierto existe una gigantesca lechuza de granito. Pero en nuestra localidad es la primera que se ha encontrado. Puedo sentirme orgulloso de ello.

En este momento se iluminó con una amplia sonrisa.

—Esta lechuza y esta inscripción son un descubrimiento mío, personal. He encontrado la lápida al excavar en mi jardín.

Nos alegramos con el afortunado descubridor, miramos, una vez más, la lechuza y cada uno volvió a su sitio.

—Haré todo lo posible para comprender el significado de este dibujo —aseveró el jefe—. Luego escribiré un informe.

— ¿Este jeroglífico no pretendería señalar al hombre que mejor hubiera sabido aprovechar el tiempo? —supuse yo.

—Es posible. Pero hay que confirmarlo.

— ¡Pero novecientos años de vida...! No pude contener la exclamación. ¿Había sido posible alguna vez tal longevidad?

—Todo es posible —graznó mi vecino rechoncho, siempre atareado, sin interrumpir su trabajo.

—Y con esto, ¿qué quiere dar a entender? —preguntó cortésmente el director.

—El tiempo es un enigma —fue la enigmática respuesta.

—Sí, el tiempo es un enigma —recalcó el jefe, logrando, al vuelo, la idea. Descolgó de la pared una clepsidra, le dio la vuelta y la colocó sobre su mesa—. Transcurre —dijo, mirando la arena—. Y miren el resultado: el instante en que vivimos puede compararse a un minúsculo granito, a un punto infinitamente pequeño... Desaparece en seguida...

Noté de improviso una dolorosa punzada en el pecho. Durante algunos meses de mi vida gocé de un inesperado, maravilloso amor, y al recordarlos, con dolor, se me aparecen fundidos en un solo instante, se han convertido en un granito de arena caído en el fondo de la clepsidra. No me queda ninguna huella de ellos. Como si nunca hubiesen transcurrido... Suspiré. Si hubiera podido darle la vuelta a la clepsidra...

—Perdóneme. —El jefe de personal interrumpió mis pensamientos—. ¿Cuál es la consecuencia de su teoría? Si el tiempo es un punto, ¿significa esto que no existe nuestro heroico pasado? ¿No existe un brillante porvenir?

Le gustaba formular en voz alta preguntas directas, que parecían acusar al interrogado de algún horrendo crimen.

—Mis disculpas si he dicho algo incorrecto —replicó nuestro pacífico director—. Me parece que no he tenido el tiempo de formular ninguna teoría. Todo era una fantasía...

—Extraña fantasía. También existen algunos límites...

— ¡Lo nuevo, lo que buscamos, está casi siempre fuera de los límites! —gritó de repente uno de nuestros compañeros, y lanzó una carcajada. Descubrimos así un aspecto inédito en su carácter.

Hacia dos años que estábamos sentados con él en la misma habitación y apenas le conocíamos. Sólo veíamos que se afeitaba a veces y que tiraba el abrigo sobre la mesa, al que le faltaban la mitad de los botones. Trabajaba como cuatro de nosotros, pero no habíamos tenido ocasión de tratarle más a fondo.

—Les contaré ahora una historia curiosa —oímos de nuevo la voz del hombre, hasta entonces perennemente ensimismado en su trabajo.

Todos se quedaron atónitos. Era la primera vez que se había decidido a abrirse, a permitirse el lujo de una conversación con nosotros. Resultaba en verdad inesperado que el discurso sobre la longevidad le hubiese conmovido hasta tal punto.

—Un momento, voy al subterráneo para poner en marcha los aparatos, a fin de que funcionen sin desperdicio de tiempo —dijo, y salió rápidamente.

— ¿Es un hombre solitario? —preguntó alguien.

—No lo creo —replicó el burlón—. De vez en cuando viene a verlo una señora. Les veo desde la habitación contigua. Una mujer joven. Una vez me he cruzado con ella por las escaleras. Caminaba sin ver nada. Cegada por el amor.

—Tiene un reloj antiguo, rarísimo. Funciona con una regularidad extraordinaria y se le da cuerda una vez al año —esto lo explicó el jefe.

—Así es, amigos.

Nuestro canoso y desgredado compañero entró y se sentó en su sitio, tomando la regla de cálculo.

—Novecientos años dicen... Pero, ¿saben que el tiempo puede detenerse y correr con gran rapidez? ¿Han tenido que aguardar durante una cita?

»Sí, el tiempo puede pasar con enorme lentitud —remachó el director.

»Hasta puede detenerse. Recuerden la comunicación hecha por ciertos científicos, que consiguieron hacer crecer semillas de loto que habían permanecido durante dos mil años en una tumba de piedra. Para ellas el tiempo se había detenido. El tiempo puede ser retrasado y acelerado.

Diciendo esto, hizo deslizar la regla y anotó alguna cosa. Incluso hablando se las ingeniaba para trabajar.

—Ahora ilustraré cuanto he dicho con un cuento que, independientemente de su moraleja, escucharán con interés.

Y, al empezar su relato, se volvió, o así me lo pareció, hacia mí, como si sus palabras fuesen dirigidas a mí personalmente.

—Érase una vez..., bien, sucedió en nuestra ciudad hace algunos años el caso siguiente. Un domingo, en uno de los rincones más sombríos del parque de la cultura se reunieron unos sesenta personajes, o quizá un centenar, bien vestidos, para una cierta conversación que habían decidido mantener al aire libre. Más tarde se supo que en nuestro parque se había realizado, durante más de dos horas, una asamblea de bandidos y de ladrones que estaban, como ellos dicen, «en la ley». Estos señores tienen ciertas reglas propias muy severas. Quebrantarlas significa la muerte. El que es recibido dentro de la «ley» debe ser necesariamente recomendado por otros, que se convierten en sus fiadores. Al nuevo miembro de la hermandad se le tatúa en el pecho una o varias palabras, por las cuales se puede reconocer en el acto que es uno de ellos.

— ¿Qué tiene que ver esta historia con nuestra discusión sobre el tiempo? — Preguntó el director con curiosidad—. O quizá no haya terminado aún.

—En efecto, aún no he terminado. Tiene que ver. Estoy a punto de entrar en materia. La reunión de los bandidos «legítimos» pronunció seis sentencias de muerte, de las cuales cinco fueron ejecutadas. Pero el sexto condenado continúa libre, porque las cosas se han complicado para ellos. Antes les diré quién era y cuál fue su culpa. Era el jefazo, el presidente, el capitoste, como dicen ellos, de toda la sociedad, el más viejo y astuto de todos los bandidos. Cautivo en una lejana prisión, quizá allí, aislado, concibió la idea de que, a fin de cuentas, había hecho poco o nada en la vida, y poco o nada había sacado de ella. Y la vida que le quedaba era breve. Razonaba así: el sentido de la vida de un bandido consiste en apropiarse, con el menor esfuerzo posible, de las riquezas ajenas. Oro y piedras preciosas. Pero, mientras tanto, el valor y el peso de las cosas está bajando catastróficamente en el ámbito de la sociedad humana.

—Por lo tanto, era un teórico ese bandido —se oyó la voz irónica del jefe de personal.

—Sí, era un hombre serio —afirmo nuestro original amigo—. Yo sentía hacia él una creciente simpatía. Este criminal, que había estado a las duras y las maduras, en sus últimos años halló la paz y se puso a leer libros. Los libros representan una fuerza terrible. Leyó una gran cantidad de ellos. No tenía prisa por salir de la cárcel. Para él era cómodo leer y meditar, mientras los hermanos «legítimos» proporcionaban a su señor, desde el exterior, cualquier clase de libro, aunque estuviese guardado en los subterráneos del tesoro del Estado, bajo siete llaves. Se dio cuenta, por lo tanto, que el prestigio de los objetos de valor disminuía de modo catastrófico.

»En un pasado lejano, algunos ricachos, ciertos príncipes, preparaban depósitos en algunas bahías marinas para cultivar murenas. Las alimentaban con carne humana, echando esclavos al mar. Servir una de aquellas murenas en un banquete estaba considerado como el colmo de la elegancia. Sin embargo, hoy no podemos pensar, sin estremecernos, en estas diversiones de nuestros antepasados.

»En un tiempo, el oro era un metal sin nombre, que dormitaba en la tierra. Luego los humanos le dieron un nombre y un valor. El colmo de la elegancia fue exhibir el brillo del oro sobre los trajes, sobre las armas. Pero hoy ninguno de nosotros se atrevería a mostrarse en público con una cadena de oro sobre la panza, ni con un imperdible de oro en la corbata. El prestigio del oro está en decadencia. ¿Y dónde fue a parar el prestigio de las telas preciosas? Puedo asegurarles que los más preciados tejidos actuales se hallan a punto de pasar definitivamente de moda. Presumir de cosas costosas es hoy índice de atraso espiritual.

—Vaya, vaya, con que ese bandido ha sabido deshacerse de los valores materiales. Y bien, ¿qué sustituirá a los objetos? —preguntó el jefe de personal.

El relato le había herido en lo vivo, porque presumía, precisamente, de ir trajeado con lujo y su mujer había venido una vez al laboratorio con un costoso zorro plateado bajo el brazo.

— ¿A qué objetos se refiere? Hay objetos y objetos. El bandido se había dado cuenta de ello y reflexionó. Comprendió que, en lugar del culto a lo material, se afirmaba inexorablemente la belleza del alma humana, que no puede ser comprada con dinero ni robada. No puedes obligar a nadie a amarte con la fuerza de las armas. La belleza del alma es libre. Por ello se ha situado en primer plano. Pero el oro y el terciopelo han perdido posiciones. Hoy, las cenicientas vestidas de percal vencen a las princesas ataviadas con sedas. Porque la belleza del talle es lo que confiere valor a un vestido barato, y esta belleza ya no es un valor material. El modelo del vestido representa el gusto, el carácter del que lo ha creado y escogido para sí. Por esto muchas princesas, que han conservado su alma, imitan a las cenicientas en el vestir. Y si encontramos alguna envuelta en pieles y en tejidos caros, ya no admiramos la riqueza de su ropaje, sino que retrocedemos ante su deformidad espiritual, que la señala ante la opinión de los hombres.

»Y, por fin, nuestro hombre recogió todos sus pensamientos en una larga carta dirigida a sus «hermanos», declarando que renunciaba a su grado, que volvería a la sociedad de los hombres normales que vivían de su trabajo, y que intentaría, con algún acto de relieve, conquistarse una vida hasta entonces fuera de su alcance, que anhelaba, como se suele decir, con todo su corazón. La administración de la prisión publicó aquella carta en un folleto. Comprenderán que se trataba de un documento de enorme eficacia. Era importante aprovecharlo.

«Pero no olviden su situación. Sumando las varias condenas, había merecido doscientos años de prisión sin amnistía. El Estado no le perdonaría ese tiempo. Por otra parte, al conocer mejor que nadie las reglas de la hermandad, sabía que su traición no sería consentida, y que ya se estaba afilando un cuchillo para él. Sin

embargo, quería gozar, por lo menos un año, de la nueva vida que había elegido. Antes de que se reuniese el tribunal de la hermandad, llevó a cabo su última evasión. Era lo suficientemente rico para que, como en las novelas, los médicos cambiaran por completo su apariencia. Transformaron hasta su voz. Eran grandes maestros.

»El ladrón obtuvo documentos irreprochables y se convirtió en otro hombre. En tres años obtuvo tres títulos. Ahora está llevando a término su propia obra. Tiene en la mente una empresa muy grande. Quiere hacer un regalo a la humanidad...

—Pero, bueno —le interrumpí, ya que me miraba continuamente—. Pero, ¿qué relación tiene esto con nuestra conversación? ¿Con el hecho de que el tiempo pueda estar inmóvil o corra, o con la inscripción de la lápida?

—La relación más directa. Los ejecutores de la condena están a la caza de ese hombre. Siguen sus huellas sin piedad. Sin duda alguna le descubrirán. No le queda más que un tiempo brevísimo. Tiempo, ¿comprenden? Cuando, en un par de años, intenta vivir de golpe toda su vida. ¿Qué sucedería de haber vivido así durante toda su existencia? Los años de su vida serían quizá más de novecientos.

—¿Se refiere entonces al contenido de su vida, no a la duración? —preguntó el director.

—¡Se nota que no economizan demasiado el tiempo! —Exclamó mi vecino—. Pues sí, es a eso a lo que me refiero, a eso con lo que llenamos el recipiente de la vida. Que hay que llenar únicamente con los goces más fuertes, con las alegrías más intensas...

—¡Escúchenlo! —Se oyó otra vez la voz del jefe de personal—. Predica el egoísmo más puro. Todo lo que pretende es su propia satisfacción. Me parece a mí que también se debe trabajar por el bien del pueblo. ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Que su retraso mental es lamentable. Supone usted que la alegría y el gozo son pecado, al que se abandona, cuando trabajar por la humanidad es su público deber. Nuestro bandido, por el contrario, es un hombre de vanguardia. Ha gozado de todas vuestras alegrías y ya no las aprecia. Ahora sólo reconoce una alegría: la que usted considera un duro deber.

—Dígame... —titubeó, tras un largo silencio, el director—. ¿Cómo ha llegado a conocer tantos detalles? Ese hombre ha cambiado de rostro y de personalidad... No será tan estúpido como para confiarse con el primero que llegue.

—Yo no soy para él el primero que llega.

—Si es usted un hombre de conciencia debe denunciarlo —observó de improviso el jefe de personal—. Tiene que hacerlo. Ha cometido delitos y se ha evadido de la cárcel...

—No —contestó nuestro compañero—. Absolutamente no. Ya no es un bandido. Ahora no es peligroso. Aún más, es útil. Cuando haya dado fin a su trabajo, él mismo se denunciará.

En aquel momento sacó del bolsillo su famoso reloj, una especie de pesada cebolla con una cadenita de acero.

—Perdónenme. Debo controlar los aparatos —salió. Bajo el dintel de la puerta se detuvo—. Todos deberían reflexionar acerca de esta historia. Sobre todo usted. — Me miró fijamente—. Si aprovecha la experiencia de ciertas personas, dejará de preocuparse por bagatelas, y pondrá fin a su infructuosa polémica con ese miembro correspondiente.

Nunca hubiera imaginado que la vida fuera a ligarme a aquella historia, que hubiese hecho de mí su segundo protagonista, el *sosias*.

Para asegurarme de una duda imprevista, una hora más tarde bajé al subterráneo e hice girar la puerta, tras la cual se hallaba el hombre, rodeado de brillantes aparatos de vidrio y de cobre. La puerta casi no había chirriado, pero él sufrió un violento sobresalto, rompiendo algunas probetas.

—Discúlpeme —le rogué.

—¿Quiere aclarar sus dudas? —repuso, calmándose.

—Es usted un imprudente —contesté.

—No le tengo miedo. —Y se volvió hacia sus aparatos. Lo que había sido sólo una sospecha, era ahora certidumbre. Comprendí lo que hasta entonces había sido un misterio.

Poco antes de estos acontecimientos, había notado que mi persona provocaba un incomprensible interés en alguien. Una sombra me seguía, de lejos, por todas partes, por las calles de la ciudad. Pero nunca había conseguido ver una sola vez el rostro del perseguidor, aunque no tuviera prisa en ocultarse. El desconocido escogía como punto de observación un arco o un portón oscuro. Salía a plena luz del sol, pero apenas me llevaba la mano al bolsillo, donde guardaba mis gafas, se escondía en un portal. Muchas veces me había acercado a la cancela o a la entrada por donde había desaparecido aquel individuo, pero sin hablar a nadie. Hacía pocos días que cayó la primera blanda y purísima nieve. Caminaba, ya de noche, por la desierta calle, cuando oí pasos a mis espaldas. Antes de que tuviese el tiempo de volverme, comprendí: era él, o ella. Giré la cabeza y adiviné algo como una capa o una cola de frac, que se esfumaba tras la esquina. Me puse a seguirlo, pero al llegar al otro lado de la calle vi una callejuela blanca completamente desierta. Miré la nieve y no encontré ninguna huella. Más tarde recordé que en aquella ligera y espumosa nieve se adivinaban algunas huellas cruciformes, semejantes a las de una inmensa pata de gallina.

Explicué todo esto con un susurro a mi compañero. Me estrechó la mano y contestó:

—Gracias. Yo también he comprendido algo. Y ahora váyase. Debo darme prisa. Como ve, el tiempo me aprieta. Tampoco haría usted mal en acelerar los tiempos. No sabemos qué puede suceder.

Ambos trabajábamos en el mismo problema, pero desde puntos de vista diferentes. Uno de nosotros tenía razón, el otro se equivocaba. Pero el problema era de tal magnitud, que justificaba un error mientras indicase a los otros el justo camino. Buscábamos el modo de condensar la luz solar. El producto que hubiésemos obtenido habría asegurado meses y años de fúlgida luz solar y de calor al lejano continente cuyos habitantes no sabían lo que era el sol. Porque una parte de nuestro planeta nunca es iluminada por el sol. Allí reinan eternos la noche y el invierno. El hecho de que mi compañero hubiese afrontado precisamente este esencial problema constituía para mí una prueba suplementaria de su verdadera identidad: el extraordinario jefe de bandidos que tenía prisa por vivir. ¿Sería capaz de realizar en un año, incluso en dos, su plan?

Siempre he considerado las cosas con sobriedad, contando el paso de cada año, pensando continuamente por dónde había que empezar, pues el inicio de una investigación significa dejar a un lado cualquier otro trabajo y encerrarse en el laboratorio durante una buena docena de años. Si hubiese podido movilizar al laboratorio entero con este objetivo... Pero por ahora podíamos agradecer a Dios que nos hubieran permitido, por lo menos a nosotros, ocuparnos de esta idea. Teníamos muchos oponentes. Casi todos los miembros del consejo científico nos consideraban como unos visionarios. Esto significaba diez años. ¿Cómo podría él hacerlo sólo en dos?

Pero ni siquiera le quedaban dos años, sino unas pocas horas. A la mañana siguiente me telefonearon desde el hospital. Mi singular amigo había aparecido, desangrado, la noche anterior, cerca de nuestro portal (vivíamos en la misma casa). Presentaba profundas heridas de cuchillo en la espalda. Todo el instituto estaba alborotado. Se pidió consejo a los más célebres médicos del policlínico. Demasiado tarde. Hacia mediodía los empleados del instituto dieron ya aviso a la funeraria.

Su muerte, que en cierto modo él mismo había predicho, nos conmovió por la mañana, cambiábamos miradas significativas. Descubrí mi carácter pusilánime: desde un principio cedí ante el pánico, hasta adelgacé. No podía soportar ningún diálogo que no se refiriese estrictamente al trabajo, al que me entregué con ensañamiento durante una semana. Pero transcurrida ésta, al recibir el último número de nuestra revista científica y leer en el índice el nombre del miembro correspondiente, S., me sentí enrojecer y olvidé todo lo que no fuera aquel trozo de papel cubierto de signos impresos.

Hojeé nerviosamente la revista y vi en seguida la nota, compuesta en menudos caracteres (las expresiones más cáusticas siempre están compuestas en tipos minúsculos). Rodeado de palabras corteses y venenosas, leí mi apellido. Mi vida volvió a su curso habitual. ¡Papel, papel, quién te ha inventado! Abandoné mi trabajo. Instigado por mis partidarios, escribí un artículo e incluí en él no una, sino tres notas. Estaban destinadas a anonadar a mi adversario. Todo el personal participó en la redacción de aquellas notas. Si quieren ver ustedes aquel trabajo, les sugiero que vayan a la galería Tretjakov y den una ojeada al cuadro de Repin, *Los*

Zaporojci, En aquel cuadro está pintado todo nuestro grupo: nuestro director, que se ríe aguantándose el vientre, y yo, sentado a la mesa, con gafas y pluma en mano.

Olvidé completamente a aquel individuo que me había seguido, escondiéndose tras las esquinas, bajo los arcos y en los portones. Después de las penosas jornadas que ya conocen y que finalizaron con el funeral, no volvió a aparecer. Comprendí que me había seguido uno de los miembros de la hermandad, cuya misión era ejecutar la condena.

Pero, poco después de haber recibido el periódico con el artículo de respuesta a mi inveterado enemigo S., un día en que salí de la redacción en donde se me había encargado un nuevo artículo, me di cuenta de que se me espiaba. Me giré, pero no vi a nadie. Al mirar más atentamente, descubrí en una casa semidestruida que demolían unos obreros, en una brecha oscura del primer piso una figura que se alejó en seguida, desapareciendo tras el muro.

Justamente aquel día iba a celebrar mi trigésimo cumpleaños. Quería invitar a mis compañeros con tal motivo, pero como verán, aún no se había hecho de noche que ya sobre mi fiesta caía la primera sombra.

Volví a casa, subí al primer piso. En la sala común, donde por la noche mirábamos todos la televisión, me esperaba un compañero: el petimetre amante de las bromas.

—Bueno, ¿hay juerga hoy?

—Me siento un poco indispuerto —contesté—. Lo dejaré correr.

—No hay que poner esa cara en un día como hoy. Treinta años es la mejor edad para un hombre, Y me regaló una chillona corbata.

— ¿Y si organizásemos una fiestecita? Te juro que pescarás una castaña... —prometió—. He conseguido un vino estupendo.

Pero, mientras hablaba, divisé en el rincón más alejado a una mujer desconocida. Parecía esperarme desde hacía rato, no sé cómo lo adiviné. Se levantó, dio unos pasos hacia mí, y ya no oí nada más de lo que decía mi compañero. Era una mujer que frisaba la treintena, de hombros muy torneados, bellísima. Su belleza residía en ciertas atrayentes irregularidades del rostro y, sobre todo, en su mirada recta y melancólica. Esa misma belleza se reflejó al punto, como un eco, en la voz baja y tranquila de la mujer. Recordé de repente a la otra el granito de oro, que hacía ya mucho tiempo cayó en el fondo de la clepsidra. Aquélla yacía olvidada, inexistente, mientras ésta salía a mi encuentro.

—Me han pedido que le entregue esto para su cumpleaños —dijo -con voz casi oficial y me entregó el ya familiar reloj, pesado, con la cadenita de acero—. Y además esto otro...

Sacó del bolso un pliego y me lo entregó.

— ¿De parte de él? —preguntó.

—Sí —contestó la mujer.

¿Pensé en asegurarme por precaución de que el amigo que ya no existía hubiese conocido totalmente el amor de otro ser humano, un amor que no se pudiera comprar ni robar? No tuve tiempo para ello. Ella leyó la pregunta en mi rostro y con un gesto de la mano me detuvo.

—En efecto, así ha sido —susurró—. Y es. ¡Y será! Pero él no estaba seguro... Yo jugaba. ¿Me entiende...? Cuando me permitieron entrar en el hospital, le estuve gritando una hora entera. ¡Sí, sí, sí! Pero ya no me oyó.

Incliné la cabeza. Pobre compañero. Sí, yo sabía bien de qué se trataba.

Me metí el reloj en el bolsillo y acompañé a la mujer hasta el vestíbulo. Luego regresé.

—Es ella —murmuró nuestro petimetre—. La que venía a visitar al bandido. No se fijaba en nadie. Si te cruzabas en su camino, seguía en línea recta, como si pretendiera traspasarte. Ciega de amor.

Y añadió, sonriendo:

—Pero sí se ha fijado en ti. ¡Permanece al tanto!

Me encerré en mi habitación y rompí el sobre.

«Esta carta le será entregada si me matan —escribía mi difunto amigo—. Es usted un hombre de talento. Por eso le escribo, porque sabe más de mí que los otros y quizá sabrá valorar el tiempo en mayor medida que los demás. Sólo se vive una vez. Hay que apurar la vida sin perder el aliento, a grandes sorbos. Hay que

aferrar lo que tiene de más precioso. No es el oro, ni los adornos. Desearía que viviese hasta la gran alegría. Deberá recordar el continente oscuro donde hoy viven millones de hombres. Puede que el día en que reciba esta carta sea el día de su verdadero nacimiento...»

No terminé de leer la carta. Un pensamiento vigoroso, feliz, me sacudió de improviso, interrumpiéndome.

«Soy más feliz que él —se me ocurrió pensar—. Ahora tengo media vida ante mí, dos tercios como máximo. No necesito apresurarme. Habrá tiempo para todo.»

En aquel momento una densa masa oscura cubrió mi ventana. Seguramente los pintores habían subido un andamio hasta aquel nivel del edificio. Volví la página para seguir leyendo, acercándome a la ventana otra vez con luz.

« ¿Pero qué hacen los pintores fuera, en invierno?», pensé de repente. Alcé la vista y sentí un escalofrío. Al otro lado de la ventana, sobre un hierro clavado en la pared, se posaba una gigantesca lechuza de orejas peludas, con mechones grises y, hecho extraño, muy deformada, como si hubiera sido esculpida por un hombre primitivo. Era mi lechuza. Fue entonces cuando la vi por primera vez, viva. Con toda mi fuerza, agité el brazo con la carta. Pero mi gesto no la impresionó lo más mínimo.

Una duda fulminante y profunda me asaltó, y me sentí inundado de sudor a causa de imprevisto dolor y miedo. Recobré la respiración a duras penas y me sequé la frente. La lechuza seguía en su sitio, inmóvil, vertical, como todas las lechuzas. Respiré otra vez, me enjuagué de nuevo la frente y salí con cautela de la habitación. No recuerdo cómo llegué a la calle, cubierto de hielo. ¿Adonde ir? Ah, sí, allí abajo, donde trabaja mi compañero de colegio, neuropatólogo experto, hombre de espíritu dinámico. Mi caso le interesará, se ocupará de mí.

Caminé rápidamente a lo largo de la calle envuelto en el crepúsculo violáceo hasta que, a mis espaldas, oí unos pasos saltarines. Giré la cabeza. Alguien estaba detrás del árbol más cercano. Por fin vi claramente una oreja peluda y un ala levantada. ¡La lechuza era tan grande como yo!

El médico estaba ocupado. Esperé largo tiempo sentado cerca de la puerta blanca del estudio, mientras oía más allá rápidos pasos medidos. Finalmente la puerta se abrió, y apareció mi compañero de colegio, con camisa blanca, un sombrero hundido hasta las cejas, adelgazado y empalidecido por las insomnes noches de trabajo.

— ¡Muy bien! —oí gritar no sé dónde.

—Siempre lo mismo —murmuró él con una mueca nerviosa, mirando sin verme—. Tampoco esta vez es nada importante.

Me incorporé. El médico giró lentamente sobre sí mismo. Advirtió mi presencia. Al reconocerme, tendió la mano.

—Si vienes a visitarme, no es el momento.

—No estoy para visitas.

—Acércate un poco —me tomó la mano, observando la punta de los dedos—. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta...

—Ya, me olvidaba de que tenemos la misma edad. ¿Qué te preocupa? ¿Te persigue alguien? ...

— ¡Si supieras quién! Un ser muy extraño... Te vas a reír.

—Lo conozco. ¿Quieres que te lo enseñe? Ven conmigo-.

Me acompañó al estudio y me hizo volver hacia la ventana.

—Mi lechuza —murmuré.

Estaba encaramada allí afuera.

—No sólo es tuya —explicó el médico—. Es mía también. Ahora dame las manos, quiero verlas.

Dio un paso hacia el escritorio, volviéndose de espaldas durante un cierto tiempo. Luego se dirigió hacia mí.

—De todos modos más tarde o más temprano lo sabrás. Bien, es mejor que lo sepas ahora. Te queda un año de vida.

El suelo se hundía bajo mis pies, y me habría caído si no me hubiese sujetado, dejándome sobre una silla.

Sé que hay hombres que no temen a la muerte; son valientes que no tienen nada que perder. Os lo confieso, me puse a temblar de miedo. Al terminar mi trabajo hubiera aceptado la muerte. ¡Pero ahora no!

—No te creo —susurré.

—Harías mejor en levantarte y correr —replicó, levantando una ceja, visiblemente nervioso—. Tienes un año de vida.

—No te creo.

— ¡Vete! —Gritó de repente—. No me hagas perder el tiempo. Yo también estoy enfermo, sólo me queda un año y medio de vida...

Sin embargo, en la puerta me detuvo y me habló muy excitado:

—Es una vieja enfermedad y sólo la padecen los hombres de ingenio. En ellos adquiere una forma aguda. Tiene un proceso más lento para los perezosos, y la muerte sobreviene sin que se den cuenta.

— ¿Y aún no habéis descubierto nada?

—Sí, pero aún no sabemos curar. Sin embargo, hemos descubierto algo...

Y me dijo las siguientes e incomprensibles palabras:

—Quien vea claramente a la lechuza está medio salvado.

Luego la puerta se cerró detrás de mí.

« ¿La distingo con toda claridad? Será preciso que mire», pensé.

Entonces oí un tictac en el silencio: el reloj cumplía su trabajo. Marcaba claramente los segundos. Al escuchar aquel sonoro latido, saqué la pesada cebolla de acero, metí la clavija cincelada y le di cuerda. Giré la llave una veintena de veces hasta notar que resistía. El reloj tenía cuerda para un año.

— ¡Debo apresurarme! Hay que meditarlo todo —dije para mí. Por primera vez en mi vida, me apresuraba de veras, con plena sangre fría.

La pura y helada noche me acogió con las alegres luces, con el ruido de los automóviles, con el lejano brillo de las estrellas.

—Meditaré mientras miro las estrellas —decidí. Y el cielo estrellado pareció acercarse a mí para que pudiese ver mejor en el grandioso infinito.

—Muy bien. La carne morirá. Que muera. Pero el pensamiento. ¿Es posible que desaparezca el pensamiento? —cerré los ojos.

« ¡No desapareceré!» —gritó en la oscuridad mi pensamiento. Era modesto, cosa que no ocurre con las ideas.

—Mira —resonó su voz—. El mundo de los hombres existe desde hace miles de años. Pero, ¿cuánto viven las cosas hechas por los hombres? Máquinas, muebles, objetos... Todo se desvanece en unos pocos años. ¿Cómo hemos acumulado todo lo que nos rodea? Muy sencillo. Hemos reunido los pensamientos: los secretos de la fusión de los metales, las fórmulas de las medicinas, el misterio de la solidificación del cemento... Quema los libros, destruye los secretos de los oficios, permite que pasen los años necesarios para que se olviden definitivamente, y la humanidad reemprenderá el camino de siempre, empezando por el hacha de piedra. Y tu hijo, tu hijo, recuérdalo bien, no tu nieto, desterrando el engranaje que habías fabricado en tu juventud, la adorará como un milagro creado por los dioses.

Un altavoz invisible dispersaba sobre la ciudad las notas fuertes y puras de un vals. No conocía a su compositor. Ni siquiera me parecía escuchar una música. No era una orquesta, y las trompetas no eran trompetas ni los violines eran violines, pero sí lo eran las voces de mis sentimientos. Y cuando se pusieron a cantar los instrumentos, cuando cantaron las maderas, todo quedó claro: eran los deseos, seguros bajo llave, que cantaban en voz baja en su cajita de madera, limitados por los confines de mi breve vida.

—Tú quieres vivir —me decía el desconocido compositor—. Mira lo que han hecho de ti esas pocas notas que firmé hace cien años, durante mi breve y penosísima permanencia entre los hombres. Escucha: a quien se le ha concedido poco tiempo, ama la vida con un amor más fuerte, más consciente. Es mejor no poseer y desear, que poseer y no desear. Amé mucho la vida y te transmito ese amor.

Luego bajó la voz:

—Y ahora escucha. En la misma brevedad de mi vida encontré la máxima felicidad. Sabes de qué hablo. ¿Y tú? ¿Nunca te ha estrechado la mano un hombre agradecido como para conmoverte el corazón? ¿Nunca has visto, dirigidos precisamente a ti, ojos llenos de lágrimas de amor?

Aquellos pensamientos me impresionaron. Nunca había sentido nada semejante. Sí, había amado, pero nunca vi tales ojos. No conocí una gran amistad, nunca merecí el agradecimiento de los hombres... Incliné la cabeza; ya no escuchaba la música, y las luces de la ciudad se apagaban a mí alrededor. Oí una sola cosa: un alegre tictac. Era el reloj, regalo del bandido, que cumplía su trabajo, contaba el tiempo, mis segundos:

— ¡Tienes toda la vida por delante! ¡Un año entero! ¡Apenas has nacido! ¡Ahora eres más joven que antes! ¡Corre hacia tu trabajo! ¡Todo está allí, la amistad y el amor! - Eché a correr, cogí un taxi.

— ¡Pronto, pronto, al laboratorio!

Y el taxista, embragando la tercera, se volvió, perplejo para observar al insólito pasajero.

Subí corriendo las escaleras. En el corredor, cerca de la estufa al rojo, dormía sobre una silla la vieja que se encargaba de la calefacción. La desperté a empujones,

— ¡Pronto, pronto, déme todos mis papeles! Esta mañana le he dado una papelera llena...

— ¿Ahora se acuerda?

Empecé a gruñir y a escarbar entre las cenizas de la estufa.

—Lo he quemado todo..., todo. Arden bien..., no hay papeles que ardan así. Me he calentado tan bien que hasta me entró sueño...

—Tictac, tic... —cantó el reloj del bandido en mi bolsillo.

Apretando los labios, abrí la habitación de trabajo y empecé a llevar al taxi algunos aparatos. Había decidido trabajar de noche en mi casa. Y podía merecer el más alto reconocimiento de los hombres, pero aún no había empezado nada...

Al aparecer con un maletín bajo el brazo en nuestro alojamiento de solteros, encontré ya reunidas junto al televisor unas cuantas personas, las de costumbre.

—Entonces está decidido. ¡Los festejos se han aplazado! —rió el burlón.

Estaba manejando los botones del televisor. De pronto, sobre la pantalla aparecieron las piernas de los futbolistas. Todos los espectadores se inmovilizaron. Sus ojos fijos se hicieron más grandes de lo normal. Escuché el sonido de mi reloj y comprendí: si nuestro televisor funcionase continuamente durante dos mil años, estos cinco hombres permanecerían así, inmóviles, sin separar la mirada de la pantalla, y serían conservados para la posteridad como semillas de loto.

Aparté a alguno, junto con las sillas, para que no estorbasen el paso de mis cajas, llevé a la habitación todos los aparatos y despedí al chofer.

Mi lechuza se hallaba en el lugar de costumbre, más allá de la ventana. Ahora me dejaba indiferente. Desde mi habitación, una lamparita la iluminaba de lleno. ¿La veía con claridad? Me acerqué a la ventana. Durante un cierto tiempo nos miramos recíprocamente. Luego la lechuza se deslizó a lo largo del hierro, como hacen las de su especie, por entre las ramas del parque zoológico. Plegó su amarillenta garra, que parecía sembrada de manchas de cera, y se rascó con enorme rapidez el pico, al igual que las gallinas. Luego, tranquila, se encaramo verticalmente y fijó sobre mí dos círculos acerados, los ojos. Veía perfectamente a mi lechuza.

Volviendo en mí, abrí con celeridad las cajas y dispuse los aparatos. Cinco minutos más tarde mi habitación brillaba; gracias a cristales y niquelados, se había convertido en un laboratorio.

« ¿Qué haré? —pensaba—. ¡Necesitaré por lo menos diez años!»

Intenté recordar algo de las notas quemadas en la estufa del laboratorio. Intenté escribirlas de nuevo, pero no lo conseguí.

— ¡Hubiesen acertado el trabajo a la mitad! —golpeé la mesa con el puño.

Vi entonces en el suelo la carta del bandido, que había dejado caer aquella tarde. No tuve tiempo de leer los últimos renglones, precisamente los que ahora se me ofrecían desde el suelo.

—Puedo serle útil. ¿Entendió lo que le he contado acerca del bandido? Si se lo pide a la mujer que tiene delante, le entregará el cuaderno donde he anotado, en secreto, sus ideas, las que durante dos años ha echado a la estufa. Deseaba aprovecharlas, ya que a usted no le servían.

— ¿Y dónde puedo encontrarla? —grité, también sin terminar la lectura esta vez. Pero al punto vi las palabras: «Su teléfono...»

Pocos instantes después estaba, como en la fábula, entre hombres a los que el televisor había hundido en el sueño, que respiraban rítmicamente con los ojos abiertos. Apoyando el aparato telefónico en la espalda de uno de ellos, marqué el número. Oí algunas señales y luego su voz.

Desde aquel momento empezó en mi nueva y breve vida, un nuevo capítulo. Se inició por mi culpa con malentendidos.

— ¡Dése prisa! — Estas palabras se me escaparon antes que me diera cuenta de su insolencia—. ¿Dónde está el cuaderno? ¿Por qué no me lo ha dado?

—No me lo ha pedido —contestó su voz—. Ni siquiera ha leído la carta. La nota decía...

— ¡Por lo visto usted no valora el tiempo! —se me escapó otra vez.

—Perdóneme...

El receptor enmudeció de golpe.

— ¿Por qué se calla? —Grité de nuevo—. ¡El cuaderno, el cuaderno!

—Ahora voy —respondió en voz baja y acariciante.

Al escuchar sus pasos, comprendí al punto que no era sólo el cuaderno lo que yo esperaba. Desde el instante en el que la había visto por primera vez, fui atraído por aquella mujer, lenta, insensiblemente, como una ramita es arrastrada gradualmente por el agua hacia una cascada. ¿Era yo quizá un segundo ramito dorado que se acercaba al orificio de la clepsidra, para caer como un relámpago en su fondo?

Entonces ella abrió la puerta y entró, serena, bellísima, no muy alta, con sus hombros torneados.

— ¡Te amo! —gritó todo lo que había de vivo en mí.

Comprendí que en mi nueva vida ya había terminado la infancia y estaba comenzando la adolescencia. Pero de pronto oí un golpecito en los cristales que me dejó helado. No tuve necesidad de mirar hacia la ventana. Todo estaba claro.

Apenas saludé a la mujer. Le arranqué el cuaderno de las manos y, volviéndole la espalda, lo abrí. Vi los esquemas, los apuntes y los cálculos que durante años había arrojado por doquier y quemado. Hojeé las páginas.

— ¡Ah! Trabajaré en el instituto y en casa; esto me dará otros dos años. Organizaré el trabajo de forma tal que los experimentos se desarrollen simultáneamente en más de una dirección, de día y de noche —exclamé.

— ¿Por qué esa prisa? —preguntó la mujer, viendo con cuánta precipitación conectaba los cables conductores y preparaba los aparatos.

—Me queda muy poco... —dije. Y corté la frase—. La vida es breve, el trabajo largo. Tengo prisa.

Puse todos los aparatos en funcionamiento, alegres luces se encendieron entre matraces y retortas, por los tubos de cristal corrieron burbujas de ebullición, tierras raras empezaron a fundirse en los crisoles.

Mi lechuza dormía fuera de la ventana, con la cabeza escondida bajo el ala. Decidí comprobar una cosa, disipar mi última duda.

— ¿Qué hay allí afuera? —pregunté de improviso a la mujer, señalando a la lechuza.

Apenas hube pronunciado esas palabras, que el inmenso pájaro levantó la cabeza y movió con celeridad las lentes amarillas de sus ojos. La mujer se acercó a la ventana y apoyó la frente en los cristales, protegiéndose los ojos con ambas manos.

—No hay nadie —dijo, sonriendo.

Luego calló. Sus ojos me siguieron atentos. Se mordió el labio como golpeada por una imprevista revelación.

—No hay nadie —repitió—. ¿Ha visto a alguien? ¿Le siguen?

—Eso quiere decir que no hay nadie —contesté evasivamente. De golpe, ella, ¡ella! me hizo una pregunta que me asombró.

— ¿Por qué ha cambiado de habitación?

Perplejo, me estremecí, pero guardé silencio. Ya estaba dominado por la nueva disciplina. Giré la manivela de mi vieja calculadora, había que hacer algunos cálculos. La mujer no me quitaba los ojos de encima.

Una hora después no resistió más y se puso a reír suavemente.

—Dígame, al menos, hacia dónde se dirige...

— ¿Adónde? Una persona que conoce muy bien, ya se lo habrá explicado...

—Sí, en efecto... A-. —Bien, voy en la misma dirección. He vivido una vida entera y no he hecho nada hasta ahora. Sin embargo, podría ofrecer algo a la humanidad. No tengo lugar en la tierra mientras un hombre agradecido no me haya estrechado la mano de una forma que conmueva al corazón. Trabajaré para él. Cuando llegue, será un día feliz.

Mis palabras parecieron gustarle. Tras una pausa, continuó:

— ¿Por qué pierde el tiempo? No se le parece. Además tiene usted a su disposición una calculadora nueva, perfecta.

Tampoco le contesté esta vez. Ella me tomó de la mano y me condujo hacia la puerta.

— ¿Qué pasa? —y me detuve.

—No pierda el tiempo —insistió ella, imitándome—. No tenga miedo. ¡Puedo hacerle ganar tiempo!

Me guió hasta el apartamento antiguo, el que hasta hacía un mes había habitado mi extraño compañero. Tomó una llave, abrió la puerta de la habitación, encendió la luz y se volvió escondiendo una sonrisa. Yo, por el contrario, no pude ocultar mi alegría. La habitación contenía novísimos, costosos aparatos, exactamente los que necesitaba. Empecé a examinarlos, a manejarlos, olvidando por completo a mi compañera.

— ¿No le da vergüenza? —Escuché de pronto su voz—. ¿Pretende no haber visto nunca estos instrumentos?

— ¿Qué quiere decir? —pregunté, brusco.

—Habrá visitado alguna vez a su compañero —contestó ella evasivamente—. ¿Tampoco ha visto esto?

En el alféizar, en un acuario, crecía una gran flor blanca desconocida, de intenso perfume. La mujer me hizo observarla. Parecía como si me sometiese a un examen. Entonces recordé.

—Es un loto. Ha crecido de una semilla que ha permanecido durante dos mil años en una tumba...

—Exacto —exclamó ella, triunfante— Le doy sobresaliente. ¿Y ésta, la conoce?

Me enseñó una calculadora modernísima, como nunca me habría atrevido a soñar. Aquel aparato podía sustituir a toda una oficina de operadores dotados de calculadoras normales.

— ¿Puedo utilizarla? —no supe contenerme.

— ¡Está perdiendo el tiempo! —levantó ella la voz, repitiendo una frase no sé si mía o del bandido—. ¡Naturalmente, todo esto es suyo! Todos los instrumentos. ¡Incluso el loto!

Me pareció ofendida por algún motivo.

—Ya comprendo —prosiguió recelosa—. Ha cambiado de cara, de voz, por lo tanto debe cambiar también de habitación. Para que nadie sepa, nadie hable... Ni siquiera los amigos...

¡Debería haber meditado aquellas palabras! Pero como ya he dicho, estaba distraído por la nueva disciplina que había transformado mi mente. Decidí no darles importancia.

En una sola noche mi trabajo dio un gran salto hacia adelante. Me convencí de que mis viejas suposiciones eran exactas. A ese ritmo en unos ocho meses obtendría el primer resultado, y con él pondría en actividad a todo el instituto. ¡Los escépticos se verían obligados a deponer las armas!

Insensible a cuanto me rodeaba, lleno de las más fantásticas esperanzas, entré al día siguiente en nuestro laboratorio. Desde la puerta oí un alegre rumor. Adiviné que mi eterno adversario S. debía ya haber respondido a mi artículo.

— ¡Qué temperamento! —exclamaba irónicamente nuestro director.

Del círculo de mis incondicionales surgía y se amortiguaba, con cada palabra mía, una ola de voces alegremente amenazadoras.

Todos estaban reunidos alrededor de mi mesa. El director se reía y para completar tan hermoso cuadro faltaba sólo el escribano con la pluma sobre la oreja, es decir, yo.

—Bien, querido boxeador, ahora le toca a usted —anunció el director y puso sobre la mesa un recorte de periódico.

Los asombré a todos. Ni siquiera leí el artículo de S., que ahora me parecía un ingenuo inofensivo. Ya no se me inflamó la sangre, que ahora ardía en otro fuego muy diferente. Lo aparté como una mosca. Y debo decir, recordando los acontecimientos, que S. continuó aún largo tiempo publicando artículos destinados únicamente a mí. En una nota decía que yo guardaba un púdico silencio, en otra que me había puesto los lentes del villano, que me escondía tras las matas, que escondía la cabeza como el avestruz. Hacía quiquiriquí desde lejos y batía las alas para inducirme a continuar la lucha.

Al ver que apartaba el recorte, mis compañeros se cambiaban unas miradas.

—¿Pero eres el mismo? —preguntó atónito el burlón—. ¡Miradle, parece que ni siquiera se ha afeitado! ¡Amigos, ha tirado el abrigo sobre la silla! Veamos... Veamos... Le faltan dos botones... ¿No les parece una suplantación de personalidad? Si se parece vagamente al otro..., al que se sentaba a su lado...

Y lanzó una mirada significativa a la silla del bandido.

Era verdad, yo había cambiado bruscamente de carácter. Me había convertido en otro hombre. Había olvidado como por encanto las actitudes de gran científico, ya no hablaba con sonsonete, ya no mariposeaba en torno a tonterías. Había emprendido el gran vuelo, me hallaba en éxtasis. Se había despertado en mí un consciente deseo de vivir y aunque sea raro decirlo, se había modificado mi concepto del placer.

¿En qué gozaba? En mirarla continuamente a ella. Se había instalado definitivamente en mi habitación, trayendo consigo un catre plegable, y trabajaba día y noche en los aparatos. No sé incluso si dormía. Y yo disfrutaba observándola desde lejos sentado en el taburete, fascinado por la curva de su cuello y de la cabeza inclinada. Parecía una joven madre china con su niño.

Y mirando aquella curva de la cabeza, del cuello y de la espalda ondulante, aquel arco acariciable y levemente grácil que, por sí solo me permitiría reconocerla en cualquier parte, soñaba. Hubiera querido que se girase, que volviese su mirada. Adivinaba siempre mi tácita orden, se giraba, apoyando el mentón en su hombro. Pero algún problema de nuevo absorbía su atención y, tras una larga mirada, volvía a su trabajo.

Aquel problema la atormentaba. Un día decidió aplazar una prueba. Tras haber dispuesto los aparatos automáticos y dado la corriente, me cogió por el brazo.

—Tenemos tiempo de sobra. Una hora entera. ¿Me la puede conceder?

Reflexioné.

—De acuerdo.

Salimos a la calle. Ella me arrastraba hasta meterme en una calle oscura.

De repente la mujer dijo:

—¿No recuerdas esta calle?

Todo esto me había aburrido y no pude ocultar mi irritación.

—Por fin me hablas de tú... Ya era hora... Pero le ruego que abandone este raro juego. Dura ya dos meses y no comprendo nada. ¿Por qué?

—¿Por qué toda esta prisa?

En aquel instante vi tras un farol la sombra oscura de mi lechuza, sus ojos brillantes que centelleaban. Me detuve. Me hubiese gustado mostrar aquellos ojos a mi compañera, pero me acordé de que estaban fuera del alcance de su vista.

—¿Por qué? —Decidí explicarle abiertamente la verdad—. Porque no me queda ni un año de vida.

Mis palabras la impresionaron vivamente. Parecía como si hubiera dicho algo definitivo. Ella se detuvo. Volvió hacia mí su rostro con los ojos llenos de lágrimas.

—Si eso es verdad, ¿por qué nos engañamos el uno al otro? —murmuró.

Estaba a punto de abrir la boca, pero ella me puso los dedos sobre los labios.

—¡Eres tú, tú!

Entonces comprendí.

— ¿Crees que yo sea él...?

—Deja de atormentarme... Recuerda que intentaste esconderte de mí la primera vez. ¿Por qué me castigas así?

— ¡Pero yo soy otro! —grité—. Mira, tengo otros cabellos, otra cara. ¡No ha cambiado nada de mí! ¡No tengo ninguna cicatriz! ¡Todo esto es mío!

—Tampoco la primera vez tenías cicatrices. Pero lo había adivinado. ¡Lo adiviné en seguida! Dime, ¿por qué cuando llegué con tu nota y con tu reloj, se te alteró el rostro y me preguntaste si había sido el amor? Querías saberlo. Comprendí entonces tu ingenua astucia —sonrió—. ¡Si supieras la alegría que me diste con aquellas palabras!

—Pronto tendré que dejarla para siempre —repuse yo.

—No. Te volveré a encontrar, aunque huyas de mí otra vez, aunque cambies, no ya de cara, sino de estatura...

—Me queda menos de un año de vida. Es la verdad.

—No te creo. ¡Hace muchos años que lo dices!

— ¡Pero si él lo decía y ha sido asesinado!

—No ha sido asesinado. Eres listo, has pensado en todo. Y has dispuesto que todo fuese transferido de ti a tu *sosias*. ¡Eres astuto! Ellos no te descubrirán nunca...

— ¡Tonterías...!

Seguramente el otro también la interrumpía así, porque ella se rió.

—No volveré a hablar más de ello. Tampoco te gustaba antes. ¡No lo haré más! Me gustas más ahora. Tienes un carácter tan dulce, sonríes... Hablas tan bien de aquel hombre que vendrá... ¡He perdido tanto tiempo! ¿Por qué me he dejado llevar por el juego, como si tuviese diecisiete años? ¿Quieres que te grite aquella palabra que entonces me pedías? ¡Sí! ¡Sí! ¡Me sientes! ¡Gritame que me sientes!

—Te siento —susurré.

No podía resistir más. La ramita era arrastrada hacia la cascada.

— ¿A cuál de «mí» quieres más? —le pregunté—. ¿Al que mataron o al que ahora está aquí contigo?

— ¡Al que está aquí!

Me amaba. Bastaba con que girase la cabeza apenas a la derecha para percibir dos estrellas brillantes de lágrimas.

Tomé entonces el lugar del bandido desaparecido. A mi adolescencia sucedió una madura juventud.

El médico tenía razón. Cinco o seis meses después de nuestro encuentro, me sentí mal. Durante un bonito verano tuve que meterme en cama.

Con expresión culpable, dije a mi dulce y perdido amor:

—Querida, no me tengo en pie. Tendrás que tomar tú las riendas, hoy me quedaré en la cama. Enciende la radio.

Cuando lo hizo de inmediato, se oyó la voz, ora fuerte y chillona, ora vencida por el fragor de las tempestades magnéticas de nuestro oscuro continente. Se trabajaba, se extraía el carbón, se cultivaban las coles bajo la luz artificial...

—Hay que actuar con mayor energía —exclamé—. Tenemos que apresurarnos.

Corrieron aún más rápidamente los hirvientes líquidos en los tubos de vidrio, y las llamas flamearon con mayor ardor.

En un lluvioso setiembre terminamos el trabajo de una de las plantas. Continuaba sujeto al lecho, tan débil que no podía levantar la cabeza.

—Abre el primer cartucho de plomo —indiqué. Ella lo abrió.

—Un error —escuché su voz tímida— Aquí sólo hay un pequeño carbón encendido.

—No es un error —contestó tranquilamente—. Ya lo he tenido en cuenta en las otras plantas. Es nuestro primer resultado. Llama a los muchachos. Llama al director...

Entraron, como cuando se visita a un enfermo, de puntillas. Antes no les había dejado entrar nunca, ahora al asomarse a mi habitación transformada en laboratorio, se detenían junto a la puerta, y miraban a su

alrededor. No sabían qué pensar de mí, todo les maravillaba: las paredes cubiertas de fórmulas, los muebles rascados por las notas que había escrito sobre ellos y el brillo de los aparatos, que les hacían llegar corrientes de calor.

Luego me vieron a mí. Mi aspecto debió impresionarles y se estremecieron todavía más. Sólo el burlón, que no separaba los ojos de mi compañera, bisbiseo algo al director.

—Haz tú el informe —dije.

Como un verdadero científico, ella les explicó durante diez minutos nuestro trabajo, mostrando luego el mineral que no quería apagarse.

Aquel trocito de carbón asombró a todos, particularmente al director. Fue el primero que me estrechó solemnemente la mano. Luego todos los compañeros reaccionaron, corrieron en tropel hacia mí, aferraron mis manos débiles y las estrecharon. Sentí que mi corazón estaba a punto de conmovirse.

—Hoy mismo proseguiremos todos el trabajo —anunció el director—. ¡Todo el laboratorio!

Desde aquel día se alternaron en mi habitación nuestros colaboradores, de dos en dos. Diariamente recibíamos por teléfono comunicados del laboratorio. El trabajo progresaba rápidamente.

En un helado diciembre, en presencia del director, mi compañera descubrió el segundo cartucho de plomo.

—Un error más —murmuró el jefe en voz baja—. El carboncillo está completamente negro. Pero yo les había oído.

—También este error está previsto. —Movía a duras penas la cabeza—. Continúa el trabajo. ¡Más aprisa!

Mis sentidos se habían afinado y oí que el jefe, tapándose la boca con la mano, susurraba:

—Un tercer error le mataría... —Luego añadió en voz baja—; Supongo que sería mejor transportar la tercera planta al laboratorio. Allí podremos seguir con mayor rapidez y seguridad el experimento.

—Confío en usted —le contesté.

Y así me quedé solo con mi mujer en la habitación silenciosa y desierta. Nos acompañaba la lechuza, que había conseguido uno de aquellos días subirse a la ventana, y ahora dormitaba en el alféizar, o se paseaba bajo la mesa, picoteando por el suelo. Mi mujer —se había merecido verdaderamente ese nombre— se sentaba a mi lado y recordábamos, despacio, nuestra breve juventud.

Al tercer o cuarto día me sentí peor y le rogué:

—Abre la ventana.

—Pero querido, si está helando...

—Abre, abre —murmuré.

Mi mujer se acercó a la ventana.

—¿Qué pasa? ¿Llega la primavera en diciembre? La nieve se funde, ¡hay una mosca en los cristales!

—¡Abre!

Abrió primero un postigo, luego toda la ventana de par en par. Junto con el templado viento primaveral, irrumpió en la habitación una música extraordinariamente agradable, lejana. Fluía sobre la ciudad, ora suave, ora estridente como una potente ola. La escuchaba y no me daba cuenta de que eran los cables telefónicos que cantaban, difundiendo por el mundo entero la noticia de la victoria del hombre sobre el frío y las tinieblas. De vez en cuando se unía a aquella música un rumor triunfante, los aviones que volaban sobre la ciudad con su carga preciosa, llevando la primavera al continente tenebroso. Pero yo no lo sabía, estaba muy mal, me sentía debilísimo, estaba a la escucha, tenso, esperando la llegada de los compañeros portadores de buenas noticias. Y además me asustaba la lechuza, extrañamente inquieta, que se paseaba alrededor de mi lecho, sacudiéndose, levantando bruscamente las alas. Nada es tan doloroso como dar el adiós a la vida, cuando no se ha terminado un trabajo necesario para los hombres y que depende de ti.

Luego me amodorré. Resonaron las escaleras, hubo ruido de golpear de puertas, sonaron pasos excitados. Escuché la voz de mi médico, mi compañero de colegio:

—¡Está vivo aún!

Se sentó a mi cabecera y con manos temblorosas empezó a desenroscar un cartucho de plomo.

—¡Rápido, rápido, enseñámelos! —quería gritar yo.

Y lo grité de verdad, porque el mal ya no estaba en mí.

Una gota cegadora temblaba en las manos del médico, inundando toda la habitación de luz solar. La reconoció. Hacía ya mucho tiempo que soñaba con ella, desde que empecé a instalar mis plantas. Ahora no podía fijar la mirada en aquel pequeño sol tan brillante. Me levanté de la cama, vacilando sobre mis frágiles piernas. Mi compañera salió a mi encuentro para sostenerme, pero la detuve con un gesto y atravesé la habitación por mí mismo. Aun así, di golpes en el suelo con el pie... Mi mujer se apoyó en la pared, radiante, incrédula.

—Gracias, doctor —murmuró.

— ¿Por qué? El mismo es quien ha triunfado sobre la muerte. El es quien ha encontrado el remedio. ¡Esta luz es suya!

Las escaleras retumbaron de nuevo, se abrieron las puertas y toda una muchedumbre entró en la habitación. Eran mis compañeros y una multitud de personas desconocidas. Me rodearon, alguien me estrechó las manos. Mi director se abrió paso entre el gentío.

— ¡Ha logrado comprimir el tiempo! —se congratuló conmigo—. ¡En la antigüedad, junto a su nombre habrían dibujado una lechuza! Una vez formuló usted la hipótesis de que aquel jeroglífico... ¿Lo recuerda?

— ¡Sí, he comprimido el tiempo! En un solo año he vivido una vida entera. Y cuántos años quedan aún ante mí. ¡Un océano de tiempo! —pensé.

¿A quién se lo debía agradecer? Miré a la ventana donde solía estar sentada la lechuza. Pero ya no estaba. Vi sólo el acuario con el loto florido. Más allá de la ventana, lejos, muy lejos en el horizonte, en el pálido azul del cielo primaveral, un gigantesco pájaro volaba, levantando pesadamente sus alas.

Un océano de tiempo me lamía los pies. Yo estaba en la orilla, dispuesto a volver a empezar mi vida desde el principio, y las misteriosas olas del futuro venían hacia mí, una tras otra, y se retiraban llamándome. Mañana navegaré lejos, más allá del horizonte. Casi estaba asustado. A lo largo del año me había acostumbrado a la presencia continua de la lechuza. ¿Habría logrado vivir sin sus llamadas? ¿Aquel potente océano que me esperaba no se transformaría en un arroyuelo que podría saltar sin darme cuenta?

Entonces recordé mi reloj. Sentí un escalofrío: Ya no lo escuchaba.

Tomé la cadena... ¡Sí! ¡Se había parado! ¡El año había transcurrido, había que darle cuerda de nuevo!

Saqué el reloj, introduje la clavija cincelada y la hice girar veinte veces. Finalmente, el muelle resistió, el reloj volvió a caminar. Caminaba hacia el año nuevo.

La Máquina CE, Modelo NR-1

A. Dneprov

La discusión versaba sobre las ilimitadas posibilidades de la técnica moderna. Habíamos empezado por las neveras y los automóviles, para pasar gradualmente a los televisores, los aviones a reacción y los cohetes dirigidos. Cada uno de los presentes hablaba como si fuera un eminente especialista en la materia, a pesar de que el nivel del diálogo no superaba los suplementos ilustrados de los periódicos dominicales.

Como es natural, no podíamos olvidar la cibernética. Hablábamos de esta nueva ciencia casi a media voz, tímida y misteriosamente, como se hacía cincuenta años antes con el hipnotismo, o cien años más atrás, con los espectros. En especial, el hecho de que la cibernética existiera y de que ya existieran máquinas cibernéticas, había acalorado poco a poco a los interlocutores.

—Nosotros las construimos, nosotros —susurraba con entusiasmo el hombre rubio y alto de la usada camisa azul. Extendió hacia delante las manos y separó los gruesos dedos—. Mirad, todos los dedos están cubiertos de manchas rojas. Es el estaño. De la mañana a la noche no hago otra cosa que soldar esas malditas máquinas. Hilos, válvulas... Vistas por dentro, parecen una tienda de radios. Y pensar que todo eso funciona. ¡Técnica! Pueden derribar aeroplanos, o adivinar con quién te vas a casar...

—Trastos viejos, amigo. Trastos viejos —afirmó, con voz ronca, el vagabundo calvo y tétrico, que movía absurdamente las manos sobre el sucio encerado—, Esos trastos no sólo predicen con quién te casarás, sino que nombran a los gobernantes. El año cincuenta y dos, una bestia electrónica llamada «Univac» ha elegido al gobernador del Estado de Nevada. Eso significa algo más que elegir esposa; se trata, se diga lo que se diga, de un superior.

—¿Es verdad, como dicen, que la policía tiene una máquina que indica dónde y cuándo los muchachos se proponen dar un golpe? Dicen que cuando los muchachos van a hacer un trabajito, ya hay alguien que los espera, amigos —pió, riéndose a carcajadas, un tipo sospechoso de gafas negras.

—Es cierto. Existe. Tanto los tribunales como la policía están armados de máquinas semejantes. Son algo increíble. La máquina te hace algunas preguntas estúpidas, y tú sólo tienes que contestar «sí» o «no». Sólo el diablo sabe dónde debe estar el «sí» y dónde debe estar el «no». Porque te pregunta cosas como: «¿Querías visitar la luna?» «Cuando eras niño, ¿te han mordido los perros?»... Después de que has esparcido a gusto casi un centenar de estos «sí» y estos «no», la máquina dice; «Pónganle las esposas. Le esperan diez años de trabajos forzados.» Y ya está. Será nuestra ruina —murmuró el vagabundo pelado—. Muy pronto todas esas máquinas ocuparán nuestro lugar. Vivirán por nosotros. Se beberán la cerveza. Irán al cine. Lo harán todo ellas solas...

—Son máquinas inteligentes. Geniales. Restablecerán sobre la tierra el orden y el bienestar. El caos desaparecerá, los negocios florecerán —declamó, inspirado, el borracho intelectual, que destacaba de la masa de vagabundos a causa del frac que había conservado, no se sabe cómo.

—¿Qué has dicho? ¿El caos desaparecerá y los negocios florecerán? No te vayas a creer que somos todos unos críos. Entiendes tú tanto de electrónica como yo de captar ratones. Esto no sucederá nunca, es inútil que confíes en ello.

El gamberro gordinflón, de fisonomía cubierta de pelo rojo, habló con pasión.

—¿Y quién es éste, si se puede saber? ¿Claud Shennon o Norbert Wiener? —preguntó sarcásticamente el intelectual.

—Ni Wiener, ni Claud. La electrónica la tengo yo aquí —se frotó, expresivamente, con la palma de la mano el cuello, mojado de sudor.

—Le han puesto una multa porque no había pagado el impuesto de la radio —se burló el tipo de gafas oscuras.

—O le han echado dos meses a la sombra por vender válvulas electrónicas fundidas.

—Se equivocan, caballeros. Si les interesa, conozco demasiado bien estas malditas máquinas electrónicas. Demasiado bien, pueden...

—Eh, se diría que has estado metido en algún asunto sucio —intervino el borracho pelado.

—Peor —musitó lúgubremente el propietario de la cara bermeja, acercándose al grupo—. Me llamo Rob Day. Quizá hayan oído ese nombre. He salido una vez en el cine.

—No, nunca lo he oído —dijo el intelectual.

—No tiene importancia. Ahora ya no me fio ni en sueños de las máquinas electrónicas.

Rob Day, con profundo descorazonamiento, sorbió su Whisky.

—Cuéntanos algo, cómo ellos te han... —se interesó el tipo de las gafas oscuras.

—Existe en nuestro bendito país una empresa industrial que hace publicidad de máquinas electrónicas para uso privado e individual. Se trata, por así decirlo, de máquinas caseras, cuya obligación es hacernos menos pesada la vida. En un domingo lleno de sol se lee el periódico: «Querido señor, si precisa la compañía de un buen interlocutor, si se halla solo y necesita una compañera y si le sirve un buen consejo para enderezar sus negocios tambaleantes, escribanos. Los hermanos Crooks y su personal de expertos ingenieros le ofrecen sus servicios. Díganos sus necesidades y nosotros le proporcionaremos una máquina electrónica que piensa, capaz de llenar cualquier hueco de su vida particular. A buen precio, segura y con garantía. Esperamos su pedido. Con nuestra mejor estima, Hermanos Crooks y Co.» Cuando leí este anuncio, tenía algo de dinero, suficiente para que un joven soltero pudiese llevar una existencia decorosa. Y de pronto me puse a reflexionar. La máquina electrónica te elige la esposa. La máquina elige al gobernador. La máquina atrapa a los ladrones. La máquina redacta guiones cinematográficos. Todos hablan de lo mismo: esto lo ha hecho la máquina electrónica, aquello ha sido posible gracias a la máquina electrónica, esto sólo lo podrá hacer la máquina electrónica. En resumen, la máquina electrónica es algo parecido a la lámpara de Aladino de *Las mil y una noches*. Bajo la sugestión de estas ideas, decidí dirigirme a los hermanos Crooks a fin de encargarles algo para mi propio uso. Mis necesidades eran limitadas y muy simples: una máquina electrónica que pueda darme consejos en operaciones financieras. Quiero hacerme rico. Punto. ¿Qué les parece? Un mes más tarde se detuvo frente a mi casa, en la calle 95, un camión con una caja enorme que contenía algo parecido a un piano vertical. Entraron dos tipos en mi casa.

«— ¿Vive aquí Rob Day?

—Sí, yo soy.

»—Por favor, ¿dónde la podemos dejar?

«Acompañé a los muchachos a mi casa, donde instalaron la máquina.

»— ¿Cuánto cuesta? —pregunté.

»—Diez mil dólares.

»— ¿Están locos? —grité.

«—No, señor. Es su precio. Pero el dinero no lo queremos ahora. Sólo pagará cuando se haya convencido de que la máquina funciona a plena satisfacción.

»— ¡Diablos! Entonces que se quede... Enseñenme ahora el modo de usarla.

»—Es muy sencillo, señor. Además de los esquemas analíticos, se han instalado en esta máquina cuatro radiorreceptores y un televisor. Estos aparatos escucharán todas las transmisiones durante las veinticuatro horas del día. Deberá introducir cada día, en la ranura alargada debajo del pupitre, tres diarios por lo menos. La máquina le prestará asesoramiento financiero sobre la base de un delicado análisis de todas las informaciones de la situación económica y política del país.

»—Muy bien. ¿Y las operaciones financieras? —pregunté.

»—Durante una semana, la máquina analizará toda la información. Luego podrá usted ponerse a trabajar. Observe este teclado con números. Sólo tiene cinco registros. El más alto corresponde a los centenares de millares de dólares; el de abajo, a las decenas, y así sucesivamente. Supongamos que desee usted invertir cinco mil dólares. Marca usted este número en el teclado y con el pie aprieta el pedal. Por la ranura de la derecha saldrá una tira de papel con el consejo impreso sobre cómo emplear la suma indicada para obtener el máximo beneficio.

»Como pueden ver, nada más sencillo. Los muchachos prepararon y montaron la máquina CE modelo número 1, pusieron el enchufe en la toma de corriente y se marcharon.

— ¿Y qué es CE? —preguntó alguien.

—Quiere decir consejero electrónico. Confieso que esperé con impaciencia a que terminara la semana. Metía diariamente los tres periódicos en el teclado, escuchaba, maravillado, el ruido del papel en el interior, observando luego cómo los periódicos salían proyectados por detrás, completamente revueltos. La bestia se los leía de cabo a rabo. En su interior se oía un murmullo semejante al de una colmena. Por fin llegó el día suspirado, en el que mi consejero habría asimilado los informes necesarios. Me acerqué al teclado, pensando qué podría hacer. Como no soy tan estúpido como para invertir de golpe una fuerte suma, pulsé tímidamente la tecla que marcaba «un dólar». Luego apoyé el pie sobre el papel...

»No tuve tiempo de reaccionar, pues ya salía por la ranura lateral una cinta telegráfica con la siguiente frase: "A las siete de la tarde, en la esquina de la calle 95 con la calle 31, en el bar Universo, invitar una cerveza a Jack Linder."

»Así lo hice. No sabía quién era Jack Linder. Pero cuando entré en el bar, sólo oí hablar de él: "Jack Linder es afortunado. Jack Linder es un muchacho de corazón. Jack Linder tiene un corazón de oro." Un minuto después sabía ya el motivo de toda esta adulación. Jack Linder había heredado de un cierto pariente australiano. Estaba de pie, apoyado en el mostrador con una sonrisa satisfecha. Me acerqué a él y le dije:

»—Señor, permítame que le invite a una jarra de cerveza.

»Y sin esperar la contestación, le puse delante una jarra de un dólar.

»La reacción de Jack Linder fue pasmosa. Me abrazó, me besó en ambas mejillas, y metiéndome un billete de cinco dólares en el bolsillo, declaró, con toda seriedad: »—Por fin he encontrado entre esta pandilla de friega platos un hombre de bien. Toma, hermano, toma, no hagas cumplidos. Te lo doy por tu buen corazón.

»Dejé el bar Universo con lágrimas de emoción, muy complacido por la inteligencia de aquella bestia CE, modelo número 1.

«Después de esta primera operación, mi fe en la máquina creció notablemente. A la vez siguiente, marqué diez dólares. La máquina me aconsejó que comprase cinco paraguas y que fuese a un usurero, cuya dirección me dio. Aquellos paraguas me fueron arrancados de las manos por la mujer del usurero, la cual me pagó veinte dólares. En su apartamento, en el terrado, habían estallado las tuberías de agua y el municipio se había negado a repararlas porque los inquilinos no habían pagado el alquiler.

Transformé luego ciento cincuenta dólares en cuatrocientos de la manera siguiente: La máquina me había ordenado que fuese a la Estación Central y que me tumbase sobre las vías delante del rápido con destino a Chicago. Estuve un buen rato indeciso antes de decidirme a dar este paso. A pesar de todo, fui y me tumbé. No es una sensación muy agradable el notar sobre la cabeza el rombo de la locomotora eléctrica. Se oyeron dos toques de campana, el tren dio la señal, pero yo permanecí tendido. Llegó un agente corriendo.

»— ¡Levántate, vagabundo! ¿Qué haces aquí?

»Yo seguía inmóvil, mientras mi corazón palpitaba como si quisiera salirse del pecho. Empezaron a tirar de mí, pero yo me resistía. Me dieron patadas, mientras me agarraba con las manos a los carriles.

»— ¡Sacad fuera de la vía a este cretino! —gritó el maquinista.

— ¡Por su culpa, el tren lleva ya un retraso de cinco minutos!

Muchas personas se me echaron encima a la vez y me llevaron en vilo a la comisaría de la estación. El enjuto guardia me puso una multa de ciento cincuenta dólares exactamente.

»—Vaya —pensé—, ése es el CE modelo número 1.

»Salí de la comisaría como un perro apaleado, cuando, de repente, me vi rodeado por una masa de gente.

»— ¡Es él! —gritaban—. ¡Llévemole en triunfo!

»—Pero, ¿por qué? —pregunté—. ¿Qué he hecho?

»— ¿Y lo preguntas? De no ser por ti, todos estaríamos hechos polvo.

»—Pero, ¿de qué se trata?

»—El tren de Chicago ha retrasado su marcha. A la salida de la estación, los raíles estaban arrancados. Cinco minutos antes... ¡Viva nuestro salvador!

»Entonces comprendí lo ocurrido y dije:

»—Señoras y señores. Los vivos están bien. Pero me han multado con ciento cincuenta dólares...

»Inmediatamente, cuantos estaban a mi alrededor empezaron a meterme dinero en los bolsillos. En casa los conté. Eran exactamente cuatrocientos dólares, ni más ni menos. Acaricié tiernamente los costados calientes de mi máquina CE modelo número 1 y, con un trapo, le quité el polvo. Luego marqué cinco dólares y apreté el pedal. El consejo fue el siguiente: "Ponte inmediatamente un traje nuevo, vete al puente de Brooklyn y salta al río Hudson entre el quinto y el sexto pilón".

»Después de todo cuanto había pasado en la Estación Central, ya no temía nada. Al caer la tarde encontré una tienda de trajes confeccionados en la Quinta Avenida y allí compré lo más elegante que tenían. Me vestí como para una boda y me dirigí al puente de Brooklyn. Al inclinarme sobre el parapeto y mirar hacia la oscuridad, entre la cual corrían las sucias aguas del Hudson, sentí un escalofrío en la espalda. Aquello era mucho más temerario que tumbarse sobre unos raíles. Pero sentía aún una ilimitada confianza en mi máquina, por lo que, cerrando los ojos, me tiré abajo. Entonces pasó algo inverosímil. A través de los párpados semicerrados me vi inundado por una brillante luz. Todo se incendió de pronto a mi alrededor y, pocos segundos después, caí sobre algo blando y elástico, luego salté por el aire, volví a caer, me golpeé de nuevo y quedé colgado en el aire. Abrí los ojos y descubrí que estaba enganchado en una espesa red tendida entre los pilones del puente. Desde la parte inferior del puente era iluminado por potentes reflectores, junto a los cuales se adivinaban sombras humanas. Al fin alguien gritó por un altavoz:

«—Muy bien. Brillantísimo. Suba aquí.

»Me arrastraron hacia arriba y empezaron a felicitarme. Luego apareció un tipo que me entregó un paquete de billetes.

»—Tenga —dijo—. Dentro de ocho días vaya a ver al cine Homunculus la película con su participación en calidad de suicida. Aquí tiene 1.500 dólares. Después de la proyección del film se le entregarán otros 500.

»Durante una semana entera asistí a todas las proyecciones del cine Homunculus para verme en mi papel de suicida. Pero los otros 500 dólares nunca los vi. Me dijeron que me había admirado justamente por esa suma.

»Algún tiempo más tarde vinieron a visitarme los representantes de la firma Hermanos Crooks y yo pagué con alegría el precio de mi máquina electrónica. En lo sucesivo se transformó, por decirlo así, en algo mío en alma y cuerpo.

»La siguiente operación que realicé por consejo de la máquina electrónica fue mi matrimonio con una vieja dama de Park Avenue. El matrimonio me había costado mil dólares. Cinco días más tarde, la dama murió, dejándome un cheque de cinco mil dólares. Invertí esa suma en un viejo rancho medio derruido. Por él cobré del Gobierno, una semana más tarde, quince mil dólares: en aquel terreno debían construir la quinta sección de un campo de tiro atómico. Por aquella cantidad compré a un canadiense cangrejos del océano Pacífico, que revendí inmediatamente por treinta mil al restaurante Ritz. Por un verdadero milagro mis cangrejos eran los únicos de todas las partidas existentes en el mercado que poseían un grado de infección radioactiva consentido por la ley.

»Tras todas estas afortunadas operaciones, decidí hacerme millonario. Un día, después de haber rezado, marqué en el teclado de mi consejero una cifra con cuatro ceros que representaba todo mi capital en aquel momento. Luego apreté el pedal. No olvidaré nunca aquella tarde.

»La cinta no podía salir, ignoro el motivo. Por fin se pudo ver una esquinita, que volvió a desaparecer inmediatamente. En el interior de la máquina se oía un estruendoso zumbido. Finalmente, cuando ya estaba a punto de perder la paciencia, salió la cinta con el consejo que recordaré mientras viva: "Quema en la chimenea todo el dinero que tengas."

»Me rasqué mucho rato la cabeza, pensando si debía seguir o no el consejo de la máquina. Pero tenía una fe demasiado ciega en mi máquina. Después de haber reflexionado largamente, empaqueté con un cordel todos mis dólares, encendí la chimenea y arrojé el dinero al fuego. Sentado allí delante, mirando corno mi dinero se transformaba en cenizas, esperaba, agradablemente turbado, que sucediese el próximo milagro de la serie. Un milagro que no podía ni siquiera imaginar, cuando mi máquina inteligente ya lo sabía todo, la base del análisis de la coyuntura política y económica.

»El dinero se quemó tranquilamente. Había removido las cenizas con un bastón, pero el milagro no se producía. Ya vendrá, ya vendrá, seguro, pensaba, caminando, agitado arriba y abajo por la habitación y frotándose nerviosamente las manos.

»Pasó una hora, luego dos, y el milagro no se producía. Me quedé perplejo junto al teclado. Dije:

»— ¿Y bien? —No obtuve respuesta—. Espabilate. ¡Devuélveme mi dinero!

»La máquina continuaba observando un silencio sospechoso. En realidad, no sabía hablar. Entonces perdí por completo la cabeza y marqué en el teclado la misma suma que ya no poseía. Cuando apreté el pedal, sucedió una cosa bastante desagradable. Salió la cinta telegráfica completamente cubierta de ceros. Ceros ininterrumpidos, sin una palabra que tuviese sentido. Enfadado, empecé a golpear la máquina con el puño, luego lo hice con los pies, pero no se detenía. Sólo salían ceros. Esto me puso en un estado de furor tal que cogí la reja de fundición con la que se cierran las chimeneas y con ella empecé a golpear fuertemente al consejero electrónico. Volaron astillas, la cinta se detuvo y la máquina se paró de golpe. Y yo, desesperado, seguí golpeando hasta que, sobre el pavimento, sólo quedó un montón de chatarra, astillas de cristal y una masa informe de hilos eléctricos.

»Me dejé caer sobre el diván y, con la cabeza entre las manos, grité como una pantera herida, maldiciendo a todo y a todos, empezando por las válvulas de radio y terminando por los consejeros electrónicos contruidos con ellas. Durante este ataque de delirio, lancé una ojeada a los restos de mi máquina y advertí un trozo de cinta lleno de letras. Por unos momentos creí enloquecer cuando leí lo que estaba impreso, y que aquella bestia electrónica no me había hecho saber: "Véndeme, añade la suma que consigas a todo lo que posees y compra en Hermanos Crooks y Co. la máquina perfeccionada CE modelo número 2."

— ¿Y por qué dices que la máquina no te lo quería decir? —Preguntó a Rob el borracho calvo, el cual, mientras escuchaba el increíble relato, había recuperado la sobriedad—. Podría suceder que, sencillamente, se hubiese estropeado.

—Pues es verdad, el diablo se la lleve, no quiso. Me aconsejó adrede que quemase el dinero para que yo no la vendiese. Pero no había tenido en cuenta mi carácter. Los periódicos no escriben esas cosas.

—Es extraño —observó el intelectual del frac—. Se diría que no quiso separarse de usted.

—Precisamente. Me había tomado mucho afecto. En los últimos tiempos, cuando la fortuna me era tan particularmente favorable, le hacía la corte como a una novia. La tenía envuelta en una cubierta de seda. Cada día le quitaba el polvo. Compré incluso algunas macetas con palmas y las puse a su alrededor para que se sintiera a gusto. En vez de tres periódicos, se leía diez. Y miren el resultado. Como consecuencia de la nueva coyuntura política y económica, yo debería haberla vendido y comprado la nueva y perfeccionada CE modelo número 2, pero la muy canalla, con su egoísmo despiadado, me engañó.

—Ese es el siglo en que vivimos —sentenció el muchacho de la camisa azul—. Ya no se puede fiar uno ni de las máquinas electrónicas...

Con profundos suspiros, todos empezaron a marchar. Rob Day fue el último.

El Gulu Celeste

Víctor Saparin

Loo se cayó a gatas, de miedo.

Sabía muy bien que, si le hubiesen visto, le expulsarían del rebaño por esto. Pero al aparecer en el cielo aquel rayo cegador, venido desde las nubes, para posarse en la cima de la colina, Loo olvidó las prohibiciones, sintió que las piernas no le aguantaban y cayó sobre las manos.

Resonó un bramido, más fuerte que todos los truenos que había oído. Luchando contra un tremendo pánico, Loo levantó la cabeza, y vio la luz llameante que se detenía sobre la árida cumbre de la colina.

No vio nada más. Se arrastró hacia atrás hasta que los matorrales le ocultaron el terrible espectáculo. Se arrastró olvidando que sabía caminar, que, erguido, podía moverse con mayor facilidad y rapidez.

Sólo volvió en sí al resbalar por la pendiente húmeda de lluvia y caer al agua.

Resoplando, empezó a nadar en dirección a un lejano promontorio. Corno todos los suyos, Loo nadaba con la misma facilidad con que caminaba; de otro modo, hubiese resultado difícil para ellos moverse en el ambiente nativo, donde el agua que caía de lo alto y la que brotaba entre los pies formaba un solo elemento. La espesa vegetación hundida en el fango era un obstáculo tan insuperable que cuando se precisaba desplazarse rápidamente y recorrer largas distancias, Loo y todos los suyos escogían el agua. Atravesando el lago, trepó a la orilla y sacudió el cuerpo, desprendiendo de su vello lanoso una lluvia de gotas. Hasta llegar a las Grandes Cavernas quedaba mucho camino por recorrer, un camino enorme. Mientras se abría paso entre los matorrales, Loo se calmó un poco. Es difícil saber qué aspecto del espectáculo visto poco antes le habría asombrado más. Era incomprensible y, por lo tanto, terrible. El trueno da miedo, los relámpagos también dan miedo, pero son algo que se explica. Son los *kou* celestes, que discuten y se pelean para no repartirse la presa. Lo importante es no caer en manos de un *kou* encolerizado. El más viejo suele intervenir y luego pone orden; los otros, tras haber refunfuñado un poco, se calman. Pero los *kou* celestes son invisibles, decía el viejo Chtz. Viven en las alturas, por encima de las nubes, y nunca descienden.

Sólo en ocasiones arrojan desde el cielo los restos de su comida. El pueblo de Loo los recoge y los conserva con cuidado en la Caverna Sagrada. Son trozos pesados, duros; lo que los dientes de los *kou* celestes no mastican es más duro que la piedra. Sólo una piedra, la *talacha*, puede resistir la comparación. Con ella, los mejores cazadores fabrican las puntas de los «aguijones volantes».

Pero nunca los *kou* celestes habían abandonado las nubes para descender entre los bípedos.

El viejo Chtz decía que eso no había sucedido nunca.

¿Y si realmente eran los *kou*? Sería de aquel modo como se hubiesen presentado. Loo pegó un bote, tanto le impresionó la idea. No sin motivo, estaba considerado como uno de los más inteligentes de la tribu.

Empezó a correr, impaciente de comunicar su descubrimiento.

Dentro de la escafandra azul, Ngarroba corría con amplias zancadas a fin de no caer en el fango, pero la distancia que lo separaba del tautolón disminuía.

El torpe animal, que se movía como un pato sobre las posteriores, hubiera parecido ridículo en otra situación.

Por sus dimensiones y figura recordaba lejanamente a una grúa para el montaje de un edificio de tres o cuatro pisos, admitiendo que a la grúa se le hubiese ocurrido brincar de improviso. El pesado cuerpo se apoyaba sobre fuertes patas y una cola gruesa como el tronco de un robusto árbol. En la parte superior se hacía cada vez más delgado, terminando casi sin hombros en un cuello largo y estrecho, coronado por una cabeza ridícula, semejante a la de una serpiente. Del extremo del tronco colgaban dos débiles patas anteriores que, a cada salto, se bamboleaban impotentes.

Karbysev sacó nerviosamente la válvula neumática del bolsillo. Había sido una ligereza imperdonable llevar una sola pistola para los cuatro. Pero la anterior expedición a Venus no había llevado ningún arma. Karbysev, preocupado, pensaba si tendría tiempo de utilizar la pistola antes de que el tautolón hubiese alcanzado al vicepresidente de la Academia Africana de Ciencias, y en lo que sucedería en caso contrario.

Ngarroba cayó en el mismo instante en que Karbysev apretó el gatillo. Un rayo azul alcanzó el cuerpo leonado, bruñido, semejante a goma, del animal. El tautolón cayó; mejor dicho, la parte posterior se aflojó sobre sus patas y la cola, mientras el pecho, el cuello y la cabeza se derrumbaron.

En aquel momento intervinieron Gargi y Sung Ling. Gargi, esbelto y elegante hasta con su escafandra amarilla, corrió hacia Ngarroba. Sung Ling le ayudó a levantar la cabeza del africano. A través del casco transparente, el rostro de Ngarroba estaba gris; el africano movía los labios, pero no se oía ningún sonido. Por fin a alguien se le ocurrió desplegar la antena del casco.

El fogoso africano volvió a adquirir el don de la palabra.

—¿Qué le ha pasado a ese animal? —exclamó, mirando a su alrededor—. ¿Se ha vuelto furioso?

—Sí, ¿qué ha pasado? —Preguntó Sung Ling—. Salió usted repentinamente del matorral y luego vimos a ese monstruo que le seguía. ¿Le hizo usted algo?

—¿Quién le ha hecho nada a esa estúpida carroña?

—refunfuñó Ngarroba. Con la mano enguantada giró una llavecita colocada en la parte inferior del casco y después de haber agarrado con los labios un tubo que se levantó en el interior, tragó un sorbo de coñac—. ¿Sabe que estos mastodontes tienen un cerebro de gallina? Pero no atacan al hombre; es un hecho reconocido, y consta en todos los informes de las siete expediciones a Venus.

—Quizá el tautolón no haya leído los informes científicos de nuestras expediciones —observó Gargi, con sorna—. No habrá tenido ocasión.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —insistió Sung Ling.

Ngarroba se levantó e hizo con el brazo un gesto mecánico como para quitarse el sudor de la frente. Lanzó una mirada sobre el cuerpo inmóvil del leonado monstruo.

—Me acerqué al lago —empezó—, un lago vulgarísimo. Vi el acostumbrado espectáculo venusino, por lo menos en lo que hasta ahora sabemos. Del agua surgían a diversas distancias los capullos del famoso lirio gigante de Venus y dos o tres carroñas de éstas. —Evidentemente, el africano no estaba en condiciones de espíritu tales como para llamar al tautolón con su nombre biológico—. Ya sabéis que esas excavadoras con patas se mueven libremente en el agua y les gusta sentarse en el fondo del lago y asomar su estúpida cabeza en el agua. Son animalotes gigantescos, pero se alimentan de pequeñeces: ranas, escarabajos y otras porquerías por el estilo.

—Dé gracias que no coman turistas —observó Karbysev—. Menos mal que aquí no hay ni cocodrilos gigantescos, ni tigres, ni otros carnívoros.

—Es verdad, pero parece que los devoradores de ranas también pueden ser peligrosos. Como un tractor enloquecido, por ejemplo.

—Adelante— indicó, pacientemente, Sung Ling.

—Observaba tranquilamente el espectáculo. De improviso vi levantarse justamente por encima de mí la cabeza de este animalito, mientras los matorrales se removían bajo el empuje de su cuerpo. He leído los informes de todas las expediciones a Venus, las siete, y sé perfectamente que los tautolones —el científico pronunció este nombre por primera vez— son los seres más inofensivos del universo. Por eso, sin alarmarme, me alejé unos veinte pasos para continuar mis observaciones. En aquel momento, sin embargo, ese bicho —Ngarroba ya se había calmado— se dignó mirar hacia abajo desde su cuarto piso, y se me echó encima como si yo fuese un gusano o un caracol.

Karbysev sacudió la cabeza.

—Esa boca no es capaz de asir a un hombre como usted, aun admitiendo que el tautolón le haya podido tomar por un bocado apetitoso.

—¿Quién sabe lo que le ha pasado por la cabeza? Hubiera podido aplastarme sin darse cuenta siquiera. ¿Ha oído alguna vez que los tautolones corriesen con tanta rapidez? Ya saben que estoy considerado como un buen velocista en distancias medias. Hoy, desde luego, he batido un récord, y aunque la gravedad sea aquí inferior a la de la Tierra, me lo homologarían. Pero este pánfilo —dio una patada en el costado del animal—, por lo visto corre más.

—Sólo él sabrá qué ha pasado —comentó Gargi, pensativo—. ¿Cuándo se despertará?

Karbysev miró el reloj fijado sobre la manga de la escafandra amarilla.

—Se lo he descargado todo. Suficiente como para tres animales como éste. Pero creo que dentro de diez minutos pasará el *shock* y podrán saberlo.

— ¿No sería mejor alejarnos un poco? —Propuso Gargi—. Una aventura como la de hoy es ya suficiente. Nuestra expedición acaba de empezar... Pero el espectáculo ha sido divertido —añadió, de repente—. Este animal, con su caminar bamboleante como un pato asustado, y el amigo Ngarroba delante de él...

— ¿Asustado? —Repitió Sung Ling—. Es una idea. Quizá de hecho no pretendía agredir a nadie.

— ¡Pero si se lanzó sobre mí! —Exclamó, con vehemencia, el africano—. Y yo no estaba en su camino.

—Probablemente, el tautolón deseaba huir de algo escondido en la vegetación... ¡Ah! ¡Ya vuelve en sí!

El cuerpo del animal tendido en el fango fue sacudido por un temblor. Luego, la pequeña cabeza se levantó. El cuello sufrió dos o tres convulsiones y se enderezó de golpe, como si alguien lo hubiese llenado de aire. El cuerpo, parecido a un balón desinflado, recobró vida y la perdida elasticidad.

Los cuatro hombres, protegidos por las escafandras, siguieron atentamente los movimientos del monstruo.

— ¿Quién lo habrá asustado? —murmuró, pensativo, Karbysev—. En Venus no existen carnívoros, lo afirman todas las precedentes expediciones. ¿Quién puede causar miedo a una mole semejante?

Gargi se encogió de hombros.

—Nos encontramos en un continente completamente desconocido. ¿Pero qué hace? ¡Ngarroba!

Porque el africano ya se había lanzado a toda velocidad hacia el tautolón.

El animal se bamboleaba sobre sus patas posteriores, fuertes y elásticas como las suspensiones de un vagón de cien toneladas. Parecía como si se dispusiera a saltar de un momento a otro.

— ¡Es una locura! —Gargi palideció.

Karbysev metió rápidamente la mano en el bolsillo para coger el cartucho de reserva. Charlando, se había olvidado de que la pistola estaba completamente descargada.

Pero nadie consiguió detenerlo.

La escafandra azul saltó sobre la cola de la mole que había vuelto a caminar, justamente en la base, tan gruesa como un tonel. Una mano de Ngarroba se tendió hacia lo alto, como si quisiese golpear o pegar al animal en el lomo. Un instante después, el tautolón sacudió su grupa con tal violencia, que Ngarroba salió despedido a quince pasos de distancia y cayó de espaldas en un profundo estanque.

Contoneándose sobre sus costados, el gigante se puso a trotar hacia el agua, que, no muy lejos, enviaba pálidos reflejos bajo la espesa cortina de nubes.

—Ahora comprendo el motivo de que el tautolón se haya lanzado sobre él —afirmó el indio, entrando en el agua hasta la rodilla, para tender una mano al africano—, ¡Le ha agredido usted al pobrecillo! Sí, apóyese en ese bastón. ¿Dónde lo ha cogido? Ahora, ¡así!

—Límpiele el casco —indicó Karbysev.

Cuando le quitaron el fango grasiento que se había depositado sobre la esfera transparente del casco, aparecieron primero los dientes blancos y luego la cara del vicepresidente de la Academia Africana de Ciencias, Ngarroba mostraba una sonrisa tan grande y triunfante, como nunca le habían visto sus amigos.

Embarrado de la cabeza a los pies, seguía sujetando en la mano el bastón, una vara delgada de metro y medio de larga, parecida a un junco o una caña.

—Si no logro coger este utensilio justo en el último momento, ese bicho se lo hubiera llevado consigo. Esto es lo que le ha empujado a huir del matorral.

—Parece una aguja —murmuró Gargi—. ¿Han visto alguna vez púas de estas dimensiones?

—No —contestó Sung Ling—, no figura nada semejante en ninguna descripción de la flora de Venus.

—Entonces, ¿es un nuevo descubrimiento?

— ¡Y qué descubrimiento! —Exclamó Karbysev, que parecía muy emocionado—, ¡Mírenlo bien!

—No comprendo. —Gargi se encogió de hombros.

—Cójalo.

Gargi tomó el bastón que Ngarroba le tendía, e hizo deslizar sus dedos de un extremo a otro. En uno de ellos, los dedos palparon un saliente pequeño. Luego, el bastón se adelgazaba hasta terminar en una punta muy dura.

—Pero esto... es... —murmuró, emocionado.

—Un venablo —concluyó Sung Ling. Sus ojos brillaban bajo el casco transparente.

— ¡Qué descubrimiento! —Gritó Ngarroba, que por poco no se puso a saltar—. He terminado en el barro por dos veces, pero al menos ha servido para algo... ¡Qué suerte haberme cruzado con ese animalote!

—Sí, amigos —declaró solemnemente Karbysev—.

Nuestra expedición ha encontrado, probablemente, la primera prueba de la existencia en Venus de seres racionales.

—Y con un nivel de desarrollo que les hace capaces de construir un arma, aunque sea sencilla —terminó Gargi.

—Esperemos que sólo se utilice para la caza. —Sung Ling tomó la azagaya de las manos de Gargi y examinó atentamente su punta.

Los expedicionarios se miraron.

—Venga, cargue la pistola —dijo Gargi.

—Sabe perfectamente que la electro pistola es un medio de defensa personal y sólo es eficaz en distancias cortas —observó Karbysev.

A pesar de todo, tomó un pequeño cilindro y lo introdujo en el arma.

Ngarroba tendió una mano hacia el venablo.

— ¡Démelo!

Lo sospesó como si se dispusiese a lanzarlo.

—Creo, amigos, que con este juguete ninguno de nosotros conseguiría agujerear una coraza gruesa como la piel del tautolón.

—Pero en nuestra escafandra... —susurró Sung Ling.

—Este ligero tejido nos defiende de la picadura de los insectos, del mismo modo que su piel protege al tautolón. Estamos a cubierto de nuestros enemigos principales, las bacterias, pero frente a una jabalina...

Ngarroba frunció el ceño.

Karbysev sintió el impulso de volverse. Detrás no había nadie. En los matorrales, a unos cincuenta pasos, se movieron dos o tres delgados troncos.

Gargi se acercó a un árbol parecido a un gigantesco hinojo. No tenía hojas y el tronco estaba cubierto por un espeso mantillo de pequeñas agujas.

—Nunca podré habituarme a esta ñora —dijo el indio—, aunque comprendo que las plantas crecen tan rápidamente por el exceso de ácido carbónico de la atmósfera. Quisiera saber de qué están hechos estos venablos. Seguro que con este árbol no...

—Ya determinaremos a su tiempo de qué madera se trata —objetó Sung Ling—. Es más importante descubrir las piedras que usan para las puntas. Es de una clase que desconozco.

—Y aquí no hay montañas o rocas que afloren a la superficie. ¡Miren!

A su alrededor se extendía una lisa llanura salpicada de lagos. Por el oeste, el horizonte estaba limitado por un espeso bosque, semejante desde lejos a una barrera de alambre de espino. Sobre la verde extensión se levantaban gigantes aislados con las ramas tensas como dedos abiertos de una mano. Cada «dedo» terminaba en un nuevo racimo de ramitas.

Por el este se veían algunas colinas bajas de contornos suaves, alisados.

Los expedicionarios se pusieron en camino para volver al cohete, deteniéndose de cuando en cuando para tomar fotografías.

La conversación versaba sobre el venablo y sobre un posible encuentro con los venusinos. ¿Cómo terminaría?

—También nosotros disponemos de un arma —dijo Ngarroba, apretando el venablo— exactamente igual a la que tienen ellos.

—Una sola —objetó Gargi.

—Y que no se usará —remachó Sung Ling.

—Sí, es verdad —admitió el vicepresidente de la Academia Africana de Ciencias—. Quizá en un caso extremo...

Karbysev tomó la pistola cargada y desplazó una palanquita.

—¿Reducir la carga?

—No tengo intención de matarlos. —Karbysev enarcó las cejas—. ¿Bastará un doceavo?

—Es suficiente para tumbar a un toro.

—¿Y si el hombre de Venus fuera más resistente?

—¡Hay que explorar a toda prisa esta parte del planeta! Hasta ahora las expediciones han desembarcado en las zonas ecuatoriales y cerca de los polos. Sólo dos han tocado las regiones intermedias, y la sexta no tuvo éxito. Thompson se puso enfermo y todos tuvieron que regresar.

—Uno de nosotros —decidió Karbysev— deberá quedarse siempre en el cohete.

—Yo no —saltó Ngarroba.

—Al que le corresponda. Propongo que lo echemos a suertes.

—El cohete deberá estar dispuesto para el despegue, de modo que pueda ser guiado sólo por un tripulante —observó Karbysev.

—¡Es interesante la octava expedición! —La cara de Ngarroba estaba radiante—. Por poco no estuve en la séptima. Pero nuestro cohete de Marte se averió y cuando mandaron otro, la expedición a Venus ya había partido. Todavía dependemos demasiado de los astrónomos, de sus cálculos.

—Sí, aún no hay comunicaciones regulares con los planetas.

—Para la Luna hay un puente-cohete.

—¡Bah, la Luna!

Caminaban, conversando, sobre un terreno viscoso, cenagoso, obligados a contornear lagos, estanques e infinitas y estrechas ensenaditas. Los espejos de agua hormigueaban de minúsculas criaturas de todo género, semejantes a alfileres, a trozos de madera flotantes, a copos verdes.

Cerca de seis horas después se encontraron a los pies de la colina, donde, sobre sus soportes retráctiles, reposaba el cohete.

—Descanso —ordenó Karbysev.

El interior del cohete era seco y cómodo. Los viajeros se quitaron con satisfacción las escafandras y se extendieron en cómodas butacas, fácilmente transformables en camas.

Por la «mañana», según los relojes terrestres que medían el tiempo en el cohete, después del desayuno, llegó el momento de decidir quién se quedaría como centinela.

Ngarroba aparecía tan emocionado que daba lástima.

—Sus nervios parecen un fósil del pasado —observó Gargi.

—Pues yo pienso —replicó en seguida el científico africano— que incluso dentro de mil años los hombres se emocionarán. Si no, no vale la pena vivir. No creo en los hombres impasibles.

—También usted está nervioso, Gargi —observó Karbysev.

—Bueno, hasta la calma de Sung Ling es una pose —replicó el indio—. ¿Quién no está emocionado? ¿Usted?

—Es la primera vez que encuentro un ser racional en otro planeta —esquivó Karbysev—. Hasta la emoción es perdonable. Bien, el que haga menos puntos se quedará como centinela. Empiezo yo.

Tomó un cubilete amarillento, un dado de juego que databa de los tiempos de la antigua Roma, una pieza de museo que su hija le había regalado.

—Cuatro —declaró Sung Ling, mirando el dado que había rodado hacia él.

Ngarroba sacudió largamente el cubilete en la palma de su mano y, por fin, lo lanzó sobre la mesa.

—¡Cinco! —gritó—. ¡Cinco!

Le tocó el turno al chino. Tres puntos.

—Bueno —dijo Gargi, extendiendo la mano—, me quedan dos probabilidades sobre tres. Por lo menos en teoría...

—Dos —contestó con calma Sung Ling. Y agregó—: La teoría de las probabilidades sólo actúa después de un gran número de tiradas.

—¿Instrucciones? —preguntó, obediente, Gargi.

—No se aleje del cohete más de diez pasos.

—¡No sea que lo roben!

—El cohete, no. Pero le pueden robar a usted. Al más mínimo indicio sospechoso, enciérrese en el cohete y observe desde allí. El localizador no funciona; tendrá que usar el ojo de buey, para ser francos, nuestro aterrizaje no ha sido muy brillante. La patrulla estará ausente veinticuatro horas. Si no regresamos, no abandone el cohete. Espere otras diez horas, y esté muy alerta. Doce horas después vuelva a la Tierra.

Durante algunas horas, los tripulantes dispusieron el cohete para la partida. Ngarroba maniobró los martinets que accionaban las «patas» hasta que el cohete quedó en posición inclinada. Gargi trabajó con la máquina calculadora. Sung Ling preparó el programa del piloto automático.

—Apriete el botón a estas horas —indicó—. Durante cinco minutos. La partida será automática. Es más seguro. No toque nada, mientras no oiga las señales desde la Tierra. Las oirá sólo después del tercer día. Entonces empiece a transmitir. Antes sería inútil; el Sol hace de obstáculo y...

—Ya lo sé...

—Mi deber es darle estas instrucciones. Apriete este botón, y todo lo que le he dicho le será repetido cuantas veces desee.

—Lo sé.

—Muy bien, buena guardia.

—La patrulla saldrá dentro de media hora —advirtió Karbysev, tras echar una ojeada al reloj—. ¡Pónganse las escafandras!

Uno tras otro, los expedicionarios entraron en el tambor, vistieron las escafandras y por la escalerilla móvil descendieron al exterior.

—Controlemos los relojes —dijo Karbysev.

—¡En marcha!

Un breve apretón de manos, y tres de las figuras con escafandra empezaron a caminar por el fango. La cuarta permaneció junto al cohete, apuntado hacia el cielo.

—¡Los *kou* celestes, los *kou* celestes! —gritó Loo, acercándose a toda carrera a las Grandes Cavernas—. ¡Los *kou* celestes han descendido cerca de la Gran Agua!

Pero vio que todos callaban y miraban temerosos al viejo Chtz. La tribu estaba reunida. Sólo dos o tres volvieron la cabeza un instante hacia Loo. Chtz, agitando los brazos, decía:

—¡Eran bípedos! Con la cabeza redonda, la piel lisa, como el gulu. Gente pequeña, débil. Sólo uno tenía una buena estatura, pero era más pequeño que muchos de nuestra tribu.

Chtz indicó con gestos la estatura de los hombres de cabeza redonda. Recogió del suelo un verde fruto del *tagu* y explicó que así era la cabeza de los extraños seres. Quizá ni siquiera sabían nadar, porque sus pies eran pequeñísimos, rectos y gruesos como vigas.

Chtz dio a entender a los reunidos que los seres que él había visto pertenecían a un nivel de desarrollo muy bajo, más bajo que el de los bípedos de la casta Ho, que no sabían fabricar los «punzones volantes», por lo cual no podían cazar al gulu y se alimentaban de lo que recogían en el bosque.

—Caminan mal —insistió Chtz.

Les había visto caer en un largo plano. Se habían puesto hasta a gatas (en la voz de Chtz resonaba un profundo desprecio) y se arrastraban como si no fuesen bípedos. Lo eran, desde luego, aunque en estado salvaje. Se habían apoderado de un «punzón volante», que extrajeron del cuerpo del gulu. Movían las cabezas así (Chtz repitió los movimientos de los extranjeros); aunque Chtz no pudo comprenderles, se había dado cuenta de que estaban fuertemente maravillados. No sabían hacer los «punzones volantes».

—¡Ah! —De la multitud se levantó una exclamación de desprecio.

—Sabéis que nuestro pueblo es el más fuerte —continuó Chtz—, el más valeroso, el más listo.

Gesticuló, se golpeó el pecho, asumió la actitud que indicaba la fuerza, el valor, la astucia.

—Nadie sabe de dónde vienen esos extranjeros de cabeza redonda.

En aquel momento, como empujado por una fuerza misteriosa, Loo se adelantó. Mientras el viejo Chtz hablaba de los extraños forasteros, Loo temblaba de impaciencia. ¡Cuántos acontecimientos de golpe! Cuando el jefe explicó, desdenoso, que los cabezas redondas se arrastraban a cuatro patas, Loo quiso ocultarse: recordaba que él mismo había violado la ley. Pero lo que vino después le hizo olvidar todo. Y cuando el jefe dijo que desconocía la procedencia de los forasteros, se adelantó.

—Los *kou* celestes —murmuró—. Los *kou* celestes. -El, Loo, había visto algo bajar desde las nubes. -• Loo no sabía hablar como el viejo Chtz, el cual sabía muchas palabras y era capaz de mostrar lo que resultaba difícil de expresar con palabras.

Loo tenía la cabeza llena de pensamientos. Nunca había pensado tanto. Quería decir... ¿Qué quería decir? Ni siquiera él lo sabía.

Agitó los brazos y murmuró:

—Los *kou* celestes.

Saltaba sobre su sitio, volviendo los ojos ardientes, suplicantes, hacia sus compañeros de tribu.

Al principio todos callaron, en espera de sus palabras, pero luego, el jefe levantó una mano y empezó a golpearse el pecho.

—Chtz sabe lo que hay que hacer —gritó—. ¡Chtz sabe! ¡Escuchad a Chtz!

Moverse en el cohete inclinado era incómodo, aunque los equipos y parte del pavimento hubiesen adoptado automáticamente una posición horizontal. Había que salvar los obstáculos que se habían formado en el interior.

En el horizonte, una línea de bajas colinas ligeramente ondulada, Gargi no notó nada. Era una grave limitación el no poder comunicarse con la patrulla por radio. Las paredes del cohete no permitían el paso de las ondas de radio y la antena exterior estaba ya colocada para la recepción de las señales de la Tierra. Las instrucciones eran claras: no se podía tocar nada, nada debía modificarse en el cohete, preparado para la partida. Naturalmente, las instrucciones preveían que, en este caso, todo el equipo estuviese en el cohete y nadie saliera de él por ningún motivo. Evidentemente, había algo superado en las instrucciones o en la construcción del aparato.

Tras mirar durante unos diez minutos la conocida y monótona línea del horizonte, Gargi volvió a su puesto principal de observación. Sentado en una butaca, vio, a través del ojo de buey, la pendiente gris de la colina, sobre la cual se hallaban esparcidos dos o tres docenas de venablos. Habría podido recoger una buena colección para el museo de poder salir. El asedio duraba ya unas buenas dos horas.

Es probable que los seres ocultos en el bosque que limitaba el claro donde se había posado el cohete hubieran confundido éste con un tautolón de raza desconocida. Las dimensiones no asustaban a los venusinos, acostumbrados a los gigantes del reino vegetal y animal. Y sabían hacer frente a los tautolones, lanzándoles espesas nubes de venablos.

Como es natural, las puntas de piedra no habían logrado perforar el cohete. Las jabalinas rebotaban, probablemente, ante el pasmo de los cazadores. Pero... Gargi echó una ojeada al reloj. La patrulla ya debería haber regresado una hora antes. Gargi se acercó de nuevo al ojo de buey de la parte opuesta. Por muy importantes que fuesen las observaciones científicas, no podía olvidar que estaba allí de centinela.

Por aquella parte, la pendiente de la colina aparecía desnuda y el terreno descubierto hasta el horizonte. No, por aquella parte no era posible acercarse al cohete sin dejarse ver.

— ¿Habrán encontrado los venusinos la patrulla y han venido aquí después? —pensó Gargi.

Pronunció estas palabras en voz alta. Hacía dos horas que hablaba en voz alta, comentando cada uno de sus pasos, expresando cada uno de sus pensamientos. La grabadora debía fijarlo todo en el diario.

Gargi se sobresaltó. En el horizonte había aparecido una figura oscura. Gargi amplió el ojo de buey. La figura se acercaba, pero era imposible distinguirla bien. Se delineó confusamente en lontananza durante sus buenos diez minutos y luego desapareció de improviso. ¿Qué había pasado? ¿Resbaló, quizá, por un escarpado? ¿O había caído a un barranco? Esperó, pero la figura no reapareció.

Por el contrario, vio otra en el horizonte. ¡Escafandra azul! ¿Ngarroba? ¿Entonces, el primero era Sung Ling? Porque su escafandra es negra. ¿Y Karbysev?

Ngarroba caminaba solo, lentamente, sobre un terreno accidentado. Gargi le vio rodear pequeños lagos. Hasta distinguió el venablo que el africano se había llevado consigo. De improviso, Ngarroba desapareció también.

¿Adonde habían ido a parar? Gargi examinó atentamente el punto donde las figuras desaparecieron. De repente reapareció la primera, saliendo del punto en donde se había ocultado poco antes. Parecía reemprender el camino en dirección al cohete.

La inquietud del científico indio aumentó cuando la escafandra negra de Sung Ling desapareció nuevamente, tan de improviso como la primera vez. El campo de visión del ojo de buey quedó vacío.

Pasó un minuto, dos, tres... Reapareció de nuevo una figura humana, pero no era Sung Ling...; era Ngarroba, salido del mismo sitio que su compañero. Ahora era él quien se dirigía al cohete.

Tras recorrer unos quinientos metros, Ngarroba desapareció de nuevo, pero Gargi ya no se maravilló. Esperó la reaparición de Sung Ling, que no tardó en producirse.

El indio había comprendido. La patrulla regresaba en formación dispersa para evitar una emboscada, era evidente.

¿Pero dónde estaba el tercero? ¿Dónde se había metido el jefe de la expedición?

¿Y qué debía hacer ahora?

¡La patrulla iba justamente al encuentro del peligro que quería evitar!

Pero no era preciso hacer nada. Los venusinos se encontraban al otro lado de la colina y no veían lo que Gargi divisaba desde el ojo de buey. Bastaba con que Sung Ling y los otros se reuniesen al pie de la colina, lo más cercano posible del cohete, para saltar con rapidez a la escotilla durante el breve instante en que ésta se podía abrir sin peligro. En aquel momento sería conveniente distraer la atención de los sitiadores.

Sin embargo, había que comunicar inmediatamente la situación a la patrulla. Tenía que abrir la escotilla. Sólo se podía hacer eso.

Gargi se acercó a la escotilla de salida, quitó el seguro y apretó un botón. El pesado postigo se deslizó lentamente sobre sus guías.

El mecanismo, ya viejo, no era muy rápido. Gargi esperó a que se hubiese abierto lo suficiente y se introdujo al punto en el tambor. Ahora debía esperar a que la puerta se cerrara de nuevo. Sólo entonces podría extraer su escafandra del armario hermético.

Al ponerse la escafandra, Gargi observó el tambor. Estaba calculado para una sola persona, pero en caso de apuro habría podido contener hasta dos. ¿Y tres? Pensó en la maciza corpulencia de Ngarroba y sacudió la cabeza. ¿Cabrían los tres? ¡Hasta entonces sólo había visto dos!

Ya tenía la escafandra puesta. Ahora, el portillo exterior. Este se abrió de golpe.

Gargi gritó rápidamente las frases que tenía preparadas, mirando más hacia el lado de donde llovían los venablos que hacia la pendiente desnuda. Aún consiguió ver cómo Sung Ling llegaba casi al pie de la colina. Sung Ling se tiró al suelo a su grito de atención y permaneció tendido, escuchando. Ngarroba también escucharía, desde luego. Quizá, incluso Karbysev, a pesar de que...

El portillo al que Gargi estaba agarrado tembló y un venablo con la punta rota cayó al suelo gris.

Involuntariamente, Gargi habló más de prisa, intentando hacerlo con claridad. La dicción que enseñan en todas las escuelas de la Tierra le resultaba ahora muy útil.

Un segundo venablo golpeó a Gargi en el hombro. El tejido de la escafandra se regenera de inmediato automáticamente, pero, ¿cómo saber si la punta de piedra había atravesado las dos capas o sólo la exterior? Gargi sabía que bastaba un simple instante para que penetrasen por el agujero millones de microbios, más peligrosos para los habitantes de la Tierra que los lanzadores de venablos. Escondió la cabeza tras el portillo, dejando asomar sólo la antena.

Un tercer venablo le pasó justo por debajo de las narices, y no supo si el lanzador había salido de los matorrales o se había mantenido allí a cubierto.

Era suficiente. Gargi se retiró. Sólo Sung Ling le había contestado. Una presión sobre la llave y el portillo se cerró de golpe. Los treinta y dos pernos automotrices se dispararon. Gargi enchufó el pulverizador. Durante diez minutos debía someterse a un sistema de corrientes desinfectantes. No hacía falta mirar el reloj; el proceso se efectuaba automáticamente. A pesar de todo, era imposible acelerar la operación. El proceso no terminaba hasta que los instrumentos de control hubiesen establecido que todo estaba en orden; sólo entonces se abría la puerta interior.

La desinfección terminó. Se quitó la escafandra y la dejó en el armario. La puerta del tambor se abrió lentamente y, por fin, Gargi entró en el salón.

¡Al trabajo! Debía encender la luz roja de señalización sobre el morro del cohete. Pero para ello era necesario descender la butaca, extenderse sobre ella y sujetarse las gruesas correas acolchadas; mientras, el botón de la luz de señal no funcionaba. Se trataba, en efecto de la señal de partida: significaba que el equipo estaba dispuesto para el vuelo. Por una parte, naturalmente, era conveniente que la expedición a Venus utilizase un modelo seguro, reconocido, pero por otra, aquel viejo sistema de señalización y de seguridad resultaba un poco ridículo. Gargi estaba extendido sobre la butaca, atado como un cajero atacado por unos bandidos, si hemos de creer las viejas películas que a veces pasan por la televisión. Bajo el índice de su mano derecha se hallaba el botón.

Lo apretó una vez, dos, tres. Los rayos rojos brillaban en la cima del cohete hasta en la luz clara del largo día de Venus. Atraería la atención de los venusinos. El rayo debía ser visto por todos desde los matorrales. Que levantasen la mirada hacia el cielo y que no viesen lo que sucedía abajo.

Gargi enchufó el mecanismo del portillo exterior. Para abrirlo bastaría ahora apretar el botón exterior.

Un riesgo, porque también podrían hacerlo los venusinos.

Tumbado como se hallaba no podía ver a través del ojo de buey. Veía sólo el gran reloj colgado ante él. En el cuadrante brillaban las cifras: rojas las horas, verdes los minutos, amarillos los segundos. Si todo marchaba según lo previsto, Ngarroba y Sung Ling, en aquel momento, debían correr hacia el portillo.

Gargi marcó las fracciones sobre el pulsador. Intentó no pensar cómo tres personas (esperaba que fuesen tres) podrían entrar en el tambor. El primero lograría subirse fácilmente. Tendería la mano al segundo. El tercero... ¿Quién sería el tercero? Por un momento, Gargi vio claramente los pies del tercero pender del portillo. Vio a los seres de espeso pelaje, desnudos, agarrar con sus manos fuertes, en un apretón de acero, los pies colgantes, tirar, izarse al portillo...

Sobre el gran cuadrante brillaban las cifras luminosas. Ahora incluso debería abandonar el pulsador, pero Gargi continuó haciendo señales. La luz intermitente de la señal quizá podía tener un efecto mágico sobre los habitantes de Venus.

Pasó el tiempo. Las cifras verdes se alternaban despiadada, inevitablemente. Un minuto más, y otro, y otro...

Gargi sintió que la frente se le llenaba de sudor.

La puerta se abrió. Con sorprendente lucidez, el indio se imaginó que un brazo peludo aparecía por la rendija.

Empezó a quitarse febrilmente la correa que lo tenía sujeto a la butaca.

Por la puerta apareció una mano desnuda, oscura.

— ¡Uf! —bufó alguien.

Gargi dio un salto.

Por el ojo de buey vio, aumentada por la lente, una cabeza hirsuta con los arcos superciliares prominentes, pelos lacios, con ojos pequeños casi sin párpados, que le miraban.

— ¡Cámara! —gritó el indio, casi maquinalmente. El tomavistas instalado frente al ojo de buey entró en seguida en funciones. Silencioso, como todos los aparatos modernos; sólo el disco giratorio con su flecha indicaba que estaba tomando la escena.

La puerta se había abierto ya casi en su tercera parte, pero no aparecía nadie. Sólo se oía llegar del tambor un desesperado jaleo.

Gargi dio dos pasos adelante, y los sonidos que oyó le parecieron música.

—Diablo, ¡qué estrecho es esto!

¡Era Ngarroba!

Gargi se lanzó hacia adelante. Distinguió un lío de brazos y piernas. No se dio cuenta aún de que estaban todos. El primero en liberarse y entrar en la sala fue Ngarroba, que cayó justo en sus brazos.

— ¡Uf! —bufó—. Un minuto más y estaría muerto. No sé cómo hemos conseguido quitarnos las escafandras.

—Y lo dice él, que ocupaba las tres cuartas partes del tambor —se quejó Sung Ling, aparecido en segundo lugar. Añadió, vuelto hacia Gargi—: Karbysev se ha visto obligado a usar la pistola. Nos ha cubierto la retirada. Pero disparando al aire... Pero, ¿qué sucede?

Al salir Ngarroba y Sung Ling, en el tambor quedaba aún una persona tumbada sobre el pavimento. Karbysev tenía un brazo tendido hacia delante, apretando en la mano un puñado de pelos lacios; el otro brazo estaba doblado bajo el cuerpo. La cara, palidísima, parecía la de un cadáver. -- — ¡Rápido! —gritó Sung Ling.

El científico chino había perdido por primera vez su habitual sangre fría.

Ngarroba levantó el cuerpo de Karbysev y lo depositó sobre la butaca extendida, ocupada poco antes por Gargi. Este, con manos temblorosas, tomó una jeringa.

Sung Ling, a su vez, desnudó rápidamente a Karbysev,

El cuerpo del jefe de la expedición estaba cubierto de grandes morados y equimosis. En particular, las manos y los pies estaban salpicados de manchas rojizas. Sobre el bíceps izquierdo aparecían las huellas azules de cuatro dedos grandes. En el cuello se notaba una mancha negra.

—Esta es la más peligrosa —silbó Sung Ling, entre dientes—. ¡Pinche!

Gargi ya había apretado el botón de la jeringa.

— ¡El electro animador!

Ngarroba acercó un brillante reflector que había tomado, junto con el cable, de un armarito colgado en la pared. Tras colocar el casco en la cabeza de Karbysev, enchufó la corriente.

— ¡Electro respiración!... ¡Electrocardio!... —se oyó en el profundo silencio.

Rodeado de hilos y de instrumentos, Karbysev yacía examine.

— ¡Esta no se la perdonaré! —murmuró Ngarroba, desolado y con ira, acercando la botella de oxígeno al aparato de respiración artificial.

Sólo al decimosexto minuto los párpados de Karbysev se movieron perceptiblemente.

—Salvado —suspiró Sung Ling, con alivio—. Sólo le debía quedar una gota de vida... Ahora, el máximo de precauciones.

Encendió el electro animador. Gargi reguló el electro respirador y el electrocardio a un régimen más bajo.

Karbysev permaneció inmóvil todavía durante un cuarto de hora. Luego abrió los ojos.

— ¿Todos sanos? —preguntó, volviendo la mirada al rostro de sus compañeros.

Sus mejillas recobraron el color. Levantó la cabeza.

—Le han zurrado bien —dijo Gargi, feliz.

—Ha sido Ngarroba —bromeó Karbysev, moviendo, con fatiga, los pálidos labios—. Me ha apretado tanto que me ha reducido a la mitad de mi volumen normal. Pero he entrado en el tambor. ¡Gracias, Ngarroba!

—No, no he sido yo —replicó Ngarroba, extendiendo una pomada blanca sobre las equimosis del cuerpo de Karbysev.

Las manchas azules y rojas, al punto empezaron a desaparecer.

Karbysev tensó todo su cuerpo. Intentó sentarse.

— ¡Los huesos están enteros, menos mal! Nunca he visto gente tan fuerte.

-¿Y tu pistola?

-Humm...

No se encontró ni en el tambor, ni en la escafandra.

—No recuerdo... ¡Ha sido como un sueño! Extraños seres me apretaban por todas partes, morros bestiales, de narices enormes, manos de cuatro dedos con membranas en la base, dedos largos... Me agarraban, me estiraban. Luego, Ngarroba me ha subido. Creo que han quitado la escalerilla... No recuerdo más.

—Bien —Gargi sacudió la cabeza—. Se diría que hemos armado a nuestros adversarios.

—No deseaba considerarlos como enemigos —dijo, lentamente, Karbysev, y se tendió de nuevo en la butaca.

—Intenta explicárselo. —Ngarroba indicó el ojo de buey.

Aún estaba allí la cabeza hirsuta de ojos redondos. Más lejos se veían otros venusinos. Los cazadores de tautolones habían comprendido, evidentemente, que el cohete no podía pegar patadas, ni moverse, aunque tuviese muchas patas. Quizá la desaparición en el interior del cohete de los tres hombres perseguidos había suscitado en ellos ciertos pensamientos. En una palabra, se habían hecho más valientes.

—No lo asustéis —aconsejó Sung Ling, pero algo alejó al venusino, que desapareció. El tomavistas emitió un leve silbido. Gargi se inclinó para cambiar el rollo.

— ¡Qué pena haber perdido un ejemplar semejante!

El venusino se hallaba ahora a diez pasos del ojo de buey y podía ser observado de cuerpo entero. Alto, de una caja torácica muy saliente, pies enormes con largos dedos, recubierto de lanas lacias, daba la impresión de una poderosa fuerza primitiva.

—No es muy guapo —observó Gargi—. Según nuestros cánones, naturalmente. Pero, por supuesto está sano y fuerte.

—Observen el cráneo —dijo Sung Ling—. Parece el del hombre de Neandertal con...; palabra de honor, me parece haberlo visto ya en algún museo de la Tierra. Probablemente tiene el cerebro muy desarrollado, más de lo que parece. La caja torácica, sin duda, se ha hecho tan amplia por alguna necesidad. Los pulmones tienen que absorber mucho aire, dada la carencia de oxígeno. Miren, el volumen del tórax es casi la mitad del cuerpo.

—De todas formas, estos seres hace tiempo que olvidaron la época en que caminaban a cuatro patas —precisó Ngarroba—. Sus ademanes son torpes, a causa de la estructura del cuerpo, pero, en cambio, ¡qué seguridad!

De pronto, se rió.

— ¿Qué pasa? —preguntó Gargi.

—Algo divertido. Durante cuatro horas hemos seguido a estos seres y no vimos ni uno. Y usted, Gargi, el desafortunado que tuvo que quedarse de guardia en el cohete, fue el primero en verlos.

—¿No encontraron ninguno?

—Vimos un tautolón cubierto de venablos. Después de esto se nos pasó el deseo de hablar sin intérprete con los propietarios de esos venablos.

—Era evidente que habían interrumpido la caza de improvisado —añadió Sung Ling.

—Comprendimos que habían descubierto el cohete. ¿Qué otra cosa podría haberles maravillado o asustado tanto? Entonces, decidimos regresar. Y para no caer en sus manos hemos tomado algunas medidas de seguridad. Es por esta razón que tardamos tanto en llegar.

— ¿Y su venablo? —preguntó Gargi.

—Lo tiré —declaró Ngarroba—. Me estorbaba al embarcar. Por otra parte, cerca del cohete había tantos, que creí que quizá usted había hecho una cosecha suficiente.

—No he podido —confesó Gargi, desolado—. Han aparecido de golpe, y me refugié inmediatamente en el cohete. Los venablos los lanzaron luego. Es posible que ni me han visto; deben haber atacado al cohete.

—Creo que pretendían cogernos vivos —declaró Ngarroba—. Debemos ser para ellos un misterio más grande del que lo puedan constituir ellos para nosotros. ¡Quizá hayan decidido estudiarnos más a fondo!

—Parece que se preparan para marcharse —observó Gargi, que miraba por el ojo de buey.

—Es más probable que se escondan en la maleza —repuso Sung Ling.

—No creo que levanten el asedio. Los venusinos abandonaban el claro que rodeaba al cohete. Algunos recogían los venablos.

— ¡Se llevan las últimas pruebas materiales! —Exclamó Gargi—. Sólo nos queda la película. Y no hemos descubierto siquiera con qué roca hacen las puntas.

—Allí queda alguien aún.

—Sí, pero de guardia.

Efectivamente, el venusino que había mirado a través del ojo de buey no parecía tener la menor intención de irse.

—No importa —declaró, de repente, Ngarroba, con decisión—. ¡No nos lo impedirá!

— ¿Pretende usted salir por los venablos?

— ¿Los venablos? —Ngarroba se levantó. Tendió sus brazos de atleta y tensó sus músculos—. Ese chico debe ser más fuerte que yo —Ngarroba señaló al ojo de buey—, pero dudo que conozca todas las llaves de lucha libre, mi deporte favorito cuando yo era joven.

— ¿Un chico?

—Seguro. Entre nuestros asaltantes había uno lleno de arrugas, por supuesto, el jefe, que se mantenía aparte, y se limitaba a agitar sus largos brazos. Con respecto a él, ese de ahí fuera, es un lactante.

—Pero, ¿qué está pensando? Quiere...

— ¿Por qué no?

—Un trofeo semejante... —murmuró, pensativo, Gargi.

Karbysev levantó una mano como si tuviese intención de decir algo, pero la expresión del rostro de Sung Ling lo detuvo.

—No lo conseguiré —observó, con calma, el científico chino.

—Cuenten conmigo. —Ngarroba se irguió en toda su estatura.

—Es por lo menos tres veces más fuerte que usted —insistió Sung Ling—. Observe su musculatura.

Con la cabeza inclinada, el hombre peludo caminaba por la ladera cubierta de pisadas, lanzando de vez en cuando, por debajo de su mata de pelo, una ojeada al cohete. Sobre su amplia espalda se levantaban a cada movimiento de los músculos unas gruesas protuberancias.

—No intente convencerme —cortó el africano—. Después de todo, nosotros somos cuatro. Y tenemos ocho brazos, y también eso cuenta.

—Dejemos aparte las reglas deportivas, que aquí no sirven para nada; si nos echamos todos sobre él, lo reduciremos.

Sung Ling miró a Ngarroba con una sonrisa infantil.

—La idea es tentadora— admitió Gargi—. Pero, ¿qué hacemos con nuestra pistola...?

— ¿Aún está cargada?

Karbysev no tuvo tiempo de contestar.

Un fugaz rayo azul salió del cañón. El hombre peludo cayó al suelo. Su enorme y prominente pecho se quedó inmóvil.

—Magnífica ocasión para probar la resistencia del organismo del hombre de Venus —dijo Sung Ling, plácidamente—. Será interesante observar en cuántos minutos recuperará el sentido.

— ¡Ahora! —gritó Ngarroba, lanzándose hacia la puerta.

— ¡Quietos! —se opuso resueltamente Karbysev, intentando sentarse. Estaba pálido de la emoción.

—Hay que traerlo aquí antes de que se despierte —replicó, impaciente, el africano.

— ¿Y qué ocurrirá cuando despierte? —preguntó Karbysev.

—Lo pondrá todo patas arriba —reconoció Gargi.

— ¡Le dormiremos!

Ngarroba se calmó en el acto. Se sentó en una butaca y lanzó una mirada hacia el interior del cohete. Delicados instrumentos, producto de la técnica más avanzada, rodeaban a los viajeros. Agujas nerviosas, cuadrantes, lucecillas brillantes, plumas automáticas que escribían líneas infinitas sobre cintas de papel, analizadores de aire en continua actividad, aparatos de dirección... El cohete era un complejo organismo artificial que parecía vivir una vida propia.

Ngarroba lanzó un profundo suspiro y se acercó al ojo de buey. El joven venusino, el ser salvaje que no conocía ni siquiera el vestido, yacía sobre el blando suelo de su planeta natal.

—Es un ser humano —dijo Sung Ling, expresando lo que todos pensaban.

—Ngarroba, con su carácter, es capaz de arrastrar a cualquiera —suspiró Gargi.

—Un hombre valeroso, fuerte —añadió el científico chino—. Todo su comportamiento lo demuestra.

—Este hombre, aun tan semejante a un animal, no ha conocido las cadenas en su vida —dijo Karbysev, tras una pausa—. En esta zona, siempre caliente, del planeta, donde casi no existen las estaciones, él seguirá viviendo quizá durante miles de años, desnudo, cubierto sólo por esas lanas que, probablemente, le sirven de colchón. Pero, queridos amigos, ha inventado el venablo, razona. Sí, es el amo de Venus. Aunque no lo entienda, aunque no conozca con precisión el mundo en que vive.

—Y he aquí que llegan hombres de otros planetas —terminó Sung Ling, con una ligera sonrisa—, hombres con un nivel de desarrollo incomparablemente más alto, y lo primero que hacen es capturar al hombre libre, a su manera, de Venus y llevarlo prisionero a la Tierra.

—Entonces, ¿qué propone? —preguntó Ngarroba. Estaba terriblemente herido en su ardor deportivo. La máquina tomavistas emitió un breve silbido.

— ¡Rollo!—gritó Ngarroba—. Se está despertando. En su voz resonaba aún una ligera nota de desacuerdo. Gargi cambió el rollo.

Todos se amontonaron sobre el ojo de buey. El pecho del hombre de Venus empezaba a palpar con mayor fuerza.

— ¿Qué propone? —gritó Ngarroba.

—Nosotros, hombres de la Tierra —declaró Karbysev—, nos hemos convertido en el dios de cuya voluntad dependerá, de ahora en adelante, la suerte de los habitantes de Venus. No sé si ellos poseerán una mitología, pero somos superiores a sus dioses. Somos más poderosos. Depende de nosotros el ejercer una influencia justa en su desarrollo y acelerarlo lo más posible. Después de amplios contactos, cuando hayamos conseguido dar a la población de Venus una idea de lo que es la Tierra, les invitaremos a visitar nuestro planeta.

— ¿Y esto es humanidad?

—Sí.

—Debemos someter este proyecto a la población de la Tierra —dijo Sung Ling.

—E inmediatamente —añadió Karbysev—El cohete está dispuesto para partir a la hora fijada—recordó Gargi—. Dentro de poco se podrá pulsar el botón.

—Pero es una pena abandonar este planeta tan pronto—protestó Ngarroba—. Es la primera vez que me encuentro en Venus..., y había deseado tanto participar en esta expedición... Miren, se levanta...

El cuerpo del joven aborigen fue sacudido por un estremecimiento. El venusino abrió los ojos redondos y penetrantes y por un instante se fijó en el cohete. ¿Vio a los terrestres? De improviso, se incorporó y echó a correr. Luego se detuvo y volvió a caminar sin prisa, bamboleando el cuerpo, mirando a su alrededor. Un instante después desapareció en la espesa vegetación.

— ¡Simpático muchacho! —Sonrió Ngarroba—. Y, además, parece un tipo de carácter...

Loo corrió hacia adelante, en dirección al extraño gulu posado sobre tantas patas, sin que él mismo supiese el motivo. Algo le empujaba hacia el gran monstruo acurrucado en la colina. El miedo que tuvo cuando el cohete descendió de las nubes, había desaparecido. Loo no podía decir con seguridad si el objeto bajado de las nubes, que tanto le había asustado, y aquella masa encogida, como si estuviese a punto de dar un salto, fuesen la misma cosa. Pero estaba emocionado, como cuando, delante de toda la tribu, quería hablar de los *kou* celestes.

Loo no hubiera debido salir de la maleza. Según el plan del jefe, tenía que permanecer al acecho con sus compañeros. Pero lo hizo, y echó a correr como si alguien le empujara. Vio el enorme ojo del gulu, y en su interior vio brillar algo. Todas las criaturas que Loo había encontrado en su vida tenían los ojos saltones y

faltos de expresión, en los que no aparecía nada que se pareciera remotamente a una sombra. Sólo los bípedos poseían ojos capaces de adoptar expresiones distintas.

Loo se acercó y se puso a mirar en el ojo del gulu, grande como la entrada a la Caverna del Fuego.

Y lo que vio le impresionó. Dentro del ojo había bípedos. Sí, sí, unos bípedos. Chtz siempre habla proclamado que los seres que no caminan a cuatro patas y no saltan como los gulus irritados son *kou*, bípedos. Sólo los *kou* caminan erguidos. Los *kou* que Loo veía con los ojos abiertos de par en par no eran semejantes a los bípedos de su tribu o a los de la tribu de Ho. Pero caminaban sobre sus piernas y agitaban las manos, casi como hacían los *kou* de la tribu de Loo cuando hablaban. Tenían una piel con pliegues, sin lana, y sus piernas eran demasiado largas. En general eran feos, pero Loo sentía que aquellos seres eran *kou*.

Chtz, irritado, le llamó. Tras el fracaso del ataque contra los cabezas redondas, todos habían regresado a la maleza. Sólo Loo había permanecido cerca del gran gulu. No podía alejarse de allí. ¿Dónde estarían los extranjeros? Habían desaparecido en la boca que el gulu tenía en el vientre. Y los *kou* que se hallaban en el interior del gulu no se parecían a los de cabeza lisa que habían entrado...

En aquel momento Loo vio a sus pies un hueso brillante, estuvo a punto de pisarlo. Lo cogió. Un golpe en la cabeza le hizo caer.

Cuando volvió a abrir los ojos, el gran gulu bailaba sobre él. Lo miró y el gulu se calmó. De pronto fue presa del miedo. Un miedo incontenible. Saltó sobre los pies y se puso a correr. Luego, el miedo se le pasó. Volvió a caminar despacio, mirando en torno suyo; el gulu le miraba con su ojo, en el que de nuevo algo brillaba.

Chtz ordenó a todos que se escondieran tras las matas y que no asomasen ni la nariz. El jefe pensaba que los cabezas lisas saldrían otra vez. Entonces, los cazadores los cogerían. El jefe ignoraba quiénes eran; nunca había visto otros parecidos por las cercanías.

Un antiguo y vago instinto engendraba en él una cierta preocupación. De haber podido expresar con palabras sus propios sentimientos, habría dicho que lo desconocido lleva en sí un cierto peligro. Alargando las narices, Chtz husmeó ávidamente el aire.

Desde su escondite, Loo observaba al gran gulu. ¿Estaría de pie o sentado? Era difícil de saber. Sólo los ojos brillaban a veces como los de algunos animales nocturnos.

Así pasó mucho tiempo. No sucedió nada.

De improviso, un rayo cegador se desprendió del cuerpo del gulu, lamiendo las pendientes de la colina.

Loo sintió que le fallaban las piernas.

El gulu rugía con tal fuerza que Loo comprendió claramente que era un ser celestial. Sólo los seres celestiales truenan sobre todo el mundo cuando charlan entre ellos. El gulu gritaba algo al cielo.

Luego empezó a levantar el morro y las patas desaparecieron. Las había retirado o doblado, como hacen los *kici*, que flotan entre los lagos.

El gulu rugía. Ahora estaba tieso como el tronco de un árbol y ya no tocaba el suelo. Se levantó. Alzaría el vuelo porque era un gulu celeste. Y los *kou* que él había visto en el ojo del gulu eran los *Kou* celestes. El ruido era tal que no podía oír nada más.

El gulu empezó a levantarse lenta, muy lentamente. Luego, de pronto, saltó hacia arriba y desapareció entre las nubes. Sólo el rayo, como una cola transparente, quedó visible durante un cierto tiempo, hasta debilitarse, y desapareció.

Loo, en pie, con la cabeza inclinada, permaneció observando el cielo.

No sabía que allí, en el cielo de Venus, donde los *kou* celestes volaban hacia un lejano planeta invisible tras la espesa cortina de nubes, se decidiría su suerte y la de todos sus consanguíneos. Loo y las futuras generaciones venusinas nunca conocerían la esclavitud, la guerra, la opresión. Los *kou* celestes tenderían una mano a sus hermanos salvajes y les guiarían por el mundo de la razón y de la libertad, cubriendo de golpe todas las etapas que deberían haber recorrido.

Loo no sabía nada de todo esto. Miró al cielo hasta que se apagó la última luz del gulu celeste.

Los Cangrejos Caminan Sobre la Isla

A. Dneprov

— ¡Eh, vosotros! ¡Estad atentos! —gritó Kukling.

Los marineros, con el agua hasta la cintura, tras haber izado a bordo de la chalupa una pequeña caja, intentaban hacerla resbalar a lo largo de la borda,

Se trataba de la última de las diez cajas que el ingeniero había llevado a la isla.

— ¡Qué calor! ¡Un verdadero infierno! —gimió Kukling, secándose el cuello grueso y corto con un pañuelo multicolor. Se quitó la camisa, empapada de sudor, y la tiró sobre la arena—. Desnúdese, Bud, aquí no hay «civilización»...

Yo miraba con tristeza el esbelto velero que se balanceaba lentamente sobre las olas a unos dos kilómetros de la orilla. Volvería a recogerlos dentro de veinte días.

— ¿Y quién diablos le ha hecho venir con sus máquinas a este infierno? —pregunté a Kukling, mientras me desembarazaba de mis ropas.

—Este sol nos será muy útil. A propósito, mire, ahora es exactamente mediodía y el sol se halla encima de nuestras cabezas.

—En el ecuador siempre es así —murmuré, sin quitar la mirada de la *Colombina*—. Consta en todos los manuales de geografía.

Los marineros, mientras tanto, habían salido del agua para formarse en silencio frente al ingeniero. Este introdujo lentamente una mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—¿Será suficiente? —preguntó, dando algunos a los marineros.

Uno de ellos asintió con la cabeza.

—De acuerdo... Podéis volver a bordo. Y recordad al capitán Hail que le esperamos dentro de veinte días.

—Y ahora, al trabajo, Bud —dijo Kukling, dirigiéndose a mí—. No veo la hora de empezar. Le miré.

—A decir verdad, no tengo la más mínima idea de para qué hemos venido aquí. Comprendo que en el Almirantazgo le fuera difícil explicármelo, pero ahora creo que ya es el momento.

Kukling hizo una mueca y mira la arena.

—Desde luego. Pero también se lo hubiese contado allí, de haber tenido tiempo.

Comprendí que mentía, pero no dije nada. Mientras, Kukling se frotaba el cuello morado con su mano gordinflona.

Siempre hacía eso cuando iba a decir una mentira.

—Mire, Bud, se trata de un divertido experimento para comprobar la teoría de un tal... ¿Cómo se llama? —Se confundió y me miró a los ojos, escrutándome.

— ¿Quién?

—Un científico inglés... Demonios, se me escapa el nombre. ¡Ah, ya me acuerdo! Se llama Carlos Darwin...

Me acerqué a él y le puse la mano sobre el hombro desnudo.

—Escuche, Kukling. Parece usted convencido de que soy un cretino, de que no sé quién era Carlos Darwin. Déjese de mentiras y explíqueme clara y limpiamente qué hacemos en este montón de arena incandescente en medio del océano. Y, por el amor de Dios, no vuelva a mencionar a Darwin.

Kukling estalló en una carcajada, abriendo la boca, llena de dientes postizos. Alejándose de mí unos pasos, dijo:

— Pues es usted realmente tonto, Bud. Porque precisamente es a Darwin a quien venimos a experimentar.

— ¿Y para eso ha traído aquí esas diez cajas de hierro? —pregunté, acercándome de nuevo a él. Sentía hervir en mí el odio hacia aquel gordinflón reluciente de sudor.

—Sí, en efecto —contestó Kukling, poniéndose serio—. por ahora, su trabajo consistirá en abrir la caja número uno, sacar la tienda, el agua, las conservas y el instrumento necesario para la apertura de las restantes cajas.

Kukling se dirigía a mí otra vez en el mismo tono que había hablado en el Polígono, cuando fuimos presentados. Entonces llevaba uniforme militar, como yo.

—Muy bien —dijo, entre dientes, y me acerqué a la caja número uno.

La gran tienda fue levantada en aquel mismo lugar, cerca de la orilla. Necesité cerca de dos horas. Sacamos la azada, la badila, el martillo, algunos destornilladores, el cortafrío y las herramientas de ferretería. Almacenamos cerca de un centenar de latas de conservas variadas y los bidones de agua dulce.

A pesar de sus funciones de jefe, Kukling trabajó como un negro. Era evidente que tenía prisa por empezar la tarea que le había traído hasta allí. La realizamos con tal ardor que no nos dimos cuenta de que la *Colombina* había levado anclas y desaparecido tras el horizonte.

Después de cenar abrimos la caja número dos. Dentro encontramos una carretilla de dos ruedas, semejante a las que se usan en las estaciones de ferrocarril para transportar equipajes.

Me acerqué a la tercera caja, pero Kukling me detuvo:

—Veamos primero el plano. Hay que distribuir el resto del cargamento en diversos puntos.

Le miré, sorprendido.

—Es necesario para el experimento —me explicó.

La isla era redonda como un plato sopero invertido, con una pequeña ensenada al norte, exactamente donde habíamos desembarcado. Estaba delimitada por una playa arenosa de cerca de cincuenta metros de anchura. Tras la cinta arenosa del litoral se erguía un altiplano no muy elevado, sobre el que crecían matorrales bajos quemados por el calor.

El diámetro de la isla no superaba los tres kilómetros.

Sobre el plano había algunos signos hechos con lápiz rojo: unos cerca de la costa, otros en el interior.

—Lo que abriremos ahora deberá ser trasladado a estos puntos —indicó Kukling.

—¿Qué son? —pregunté—. ¿Aparatos de medida?

—No —contestó el ingeniero, riendo a carcajadas. Tenía esa desagradable costumbre cuando alguien ignoraba lo que él sabía.

La tercera caja era monstruosamente pesada. Pensé que contendría un macizo banco de taller. Pero, al caer las primeras tablas de madera, casi lancé un grito de sorpresa. De la caja empezaron a salir baldosas y bolitas metálicas de dimensiones y perfiles distintos. La caja estaba llena de las más variadas piezas metálicas.

—Imagino que jugaremos al mecano como niños pequeños —exclamé, sacando de la caja pesadas piezas metálicas rectangulares, cúbicas, esféricas...

—Lo dudo —contestó Kukling. Y se dedicó a la siguiente caja.

La caja número cuatro, al igual que todas las restantes, contenía lo mismo: piezas metálicas variadas.

Eran de tres clases: grises, rojas y plateadas. Me di cuenta en el acto de que eran, respectivamente, de hierro, cobre y zinc.

Cuando me disponía a abrir la última, la décima caja, Kukling me detuvo, diciendo:

—Esta no la abriremos hasta que hayamos distribuido las piezas por toda la isla.

Durante los tres días siguientes, Kukling y yo transportamos con la carretilla todas las piezas metálicas a los diversos puntos de la isla. Las colocamos en pequeños montones: unos, sobre la superficie del suelo; otros fueron enterrados según las indicaciones del ingeniero. En algunos puntos, las bolitas eran todas iguales; en otros eran mixtas, de los tres tipos.

Una vez terminada la distribución, volvimos a nuestra tienda y nos acercamos a la décima caja.

Era mucho más pequeña que las otras y también mucho más ligera.

—Ábrala, pero esté atento —ordenó Kukling.

La caja contenía aserrín muy comprimido, que protegía un paquete envuelto en un paño de fieltro y papel de pergamino.

Lo que se presentó ante nuestros ojos era un aparato de aspecto realmente desacostumbrado.

A primera vista parecía un gran juguete metálico infantil, parecido a un cangrejo. Pero no era simplemente un cangrejo. Poseía seis grandes patas articuladas y en la parte delantera, dos pares de finas pinzas, cuyos extremos estaban cubiertos de un forro: recordaba las fauces abiertas de un animal deforme. En una cavidad practicada en la espalda relucía un espejito parabólico de metal brillante; tenía, en el centro, un cristal de color rojo oscuro. Tenía, además, dos pares de ojos, un par delante y otro detrás.

Miré maravillado, durante largo rato, aquel mecanismo.

— ¿Le gusta? —me preguntó, tras un largo silencio, Kukling.

Me abrazó por los hombros.

— Parece como si hubiésemos venido aquí para divertirnos con juguetes infantiles.

— Este es un juguete peligroso —advirtió Kukling, con aire satisfecho—. Ahora lo verá. Levántelo y póngalo sobre la arena.

El cangrejo era ligero: no pesaba más de tres kilos.

Quedó en un equilibrio relativo sobre la arena.

— ¿Y ahora qué? —pregunté al ingeniero, con ironía.

— Esperemos un poco. Tiene que calentarse.

Nos sentamos sobre la arena, observando al pequeño monstruo metálico. Dos minutos después, aproximadamente, advertí que el espejito de la espalda se desplazaba lentamente en dirección al sol.

— ¡Eh, parece que se anima! —exclamé, incorporándome.

Al levantarme, mi sombra cayó por casualidad sobre el objeto metálico. El cangrejo, en el acto, movió frenéticamente sus patas hasta colocarse de nuevo al sol. Cogido de sorpresa, pegué un salto en dirección opuesta.

— ¿Ha visto? —Exclamó Kukling, con una carcajada—. Le ha cogido miedo, ¿verdad?

Me sequé la frente, cubierta de sudor.

— Dígame, por amor de Dios, Kukling, ¿qué hemos venido a hacer aquí?

Kukling se puso en pie y, acercándose a mí, dijo, esta vez con toda seriedad:

— Hemos venido para experimentar la teoría de Darwin.

— De acuerdo, pero es una teoría biológica, la teoría de la selección natural, de la evolución... —empecé a protestar.

— Precisamente. A propósito, mire: ¡Nuestro juguete se ha ido a beber agua!

Me quedé estupefacto. El cangrejo se había acercado a la orilla y, tras bajar una pequeña trompa, evidentemente estaba aspirando agua. Cuando hubo terminado de beber, fue de nuevo al sol y se inmovilizó.

Mientras miraba aquel extraño mecanismo, sentía surgir en mí un extraño disgusto mezclado con terror. Por un momento, me pareció que aquel cangrejo artificial se parecía en cierto modo a Kukling.

— ¿Lo ha inventado usted? —pregunté al ingeniero, tras una pausa.

— Hum —contestó, y se tumbó en la arena.

Yo también me extendí y empecé a observar aquel pequeño dispositivo. Ahora parecía absolutamente privado de vida.

Me aproximé, arrastrándome sobre el vientre, al extraño objeto y empecé a estudiarlo.

La espalda del cangrejo tenía un perfil semejante a un medio cilindro con dos superficies planas delante y detrás. Sobre estas dos superficies había dos agujeros parecidos a ojos. Esta impresión estaba reforzada por el hecho de que a través del fondo de los agujeros brillaban unos cristales. La parte inferior del dorso era plana y formaba el abdomen. Un poco más arriba, hacia la parte posterior, salían tres pares de grandes patas articuladas y dos pares pequeños.

No era posible distinguir el interior del cangrejo.

Observando aquel juguete, intentaba descubrir el motivo por el cual el Almirantazgo le atribuyó una importancia tal como para fletar un barco especialmente para el viaje a la isla.

Kukling y yo continuamos tumbados sobre la arena, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que el sol descendió tanto en el horizonte que la sombra de los matorrales que crecían a lo lejos alcanzó al

cangrejo metálico. Apenas sucedió esto, el mecanismo se desplazó ligeramente y se puso de nuevo al sol. Pero la sombra le atrapó de nuevo. Nuestro cangrejo empezó a arrastrarse a lo largo de la orilla, descendiendo siempre hacia el nivel del agua para quedar iluminado por el sol. Parecía como si le fuese absolutamente necesario permanecer bajo sus rayos.

Nos levantamos y le seguimos lentamente.

Así dimos poco a poco la vuelta a la isla, hasta que nos encontramos en la parte occidental.

Muy cerca de la orilla se encontraba uno de los montones de bolitas metálicas. Cuando el cangrejo llegó a unos diez pasos del montón, pareció olvidarse del sol para precipitarse impetuosamente hacia una de las bolitas de cobre.

Kukling me tocó la mano y dijo:

—Ahora volvamos a la tienda. Las cosas interesantes se verán mañana por la mañana.

Cenamos en la tienda en silencio. Y luego nos envolvimos en nuestras ligeras mantas de lana. Me parecía que Kukling se sentía satisfecho de que no le hiciera preguntas. Antes de dormirse, le oí volverse en su catre y roncar de cuando en cuando. Esto significaba, probablemente, que él sabía algo que los demás desconocían...

Al día siguiente, muy temprano, fui a bañarme al mar. El agua estaba templada y nadé mucho, contemplando cómo se encendía por levante, sobre la superficie lisa del agua, casi inmóvil, la purpúrea aurora. Cuando llegué a la tienda, no vi al ingeniero.

«Habrà ido a visitar a su pequeño monstruo metálico», pensé, mientras abría una lata de piña.

No tuve tiempo de tomar ni tres trocitos de fruta, pues me llegó, primero desde lejos, y luego siempre más cercana y clara, la voz del ingeniero:

— ¡Teniente, venga aquí en seguida! ¡Rápido! ¡Corra! ¡Ya ha empezado! ¡Venga tan aprisa como pueda!

Salí de la tienda y vi a Kukling de pie en medio de unos matorrales. Agitaba los brazos

—Ya vienen —me gritó, bufando como una locomotora.

— ¿Pero dónde, ingeniero?

— ¡Donde ayer dejamos a nuestro párvulo!

El sol estaba ya alto sobre el horizonte cuando llegamos al montón de bolitas metálicas. Estas brillaban de forma tan cegadora, que al principio no pude distinguir nada.

Sólo cuando llegué a dos pasos del montón de metal advertí las dos pequeñas columnas de humo azulado que se levantaban hacia el cielo, y después... Después me detuve como si hubiera sido fulminado por una parálisis. Me froté los ojos, pero la visión no desapareció. Junto al montón de metal había dos cangrejos exactamente iguales al que ayer habíamos sacado de la caja.

— ¿Es posible que uno de ellos quedara escondido entre la chatarra? —exclamé.

Kukling se arrodilló y se puso a murmurar, frotándose las manos.

— ¿Quiere dejar ya de hacer tonterías? —grité—. ¿De dónde ha salido este segundo cangrejo?

— ¡Ha nacido esta noche!

Me mordí los labios y, sin decir palabra, me acerqué a los cangrejos; de sus espaldas salían ligeras volutas de humo. Al primer momento creí sufrir una alucinación. ¡Ambos cangrejos trabajaban sin parar!

Sí, trabajaban, moviendo con rapidez sus delgadas pinzas anteriores. Estas tocaban las bolitas metálicas, creando sobre su superficie un arco voltaico, semejante al que se produce con la soldadura eléctrica, fundiendo pedacitos de metal. Los cangrejos empujaban el metal hacia sus amplias fauces. Del interior de aquellas criaturas metálicas salía un zumbido. De vez en cuando salía de las fauces, con un chirrido, un haz de chispas, y, acto seguido, la segunda pareja de pinzas extraía del interior un elemento metálico terminado.

Estos elementos eran reunidos y montados según un orden preciso sobre la pequeña plataforma que, gradualmente, salía de debajo del cangrejo.

Sobre la plataforma de uno de los cangrejos ya estaba casi terminado el montaje de un tercer ejemplar. Mientras, sobre la del segundo cangrejo, se iniciaba la estructura de un mecanismo completo. Me quedé estupefacto ante lo que veía.

— ¡Pero si estas criaturas están fabricando otras idénticas a sí mismas! —exclamé.

—Así es. El único destino de estas máquinas es la procreación de otras perfectamente semejantes a ellas —explicó Kukling.

—Pero, ¿cómo es posible? —pregunté, sin comprender nada.

—¿Y por qué no? Una máquina cualquiera, por ejemplo, un torno, realiza los elementos que luego forman otro parecido en todo al primero. Y es por eso que se me ha ocurrido la idea de construir una máquina automática capaz de reproducir otra exactamente igual a sí misma. Mi cangrejo es el primer modelo.

Permanecí pensativo, intentando entender las palabras del ingeniero. En aquel momento, las fauces del primer cangrejo se abrieron, y de ellas empezó a salir una larga tira de metal. Esta recubrió todo el mecanismo montado sobre la pequeña plataforma, formando así la espalda del tercer autómatas. Cuando la espalda quedó en su sitio, las dos pinzas anteriores le soldaron rápidamente por delante y por detrás, dos pequeñas paredes perforadas. El nuevo cangrejo estaba terminado. Sobre su espalda, sobre la convexidad central, brillaba, como en todos sus hermanos, un espejito metálico con un cristal rojo en el centro.

El cangrejo-reproductor retiró de debajo de su vientre la pequeña plataforma y su «niño» apoyó las patas en tierra. Observé que el espejito de la espalda empezó a girar lentamente en busca del sol. Inmóvil por un momento, el cangrejo descendió lentamente a la orilla y bebió agua. Luego se puso al sol y empezó a calentarse, siempre en la inmovilidad.

Creí soñar.

Mientras examinaba al recién nacido, Kukling dijo:

—El cuarto ya está listo.

Volví la cabeza para ver que había «nacido» un cuarto cangrejo.

Al mismo tiempo los dos primeros seguían impertérritos junto al montón de metal, fundiendo las piezas y empujándolas a su propio interior, repitiendo cuanto habían hecho antes.

El cuarto cangrejo también se encaminó hacia la orilla para beber agua del mar.

—¿Por qué diablos toman agua? —pregunté.

—Para llenar su acumulador. Mientras dura el sol, la energía de éste, con auxilio del espejito de la espalda y de la batería de silicio, se transforma en electricidad, y es suficiente para realizar todo el trabajo. De noche, el autómatas se alimenta con la energía almacenada durante el día en el acumulador.

—¿Entonces estas bestias trabajan día y noche sin interrupción? —pregunté.

—Sí. Las veinticuatro horas.

El tercer cangrejo se dirigió hacia el montón de metal.

Ahora trabajan tres autómatas, mientras el cuarto se cargaba de energía solar.

—Pero estos montones de metal no contienen material para las baterías de silicio... —observé, intentando comprender la tecnología de aquella monstruosa auto-reproducción de mecanismos.

—No hace ninguna falta —Kukling con un movimiento brusco lanzó arena al aire con el pie—. La arena es óxido de silicio. Se transforma en silicio puro en el interior del cangrejo, bajo la acción del arco voltaico.

Al atardecer volvimos a la tienda. En torno al montón de metal, trabajaban ya seis cangrejos automáticos, mientras otros dos se calentaban al sol.

—¿Y todo esto qué objeto tiene? —le pregunté a Kukling mientras cenábamos.

—Fines militares. Estos cangrejos constituyen una terrible arma —respondió Kukling.

—No comprendo...

El ingeniero masticó un trozo de carne y explicó con placidez:

—¿Se imagina qué ocurriría si estos mecanismos cayeran inesperadamente sobre territorio enemigo?

—Francamente...

—¿Sabe usted qué es una progresión?

—Supongo que sí,

—Ayer empezamos con un solo cangrejo. A estas horas ya tenemos ocho. Mañana tendremos sesenta y cuatro, pasado mañana quinientos doce, y así sucesivamente. Dentro de diez días habrá aquí más de diez millones. Para ello serán necesarias treinta mil toneladas de metal.

Al oír estas cifras quedé mudo por el estupor.

—En un breve lapso de tiempo, estos cangrejos podrán devorar toda clase de metales del adversario, todos sus carros armados, cañones, aeroplanos, todas sus máquinas, todos sus dispositivos, todas sus instalaciones. En una palabra, todo el metal que exista en su territorio. Al cabo de un mes no quedaría el menor vestigio de metal en toda la superficie de la tierra. Todo sería consumido para la reproducción de estos cangrejos... y no olvide que, en caso de guerra, el metal representa el material estratégico más importante.

—Era por eso que el Almirantazgo se interesó tanto por su juguete... —murmuré en voz baja.

—Precisamente. Pero el que tenemos aquí sólo es un prototipo. Intento simplificarlo notablemente y de esa forma acelerar el proceso de reproducción de los autómatas. Aceleralo, digamos, unas dos o tres veces. Hacer su estructura más estable y más sólida. Darles mayor movilidad. Intensificar su sensibilidad a los yacimientos de metal. Entonces en caso de guerra, mis autómatas serán peores que la peste. Quisiera eliminar el potencial metálico del adversario en dos o tres días.

—Muy bien. Pero, cuando estos autómatas hayan devorado todo el metal del enemigo, ¿no vendrán a nuestro territorio? —objeté.

—Este es el segundo problema. El trabajo de los autómatas puede ser codificado. Conociendo la clave del código, se podrá interrumpir su actividad en cuanto aparezcan en nuestro territorio. Por otra parte, de esta forma nos podremos apropiarse de todas las existencias de metal del adversario.

Aquella noche tuve sueño terrible. Se me arrastraban por encima nubes de ruidosos cangrejos, mientras finas columnitas de humo azul se alzaban de sus cuerpos metálicos.

Tres días después, los autómatas del ingenio Kukling habían invadido toda la isla.

De ser ciertos sus cálculos, había más de cuatro mil.

Sus cuerpos brillantes al sol se veían por todas partes. En cuanto se agotaba el metal de un montón, se ponían en marcha por todo el islote hasta encontrar otro.

El quinto día, antes del crepúsculo, fui testigo de una escena terrorífica: dos cangrejos se disputaban la posesión de un fragmento de zinc.

Esto sucedió en la zona meridional de la isla, donde habíamos enterrado algunas bolas de zinc. Los cangrejos periódicamente acudían allí desde los lugares donde trabajaban para fabricar las piezas de zinc necesarias. Casi dos docenas de cangrejos se precipitaron hacia la fosa del zinc, y entablaron una verdadera refriega. Los mecanismos se estorbaban unos a otros. En el alboroto se hizo valer particularmente un cangrejo más ágil y, en apariencia, más robusto y arrogante que los otros.

Empujaba a sus hermanos, caminando sobre sus espaldas para intentar extraer de la fosa el trozo de metal que necesitaba. Y de pronto, justo cuando ya había alcanzado su objetivo, otro cangrejo aferró el mismo trozo de metal. Ambos mecanismos tiraron de la barrita en direcciones opuestas. El que me había parecido más ágil consiguió finalmente arrebatar la barrita al adversario. Pero éste no quería cederle la presa y saltando rápido sobre sus espaldas, se lanzó sobre él y metió sus finas pinzas en las fauces del adversario.

Las pinzas del primero y del segundo cangrejo se entrecruzaron y ambos empezaron a herirse entre sí con una violencia increíble.

Ninguno de los mecanismos próximos les hicieron caso, mientras ellos luchaban a vida o muerte. Vi cómo el cangrejo que había saltado sobre su enemigo quedó un poco ladeado con la panza al aire, resbalando la pequeña plataforma de hierro hasta dejar al descubierto las entrañas metálicas. En el mismo instante su adversario se puso a golpear con descargas eléctricas el cuerpo de su rival. Cuando éste se rompió, el vencedor empezó a arrancarle levas, engranajes e hilos eléctricos, engulléndolo todo rápidamente con sus fauces.

A medida de que esta materia era ingerida, la plataforma del vencedor se adelantaba velozmente; sobre ella se realizaba, con ritmo febril, el montaje de un nuevo cangrejo metálico.

Unos minutos más tarde cayó de la plataforma al suelo un nuevo cangrejo metálico.

Al contarle a Kukling lo que había visto, éste se alegró.

—Es justo lo que necesito —me dijo.

—¿Por qué?

—Ya le dije que intento perfeccionar mis autómatas.

—Para eso basta con que estudie usted a fondo los diseños. ¿Por qué entonces esta guerra intestina? Si los cangrejos siguen así, terminarán por devorarse unos a otros.

—Exacto. Y de esta forma sobrevivirán los más perfectos.

Reflexioné y objeté:

—¿Los más perfectos? ¿No son todos iguales? Si no he entendido mal, se auto-reproducen.

—¿Pero cree acaso que es posible obtener una copia absolutamente igual? Mire, en la fabricación de bolas para cojinetes es absolutamente imposible hacer dos esferas perfectamente iguales, aunque el proceso sea más simple. En nuestro caso, por el contrario, el autómata-reproductor posee un dispositivo de control que confronta la copia que él construye con su propia estructura. ¿Qué sucedería si cada copia consecutiva fuese hecha, no de acuerdo con el original, sino con la copia que le sucede? Resultaría un mecanismo que no tendría nada que ver con el original.

—Pero entonces este mecanismo no podría cumplir su función primera, que es la de reproducirse a sí mismo —repuse.

—¿Y qué? ¡Muy bien! Con su cadáver los otros ejemplares mejor conseguidos harán un nuevo autómata. Y estos ejemplares mejor conseguidos serán precisamente aquellos en los que por el azar se acumulen los detalles de construcción que les den mayor vitalidad. Así nacerán ejemplares más fuertes, más veloces y más sencillos. No tengo, pues, la menor intención de perder el tiempo con los diseños. Sólo tengo que esperar el momento en que los autómatas hayan devorado todo el metal que exista en este islote y comiencen una lucha fratricida, se devoren unos a otros para reproducirse de nuevo. De esta forma obtendré los autómatas que necesito.

Aquella noche me quedé largo tiempo sentado sobre la arena frente a la tienda; miraba el mar y fumaba. ¿Sería posible que la empresa de Kukling significase un peligro para la humanidad? En aquel islote perdido en medio del océano tal vez estuviésemos creando una amenaza terrible capaz de devorar todo el metal del orbe.

Mientras permanecía pensativo, pasaron por delante de mí algunas de las bestias metálicas. Corrían, continuaban chirriando y trabajando sin tregua.

Uno de los cangrejos chocó conmigo por casualidad, y le di disgustado una patada. El autómata quedó patas arriba, impotente. Al punto fue asaltado por otros dos cangrejos, que empezaron a lanzar descargas eléctricas en la oscuridad.

El desgraciado era cortado en pedazos por las descargas. No pude más. Entré rápidamente en la tienda y cogí una paleta de hierro. Kukling roncaba.

Acercándome con cautela al montón de cangrejos, golpeé con todas mis fuerzas a uno de ellos.

Creí, no sé por qué, que de esta manera asustaría a los otros. Pero no fue así. Los cangrejos incólumes se precipitaron sobre el golpeado y las descargas relampaguearon otra vez.

Golpeé el montón varias veces, con el único resultado de aumentar el número de las descargas eléctricas. Mientras, otros cangrejos llegaban del fondo de la isla a toda prisa.

En la oscuridad distinguía sólo los cuerpos de los mecanismos, pero por un momento me pareció que uno de ellos era de dimensiones mucho mayores.

Me fijé especialmente en él. Pero apenas mi paleta tocó su espalda, lancé un grito y di un gran salto hacia atrás. ¡Había recibido una descarga eléctrica! El cuerpo de aquella bestia abyecta estaba, no se sabe cómo, cargado de electricidad.

—Defensa desarrollada como consecuencia de la evolución —se me ocurrió.

Temblando, me acerqué a la multitud zumbante de los autómatas para rescatar mi arma. Pero había hecho mal mis cálculos. En la oscuridad, a la incierta luz de los frecuentes arcos voltaicos, pude observar cómo mi paleta era cortada en pedazos. El autómata que intenté destruir era el que más se afanaba en la tarea.

Volví a la tienda y me tumbé en mi catre.

Conseguí dormir un rato, pero mi sueño no duró mucho. Me desperté sobresaltado porque sentía arrastrar por mi cuerpo algo frío y pesado. Me incorporé de un salto. Un cangrejo —al principio no comprendí de qué

se trataba— desapareció por el fondo de la tienda. Al cabo de pocos segundos vi una luminosa descarga eléctrica.

En su búsqueda de metal aquel maldito autómatas había llegado hasta nuestra tienda. Su electrodo estaba cortando el bidón que contenía el agua dulce.

Desperté a empujones a Kukling y le expliqué confusamente lo sucedido.

— ¡Todas las latas al mar! ¡Las provisiones y el agua! —ordenó.

Empezamos a arrastrar las latas hacia el mar y a ocultarlas en un fondo arenoso, donde el agua nos llegaba a la cintura... Nos llevamos también nuestros instrumentos.

Calados y jadeantes por el esfuerzo, nos quedamos sentados sin dormir, junto a la orilla, hasta la mañana. Kukling bufaba, y yo, en mi interior, me alegré de la mala pasada que le habían jugado sus maléficas invenciones. Porque ahora le odiaba y deseaba para él un castigo mucho más duro.

No recuerdo el tiempo que había transcurrido desde nuestra llegada a la isla, cuando un buen día Kukling declaró triunfante:

—Ahora empieza lo bueno. Todo el metal ha sido devorado.

En efecto, recorrimos todos los puntos donde habíamos hecho los depósitos sin encontrar absolutamente nada. A lo largo de la orilla y entre los matorrales sólo se veían fosas vacías.

Los cubos, las barritas y las varillas metálicas se habían transformado en mecanismos, que en enorme número se agitaban por la isla. Sus movimientos se habían hecho rápidos y violentos; sus acumuladores estaban cargados al límite máximo, pero la energía no era consumida por el trabajo. Se desplazaban de una forma insensata por el litoral, rebuscaban entre los matorrales, chocaban unos con otros y con frecuencia nos golpeaban también a nosotros.

Observándolos, pude constatar que Kukling tenía efectivamente razón. Los cangrejos no eran todos iguales. Diferían entre ellos en dimensión, movilidad, tamaño de las pinzas y proporción de las fauces-taller. Probablemente existían diferencias aún más pronunciadas en su estructura interna.

—Muy bien —declaró Kukling—, ahora empezarán a hacerse la guerra entre ellos.

— ¿Habla en serio?

— ¡Claro! Ya verá lo que ocurre cuando saboreen un poco de cobalto. Su mecanismo está concebido de tal forma que si se introduce en él una cantidad infinitesimal de cobalto, en el acto se anula o, por decirlo así, su aprecio mutuo...

Al día siguiente por la mañana, Kukling y yo fuimos a nuestro «depósito marítimo». Sacamos del fondo del mar nuestra ración diaria de conservas y agua, así como cuatro pesadas barras de cobalto, que el ingeniero conservó aparte en vista de la fase decisiva de nuestro experimento.

Apenas Kukling salió a la arena levantando en alto los brazos con las barras de cobalto, numerosos cangrejos le rodearon. No rebasaban el límite de la sombra que protegía el cuerpo de Kukling, pero era fácil advertir que la aparición de un nuevo metal les afectaba mucho. A unos pasos de distancia del ingeniero, observé asombrado cómo algunos autómatas intentaban torpes brincos en su dirección.

—Mire, ¿se da cuenta? En la guerra fratricida que les obligaremos a emprender, sobrevivirán los más fuertes y adaptables. Y fabricarán una descendencia aún más aguerrida.

Con estas palabras, Kukling lanzó, una tras otra, las barras de cobalto hacia los matorrales.

Es difícil describir lo que siguió.

Numerosos autómatas se precipitaron simultáneamente sobre ellas y, empujándose unos a otros, empezaron a cortarlas con sus descargas eléctricas. Los rezagados se amontonaron, intentando inútilmente arrancar también un pedazo de metal. Algunos caminaban sobre las espaldas de sus compañeros, para abrirse camino hasta el centro del montón.

— ¡Mire, la primera escaramuza! —gritó alegremente el ingeniero.

Unos minutos después, el lugar donde Kukling había tirado las barras metálicas se había transformado en el campo de una atroz batalla. Para participar en ella, llegaban autómatas de todas partes.

A medida que los fragmentos de cobalto eran engullidos por un número cada vez mayor de autómatas, éstos se transformaban en asesinos salvajes y temerarios, que en el acto se lanzaban sobre sus propios hermanos.

En la primera fase de esta guerra, los cangrejos que habían ingerido el cobalto formaban el bando atacante. Eran precisamente ellos los que despedazaban a los autómatas recién llegados de toda la isla en busca del metal que precisaban. Cuanto mayor número de cangrejos conseguía el cobalto, más encarnizada se hacía la guerra. Y justamente entonces entraron en liza los autómatas recién nacidos durante la batalla.

Se trataba de una generación de autómatas realmente sorprendente. Eran más pequeños que sus antecesores y poseían una enorme rapidez de movimientos. Me sorprendió el hecho de que ya no necesitaran cargar los acumuladores como sus abuelos, les bastaba la energía solar que captaban con los espejos que tenían en la espalda, de dimensiones mayores que los primitivos. Su agresividad era extraordinaria. Atacaban a varios cangrejos a la vez y los cortaban con sus descargas simultáneamente de tres en tres.

Kukling seguía en el agua, y su rostro mostraba una ilimitada satisfacción. Se frotaba las manos y reía:

— ¡Bien! ¡Bien!

En cuanto a mí, observaba aquella pelea de mecanismos con profundo disgusto y temor, intentando adivinar las características de los próximos asesinos mecánicos. ¿Qué seres nacerían de aquella lucha?

Hacia mediodía toda la playa cercana a nuestra tienda se había transformado en un extenso frente de batalla, donde se batían los autómatas de toda la isla. La guerra se desarrollaba en silencio, sin gritos ni lamentos, sin rumores ni ruidos. Sólo el crepitar de las frecuentes descargas eléctricas y los choques entre los cuerpos metálicos de los mecanismos constituían el acompañamiento de aquel insólito matadero.

Aunque la generación que nacía entonces fuese de pequeñas dimensiones y extremadamente móvil, hizo su aparición un nuevo tipo de cangrejo. Era mucho mayor que todos los demás. Sus movimientos eran lentos, pero desarrollaban una gran fuerza, que les permitía luchar victoriosamente con los autómatas enanos que les atacaban.

Cuando el sol llegó al ocaso, se pudo observar un cambio repentino en el despliegue de los cangrejos menores, los cuales se hacinaron en la zona occidental de la isla y empezaron a moverse con mayor lentitud.

—Caramba, todo este grupo está desahuciado —comentó Kukling con voz ronca—. No tienen acumuladores y apenas se ponga el sol, llegará su fin.

Efectivamente, en cuanto las sombras proyectadas por los matorrales se alargaron cubriendo la enorme multitud de pequeños autómatas, éstos se inmovilizaron. Ahora ya no constituían un ejército de minúsculos guerreros, sino un enorme depósito de chatarra metálica.

Los enormes cangrejos se acercaron suavemente, sin prisas. Su altura era la mitad de la del hombre. Empezaron a devorar a los otros. Sobre las plataformas de los gigantes padres empezaron a perfilarse los cuerpos de los descendientes, de dimensiones aún mayores.

El rostro de Kukling se ensombreció. Una evolución semejante no era de su agrado, por supuesto. Los cangrejos autómatas lentos y grandes representaban un arma poco satisfactoria para hostigar al enemigo en la retaguardia.

Mientras los cangrejos gigantes daban buena cuenta de la generación precedente, en la playa reinaba una calma pasajera.

Salí del agua seguido por el ingeniero, ahora silencioso. Nos fuimos a la parte oriental de la isla para descansar un poco.

Estaba muy cansado y me dormí casi en seguida, en cuanto me tendí en la arena blanda y templada.

En plena noche me despertó un grito desgarrador. Al incorporarme, no vi nada, salvo la cinta grisácea de la playa arenosa y el mar que se confundía con el cielo negro sembrado de estrellas.

El grito se repitió junto a los matorrales, pero más débil. Sólo entonces descubrí que Kukling no se hallaba conmigo. Eché a correr en dirección de la que me parecía su voz.

El mar estaba en calma, como de costumbre, y las pequeñas olas lamían de vez en cuando con un leve susurro la arena de la playa. Me pareció advertir que en la zona donde habíamos depositado nuestras provisiones, la superficie del mar estaba agitada. Algo se movía.

Deduje que era el ingeniero.

—Kukling, ¿qué está haciendo? —grité, acercándome a nuestro depósito submarino.

—Estoy aquí —oí por un momento su voz que salía de algún sitio hacia la derecha.

—Dios mío, ¿dónde está?

—Aquí —dijo de nuevo la voz del ingeniero—. Estoy con el agua hasta el cuello. Venga aquí.

Entré en el agua y por un momento tropecé con algo duro. Era un enorme cangrejo que se mantenía sobre el agua con sus largas patas.

— ¿Cómo ha llegado hasta ahí, donde el agua es tan profunda? ¿Qué ha sucedido? —pregunté.

— ¡Me seguían y me han empujado hasta aquí! —gimió lastimosamente Kukling.

— ¿Le seguían? ¿Quién?

—Los cangrejos.

— ¡No es posible! A mí no me hacen nada...

Tropecé de nuevo con el autómatas. Tras dar un rodeo para evitarle, me encontré junto al ingeniero. Efectivamente estaba con el agua hasta el cuello.

— ¿Qué ha pasado?

—No lo entiendo —susurró Kukling con voz temblorosa—. Mientras dormía, de pronto un autómatas me ha asaltado... Al principio creí que era por casualidad... Me aparté, pero se me acercó de nuevo hasta tocarme la cara con sus pinzas... Entonces me levanté y retrocedí... El me siguió... Me puse a correr... Y él siempre detrás... Se le unió otro cangrejo... Luego otros... Una multitud... Y me han seguido hasta aquí...

—Me parece muy extraño. Si, a consecuencia de la evolución, hubiesen desarrollado un odio instintivo hacia el hombre, no me habrían respetado a mí tampoco —objeté.

—No lo sé —graznó Kukling—. Pero me da miedo volver a la orilla...

—Tonterías —repuse y le cogí de la mano—. Vamos a lo largo de la playa, hacia el este. Yo le protegeré.

— ¿Cómo?

—Iremos al depósito y cogeré cualquier objeto pesado, un martillo, por ejemplo.

— ¡Que no sea metálico! —Gimió el ingeniero—. Coja mejor una tabla de una caja, algo de madera...

Nos dirigimos lentamente hacia el depósito. En sus proximidades, dejé al ingeniero solo y seguí la marcha. Se oía un fuerte chapoteo en el agua y el acostumbrado ruido de los mecanismos.

Las bestias mecánicas desventraban las latas de conserva. Habían descubierto nuestro almacén submarino.

— ¡Kukling, estamos perdidos! —exclamé—. Han destrozado todas nuestras conservas.

— ¿Y ahora qué hacemos? —dijo con voz lastimera.

—Usted debe decidirlo. Este invento infernal es obra suya. Espabílese.

Evitando la muchedumbre de autómatas, salí a tierra firme.

En la oscuridad, arrastrándome entre los cangrejos, reuní a tientas en la arena trozos de carne, piña en conserva y melocotones, y lo llevé todo a la meseta.

A juzgar por la gran cantidad de comida diseminada sobre la arena, se deducía que los cangrejos habían trabajado a fondo mientras dormíamos. No pude hallar ni una lata intacta.

Mientras me ocupaba de la recuperación de los restos de nuestras provisiones, Kukling permaneció a unos veinte pasos de la orilla donde el agua le llegaba a la garganta.

Estaba tan ocupado en la recogida de los restos de nuestro sustento, que olvidé su existencia. Pero él me la recordó con un grito desgarrador:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socorro...! ¡Me están alcanzando!

Me tiré al agua y, chocando con los monstruos metálicos, me dirigí hacia Kukling. A unos cinco pasos de él volví a topar con otro cangrejo.

El cangrejo me ignoró completamente.

— ¿Por qué le detestan de ese modo? De hecho es usted su progenitor —dije a Kukling.

—No lo sé —contestó el ingeniero, jadeante mientras chapoteaba—. Haga algo, Bud, échelos. Si nace un cangrejo mayor que ése estoy perdido...

—Ahí tiene el resultado de la evolución... A propósito, ¿me podría indicar cuál es su parte más vulnerable? ¿Qué se puede hacer para destruir el mecanismo?

—Antes bastaba con romper el espejo parabólico... o extraer el acumulador... Pero ahora... no sé... Haría falta un estudio especial.

—Malditos sean usted y sus estudios... —murmuré entre dientes, agarrando con la mano la garra derecha del cangrejo que se tendía hacia la cara del ingeniero.

El autómatas se retiró. Pude echar mano también de la segunda garra y la doblé. Se doblaba fácilmente, como un hilo de cobre.

Estaba claro que la operación no había sido agradable para la bestia metálica, porque lentamente empezó a salir del agua, mientras el ingeniero y yo nos marchamos a lo largo de la orilla.

Al despuntar el sol, todos los autómatas se arrastraron fuera del agua sobre la arena y se calentaron un poco. Mientras, tirando piedras, había conseguido romper los espejos parabólicos de por lo menos cincuenta de ellos. Por lo menos ya no se movían.

Pero eso no mejoró la situación. Mis víctimas fueron presa inmediatamente de sus compañeros y sirvieron para la fabricación de nuevos autómatas. Romper los acumuladores de silicio de todas las máquinas superaba mis fuerzas. Muchas veces había tropezado con autómatas cargados de electricidad y eso debilitaba mi decisión de continuar la lucha.

Durante todo ese tiempo, Kukling había permanecido en el agua.

Muy pronto la lucha entre los monstruos estalló de nuevo. Parecía como si hubiesen olvidado completamente al ingeniero.

Abandonamos el escenario de la matanza y nos trasladamos al lado opuesto de la isla. El ingeniero estaba tan aterido tras un prolongado baño de varias horas que, castañeteando los dientes, se tumbó y me pidió que le tapase con la arena caliente.

Hecho esto, volví a nuestro primer campamento para recoger nuestras prendas y todo lo que había quedado de las provisiones. Sólo entonces me di cuenta de que nuestra tienda había sido destruida: habían desaparecido los postes de hierro hincados en el suelo, mientras que de los bordes de la lona habían sido arrancados los anillos metálicos a los que estaban ligadas las cuerdas.

Bajo la lona encontré las ropas de Kukling y las mías. También éstas mostraban huellas del paso de los cangrejos en busca de metal. De tal modo que, todos los ganchos, los botones y las hebillas habían desaparecido. En su lugar quedaban jirones de tela chamuscada.

En este intervalo la batalla entre los cangrejos se había desplazado de la costa hacia el interior. Al llegar a la cima de la meseta vi que, casi en el centro de la isla, entre los matorrales, se erguían sólidamente sobre sus patas algunos monstruos que casi alcanzaban la altura de un hombre. Por parejas, lentamente se alejaban en direcciones opuestas, para luego lanzarse con relampagueante rapidez el uno contra el otro.

En el momento del choque se escuchaban golpes tremendos, que producían un fuerte sonido metálico. Los lentos movimientos de aquellos monstruos denunciaban una fuerza inmensa integrada en un enorme peso.

Ante mis ojos algunos de aquellos mecanismos rodaron por el suelo e inmediatamente fueron destrozados.

Estaba harto de aquellas escenas de violencia entre máquinas enloquecidas. Cargándome a la espalda todo cuanto era posible recoger en nuestro viejo campamento, me dirigí lentamente en busca de Kukling.

El sol quemaba sin piedad y antes de llegar al lugar donde había dejado al ingeniero, me tiré bastantes veces al mar. Así tuve tiempo suficiente para reflexionar sobre todo lo sucedido.

Una cosa estaba clara: los cálculos del Almirantazgo respecto a la evolución eran erróneos. En lugar de pequeños aparatos perfeccionados, habían nacido pesados gigantes mecánicos de fuerza enorme y de movimientos lentos.

Desde el punto de vista militar no valían nada.

Estaba ya acercándome al montón de arena bajo el cual dormía Kukling, cuando desde la meseta, por detrás de los matorrales, apareció un enorme cangrejo.

Era más alto que yo y de patas largas y macizas. Avanzaba a saltos irregulares, doblando el cuerpo de modo extraño. Las patas anteriores, esto es, las de trabajo, tenían una longitud desmesurada y se arrastraban por el suelo. Sus fauces-taller estaban particularmente hipertrofiadas, constituían casi la mitad del cuerpo. El «ictiosauro», como le llamé para mí, se desplazó pesadamente y empezó a mover con lentitud todo el cuerpo a derecha e izquierda, como si observase los alrededores.

De forma automática agité en su dirección la lona que tenía en la mano, como se hace cuando se intenta apartar mía vaca que te obstruye el camino. Pero aquel ser no me hizo caso y moviéndose de un modo extraño, de costado, como si siguiese el trazo de un gran arco, empezó a acercarse al montón de arena bajo el que Kukling dormía.

De adivinar que el monstruo se dirigía hacia el ingeniero, me habría precipitado en seguida en su ayuda. Pero la trayectoria del desplazamiento del autómatas era tan imprecisa que al principio creía que se dirigía hacia el agua. Y sólo cuando hubo tocado el agua con las patas y el monstruo se volvió con brusquedad para lanzarse sobre Kukling, tiré mi carga y me puse a correr en la misma dirección.

El «ictiosauro» se detuvo encima de Kukling y apenas se agachó. Los extremos de sus largas pinzas se movían en la arena junto al rostro del ingeniero.

Un instante después, un montón de arena se levantó como una nube. Era Kukling, el cual, como si hubiese sido mordido por una víbora, se había incorporado e intentaba huir presa del pánico.

Pero no tuvo tiempo. Las sutiles pinzas se cerraron sólidamente en torno al cuello fofo del ingeniero y empezaron a subirlo hacia las fauces del autómatas. Kukling quedó colgado en el aire, agitando blandamente los brazos y las piernas.

Aunque yo le odiaba con todas las fuerzas de mi alma, no podía permitir que pereciese en una lucha desigual con un monstruo mecánico inmundo y sin cerebro. Agarré las altas patas del cangrejo y di una sacudida con todas mis fuerzas. Pero era como pretender derribar un grueso tubo metálico profundamente hincado en la arena. El «ictiosauro» ni se había movido.

Alzándome, conseguí saltar encima de él. Por un instante mi cara se encontró al mismo nivel que el rostro distorsionado de Kukling.

—Los dientes —comprendí en un instante—, Kukling tiene dientes de aleación metálica...

Lancé con todas mis fuerzas un puñetazo al espejo parabólico que brillaba al sol.

El cangrejo empezó a girar sobre sí mismo. El rostro cianótico de Kukling, con los ojos desorbitados, llegó al nivel de las fauces-taller. Y entonces sucedió algo terrible. La descarga eléctrica alcanzó la frente del ingeniero y sus sienes. Después, la pinza del cangrejo se abrió y el cuerpo exánime del creador de aquella pesadilla metálica, cayó sobre la arena.

Mientras enterraba a Kukling, algunos cangrejos recorrían la isla. No prestaban ninguna atención, ni a mí, ni al cadáver del ingeniero.

Tras haber envuelto el cuerpo de Kukling en la lona, lo enterré en el centro de la isla en una fosa poco profunda excavada en la arena. Lo hice sin pena. La arena chirriaba en mi boca ardiente y yo maldecía tácitamente al difunto por su invento. Desde el punto de vista de la moral cristiana cometía un terrible sacrilegio.

Luego, durante los siguientes días, me quedé tendido e inmóvil sobre la orilla, mirando al horizonte en dirección al punto por donde debería aparecer el *Colombina*. El tiempo pasaba con una lentitud insoportable y parecía como si el sol cruel se hubiera detenido sobre mi cabeza. De vez en cuando descendía arrastrándome hacia el agua para mojarme la cara quemada por la calentura.

Para luchar contra el hambre y la sed insostenibles, intentaba pensar en algo abstracto. Pensaba que hoy en día muchos hombres inteligentes malgastan las fuerzas de su inteligencia en dañar de una forma vil al prójimo. Por ejemplo, el invento de Kukling. Estaba convencido que hubiese sido posible utilizarlo para algún fin útil: la extracción de metales, pongamos por caso. Hasta sería posible guiar la evolución de esas bestias para obligarlas a realizar este trabajo del modo más eficaz. Llegué a la conclusión de que perfeccionando adecuadamente su mecanismo, no habrían degenerado en fofos monstruos gigantescos.

De pronto vi llegar una sombra gigantesca. Levanté la cabeza con dificultad y miré lo que me había ocultado el sol. Descubrí entonces que estaba tendido entre las patas de un cangrejo de monstruosas proporciones. Se había acercado a la orilla y parecía mirar hacia el horizonte como si esperase algo.

Luego empezaron las alucinaciones. En mi mente ardiente, el cangrejo gigantesco se transformaba en un gran depósito de agua dulce suspendido en lo alto, a cuyo borde yo nunca podía llegar.

Recobré el sentido a bordo del velero. Cuando el capitán Hail me preguntó si se debía cargar sobre la nave el enorme y extraño mecanismo que yacía completamente contraído en la orilla, le contesté que por ahora no era necesario.

El Experimento Olvidado

Arcadij y Boris Strugackij

«Tortuga» se había parado delante del paso a nivel. La barrera estaba bajada y sobre ésta vacilaba la llama rojiza del fanal. A los costados se perdían en la oscuridad las verjas del recinto.

—Estación de biología —dijo Berkut—. Descendamos.

Poliessov apagó el motor. En cuanto hubieron descendido, el fanal sobre el paso a nivel se apagó. De pronto, la sirena lanzó un aullido desgarrador. Iván Ivanovic dijo, intentando desentumecer las piernas:

—Ahora vendrá alguien y querrá persuadirnos de que no arriesguemos la vida y la salud. ¿Por qué nos hemos detenido aquí?

A unos treinta metros de la carretera, a la derecha, blanqueaban vagamente los muros de las casitas. Un estrecho sendero corría a través de los matorrales. Una de las ventanas se iluminó, se abrió y alguien preguntó con voz ronca:

—¿Has traído la novocaína? —Y sin esperar la contestación añadió áspero—: Ya he dicho cien veces que te pares más lejos, no despiertes a la gente.

La ventana golpeó de nuevo y se hizo el silencio.

—Hum —murmuró Iván Ivanovic—. ¿Has traído la novocaína, Berkut?

Junto a la casita apareció una sombra oscura y la voz de antes llamó:

—¡Valentín!

—Nos confunde con otro —dijo Poliessov.

—Claro —asintió Iván Ivanovic—. Ya me he dado cuenta. Bueno, ¿descansamos aquí? ¿O proseguimos?

Se oyó ruido de pasos. Entre los troncos de los pinos relampagueó la punta encendida de un cigarrillo. La llamita dibujaba curvas complicadas esparciendo largas estelas de chispas mortecinas.

—No —cortó Poliessov—, antes reconocimiento.

El hombre del cigarrillo se abrió por fin camino a través de los matorrales y salió a la carretera murmurando:

—Maldita ortiga... ¿Has traído la novocaína, Valentín? ¿Quién está contigo?

—Mire... —empezó condescendiente Iván Ivanovic.

—¡Pero éste no es Valentín! —Exclamó el hombre del cigarrillo—. ¿Dónde está Valentín?

—No tengo ni idea —contestó Iván Ivanovic—. Somos del I. M. N. C.

—Del..., ¡ah! Mucho gusto. Perdónenme —dijo el desconocido, envolviéndose en la bata—, no estoy vestido. Soy Kruglis, director de la Estación de Biología. Creí que era Valentín. ¿Son ustedes geólogos?

—No —objetó gentilmente Berkut—. Pertenece al instituto de mecánica no clásica. Somos físicos.

—¿Físicos? —El biólogo tiro su cigarrillo—. Perdonen..., ¿físicos? ¿Entonces van directamente al epicentro?

—Sí —admitió Berkut—. Con su permiso, nos estamos dirigiendo hacia el epicentro. Pensábamos que usted estaba ya advertido.

El biólogo volvió la mirada hacia la gigantesca masa negra del «Tortuga». Luego pasó ante Berkut para acercarse a la máquina, a la que dio algunos golpecitos sobre la coraza.

—Caramba —dijo, admirado—. Carro armado de alta potencia, ¿no es verdad?

—Sí —afirmó Poliessov.

—Diantre —suspiró el biólogo con envidia—. Sois afortunados. Hace dos años que estoy luchando y no consigo obtener el permiso para un reconocimiento a fondo. Lo necesito urgentemente. Habría... Oigan, compañeros —dijo con voz desanimada—. Llevadme con vosotros. ¿Qué les costaría, a fin de cuentas?

—No —cortó Poliessov.

—No estamos autorizados —explicó Berkut—. Lo sentimos mucho...

—Lo comprendo —gruñó el biólogo. Suspiró—. Sí, he sido avisado. Pero no les esperaba tan temprano.

—Nos han transportado hasta Lantanida en avión —explicó Berkut.

Cayó un profundo y somnoliento silencio. Luego alguien cercano lanzó un grito angustioso, agudo. En la espesura del bosque una pesada pina se separó crujiendo, arañó las espesas ramas y cayó al suelo.

—Un búho —observó el biólogo.

—No lo parece —dijo Poliessov, pensativo. El biólogo jadeaba.

—¿Ha oído alguna vez el grito del búho?

—Más de una vez.

—¿Y ha oído alguna vez gritar al búho cerca de aquí?

—¿Qué quiere decir?

—Más allá de la barrera del paso a nivel..., ¿cerca de aquí?

—No, no sé —dijo Poliessov, incierto.

—Claro —murmuró el biólogo.

Todos callaron de nuevo y el extraño búho gritó otra vez en la oscuridad. El biólogo se estremeció de repente.

—¿Qué estamos haciendo? El alba está lejana. Vamos, les acomodaré.

—Quizá, de todos modos... —empezó Iván Ivanovic.

—No, primero el reconocimiento —objetó Poliessov—. Creo que más adelante la carretera es muy mala...

—En aquella parte no hay carreteras por ningún lado

—observó el biólogo.

—Y no suelen saber lo que allí sucede. Haré salir a los kiberi-exploradores en patrulla nocturna. Nos darán información y el domingo por la mañana nos moveremos.

Poliessov montó en el tanque y encendió los faros. En torno a su cegadora luz, la oscuridad se hizo más espesa, mientras se encendían los anillos blancos de la barrera del paso a nivel y brillaban los postes metálicos del recinto. Se escuchó un rumor como de balines y en la cinta de luz sobre la carretera aparecieron cómicas figuritas plateadas que parecían enormes grillos. Durante un instante permanecieron inmóviles. Luego dieron un salto, pasando bajo la barrera del paso a nivel hasta desaparecer por el otro lado de la alta hierba.

—¿Son estos los kiberi-exploradores? —preguntó con respeto al biólogo.

—Sí —contestó Berkut—. Piotr Vladimirovic —llamó en voz baja—. Nosotros continuamos. Alcáncenos,

—Muy bien —replicó Poliessov desde el tanque.

En la casita del biólogo había tres habitaciones. Kruglis se quitó la bata, se puso los pantalones y un jersey, y se dirigió a la cocina. Berkut e Iván Ivanovic se sentaron en el sofá. Iván Ivanovic se durmió inmediatamente.

—Con que van al epicentro —dijo el biólogo desde la cocina—. Allí quedarán muchas cosas por ver. ¿Tienen alguna idea de lo que allí sucede?

—Muy vaga —contestó Berkut—. Algo cuentan los aviadores, pero nadie ha estado cerca.

—Yo lo he visto con mis propios ojos. Las explosiones... Bueno, las han visto muchos. Los relámpagos que fulminan el cielo desde la tierra, la niebla azul... ¿Ha oído hablar de la niebla azul?

—Sí —respondió Berkut.

—La he visto dos veces desde el helicóptero. Un mes antes de la catástrofe del *Galatea*. Surge en el epicentro o en algún punto de la zona del epicentro, se extiende en un ancho anillo y se diluye a unos veinte kilómetros del cordón. ¿Qué puede ser, camarada físico?

—No lo sé, camarada Kruglis.

—No lo sabe nadie. Y menos nosotros, los biólogos. Lo único claro es que pasa algo completamente fuera de lo normal. Cuarenta y ocho años después de la explosión el nivel de la radiación se había reducido diez veces, los mismos adhesivos que ligaban el polvo radiactivo se habían desintegrado por completo y de pronto... explosiones, incendios, un infierno... —El biólogo calló, sacudiendo ruidosamente la vajilla. Se oyó el simpático silbido de la tetera que hervía—. Es verdad que los incendios han cesado. Probablemente, todo lo que podía arder ha ardido ya. Pero las explosiones... La primera fue hace cuatro meses, a principios de mayo. La segunda en junio y ahora se repiten casi cada semana. Parecen de una potencia extraordinaria. Juzguen ustedes...

El biólogo apareció en el vano de la puerta con la cristalera.

—Juzguen ustedes —repitió, disponiendo con destreza las tazas—. Desde el cordón hasta el epicentro hay más de doscientos kilómetros, la mitad del cielo arde. Inmediatamente después de la explosión aparece la niebla azul.

Se dirigió a la cocina, pero se detuvo en el umbral.

—¿Saben que la última explosión tuvo lugar ayer por la noche? —preguntó.

—Sí, lo hemos oído decir —respondió Berkut—. Gracias.

—Pero alguien tiene que empezar —murmuró Iván Ivanovic—. ¿Dónde está Poliessov?

El biólogo se encogió de hombros y desapareció en la cocina, para regresar con la rumorosa tetera.

—Tomemos el té —dijo—. Denme sus tazas.

Mientras Iván Ivanovic terminaba la segunda taza de té, la puerta se abrió dejando paso a Poliessov. Estaba pálido y apretaba su mejilla derecha.

—¿Qué tienes, Piotr Vladimirovic? —preguntó Berkut.

—Algo me ha pinchado —respondió Poliessov.

—Será una avispa.

—Probablemente —Poliessov seguía con la mano en la mejilla—. Pero una avispa que en vez de aguijón tiene una ametralladora.

—Una avispa de allí —comentó el biólogo—. Es obvio. Siéntese y tome el té.

—¿Y quién grita en los estanques? Creía que se ahogaba alguien.

—Son ranas. Siempre de la parte de allí. Iván Ivanovic dejó la taza casi golpeándola contra el platito, se secó la cara amoratada y dijo:

—¿Mutaciones?

—Mutantes —confirmó el biólogo—, Estamos en una verdadera reserva de mutantes. Durante y después de la explosión, cuando la radioactividad era alta, los animales de la zona han sufrido terriblemente. ¿Lo comprenden? Inmediatamente después de la explosión la zona fue acotada y no tuvieron tiempo de huir. La primera generación se extinguió en seguida, todas las demás se deforman. Hace más de siete años que las observamos desde aquí, unas veces atrapamos ejemplares, otras usamos cámaras cinematográficas automáticas. Sin embargo, está prohibido entrar allí en un radio mayor de cinco kilómetros... Un colaborador nuestro quiso arriesgarse. Trajo fotografías, muestras y se enfermó. Caramba, nos costó un solemne lavado de cabeza.

El biólogo encendió un cigarrillo.

—Verán ustedes mismos lo que pasa allí. Han nacido formas completamente nuevas, terribles, deformes. Hemos conseguido recoger mucho material. La mayor parte de las especies ha desaparecido pura y simplemente; por ejemplo, los osos. Otras se adaptaron, pero no estoy seguro de que este término resulte apropiado. Dicho de otra manera, sufrieron mutaciones que han producido formas vitales capaces de vivir en condiciones de elevada radioactividad. Pero esto, saben...

—¿Y cómo reaccionan? —preguntó Iván Ivanovic—. ¿A las explosiones?

—Reaccionan mal —contestó Kruglis—. Muy mal. Tengo miedo de que nuestra reserva se extinga pronto. Antes se acercaba al recinto muy raras veces. Casi nunca veíamos a los animales grandes. Pero el mes pasado centenares de monstruos diabólicos se precipitaron en pleno día en dirección a la barrera del paso a nivel. No era un espectáculo para personas de nervios delicados. Hemos capturado algunos, los demás los rechazamos con rayos. Ignoro de qué escapaban..., de las explosiones, de la niebla azul o de otra cosa... probablemente de la niebla azul. Creo que al final morirán todos, aunque en los últimos meses han aumentado las abejas. También los pájaros y las ranas. Aquel búho, por ejemplo... —apagó la colilla en el cenicero y terminó de forma inesperada—. Sean prudentes.

—No se preocupe —dijo Poliessov—. Disponemos de un tanque cuya seguridad es máxima.

El biólogo le miró la mejilla hinchada y dijo:

—Le voy a dar una inyección. El diablo gasta malas pasadas...

Poliessov tuvo un segundo de duda, lanzó una ojeada a Berkut y se puso en pie.

—Quizá sea lo mejor —murmuró.

A la mañana siguiente, Berkut fue despertado por un terrible rugido muy cercano. Tiró las sábanas y se acercó a la ventana.

Junto a la casita de enfrente se hallaban el director de la Estación de Biología y un desconocido con camisa blanca. Kruglis fumaba con el ceño fruncido y el hombre de la camisa hablaba agitando los brazos.

La mañana era soleada. Entre las copas de los pinos en la niebla rosada se entreveía la compacta silueta del «Tortuga». Cerca de él trabajaba Poliessov. «Ya habrían vuelto los exploradores», pensó Berkut. Hizo la cama con cuidado y la empotró en su nicho de la pared, se dio una ducha y tomó con apetito el desayuno: dos vasos de leche fría y dos panecillos con embutido. El embutido era excelente, negro, rosado como la niebla matinal y, como ésta, delicado.

Berkut se encontró en la entrada con Iván Ivanovic.

—Buenos días —saludó Iván Ivanovic—. Venía a despertarte. Los exploradores han regresado.

—¿Algo interesante?

Iván Ivanovic estaba a punto de contestarle, cuando detrás de la casa se oyó de nuevo un sordo y prolongado rugido. Berkut se sobresaltó.

—Parece un oso —dijo Berkut.

—Es un jabalí —explicó Iván Ivanovic—. Ya sabes que los osos se extinguieron.

—Muy bien —asintió Berkut—. ¿Qué noticias han traído los exploradores?

—Otra sorpresa. Vayamos con Poliessov. Se encaminaron a lo largo del sendero, cuyos matojos mojados por la escarcha les golpeaban en las piernas.

—Las ortigas de aquí son terribles —comentó Iván Ivanovic.

Poliessov estaba apoyado en el tanque y enrollaba distraídamente entre los dedos una estrecha película fotográfica. Su mejilla derecha seguía más hinchada que la izquierda.

—Buenos días, camarada Berkut —saludó, tocándose la mejilla con precaución.

—¿Le duele?

Poliessov sonrió y dijo:

—Los exploradores han vuelto. He examinado los informes y no me gustan.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. —Poliessov se tocó la mejilla de nuevo—. Ocurre algo muy extraño. Miren... —Entregó la película a Berkut.

La película estaba completamente negra.

—¿Se ha velado? —preguntó Berkut.

—Sí. Pero del principio al fin. Como si la hubiesen metido en un reactor desde ayer por la noche. No comprendo cómo ha sucedido. La fuerza masiva de radiación fijada por los exploradores es de quince roentgen/hora. Pero esto es una tontería. Lo más grave es que los exploradores no han llegado al epicentro.

—¿No han llegado?

—Han vuelto sin cumplir su trabajo. Han hecho sólo ciento veinte kilómetros y han regresado como si hubiesen recibido orden de retroceder. O se han asustado. Francamente, esto no me gusta.

Durante algún tiempo callaron todos, mientras miraban más allá de la barrera. Aún había carretera, pero el cemento estaba agrietado. Y en las fisuras crecían con vigor hierbas gigantescas. Junto a la barrera se bamboleaba sobre un largo y delgado tallo una gran flor roja, por encima de la cual revoloteaba una mariposa blanca.

—Esto quiere decir —dijo Berkut— que nos hemos quedado prácticamente sin informaciones.

Poliessov enrolló la película y la metió en el bolsillo de la zamarra.

—Podríamos enviar de nuevo a los exploradores —propuso.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —repitió impaciente Iván Ivanovic—. Movámonos. Actuaremos sobre la marcha.

—Enviaremos a los exploradores durante el trayecto —observó Poliessov, echando una ojeada a Berkut.

También Iván Ivanovic miró a Berkut.

—Muy bien —acordó Berkut—. Partamos. Piotr Vladimirovic, por favor, vea a los biólogos y dígales que nos marchamos. Déles las gracias en nombre de todos.

—De acuerdo, Lovarich Berkut. Poliessov se dirigió hacia las casitas y un segundo después regresó en compañía de Kruglis.

—Nos vamos —explicó Berkut—. Muchas gracias por su hospitalidad.

—No tiene importancia —contestó lentamente el biólogo—. Buen viaje.

—Hasta la vista —se despidió Poliessov—, Intentaré atrapar un búho para usted.

Subieron al tanque, cuya portilla se cerró. El biólogo agitó el brazo en señal de despedida y se retiró hacia el borde de la carretera. La barrera del paso a nivel automático se levantó lentamente. La pesada máquina se estremeció, desplazándose hacia delante con anchos surcos entre los matorrales. El biólogo la siguió con la mirada. Pasó junto a un álamo roto, golpeándolo. El árbol chirrió y con un ruido sordo cayó cruzado sobre la senda por donde una vez pasó la autopista.

El «Tortuga» estaba detenido, muy inclinado, mudo e inmóvil por completo. Después de dieciséis horas de estruendo y de locas sacudidas, el silencio y la inmovilidad parecían una ilusión que podía desvanecerse de un momento a otro. Los músculos seguían tensos y los oídos atronaban. Pero ni Poliessov, ni Berkut, ni Iván Ivanovic se daban cuenta. Miraban en silencio a los aparatos, que mentían descaradamente. Dos horas antes, a medianoche, las estaciones radiogoniométricas habían proporcionado a Poliessov las coordenadas. El «Tortuga» se hallaba a setenta kilómetros al sudoeste del epicentro. A las cero quince horas, Lantanida dejó de emitir por primera vez la llamada convenida. El enlace se había interrumpido. A las cero cuarenta y siete el altavoz gritó:

— ¡Inmediatamente!

La voz parecía de Leming. A la una diez empezó a llover con fuerza. A la una dieciocho se apagó la pantalla del proyector de infrarrojos. Poliessov accionó varias veces el interruptor, blasfemó, encendió los faros y apoyó la frente sobre el borde de gamuza del periscopio. A la una cincuenta y cinco se separó del periscopio para beber un sorbo de agua, echó un vistazo a los aparatos y detuvo la máquina. Los aparatos mentían descaradamente.

En aquella noche de setiembre llovía copiosamente, pero la aguja del higrómetro señalaba cero y el termómetro estaba en bajo cero. Las agujas del dosímetro corrían alegres por la escala indicando que bajo las cadenas del «Tortuga» la radiactividad del terreno oscilaba fuertemente entre límites muy amplios. Y en suma, a juzgar por las indicaciones de los manómetros, el tanque se hallaba en el fondo de un pantano a una profundidad de veinte metros.

—Los aparatos enloquecen —admitió valerosamente Berkut.

Nadie le contradijo.

—Debe tratarse de influencias exteriores.

—Me gustaría saber cuáles —gruñó Poliessov, mordiéndose el labio. Berkut distinguía bien su cara, olivácea, larga, con una mancha roja sobre la mejilla derecha.

—Sería muy útil —refunfuñó Iván Ivanovic.

—Sí —dijo Poliessov.

Hubiese sido efectivamente útil, porque habría permitido corregir los aparatos y, sobre todo, ajustar los aparatos del cuadro de mandos. Para Iván Ivanovic sus indicaciones eran incomprensibles, pero Poliessov se daba cuenta de que mentían tan descaradamente como las otras. Aquello era muy extraño y peligroso, por cuanto los órganos de mando estaban protegidos de toda influencia extraña por la triple coraza del ultra potente «Tortuga». También las personas quedaban aisladas de las influencias externas por la triple coraza del «Tortuga». Por un instante, Poliessov experimentó una fea debilidad en el estómago. Apretó los dientes y dijo:

—Si. Habría sido muy útil.

— ¿Qué sucede fuera? —preguntó Iván Ivanovic.

—Nada. Lluvia y niebla.

Iván Ivanovic se levantó, rogando a Poliessov que se apartase un poco, para inclinarse hacia el periscopio. Vio troncos, espantosamente despedazados y retorcidos, de pinos, ramas negras carbonizadas y espesas yerbas de dos metros de alta. Y niebla. Una niebla gris y quieta sobre un mundo podrido que flotaba en los rayos de los proyectores. A pocos metros del tanque estaban parados los kiberi-exploradores. Se acercaban al carro armado y parecían perritos que husmeasen al lobo. No querían penetrar en la niebla, o quizá mejor, no podían.

Iván Ivanovic se sentó.

—La niebla azul —susurró con voz ronca.

—¿Y bien? —preguntó Poliessov.

Iván Ivanovic no contestó, Berkut se levantó y miró a su vez a través del periscopio. Luego se sentó de nuevo y se desabrochó el botón de la chaqueta. Se ahogaba. Se estiró y respiró profundamente. La opresión desapareció.

—¿Qué haremos? —preguntó Poliessov.

—Escuchad, compañeros —dijo de pronto Berkut—. ¿No oís nada?

—¿Qué pasa con los aparatos? —preguntó Iván Ivanovic. Se interrumpid—. Agujitas —dijo con voz débil.

Poliessov advirtió entonces un desagradable picoteo en la punta de los dedos, producido por agujas microscópicas finas como aguijones de abeja. Por alguna razón desconocida la respiración era difícil. Los dedos se morían.

—Parece... vértigo —murmuró con esfuerzo.

Iván Ivanovic se levantó de golpe, empujó a Poliessov y de nuevo apretó la frente calva sobre la cornisa del periscopio. Fuera sólo se divisaba niebla. Los exploradores habían desaparecido. Iván Ivanovic tragó aire con dificultad y cayó sobre su butaca. Sus mejillas blandas relucían de sudor.

—Malditos sean el tanque y los kiberi-exploradores —dijo—. El supertanque...

—Con este mismo tanque atravesé el año pasado la meseta en llamas de «Mercurio» —replicó lentamente Poliessov.

—Malditos sean los kiber —continuó Iván Ivanovic—, tienen pánico, los malditos kiber. Por primera vez veo a los kiber empavorecidos.

—Basta, Iván Ivanovic —ordenó Berkut.

«La superprotección no actúa», pensaba Poliessov. Que los aparatos mientan, que se respire con fatiga, que las agujetas pinchen, no son una gran desgracia. La verdadera desgracia tendrá lugar cuando el reactor ceda, y se produzca la inducción de los campos magnéticos que rigen el anillo de plasma incandescente. Será suficiente para que el «Tortuga» se transforme en vapor con toda su supercoraza. Lo único que cabe hacer es largarse cuanto antes.

—Hay que arriesgarse y usar el helicóptero —propuso Iván Ivanovic.

Las agujetas le punzaban ya los hombros y las caderas.

—Muy bien —dijo Poliessov—. Sujétense. Iván Ivanovic calló. Los físicos se sujetaron a sus asientos con las anchas y suaves correas.

—¿Están dispuestos? —preguntó Poliessov.

—Dispuestos —contestó Berkut.

Poliessov apagó la luz y puso las manos sobre las levas de mando. El motor dejó oír un sordo murmullo. El tanque vaciló. Algo chirrió de forma desagradable bajo las cadenas. Delante se extendía una niebla espesa, impenetrable. Ahora les corrían agujas rápidas por la espalda, una sensación horrenda. El aire faltaba. El «Tortuga», silbando y temblando, se encabritaba. Más arriba, siempre más arriba. Más arriba aún, hacia el cielo. La máquina ciega subía por la pendiente de un altísimo monte, mientras al otro lado se abría el abismo. Y en el reactor la llama de plasma intentaba liberarse, gritando, de las cadenas magnéticas. Un instante, un instante todavía...

Poliessov se separó del periscopio y lanzó una ojeada a los aparatos. Si sus indicaciones eran exactas, el reactor del «Tortuga» debería estallar de un momento a otro. Pero los aparatos enloquecen. Las influencias exteriores los confunden. Las manos están desmayadas, las agujetas bailan ya junto al corazón. Una punzada

dentro de poco y será el final. Dentro de poco el plasma atravesará las paredes del reactor y será el fin.. Junto a él, Berkut se bamboleaba sin nervio, impotente como una muñeca...

Al reaccionar, Berkut vio la pantalla iluminada, como una ventana que desde una cámara oscura diese sobre el claro del bosque. La niebla había desaparecido. La pantalla funcionaba correctamente, se veían los matorrales mojados y la hierba húmeda bajo la lluvia espesa. El cielo no era visible. En el claro apareció un enorme animal, que se detuvo mirando al «Tortuga». Berkut no comprendió al principio que era un alce. La bestia tenía el cuerpo de un alce, pero no su fiera actitud: su cabeza estaba inclinada hacia el suelo bajo la monstruosa masa de los cuernos. El alce tiene normalmente cuernos muy pesados, pero aquél llevaba sobre la cabeza un árbol entero, y su cuello no podía sostener tan inmenso peso.

— ¿Qué es? —preguntó Iván Ivanovic. Su voz era desagradable. Berkut comprendió que también Iván Ivanovic debía haberse desvanecido.

—Un alce —murmuró Berkut y llamó—: ¡Piotr Vladimirovic!

—Aquí estoy, Tovarich Berkut —contestó Poliessov. Otra voz desagradable.

— ¿Lo hemos conseguido?

—Parece que sí —dijo Poliessov—. ¿Es posible que eso sea un alce?

—Es un alce de la zona...

—Una ocasión para Kruglis.

— ¿Cómo se sienten, camaradas? —preguntó Berkut.

—Muy bien —contestó Iván Ivanovic.

—Me duele mucho la mejilla —confesó Poliessov—. Pero los aparatos funcionan de nuevo.

El alce se acercó sombrío al tanque y permaneció frente a él con los ollares temblorosos. Berkut observó más detenidamente sus cuernos. Estaban agrietados y manaban sangre, los cubría un moho blanco y viscoso.

—Le faltan los ojos —declaró de pronto Poliessov con voz queda y atroz.

El alce no tenía ojos. En su lugar había el moho blanco, viscoso.

—Échalo, Piotr Vladimirovic —susurró Berkut—. Por favor.

Poliessov enchufó la sirena. El alce se quedó aún quieto, agitando el morro. Luego se volvió y moviendo fatigosamente las patas, se fue. Caminaba inseguro y dolorido, como si en vez de un paso normal, diese sólo medio cada vez. Su cabeza tocaba en el suelo, los costados delgados tenían un brillo húmedo.

—Camina como una tortuga.

Siguieron mirando el alce que se arrastraba ramoneando en la alta hierba mojada. Al fin desapareció tras los árboles. Berkut dijo:

—Piotr Vladimirovic, es usted un genio...

— ¿Qué? —preguntó Poliessov.

—Nos ha sacado de la trampa...

—Una bonita trampa —admitió tranquilamente Poliessov.

—No comprendo cómo lo ha conseguido...

Poliessov no dijo nada. Puso el motor en marcha y envió a los exploradores. Los kiber saltaron al exterior, giraron aquí y allí, y se lanzaron hacia delante. Ya no tenían miedo. El «Tortuga» les siguió zumbando.

Durante la avanzada mañana, el «Tortuga» superó el último desnivel para asomarse al borde de la enorme cuenca. Detrás se extendía la taiga, de un verde oscuro, húmeda tras la lluvia nocturna, silenciosa y tétrica bajo el sol cegador. El tanque había dejado tras sí un amplio claro, en cuyos bordes yacían troncos carbonizados manchados por un moho blanco.

Abajo, en el fondo de la cuenca, estaban las ruinas del laboratorio. La tierra era desnuda y negra. De ella salía un vapor que deformaba la perspectiva. Las ruinas negras temblaban y se disolvían en el aire templado.

— ¡Dios mío! —exclamó con voz temblorosa Iván Ivanovic—. ¡Dios mío!

Recordaba bien aquellos lugares, aunque hubiesen ya pasado cincuenta años. Sobre la amplia explanada cubierta de cemento blanco brillaba un magnífico monstruo, el anillo de dos kilómetros de diámetro del generador mesónico, rodeado por las torres de cristal de las instalaciones de regulación. ¡Y pensar que en un solo día, en una millonésima de segundo, todo había desaparecido! El resplandor fue visto a muchos

centenares de kilómetros a la redonda, y la sacudida había sido registrada por todas las estaciones sísmicas del planeta.

—Los daños no son tan grandes —vino a decir Berkut como consuelo.

—Pensé que sólo quedaría la tierra desnuda.

— ¡Dios mío! —Repitió Iván Ivanovic rascándose la barba sin afeitar y dijo—: Allí está la instalación de los relés, yo mismo la construí... y la factoría de Ceboksarov... No queda nada.

—Bueno —dijo Poliessov—, ignoro lo que busca usted, pero ahora enviaré a los kiber. En todo caso necesitareé informaciones.

—Ah, sí, informaciones —murmuró Iván Ivanovic—. Aquí estoy.

—Muy bien —consintió Berkut—. Pero mientras desayunemos.

Poliessov giró los interruptores. Desde la pantalla se veía a los exploradores saltar a tierra, correr por la Pendiente de la cuenca y desaparecer entre las ruinas. Poliessov sacó entonces unas cajitas y pan de un paquete impermeable. Los tres se pusieron a comer, bebiendo café caliente de un termo.

— ¿Dónde estabas durante la explosión, Iván Ivanovic?-preguntó Berkut.

—En Lantanida.

—Has sido afortunado.

—No sólo yo, por suerte —prosiguió Iván Ivanovic—. Aquí no había casi nadie. El laboratorio era teledirigido... Miren a nuestro piloto...

Berkut se volvió. Poliessov dormía con la cabeza apoyada sobre el tablero de mandos, apretando entre las rodillas el termo del café.

—Está agotado —dijo Iván Ivanovic.

Poliessov se despertó, arregló los platos, se apoyó en el respaldo y se durmió de nuevo. Pero Iván Ivanovic lanzó un grito de alegría:

— ¡Vuelven los exploradores!

Entre las ruinas calcinadas aparecieron brillantes puntos móviles. Poliessov se restregó los ojos y se estiró, haciendo sonar todas las articulaciones. Luego se inclinó sobre el cuadro y empezó a leer los registros.

—La radiación no es muy fuerte, veinticinco roentgen. Temperatura... Presión... Humedad... Todo normal. Albúmina. Bacterias...

—Bien por las bacterias —dijo Iván Ivanovic—. ¡Continúe!

—Continuemos... Aquí está de nuevo la zona prohibida. Superficie aproximada de una hectárea. Los kiber han dado la vuelta y se han alejado. Y otra vez se veló la película.

— ¿Cómo es posible? ¿Otra vez la niebla azul?

—No. Bueno, no lo sé... Simplemente la zona prohibida.

—Déme las coordenadas, Piotr Vladimirovic —ordenó Berkut, echando una ojeada a Iván Ivanovic.

Este sacó rápidamente el plano y lo desplegó sobre sus rodillas.

Poliessov se puso a dictar.

—Justo —declaró Iván Ivanovic—, es precisamente ésa. Al sur de la torre de registro de las fases había una caseta de cemento. Una garita. Exacto.

Durante algunos minutos, Iván Ivanovic y Berkut se miraron en silencio. Poliessov veía los dedos temblorosos de Iván Ivanovic arrugar y alisar el papel rígido del plano. Berkut preguntó al fin:

— ¿Empezamos?

Iván Ivanovic se levantó, dándose con la cabeza contra el techo bajo de la cabina, sacudió la cabeza y abrió el armario donde estaban guardados los trajes de protección.

— ¡Espera! —Advirtió Berkut—. Piotr Vladimirovic, lleve la máquina hacia aquella zona... prohibida.

— ¿A la zona prohibida? —preguntó lentamente Poliessov.

Miró a la pantalla. Bajo el alto sol las ruinas yacían silenciosas y negras. El borde opuesto de la cuenca palpitaba con una niebla caliente. Ningún signo de vida, ninguna indicación de movimiento, sólo impalpables corrientes de aire caliente. Sin saber el motivo, Poliessov se acordó repentinamente del moho blanco y viscoso en los ojos del alce.

—Alguien tiene que ser el primero —dijo Berkut—. Empezaremos nosotros.

Una hora después el «Tortuga» se detuvo a un centenar de metros al sur de la torre, masa de cemento fundido por el calor, de la que surgían las varas de la armadura de acero. La pantalla funcionaba perfectamente. Se distinguía sobre la tierra calcinada cada granito de arena. La tierra se levantaba a modo de trinchera baja, rodeando la torre desnuda de una construcción subterránea. La torre era gris, rugosa y tenía en el centro un agujero redondo y negro.

—¿Es aquí? —preguntó Berkut.

—Sí —contestó Iván Ivanovic en voz baja.

Se vistieron con rapidez los trajes de protección. Antes de bajar la visera anti espectral del casco, Berkut indicó a Poliessov:

—Quédese en el tanque y mantenga el contacto por radio con nosotros. Si no lo consigue, no se deje dominar por el pánico. Y que no se le ocurra seguirnos...

Lo dijo en un tono decidido, lo que parecía extraño porque Poliessov siempre pensó que Berkut era un blando. Pero esta vez había hablado como hacía falta.

—Una cosa más. Si consigue establecer comunicación con Leming, cuénteles cómo van las cosas. Dígame que todo va bien. Hasta la vista.

Bajaron del tanque, Berkut el primero, seguido de Iván Ivanovic, con una cuerda enrollada a la espalda. Poliessov les vio pasar el terraplén, caminar sobre el cemento; se pararon sobre el agujero negro. Parecían buzos con sus trajes amarillos y deslucidos y con aquellos grandes cascos.

Iván Ivanovic lanzó la cuerda y ató un extremo al cemento.

Berkut preguntó:

—Piotr Vladimirovic, ¿me escucha? Poliessov le contestó que le oía muy bien.

—Sobre todo, no se preocupe, Piotr Vladimirovic. Todo saldrá bien. Inspeccionaremos los locales de abajo y volveremos inmediatamente.

—Vamos, vamos —interrumpió impaciente Iván Ivanovic.

Fue el primero en descender. Poliessov le oyó jadear y murmurar a media voz. Berkut estaba inclinado, con las manos apoyadas en las rodillas,

—Hecho —dijo Iván Ivanovic—. Estoy sobre el pavimento. Baje, Berkut.

Berkut hizo una señal con la mano a Poliessov y desapareció también por el agujero. Durante cinco minutos calló.

El primero en hablar fue Berkut.

—¿Qué es eso?

—Un simple transformador —contestó Iván Ivanovic—. Pero muy viejo.

—Parece como si lo hubiesen masticado —comentó Berkut.

Los físicos se callaron. Le pareció a Poliessov como si alguien respirase pesadamente en el micrófono. Elevó el volumen. Una especie de asmático aspiraba y espiraba rítmicamente el aire.

—¿Qué tal va? —preguntó Poliessov por su cuenta.

La voz de Berkut llegó sofocada pero distinta:

—Todo va bien, Piotr Vladimirovic. Proseguimos.

El receptor graznó y quedó en silencio. Poliessov sacó del bolsillo un tubito de esporamina, se tragó una pastilla y miró la pantalla. Más allá del terraplén cercano al borde del bosque se esparcían fragmentos retorcidos. Los trozos de acero brillaban al sol. Era el *Galatea*, un avión cohete automático enviado al epicentro en misión de reconocimiento un mes antes. El *Galatea* había estallado sobre el epicentro por causas desconocidas. Desde entonces, Leming había prohibido los reconocimientos aéreos. Poliessov dijo en el altavoz:

—Tovarich Berkut, ¿me oye? ¡Iván Ivanovic!

No tuvo respuesta. Pensó que quizá necesitaba salir al exterior. Pero decidió intentar otra vez la comunicación con Lantanida.

Apretó la tecla de sincronización. De pronto el silencio fue interrumpido.

— «¿Tortuga?» «¡Tortuga!» —Gritó alguien—. ¡Conteste, «Tortuga»!

—«Tortuga» a la escucha —dijo con rabia Poliessov.

—¿«Tortuga»? Soy Leming. ¿Dónde han ido ustedes a parar? ¿Por qué no contestaban?

Poliessov declaró que no conseguía establecer el contacto.

—¿Dónde se encuentran?

—Sobre el epicentro.

Siguió un breve silencio, tras el cual Leming, visiblemente tranquilizado, se informó:

—¿Qué han encontrado?

—¿Qué? —preguntó Poliessov.

—¿Cómo que qué? El «motor del tiempo», naturalmente. ¿Eres tú, Berkut?

Poliessov contestó que no era Berkut, y que Berkut e Iván Ivanovic habían descendido a un cierto subterráneo y que él, Poliessov, no sabía de qué «motor del tiempo» se trataba.

—No importa —exclamó impaciente Leming—. Esos idiotas se han empeñado en bajar... Luego les arreglaré las cuentas. Oiga, piloto, conduzca la máquina ahora mismo lo más lejos posible de ese... subterráneo y aguarde. ¿Ha comprendido? Aléjese y espere.

—Comprendido —repitió Poliessov—, alejar la máquina y esperar.

—Actúe. ¿No hay enlace con Berkut?

Poliessov reflexionó e interrumpió la comunicación.

—Motor del tiempo —dijo en voz alta.

—Muy bien.

Se levantó, vistióse el traje y salió de la máquina. Los pies se le hundían hasta los tobillos en el polvo negro. Tras subir a la cúpula de cemento, se acercó al agujero. La delgada cuerda desaparecía en una oscuridad infernal. Poliessov se volvió. El «Tortuga» quedaba tras el terraplén, mirándole con los ojos brillantes y saltones de los faros. Poliessov se arrodilló para deslizarse por el agujero con todos los músculos en tensión.

Abajo, la oscuridad era absoluta. Poliessov encendió el faro del casco. La mancha luminosa se arrastró sobre los rugosos muros, sobre los restos de los aparatos destrozados, sobre el pavimento cubierto por un estrato de polvo finísimo. Más adelante, Poliessov vio huellas en el polvo y continuó rápido hacia adelante evitando los amontonamientos de restos, tropezando en los hilos rotos. Oyó de nuevo por el radioteléfono a alguien que respiraba de forma ronca y rítmica.

Una esquina. Un corredor largo y estrecho. Otra esquina. Poliessov rodó por una escalera metálica. Experimentó de nuevo en la punta de los dedos la conocida sensación de: centenares de agujas microscópicas que penetraban bajo la piel. Poliessov empezó a correr. Otra escalera, otro corredor. El estertor rítmico en los auriculares se convirtió en un sonido muy potente y terrible. O-o-o... A-a-a...

El sudor le inundaba los ojos. Otra esquina. Poliessov, se detuvo. Por un instante una fuerte luz azul le cegó. Luego distinguió dos sombras negras. Berkut estaba inclinado sobre Iván Ivanovic sentado con las piernas cruzadas y que apoyaba las palmas de las manos sobre el pavimento azul.

Poliessov se precipitó hacia ellos y cogió a Iván Ivanovic por debajo de las axilas. Iván Ivanovic era extraordinariamente pesado. Sus piernas se arrastraban por el suelo y a cada momento resbalaba en los brazos de Poliessov. Consiguió arrastrarlo hasta la puerta, se lo cargó a la espalda e, introduciéndose con fatiga en el corredor, miró atrás hacia Berkut. Este le seguía sin prisa, mientras sus brazos colgaban como las mangas de un capote echado sobre las espaldas. Tras él vio sólo dos columnas transparentes... En las columnas se debatía con lento latir una llama azul, acompañada por el grito del radioteléfono.

Iván Ivanovic se reanimó con un vasito de coñac y dijo:

—Ha sido toda una exploración.

—¿Otro? —preguntó Poliessov.

—No, ya basta.

—¿Y usted, Tovarich Berkut?

Berkut sonrió.

—Gracias, Piotr Vladimirovic. Póngase en comunicación con Leming, si no le molesta.

Poliessov atornilló la cantimplora y se puso en el transmisor. Berkut se apoyó en el respaldo y siguió sonriendo. El cuerpo era ligero y fresco, no quedaba ni siquiera una traza de la enervante impotencia que le había asaltado al regreso de los corredores subterráneos.

—Aquí está la comunicación —indicó Poliessov.

—Leming —llamó Berkut al micrófono—. Leming, soy Berkut.

—Berkut —repitió con voz desacostumbradamente baja Leming—. ¿Por qué se ha arriesgado tanto?

—Calma, Leming —dijo, sonriendo Berkut—. Estamos sanos y salvos. Leming, no nos hemos equivocado. ¿Me escucha, Leming? El «motor del tiempo» permanece intacto y trabaja a toda presión. Trabaja, ¿me escucha?

Tras una pausa, Leming respondió:

—Sí, le escucho.

—Haga venir aquí con toda urgencia un equipo para quitar la energía —continuó Berkut—. Con urgencia, ¿ha comprendido? Y envíe a gente. Mucha gente. Envíe a Kuzmin, a la Iesileva, Akopian. Envíe sin falta a Akopian.

Y hágalo pronto, Leming. Hay que prevenir la próxima explosión. Tenga en cuenta que no es posible atravesar la niebla azul con los medios acostumbrados. Pida a los interplanetarios algún otro tanque super acorazado. Tampoco resultan seguros, pero por lo menos...

—Los tanques completamente equipados están ya en camino y llegarán mañana. Y los hombres llegarán dentro de un cuarto de hora. He enviado tres reactores —contestó Leming.

—No valía la pena —Berkut echó una ojeada a la pantalla, en la que brillaban bajo el sol los restos del *Galatea*—. Aquí tenemos ya uno.

—No importa, pasarán sobre la vieja autopista en vuelo rasante. No les pasará nada.

Leming tosió, luego con una voz voladamente indiferente se informó si Berkut tenía alguna idea respecto a aquella... ¿cómo se llama?... niebla azul.

Berkut respondió:

—Sí, tengo alguna. No está excluido que se trate de una protomateria no cuantística o, mejor dicho, el producto de su reacción con el aire y el vapor acuosos.

—También yo pensaba lo mismo —dijo Leming—, Muy bien. Esperen. No se arriesguen. Hasta luego.

Iván Ivanovic se echó a reír. Berkut se separó del micrófono y rió también. Sólo Poliessov permaneció serio. Estaba pálido y desmejorado por la fatiga. Había tragado otra tableta de esporamina; no tenía sueño, pero no se encontraba bien. Además, por primera vez en su vida no comprendía lo que sucedía en torno suyo, lo que le ponía a rabiar y le humillaba. Se sentía molesto ante la vanidad de Iván Ivanovic e incluso la gentileza de Berkut, aunque se daba cuenta de que estaba equivocado. Al fin venció el orgullo y preguntó resueltamente:

—¿Qué es el «motor del tiempo»?

Los físicos le miraron y luego lo hicieron entre sí.

Poliessov añadió:

—Si no es un secreto, claro está. Berkut enrojeció.

—Nos habíamos olvidado..., perdone, Piotr Vladimirovic —balbuceó—. Antes no estábamos seguros, y ahora este éxito... ha sido tan inesperado... ¡Ah, qué contrariedad! Por favor, no se ofenda. ¿Conoce usted la mecánica causal?

Poliessov sacudió la cabeza fríamente. Seguía aún enfadado, aunque Berkut se le mostrara simpático.

—Entonces resulta más complicado. De todas formas, intentaré explicárselo...

Hizo un esfuerzo para darle una explicación clara. Poliessov, por su parte, hizo todo lo posible por comprender. Se trataba de las propiedades del tiempo. Del tiempo como proceso físico. Según Berkut, el problema era extremadamente complejo. Muchos años antes al estudiar un científico el problema de la fuente de energía estelar, fue el primero en formular una original teoría del tiempo como proceso físico ligado a la energía.

Así nació la mecánica de las relaciones entre la causa y el efecto, dicho de otra manera, la mecánica causal.

Una de las notables consecuencias de la mecánica causal había sido la hipótesis sobre la posibilidad de utilizar la marcha del tiempo como fuente de energía. Se habían calculado sistemas mecánicos que hacían posible su realización práctica. A pesar de todo, la productividad de semejantes sistemas era nula. No proporcionaban más que una confirmación experimental genérica de la teoría fundamental. Para fines prácticos, este problema, siempre en una línea experimental, sólo se resolvió tras la aparición de la electrodinámica causal. Y también estos sistemas electrodinámicos causales precisaron decenas de años antes de que empezasen a suministrar energía de modo concreto y útil.

Setenta y cinco años antes, después de una deliberación del Consejo Científico Mundial, cuatro de tales sistemas fueron montados y puestos en funcionamiento a título experimental. Uno en la taiga, otro en Amazonia, un tercero en la Antártida y un cuarto en el cráter Bulliald de la Luna. Más tarde, cerca del motor en la taiga fue construido un laboratorio telemecánico para el estudio de los mesones. Durante un experimento no determinado se produjo una explosión. Ocurrió cuarenta y ocho años antes. El «motor del tiempo» se consideró perdido, porque los daños eran extraordinariamente importantes y porque se hizo imposible penetrar en el territorio donde se hallaba la instalación. La atención de los estudiosos se había concentrado en las tres instalaciones restantes y el experimento de la taiga fue olvidado. Pero el motor no había sido dañado, continuaba recogiendo la energía. De pronto, cuatro meses antes, liberó la primera porción de energía.

—Esto es todo, o casi todo —Berkut sonrió tímidamente—. ¿Comprende ahora?

—Gracias —dijo Poliessov.

—Y lea un poco a Leming —continuó Berkut—. Hay una estupenda monografía de Leming sobre *La electrodinámica causal*.

Poliessov tosió.

—Las columnas transparentes del subterráneo —explicó Berkut— sirven para la derivación de la energía. El motor se encuentra en el piso inferior. La energía fluye en las columnas, allí se recoge y de vez en cuando sale al exterior. Nadie sabe, en general, cuál es su naturaleza.

—Leming lo sabe —intervino Iván Ivanovic. Berkut le miró y prosiguió:

—Sí. Leming sostiene que la energía sale bajo la forma de «protomateria», que constituye la base no cuantitativa de todas las partículas y de todos los campos. Luego la protomateria forma espontáneamente los cuantos, en parte partículas y antipartículas y, en parte, campos magnéticos. Pero parcialmente, entra también en reacción con el medio circundante. Es probable que nazca así la niebla azul. Esta protomateria penetra por todas partes. No conoce obstáculos y actúa sobre los aparatos, sobre los kiber, como dicen ustedes y sobre nuestros cuerpos... Pero no me explico con claridad.

—No, más bien —dijo Poliessov. Se había acordado de que las agujas de los aparatos que controlaban la carga de los campos magnéticos se movían espasmódicamente.

—Más bien —repitió—. Gracias... ¿Y los otros motores?

—Los otros, por ahora, están inactivos —dijo Berkut—. Pero por ahora con éste nos basta.

—Construiremos una ciudad laboratorio —murmuró Iván Ivanovic, mirando fijamente a la pantalla—. ¡Cómo trabajaremos, Dios mío! —Se volvió hacia Poliessov y le dijo—: Hay que conocer la mecánica causal, jovencito. Sus principios se enseñan ya en la escuela.

—No es verdad —cortó Berkut.

—Sí, lo es. Mi sobrinito así me lo ha dicho. Pero no se trata de esto. Tengo una proposición que hacerle, Poliessov. Nos hará falta aquí un piloto con los nervios templados.

—No —contestó Poliessov—. Lo siento, pero debo regresar al «Mercurio». También allí necesitan pilotos con los nervios templados. Iván Ivanovic arqueó las cejas.

—Haga lo que mejor le parezca —murmuró—. Ya están aquí —dijo Berkut.

Del otro lado de la taiga, uno tras otro, aparecieron silenciosamente unos pájaros plateados, sobrevolaron a escasa altura la tierra negra y se posaron plegando las alas. Se abrieron las portillas y empezaron a saltar de ellos hombres con trajes protectores amarillos y grandes cascos.

—Akopian —dijo Berkut—. Vamos, compañeros.

El Capitán de la Astronave “Polus”

Valentina Zuravleva

Soy un médico de a bordo y he participado en tres expediciones al cosmos. Mi especialidad médica es la psiquiatría: la astro psiquiatría, como se llama hoy. El problema del que me ocupo tuvo su origen hace mucho tiempo, en el decenio comprendido entre 1970 y 1980. Entonces el vuelo desde la Tierra a Marte duraba más de un año, y para llegar a Mercurio eran necesarios cerca de dos. Los motores trabajaban sólo en las fases de la partida y de la llegada. Las observaciones astronómicas no se hacían desde los cohetes, sino desde observatorios especiales instalados sobre satélites artificiales. ¿De qué se ocupaba entonces la tripulación durante los largos meses del viaje? Casi de nada. La forzada inacción causaba agotamientos nerviosos, estados de postración, enfermedades. La lectura y la radio no podían suplir enteramente todas las cosas de que carecían los primeros astronautas. Echaban de menos el trabajo creador al que estaban acostumbrados. Fue entonces cuando se pensó en formar las tripulaciones con individuos que tuviesen alguna afición, no importaba cuál mientras les mantuviese ocupados durante el vuelo. Así surgieron pilotos apasionados por las matemáticas, navegantes que estudiaban antiguos papiros, ingenieros que dedicaban todo su tiempo a la poesía. En los formularios que los astronautas debían rellenar fue añadido el famoso punto 12: «¿Cuál es su *hobby*?»

Pocos años después, con la entrada de la humanidad en la época de los vuelos interestelares, el problema se hizo aún más agudo. En efecto, pese a alcanzar casi la velocidad de la luz, los cohetes atómicos, que hacían el recorrido desde la Tierra hasta las estrellas más cercanas, viajaban durante años. Es verdad que el tiempo disminuía de acuerdo con la elevada velocidad de los cohetes, pero de todos modos los viajes duraban ocho, doce y a veces veinte años...

Pero estoy divagando y aún no he empezado mi historia... El punto 12 es el objeto de mi trabajo científico. Y es justamente la historia del punto 12 la que me ha traído aquí, al Archivo Central de Astronáutica.

La misma tarde del día en que llegué, tuve un coloquio con el director del archivo, un hombre joven todavía, a quien el estallido del depósito de combustible de un cohete casi había privado de la vista. Llevaba lentes de contacto de un azul opaco que le escondían los ojos, por lo que parecía no sonreír nunca.

—Bien —dijo, después de haberme escuchado—, desea usted empezar con el material del sector O-14... Ah, perdone, esta es nuestra clasificación interna y no le dice nada. Me referí a la primera expedición a la estrella de Barnard.

Para vergüenza mía debo confesar que no sabía casi nada de tal expedición.

—Sí —continuó el director—, la historia de Jean Zarubin, comandante de la expedición, resolverá muchas de las cuestiones que le interesan. Dentro de media hora le traerán el material. ¡Buen trabajo!

Tras los lentes azules, los ojos no eran visibles, pero la voz tenía un tono triste.

El material llegó a mi mesa. Los folios estaban amarillentos en algunos lugares, la tinta (entonces escribían con tinta) se había descolorido. Pero alguien había restaurado el resto cuidadosamente; se habían adjuntado fotocopias de rayos infrarrojos, cubierto el papel con una película de plástico transparente que se presentaba lisa al tacto y resistente.

La ventana daba sobre el mar. Fuera, las olas crujían dulcemente como páginas deshojadas de un libro...

En la época en que fue realizada, la expedición a la estrella de Barnard era una empresa difícil, casi desesperada. Distancia: seis años luz. El cohete debía efectuar la mitad del recorrido en fase de aceleración y la otra mitad en fase de deceleración; aunque este sistema permitía alcanzar una velocidad superior a la de la luz, el vuelo de ida y vuelta requería unos catorce años. Para la tripulación el tiempo aún sería menor y los catorce años se habrían reducido a unos cuarenta meses reales. Un período en sí no excesivamente largo, pero con el peligro de que el motor debía trabajar casi constantemente a pleno régimen durante treinta y ocho meses, de los cuarenta, y el combustible era limitado. Un retraso cualquiera significaba, pues, el fin de la expedición.

Hoy parece una insensatez esta decisión de partir hacia el cosmos con peligro de quedarse sin reservas de combustible, pero entonces no era posible otra cosa. Las naves espaciales no podían cargar más de lo que los ingenieros conseguían colocar en sus compartimentos...

Leo el texto de la reunión del comité encargado de escoger la tripulación. Se presentan candidatos y el comité los rechaza siempre, porque el vuelo es excepcionalmente difícil, porque el capitán debe ser a la vez un óptimo ingeniero, porque debe reunir una excepcional resistencia, una audacia casi desatinada. Y de pronto, todos asienten.

Vuelvo la página. Empiezan las notas personales del capitán Jean Zarubin.

Zarubin. El apellido es ruso. ¿Por qué Jean? Me hago esa pregunta y al punto hallo la respuesta. El padre, Zarubin, es un ingeniero ruso. La madre es una pintora francesa.

Tres páginas más y empiezo a comprender el motivo de que Jean Zarubin fuese nombrado por unanimidad comandante del «Polus». Era un hombre en el que se asociaban de modo excepcional la fría sabiduría del científico y el fogoso temperamento del luchador. Por ello le habían destinado a las más arriesgadas empresas. Sabía salir de las situaciones más arduas y desesperadas. Era justamente el hombre apto para una expedición que muchos consideraban de antemano condenada al fracaso.

Encuentro las fotografías de la tripulación del «Polus». Son fotografías en blanco y negro, en dos dimensiones. El capitán tenía entonces treinta y ocho años. En la fotografía aparece más viejo: una cara llena, ligeramente grueso con anchos pómulos, labios fuertemente apretados, nariz aguileña, pelo rizado y seguramente muy suave y ojos extraños. Unos ojos tranquilos, casi perezosos, pero en los que vagaba una luz impertinente, descarada...

Los restantes astronautas eran más jóvenes. Los ingenieros, marido y mujer, estaban fotografiados juntos, volaban siempre juntos. El piloto tenía una mirada absorta de músico. El médico de a bordo era una muchacha: quizá yo también tenía aquel aspecto serio en la primera fotografía que me hicieron al ingresar en la Flota Astral. El astrofísico mostraba una mirada obstinada sobre un rostro manchado de quemaduras: había realizado con el capitán un aterrizaje forzoso en Dion, satélite de Saturno.

Punto 12 del formulario: hojeo las páginas y veo que las fotografías me han orientado bien. En efecto, el piloto es un compositor; la pasión de la muchacha sería es la microbiología, el astrofísico estudia obstinadamente las lenguas, ya posee cinco a la perfección entre las cuales el latín y el griego antiguo. Los ingenieros, marido y mujer, tienen la misma pasión: el ajedrez, el nuevo ajedrez con dos reinas blancas y dos reinas negras y un tablero de 81 casillas...

La pregunta 12 también halla respuesta en el formulario del capitán. Su pasión extraña, única, excepcional; nunca me había topado con nada semejante. Desde pequeño, el capitán se deleita con la pintura: es natural considerando que su madre era pintora. Pero el capitán no pinta, no, se interesa por otra cosa. Sueña con descubrir los secretos de la Edad Media, con recuperar la composición de sus colores, sus mezclas. Y hace investigaciones químicas, siempre con la obstinación del científico y el temperamento del artista.

Seis hombres, seis caracteres diferentes, seis destinos distintos. Pero la pauta viene marcada por el capitán. Los demás le quieren, tienen fe en él, le imitan. Y por eso todos saben ser tranquilos, imperturbables y desenfrenadamente audaces.

Partida. El «Polus» apunta hacia la estrella de Barnard. El reactor atómico lanza por las toberas oleadas de iones invisibles... El cohete está en fase de aceleración, se nota continuamente la sobrecarga. Durante los primeros momentos es difícil caminar, difícil trabajar. El médico hace observar con severidad el régimen establecido. Los astronautas se acostumbran a las condiciones del vuelo. Se ordena la estiba y se instala el radiotelescopio. Empieza la vida normal. El control del reactor, de los instrumentos, de los mecanismos, requiere poco tiempo. Cuatro horas al día son obligatorias para las respectivas especializaciones; el resto del tiempo es libre y cada cual lo emplea como quiere. La muchacha sería lee ávidamente textos de microbiología. El piloto ha compuesto una canción y todos los tripulantes la cantan. Los dos ingenieros pasan largas horas ante el tablero, el astrofísico lee a Plutarco en su lengua original...

El cohete vuela hacia la estrella de Barnard aumentando progresivamente su velocidad. Los meses pasan. El reactor atómico funciona tal como estaba previsto. El consumo de combustible es el calculado, ni un miligramo más.

La catástrofe vino de improviso.

Durante el octavo mes de vuelo se verificó una variación en el régimen de trabajo del reactor con el consiguiente aumento del consumo de combustible. En el diario de a bordo apareció una breve anotación: «No sabemos la causa de tal reacción accesoria».

Fuera, el mar levanta la voz. El viento es más fuerte y las olas ya no rozan como páginas de un libro, rebufan impacientes batiendo la costa. Oigo la risa de una mujer. No, no puedo, no debo distraerme. Me parece estar viendo a aquellos hombres en el cohete. Ahora ya los conozco y puedo imaginar todo lo que ha sucedido. Quizá me equivoque en algún detalle, pero, ¿qué importa? Pero no, estoy segura de que no me equivocaré ni siquiera en los detalles. Tengo el convencimiento de que los hechos se desarrollaron así:

En la retorta colocada sobre la espita hervía un líquido oscuro. Vapores negruzcos recorrían el serpentín para terminar en el condensador. El capitán examinaba atentamente una probeta que contenía un polvo rojo oscuro. Se abrió la puerta. La llama del quemador tembló. El capitán se volvió. En la entrada se hallaba el ingeniero.

El ingeniero estaba turbado. Era un hombre que sabía controlarse, aunque su voz traicionaba su turbación. Una voz extraña, sonora, desacostumbradamente firme. El ingeniero intentaba mantener la calma, pero no lo conseguía.

—Siéntate, Nikolaj —el capitán le acercó una butaca—. He hecho estos cálculos ayer y he obtenido el mismo resultado. Por lo tanto, siéntate.

—¿Es ya la hora?

El capitán miró el reloj.

—Faltan cincuenta y cinco minutos para la cena. Tenemos tiempo de hablar. Avisa a todos, por favor.

—Muy bien —contestó mecánicamente el ingeniero—. Se lo diré a todos. Sí, se lo diré.

No comprendía la tranquilidad del capitán. La velocidad del «Polus» aumentaba segundo a segundo y había que tomar inmediatamente una decisión.

—Mira —explicó el capitán, acercándole la probeta—. Seguramente te interesará. Es cinabrio. Un color endiablidamente seductor. Pero suele oscurecerse a la luz... Ya lo he encontrado; todo el secreto está en el grado de dispersión...

Y se extendió en una disertación acerca de cómo había conseguido obtener un cinabrio estable a la luz. El ingeniero le escuchó con impaciencia, atormentando la probeta con las manos, y con los ojos fijos en el reloj de la pared: treinta segundos, la velocidad había aumentado en dos kilómetros por segundo; un minuto más y habría aumentado otros cuatro kilómetros por segundo...

—Me voy —dijo por fin—, debo advertir a los otros,

Mientras descendía la escalerita comprendió de pronto que no tenía prisa, ya no contaba los segundos.

El capitán cerró la puerta de la cabina, introdujo distraídamente las probetas en el trípode y pensó con una sonrisa: «El pánico es como una reacción en cadena. Todo lo que le es extraño, lo retrasa...»

Diez minutos después, el capitán bajó al salón. Cinco personas le saludaron poniéndose en pie. Y por el modo de levantarse, por el hecho de que todos llevaban el uniforme de los astronautas, cosa que sucedía raras veces y sólo en las ocasiones solemnes, el capitán comprendió que ya no era necesario explicar la situación.

—Bueno —murmuró—, parece que sólo yo me he olvidado de ponerme el uniforme... Nadie sonrió.

—Sentémonos —indicó el capitán—. Consejo de guerra. Como está prescrito, que hable primero el más joven: Lenocka, ¿qué debemos hacer? ¿Qué piensa de la situación?

La muchacha contestó con toda seriedad:

—Soy médico, Jean Pavlovic, y nuestro problema es, ante todo, técnico. Permítame expresar mi opinión después.

El capitán asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Oigamos a Sergej.

El astrofísico abrió los brazos.

—Tampoco concierne a mi especialidad. No tengo una opinión bien definida, pero sé que el combustible debería bastar para alcanzar la estrella de Barnard. ¿Por qué volver a mitad de camino?

— ¿Por qué? —Repitió, a su vez, el capitán—. Porque desde allí ya no podríamos volver. Desde la mitad del trayecto, sí; desde la estrella de Barnard, no.

—No lo comprendo —insistió el astrofísico, pensativo—. ¿Por qué no? Nos vendrían a buscar. Verán que no volveremos y vendrán por nosotros. La astronáutica está en continuo desarrollo.

—Sí —contestó, riendo, el capitán—. Pero hará falta tiempo... Por lo tanto, es usted del parecer de continuar..., ¿no es así? Bueno. Ahora usted, Georgej. ¿Entra el asunto dentro de su especialidad?

El piloto saltó en pie, separando la butaca.

—Siéntese —ordenó el capitán—. Siéntese y hable con calma. No salte. ¿Y bien?

— ¡No debemos volver! —El piloto casi gritaba—. Hay que seguir adelante... ¡Adelante a través de lo imposible! ¿Cómo podemos pensar en volver? Sabíamos que la expedición era muy difícil. Lo sabíamos, ¿no? Y ahora, en cuanto surge la primera dificultad, ¿se habla de volver! ¡No, no, adelante!

—Adelante a través de lo imposible —murmuró el capitán—. Bien dicho... ¿Qué opinan los ingenieros? ¿Nina Vladimirovna? ¿Nikolaj?

El ingeniero miró a su mujer. Esta hizo un gesto y él tomó la palabra. Habló con calma, como si pensase en voz alta.

—Nuestro vuelo a la estrella de Barnard es una expedición científica. Si entre todos podemos saber algo nuevo, si hacemos algún descubrimiento, nuestro esfuerzo habrá sido útil. Pero este esfuerzo sólo será verdaderamente útil si nuestro descubrimiento es conocido por otros hombres, por la Humanidad. Si llegamos hasta la estrella de Barnard y luego no es posible volver atrás, ¿qué valor tendrán nuestros descubrimientos? Sergej ha dicho que al final alguien nos vendrá a recoger. Lo admito. Pero entonces, el mérito será suyo, de quienes vengán a recogernos. ¿Qué méritos tendremos nosotros? ¿Qué hará por la Humanidad nuestra expedición?... En una palabra, sólo produciremos molestias. Sí, molestias. En la Tierra esperarán nuestro regreso, y lo harán en vano. Si volvemos inmediatamente, la pérdida de tiempo se reducirá al mínimo. Partirá una nueva expedición. Quizá seamos nosotros mismos. Habremos perdido, eso sí, algunos años. Pero, por el contrario, proporcionaremos a la Tierra el material recogido. Pero ahora no tenemos esa posibilidad... ¿Continuar? ¿Para qué? Nina y yo nos oponemos. Hay que volver en el acto.

Siguió un largo silencio. Luego, la muchacha preguntó:

—¿Qué piensa usted, capitán? Zarubin sonrió con tristeza.

—Creo que nuestros ingenieros tienen razón. Las bellas palabras sólo son palabras. Y el buen sentido, la lógica, el cálculo, están de parte de los ingenieros. Hemos venido a hacer descubrimientos. Si la Tierra no tiene noticia de ellos, no valdrán nada. Nikolaj tiene razón, toda la razón.

El capitán se levantó y atravesó pesadamente la cabina. Era difícil caminar. La sobrecarga tres veces mayor, provocada por la aceleración del cohete, dificultaba los movimientos.

—Cabe también la espera de un socorro —continuó—. Quedan dos soluciones. La primera es volver a la Tierra; la segunda es alcanzar la estrella de Barnard..., y luego, regresar de algún modo. Regresar, pese a la pérdida de combustible.

— ¿Cómo? —preguntó el ingeniero. Zarubin se acercó a la butaca, se sentó e hizo una pausa antes de contestar.

—No lo sé. Pero tenemos tiempo. Para llegar a la estrella de Barnard aún faltan once meses. Si ustedes deciden que volvamos ahora, lo haremos. Pero si creen que durante esos once meses yo puedo pensar, inventar, descubrir alguna cosa que nos permita resolver esta situación, entonces..., ¡adelante a través de lo imposible! Esto es todo, amigos... ¿Qué les parece? ¿Lenocka?

La muchacha le miró con malicia.

—Como todos los hombres, es usted muy listo. Apostaría algo a que ya tiene preparada alguna solución. El capitán soltó una carcajada.

— ¡Perdería! Aún no he encontrado nada. Pero lo encontraré, estoy seguro.

—Lo creemos. Estamos convencidos de ello. —El ingeniero calló un momento—. Aunque no puedo imaginar cómo saldremos de este embrollo. Nos queda el dieciocho por ciento del carburante. El dieciocho por ciento, en vez del cincuenta... Pero después de lo que ha dicho, capitán, es suficiente. Vamos a la estrella de Barnard. Como dice Georgej, ¡adelante a través de lo imposible!

...Las ventanas se abren sin ruido. El viento vuelve las páginas, atraviesa la habitación, llenándola con el fresco olor del mar. Ese olor es algo maravilloso. En los cohetes no existe. Los acondicionadores depuran el aire, mantienen la humedad necesaria, la temperatura conveniente. Pero el aire acondicionado no tiene sabor, como el agua destilada. Se han probado muchas veces generadores de olores artificiales, pero hasta ahora sin resultados satisfactorios. El olor común del aire terrestre es demasiado complejo y no es fácil reproducirlo. Ahora, por ejemplo... Siento el olor del mar, de las húmedas hojas otoñales, de perfumes apenas perceptibles. A veces, cuando el viento se hace más fuerte, percibo el olor de la tierra y hasta el débil perfume de los colores.

El viento vuelve las páginas... ¿Con qué contaría el capitán? Soy médico, he volado y sé que no suceden milagros. Cuando el «Polus» llegase a la estrella de Barnard, sólo le quedaría el dieciocho por ciento de combustible. El dieciocho en vez del cincuenta...

A la mañana siguiente rogué al director que me enseñase los cuadros de Zarubin.

—Hay que subir arriba —explicó—, ¿Ya lo ha leído todo?

Escuchó mi respuesta y asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Yo también lo pensaba. Desde aquel momento, la historia empieza a tener un carácter excepcional. Sí, el capitán asumió una gran responsabilidad...

Calló durante largo rato, mordiéndose los labios. Luego se levantó y se ajustó las gafas.

—Bueno, vamos.

El director cojeaba. Recorrimos lentamente los corredores del Archivo.

—Leerá otras cosas sobre el particular —dijo el director—. Si no me equivoco, segundo volumen, página cien y siguientes. Zarubin quería descubrir el secreto de los maestros italianos del Renacimiento. A partir del siglo XVIII empezó la decadencia de la pintura al óleo, desde el punto de vista de la técnica de los colores, quiero decir. Muchas cosas se consideraron irremediabilmente perdidas. Los pintores ya no sabían obtener colores luminosos y al mismo tiempo persistentes. Particularmente, en lo que respecta al celeste y al azul. Zarubin. ..

Los cuadros de Zarubin estaban reunidos en una estrecha galería inundada de sol. Lo primero que me llamó la atención fue que cada uno de los cuadros de Zarubin estaban pintados de un solo color: rojo, azul, verde...

—Son estudios para probar los colores —explicó el director—. Aquí hay uno, *Estudio en tonos azules*. Ultramarino.

En un cielo azul volaban juntas dos delicadas figuras humanas, un hombre y una mujer. Todo estaba pintado en azul. Pero nunca había visto una tan infinita variedad de matices. El cielo aparecía nocturno, azul oscuro en el extremo izquierdo inferior del cuadro y transparente, saturado por el aire ardiente del mediodía, en el ángulo opuesto. En los hombres, las alas formaban un mosaico de tonos azules, celestes, violetas. Los colores eran unas veces elásticos, claros, luminosos; otras veces, dulces, tenues, transparentes. En comparación, el estudio de Degas: *Las bailarinas azules* hubiera parecido un cuadro mortecino, pobre en colores.

Admiré luego otros cuadros. *Estudio en tonos rojos* dos soles escarlatas en un planeta desconocido, un caos de sombras y penumbras desde el rojo sangre hasta el rosa luminoso. *Estudio en tonos ocres*: amontonamientos de rocas oscuras, severas. *Estudio en tonos verdes*: un bosque irreal, mágico...

—Zarubin fantaseaba —dijo el director—. Al principio pretendía probar los colores. Pero después...

SI director calló. Miré los azules, impenetrables cristales de sus gafas.

—Siga leyendo —dijo, por fin, en voz baja—. Luego le enseñaré los demás cuadros. Entonces comprenderá...

Leo con la mayor rapidez posible. Intento fijar las cosas principales y adelante, adelante...

El «Polus» continuó su viaje. La velocidad del cohete alcanzó el límite máximo y los motores empezaron a trabajar en régimen de deceleración. A juzgar por las breves notas del diario de a bordo, todo seguía normalmente, ninguna avería, ninguna enfermedad. Nadie recordaba al capitán la promesa hecha. Zarubin estaba, como siempre, tranquilo, seguro de sí mismo y alegre. Como antes, dedicaba mucho tiempo a la tecnología de los colores y pintaba estudios...

El cohete alcanzó la estrella de Barnard diecinueve meses después de su partida. Cerca de la débil estrella rosada se descubrió un planeta, de dimensiones casi idénticas a las de la Tierra, pero cubierto de hielos. El «Polus» se preparó a posarse sobre él. El flujo de iones emitido por las toberas del cohete fundió los hielos y el primer intento no tuvo éxito. El capitán escogió otro punto, con el mismo resultado... Por fin, tras seis tentativas, se encontró bajo el hielo una roca granítica.

El planeta estaba muerto. Su atmósfera estaba compuesta casi exclusivamente de oxígeno puro, pero no se encontró ni un ser viviente ni una planta. El termómetro señalaba cincuenta grados bajo cero. «Planeta inerte —estaba escrito en el diario del piloto—; pero, en cambio, qué diluvio de descubrimientos...»

Sí, un diluvio de descubrimientos. Incluso hoy, cuando la ciencia de la estructura y evolución de las estrellas ha experimentado grandes avances, los descubrimientos hechos por la expedición del «Polus» en muchos aspectos no han perdido nada de su valor. El estudio de la envoltura gaseosa de las enanas rosadas tipo Barnard se considera aún como un clásico científico.

Diario de a bordo... El manuscrito del astrofísico con la paradójica hipótesis sobre la evolución de las estrellas..., y, por fin, lo que yo buscaba: la orden de regreso dada por el capitán. No doy crédito a mis ojos y repaso rápidamente las páginas. Una anotación en el diario del navegante. Ahora lo creo; sé que sucedió así.

Un día, el capitán declaró:

—Hay que regresar.

Los cinco hombres miraron a Zarubin en silencio. Se oía el tic-tac de los relojes...

—Tenemos que volver —repitió el capitán—, Ya sabemos que nos queda el dieciocho por ciento del combustible. Pero hay una solución. Ante todo, aligerar el cohete. Debemos eliminar todo el equipo eléctrico con excepción de los instrumentos de corrección. —Vio que el piloto quería decir algo y le detuvo con un gesto—. Hay que hacerlo así. Los instrumentos, los mamparos interiores de los depósitos vacíos, parte de los víveres y las voluminosas instalaciones eléctricas. No es eso todo. El mayor consumo de combustible es debido a la pequeña aceleración de los primeros meses de vuelo. Habrá que resignarse a los inconvenientes: el «Polus» deberá partir con una aceleración, no de tres, sino de nueve veces...

—Con una aceleración semejante, será imposible guiar el cohete —objetó el ingeniero—. El piloto no podrá...

—Ya lo sé —le interrumpió con dureza el capitán—. La dirección, durante los primeros meses, será dada desde aquí, desde este planeta. Aquí se quedará un hombre. ¡Silencio! Recuérdenlo, no hay otra solución y se hará así. Sigamos. Nina Vladimirovna y Nikolaj no pueden quedarse, esperan un niño. Sí, lo sé. Lenocka es médico, debe partir. Sergej es el astrofísico, y también debe partir. Georgej tiene poca resistencia. Por eso me quedaré yo. ¡Silencio he dicho!

«Tengo delante los cálculos hechos por Zarubin. Soy médico y no todo lo veo claro. Pero no resulta difícil comprender que son irreprochables. El cohete se aligera hasta el desmantelamiento, se fuerza hasta el fondo la sobrecarga de salida. Se suprime el sistema de alimentación de emergencia, consistente en dos micro reactores, se desmonta casi toda la instalación electrónica. Si durante el viaje sucede algo imprevisto, el cohete ni siquiera podrá volver a la estrella de Barnard.

«Riesgo al cubo —dice el diario del navegante. Y dos renglones más abajo—: Pero para el que se queda, el riesgo será diez, cien veces mayor.»

Zarubin tendría que esperar catorce años. Únicamente hasta entonces otro cohete podría ir a recogerlo. Catorce años solo sobre un planeta hostil, cubierto de hielo...

Fotografía de la habitación del capitán. Está construida con una parte del material de las bodegas. A través de las paredes transparentes se ven las instalaciones electrónicas, los micro reactores. Sobre el techo, las antenas del mando a distancia. En torno a ella, un desierto de hielo. En el cielo gris, cubierto por una densa

bruma, salta la luz fría de la estrella de Barnard. un disco cuatro veces más grande que el Sol, pero apenas más luminoso que la Luna.

Hojeo con nerviosismo el diario de a bordo. Está todo: las instrucciones del capitán, los acuerdos relativos al enlace por radio durante los primeros días de vuelo, la lista de los objetos dejados al capitán... Y luego, de pronto, dos palabras: «El "Polus" parte.»

Siguen anotaciones extrañas. Parecen escritas por un niño, las líneas son irregulares, las letras aparecen deformadas. Es el efecto de la sobrecarga nueve.

Consigo leerlas con fatiga. La primera anotación: «Todo bien. ¡Maldita sobrecarga! Manchas violeta en los ojos...» Dos días después: «Tomamos la velocidad establecida. Imposible caminar, debemos arrastrarnos...»

Una semana más tarde: «Pesado, mucho... (borrado). Resistimos. El reactor trabaja a pleno régimen.»

Dos folios del diario de a bordo están en blanco. Sobre el tercero, manchado de tinta, consta la siguiente observación: «El mando a distancia no funciona. Los rayos encuentran un obstáculo desconocido. Es... (borrado). Es el fin.» Pero al final de la página hay otra, escrita con mano más firme: «El mando a distancia ha vuelto a funcionar. El indicador de potencia señala cuatro unidades. El capitán da la energía de sus micro reactores y nosotros no podemos impedirselo. Se sacrifica...»

Cierro el diario. Ahora sólo puedo pensar en el capitán. No esperaba, sin duda, que se estropease el mando a distancia.

Se oye el alarmante pitido de la señal de control del indicador. La temblorosa aguja se detiene en el cero. Las ondas de radio han encontrado un obstáculo y el mando a distancia no funcionaba.

El capitán se halla de pie ante la pared transparente de la bodega. El sol escarlata se oculta en el horizonte. Las tinieblas se van condensando sobre la llanura helada. El viento levanta la nieve, haciéndola voltear en el cielo turbio.

La señal de control del indicador suena con insistencia. Las ondas de radio se dispersan, ya no están en condiciones de guiar al cohete. Zarubin observa el ocaso de la estrella de Barnard. Tras su espalda se encienden febrilmente lamparitas en los paneles del piloto electrónico.

El disco purpúreo desaparece rápidamente bajo el horizonte. Durante un segundo brillaron infinitos rayos escarlata, luego cae la noche.

Zarubin se acerca al panel de los instrumentos. La aguja señala cero. El capitán hace girar la rueda del regulador de potencia. En la bodega se difunde el silbido de los motores del sistema de refrigeración. Zarubin gira el volante a fondo, al máximo, hasta que no siente resistencia. Pasa detrás del cuadro, quita el limitador y da otras dos vueltas. El silbido se transforma en un rugido sonoro, penetrante, fortísimo.

El capitán se arrastra hacia la pared y se sienta. Le tiemblan las manos. Toma un pañuelo y se seca la frente. Apoya la mejilla contra la pared fría.

Hay que esperar a que las nuevas señales de gran potencia hayan alcanzado el rayo y, reflejadas, vuelvan atrás.

Zarubin espera.

Ha perdido la noción del tiempo. Los micro reactores, llevados casi hasta un régimen de explosión, rugían; los motores del sistema de refrigeración gimen, suban. Tiemblan las gruesas paredes de la bodega...

El capitán espera.

Al fin, una fuerza desconocida le empuja a levantarse y a acercarse al panel de los instrumentos. La aguja del indicador de potencia se halla sobre la línea verde. La potencia de las señales es ahora suficiente para guiar al cohete. Zarubin sonríe débilmente, y echa una mirada al indicador de consumo. La energía gastada supera en ciento cuarenta veces la cantidad prevista en el cálculo.

Aquella noche, el capitán no duerme. Prepara la ruta para el piloto electrónico. Hay que corregir la desviación provocada por la interrupción en el enlace.

El viento empuja olas de nieve sobre la llanura. Sobre el horizonte llamea una tenue aurora boreal.

Los micro reactores zumban furiosos, produciendo energía. Todo cuanto fue avaramente calculado para catorce años se irradiaba ahora en el espacio con generosidad...

Enfilada la ruta en el aparato electrónico, el capitán camina cansadamente por la bodega. Sobre el techo transparente brillan las estrellas. El capitán se apoya en el cuadro de instrumentos y mira al cielo. En algún punto lejano el «Polus» volvía a tomar velocidad y se dirigía con seguridad hacia la Tierra.

...Era muy tarde, pero, pese a todo, fui a ver al director. Recordaba que me había hablado de otros cuadros de Zarubin.

El director no dormía.

— Sabía que iba a venir —me dijo, poniéndose las gafas—. Vamos, es aquí cerca.

En la habitación contigua, iluminada con lámparas fluorescentes, estaban colgados dos pequeños cuadros. En un primer momento creí que el director se había equivocado. Me parecía que Zarubin nunca pintaría cuadros semejantes. No se asemejaban en nada a los que había visto durante el día, no eran estudios de colores ni temas fantásticos. Eran dos paisajes comunes. Uno representaba una calle y un árbol; el otro, el margen de un bosque.

—Sí, son de Zarubin —afirmó el director, como si hubiese adivinado mis pensamientos—. Se quedó allí, ya lo sabe. Sí, fue una solución dura, pero, de todos modos, una solución. Hablo como astronauta, como ex astronauta. —El director se ajustó las gafas azules y guardó silencio—. Y luego Zarubin hizo..., ya sabe... En cuatro semanas suministró una energía calculada para catorce años. Corrigió las desviaciones, devolvió al «Polus» a su ruta exacta. Y cuando el cohete alcanzó la velocidad inferior a la de la luz, y empezó la fase de deceleración, la tripulación recuperó el gobierno de la nave. Pero los micro reactores de Zarubin ya no producían energía. Todo había terminado... Fue entonces cuando Zarubin pintó estos cuadros... Amaba a la Tierra, la vida...

Un cuadro representaba una calle, una calle en cuesta en el centro de un pueblo. A un lado de la calle, una poderosa encina retorcida, pintada al estilo de Jules Dubre, al estilo de la escuela de Barbizon: chaparra, nudosa, llena de vida y de fuerza. El viento empuja nubes despeinadas. En la cuneta lateral descansa una gran piedra, y parece como si un momento antes algún viandante se hubiese sentado en ella... Cada detalle está pintado con cariño, con amor, con una riqueza poco común de colores y matices.

El otro cuadro no está terminado. Representa un bosque en primavera. Todo él está saturado de luz, de calor... Sorprendentes tonalidades doradas... Zarubin conocía el alma de los colores.

—Yo traje estos cuadros a la Tierra —dijo el director, casi en un murmullo. . — ¿Usted?

—Sí.

Su voz era triste, como si traicionase un sentimiento de culpa.

—El material que ha examinado no tiene conclusión. El resto se refiere a otras expediciones El «Polus» llegó a la Tierra y en el acto fue enviada una expedición de socorro. Durante el viaje tuvimos una avería... — el director levantó una mano hasta sus lentes—. Pero llegamos Descubrimos la bodega, los cuadros... También encontramos una nota del capitán...

— ¿Qué decía?

—Sólo unas palabras: ADELANTE, A TRAVÉS DE LO IMPOSIBLE.

El despertar del profesor Bern

Vladimir Savcenko

En 1952, cuando el mundo estaba oprimido por la mayor estupidez del siglo XX, la llamada «guerra fría», el profesor Bern citó ante un numeroso público esta frase poco alegre del gran Einstein:

—Si en la tercera guerra mundial se le ocurre a alguien utilizar bombas atómicas, en la cuarta sólo se podrán emplear piedras...

En los labios de Bern, considerado como «el científico universal del siglo XX», aquellas palabras adquirieron un significado más profundo. Por este motivo le enviaron muchísimas cartas, pero Bern ya no estaba en condiciones de contestar. En efecto, en otoño de aquel mismo año pereció en el curso de su segunda expedición geofísica al Asia central.

El ingeniero Nimayer, superviviente de la pequeña expedición, contó más tarde todo cuanto sigue:

—Estábamos transportando nuestra base en helicópteros al interior del desierto de Gobi. Después de cargar los aparatos y los explosivos para las investigaciones sismológicas, el profesor partió con el primer vuelo. Yo me quedé atrás para custodiar el resto del material. Apenas el helicóptero había despegado, se produjeron averías en el motor, que empezó a repicar. El helicóptero aún no había podido tomar velocidad, y cayó a plomo desde una altura de algunos centenares de metros. En cuanto el aparato tocó tierra, se produjo una fuerte explosión y dos detonaciones. El descenso debió ser tan rápido que, a causa del choque contra el suelo, la dinamita explotó. El helicóptero, todo su cargamento y el profesor Bern quedaron literalmente pulverizados.

Nimayer repetía este relato palabra por palabra, sin añadir ni quitar nada, a todos los corresponsales de los periódicos que le asediaban. Los especialistas le creyeron. Efectivamente, el descenso de un helicóptero cargado, en el aire recalentado y enrarecido de un desierto situado a gran altura, debía efectuarse con una velocidad muy por encima de lo normal. Un choque podía tener trágicas consecuencias. La comisión llegada en avión al lugar del desastre confirmó tales suposiciones.

Pero Nimayer sabía que, en realidad, todo sucedió de forma muy diferente. Pero ni siquiera al morir traicionó el secreto del profesor Bern.

La parte del desierto de Gobi que alcanzó la expedición del profesor Bern no difería del área circundante. Existían las mismas ondulaciones sobre la arena que indicaban la dirección del último viento que las había levantado; la misma arena amarillo-gris que chirriaba bajo los pies y entre los dientes; el mismo sol, de una blancura cegadora durante el día y purpúreo por la tarde, que describía una trayectoria casi vertical en el cielo. No se veía ni un arbusto, ni un pájaro, ni una nubécula, ni siquiera una piedrecilla sobre la arena.

El profesor Bern quemó la página de su libreta de apuntes donde estaban escritas las coordenadas de aquel lugar, en cuanto los exploradores hubieron encontrado el pozo excavado en la precedente expedición. Aquel punto del desierto difería de los otros únicamente en el hecho de que allí se encontraban dos personas, Bern y Nimayer, sentados sobre dos taburetes plegables delante de la tienda. En las cercanías brillaban el cuerpo plateado y las palas de las hélices del helicóptero, que parecía una enorme libélula que descansase sobre la arena del desierto. El sol esparcía sus últimos rayos casi horizontalmente, de forma que la tienda y el helicóptero proyectaban largas sombras fantásticas, que sobrepasaban la línea de las dunas.

Bern explicaba a Nimayer:

—Mucho tiempo atrás, un médico medieval propuso un método muy sencillo para prolongar la vida indefinidamente. Bastaba con hacerse congelar y conservarse en tal estado durante noventa años en algún subterráneo, para luego resucitar al calentarse. De esta manera se podría vivir una decena de años en el nuevo siglo y congelarse de nuevo para esperar tiempos mejores... Es verdad que el médico, se ignora el motivo, no quiso prolongar su propia vida durante mil años y falleció de muerte natural hacia los sesenta. — Bern guiñó, con malicia, los ojos, limpió la boquilla y volvió a meter otro cigarrillo—. Y eso, en el medioevo... Nuestro increíble siglo XX no hace otra cosa que convertir en realidad las ideas más alocadas de la edad media. El radio se ha convertido en la piedra filosofal que puede transformar el mercurio y el plomo

en oro. No hemos inventado el movimiento continuo, esto es contrario a las leyes de la naturaleza, pero hemos descubierto fuentes eternas y auto generadoras de energía nuclear... En el año mil, casi toda Europa aguardaba el fin del mundo, pero si en aquellos tiempos la razón de aquella espera sólo se debía al significado cabalístico de la cifra mil y a la fe ciega en el Apocalipsis, la idea del «fin del mundo» tiene hoy una base sólida gracias a la bomba atómica y la bomba de hidrógeno... Pero si estaba hablando de hibernación... Aquella idea ingenua del médico medieval ha adquirido también hoy un significado científico.

«¿Conoce algo acerca de la anabiosis, Nimayer? Fue descubierta en 1701 por Leeuwenhoek. Consiste en la detención de los procesos vitales con auxilio del frío o, en algunos casos, por la desecación. Se sabe que el frío y la falta de humedad disminuyen notablemente la velocidad de todas las reacciones químicas y biológicas. Los científicos habían conseguido mucho antes obtener la anabiosis en los peces y en los gorriones: el frío no los mata, pero los conserva. Un frío moderado, claro está. Existe también otra condición; la muerte clínica. Se da el hecho que el animal o el hombre no mueren del todo una vez se ha parado el corazón. La última guerra ha ofrecido a los médicos numerosas ocasiones para estudiar profundamente este fenómeno. Se había conseguido reavivar a heridos graves, incluso algunos minutos después de que su corazón cesara de latir, ¡y se trataba de heridas mortales! Es usted físico y tal vez no conozca...

—He oído hablar de ello —confirmó Nimayer.

—¿No es cierto que la palabra «muerte» pierde su acento terrorífico cuando se le añade el adjetivo «clínica»? De hecho, existen no pocas condiciones intermedias entre la vida y la muerte: el sueño, el letargo, la anabiosis. En tales condiciones, el ritmo de la vida del organismo se aminora en comparación con el que caracteriza el estado de vigilia. Este es el problema que me ha preocupado en los últimos años. Para obtener el máximo detenimiento de los procesos vitales en el organismo era necesario llevar la anabiosis a su límite extremo, es decir, al estado de muerte clínica. Lo he conseguido: Tras muchos experimentos con ranas, conejos y cobayas, pude determinar las leyes y el régimen de enfriamiento, y me arriesgué a «hacer morir» durante un cierto tiempo a mi monito, el chimpancé «Mimí».

—¡Pero si lo he visto! —Exclamó Nimayer—. Estaba contento, saltaba de una silla a otra y pedía azúcar...

—¡Exacto! —Le interrumpió triunfalmente Bern—. Pero durante cuatro meses, «Mimí» estuvo encerrado en un pequeño ataúd especial rodeado de aparatos de medida y a una temperatura de casi cero grados.

Bern encendió otro cigarrillo y prosiguió:

—Por fin logré llevar a cabo el experimento más importante e indispensable: someterme a mí mismo al grado máximo de anabiosis. Esto sucedió el año pasado. ¿Recuerda que se dijo entonces que el profesor Bern estaba gravemente enfermo? Pero yo estaba más que enfermo, estaba «muerto» por seis meses enteros... Nimayer, se trata de una sensación verdaderamente *sui generis*, si se puede definir así la ausencia de cualquier sensación. En el sueño natural percibimos, por lo menos al ralenti, el ritmo del tiempo, pero en este caso faltaba esa percepción. Noté una sensación de ligero desvanecimiento después de la narcosis. Luego vinieron el silencio y la oscuridad. Luego, el regreso a la vida. En el más allá no había absolutamente nada...

Bern estaba sentado con las piernas estiradas hacia delante, en un gesto relajado, con los brazos bronceados y finos tras la nuca. La mirada de sus ojos, a través de las gafas, era pensativa.

—El Sol... Una pequeña esfera luminosa que ilumina débilmente un pequeño ángulo del negro espacio infinito. A su alrededor, otras esferas aún más pequeñas y frías. Toda la vida sobre ellas depende exclusivamente del Sol... Y en una de esas pequeñas esferas aparece la Humanidad, tribu de animales racionales. ¿Cuál fue su origen? Se ha intentado explicarlo con muchas leyendas e hipótesis.

«Una cosa es cierta: para el nacimiento del hombre ha sido necesario un enorme cataclismo, una perturbación geológica de nuestro planeta que modificó las condiciones de vida de los animales superiores. Todos están de acuerdo al admitir que tal cataclismo fue la glaciación.

—Eso es —confirmó Nimayer.

—¿Por qué se habían formado los hielos? ¿Por qué alguna vez este desierto, el Sahara, tenían una vida vegetal y animal lujuriante? Hay una única hipótesis lógica: enlazar los períodos glaciales con la presesión del eje terrestre. Como en cualquier peonza, el eje de revolución de la Tierra precede, traza lentamente, unas circunferencias: da una sola vuelta en veintiséis mil años. —El profesor trazó con la cerilla una elipse sobre la arena, un pequeño Sol en su punto focal y un circuitito con el eje inclinado, la Tierra—. Mire, la inclinación

del eje terrestre hacia el eje de la elíptica es de veintitrés grados y medio. Ahora bien, el eje terrestre describe en el espacio un cono igual al ángulo central... Perdóneme que le explique cosas tan sabidas, Nimayer, pero esto es muy importante para mí. En realidad, la Tierra no posee un eje. Sin embargo, durante milenios se verifican desplazamientos en la posición de la Tierra con respecto al Sol. ¡Esto es lo que importa!

«Hace cuarenta mil años, el Sol estaba vuelto hacia el hemisferio austral, mientras que en el Norte se insinuaban los hielos. En varios puntos, probablemente en el Asia central, nacieron entonces tribus, que se reunieron por la dura necesidad geofísica de una colectividad. Durante el siglo de presesión aparecieron las primeras culturas. Más tarde, cuando, trece mil años después, los hemisferios austral y boreal permutaron sus respectivos puestos ante el Sol, algunas tribus aparecieron también en el hemisferio austral...

»La futura era glacial empezará en el hemisferio boreal dentro de doce o trece mil años. La Humanidad está ahora mucho mejor preparada y superará este peligro, si... existe aún por aquel entonces. Pero estoy convencido de que en esa época ya no existirá el hombre. Nos encaminamos hacia nuestra propia destrucción con la velocidad que consiente el desarrollo de la ciencia moderna... He vivido las dos guerras mundiales, la primera como soldado, la segunda en Maidanek. He asistido a las pruebas de la bomba atómica y de la de hidrógeno, por lo que puedo imaginarme el resultado de la guerra futura. ¡Es horrible! Pero aún más horrible son los hombres que declaran con precisión científica que la guerra se iniciará dentro de tantos meses. Un ataque atómico masivo contra los centros industriales del adversario. Desiertos radiactivos enormes. Eso dicen los científicos, pero no les basta... Hacen cálculos para garantizar la más eficaz contaminación del suelo, del agua y del aire con las radiaciones. He tenido ocasión de leer recientemente una obra científica americana, donde se demostraba que para alcanzar la máxima penetración radiactiva del suelo, el proyectil atómico deberá introducirse en la tierra no menos de quince metros...

Bern ocultó el rostro entre las manos y se puso en pie.

El sol ya se había ocultado, dejando paso a una noche sofocante. Estrellas esparcidas y opacas colgaban inmóviles en el espacio azul oscuro, que rápidamente se ennegrecía. También el desierto era negro, y sólo podía distinguirse del cielo por el hecho de que carecía de estrellas.

El profesor se había calmado; empezó a hablar en tono meditativo, casi sin entonación. Pero sus palabras escalofriaban a Nimayer, a pesar del calor sofocante.

—... Las bombas nucleares quizá no reduzcan el planeta a cenizas, pero esto no es seguro; saturarán la atmósfera terrestre con una radiactividad masiva. Y ya conoce usted la influencia que ejerce la radiactividad sobre la capacidad de procrear. Los restos de la Humanidad, que consigan salvarse, degenerarán en pocos años y producirán individuos incapaces de superar condiciones de vida extremadamente complejas. También puede darse que los hombres inventen otros medios más refinados y perfectos para el suicidio en masa. Entonces empezará la tercera matanza general; cuanto más tarde venga, más terrible será. Durante toda mi vida aún no he visto que el hombre haya dejado escapar la más mínima oportunidad de hacer la guerra. Cuando termine el ciclo subsiguiente, sobre nuestra bola cósmica no quedará ningún ser racional.

El profesor abrió los brazos, vuelto hacia las arenas muertas.

—El planeta girará durante mucho tiempo bajo el Sol y en él reinará el mismo vacío y la misma calma que sobre este desierto. La corrosión destruirá el hierro; los edificios se descompondrán. Luego se producirá una nueva glaciación y con un estrato de hielo espumoso hará desaparecer de la superficie de la Tierra los últimos restos sin vida de nuestra desafortunada civilización... ¡Todo habrá desaparecido! La Tierra será purificada y quedará lista para acoger una nueva Humanidad. Los hombres retrasamos ahora de modo considerable el desarrollo de todos los animales; los empujamos, los destruimos, hacemos desaparecer las razas más preciadas. Cuando la Humanidad haya desaparecido, el mundo animal liberado empezará a desarrollarse impetuosamente, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Al llegar la nueva era glacial, los simios superiores estarán lo suficientemente preparados para razonar. Así nacerá una nueva Humanidad. Y es posible que tenga más suerte que la nuestra.

—Perdone, profesor —exclamó Nimayer—. No pretenderá afirmar que sobre la Tierra existen sólo locos y suicidas...

—Tiene usted razón —admitió Bern, con una sonrisa amarga—. Pero un solo loco puede provocar tantas desgracias, que mil sabios no serán suficientes para salvar a la Humanidad. Me limito a afirmar que habrá

otra Humanidad. El relé de mi instalación —y Bern hizo un gesto en dirección al pozo— contiene el isótopo radiactivo de carbono con un período de semi escisión de unos ocho mil años. El relé ha sido calculado de forma que se agote dentro de ciento ochenta siglos; al término de este período, la radiación del isótopo quedará reducida de tal modo, que las laminitas del electroscope se unirán y cerrarán el circuito. Mientras, este desierto muerto será otra vez una región subtropical floreciente, para ofrecer las mejores condiciones de vida a los nuevos simios antropoides.

Nimayer se incorporó de un salto y empezó a hablar con agitación:

—De acuerdo. Los belicistas son unos insensatos. Pero, ¿y usted? ¿Y su decisión de permanecer congelado durante dieciocho mil años?

— ¿«Congelado»? ¿Por qué simplificar así las cosas? —Preguntó, tranquilamente, Bern—. Se trata de un fenómeno complejo de muerte reversible: enfriamiento, modorra, anabiosis...

— ¡Es un suicidio! —Gritó Nimayer—. No conseguirá persuadirme. Aún hay tiempo...

—No. El riesgo no es superior al de cualquier experimento complicado. Recuerde que hace unos cuarenta años, en la tundra siberiana se encontró en un estado de congelación eterna el cuerpo de un mamut. Su carne estaba tan bien conservada, que los perros se la comieron muy a gusto. Si el cuerpo de un mamut ha podido conservar su frescor en condiciones naturales durante decenas de miles de años, ¿por qué no puedo conservarme, en condiciones científicamente calculadas y controladas? Además, nuestros termo elementos semiconductores de último modelo pueden transformar el calor en corriente eléctrica y, además, resolverán el enfriamiento. Supongo que no me traicionarán durante esos dieciocho mil años, ¿no le parece?

Nimayer se encogió de hombros.

—Los termo elementos no le traicionarán, de acuerdo. Son dispositivos de una extrema sencillez; además, las condiciones mismas del pozo no pueden ser más favorables: variaciones muy reducidas de temperatura, ausencia de humedad... Se puede apostar que resistirán tanto como el mamut. Pero hay otros aparatos, ¿no es verdad? Si en el curso de los dieciocho mil años se rompe uno solo de ellos...

Bern se enderezó,

—Estos aparatos no están obligados a resistir todo este tiempo. Sólo deberán funcionar dos veces: mañana y dentro de ciento ochenta siglos, al principio del próximo ciclo de vida de nuestro planeta. El resto del tiempo permanecerán conservados en la cámara junto a mí.

—Dígame, profesor, ¿continúa creyendo realmente en el fin de nuestra Humanidad?

—Es horrible hacerlo —respondió, pensativo, Bern—. Pero además de científico soy también hombre. Y por eso quiero actuar por mi cuenta... Bien, vamos ahora a dormir. Mañana nos espera un gran trabajo.

A pesar del cansancio, Nimayer durmió mal aquella noche. El calor o la impresión que le habían causado las palabras del profesor habían excitado su cerebro y el sueño no llegaba. Apenas los primeros rayos del sol tocaron la tienda, se levantó turbado. Bern, acostado junto a él, abrió los ojos instantáneamente.

— ¿Empezamos?

Desde la fresca profundidad del pozo se veía un trocito de cielo extraordinariamente azul. El estrecho pozo se ensanchaba en la parte inferior, donde estaba preparada, en un nicho, la instalación que Nimayer y Bern habían montado durante los últimos días, enlazada por medio de algunos cables con los termo elementos dispuestos en las paredes arenosas del pozo.

Bern comprobó por última vez el funcionamiento de todos los aparatos de la cámara. Siguiendo sus indicaciones, Nimayer practicó en la parte superior del pozo una pequeña excavación, introdujo dentro la carga y empalmó los hilos con la cámara. Con ello, todos los preparativos quedaron terminados y los dos hombres salieron a la superficie. El profesor encendió un cigarrillo y miró a su alrededor.

—El desierto tiene hoy un buen aspecto, ¿no es verdad?... Mi querido ayudante, parece que todo está dispuesto. Dentro de algunas horas suspenderé mi vida, hecho que usted, con absoluta falta de agudeza, ha llamado un suicidio. Tiene que considerar las cosas más sencillamente. La vida, esta cosa misteriosa cuyo sentido se intenta hallar constantemente, sólo es una breve línea en la cinta infinita del tiempo. Quiero que mi vida consista en dos de esas líneas. Bien, dígame algo como despedida, no ponga esa cara.

Nimayer se mordió el labio.

—No sé, de veras... Apenas puedo creer que lo consiga. Me da miedo creerlo.

— ¡Pues ha logrado reducir mucho mi aprensión!- exclamó, con una sonrisa, Bern—. Cuando alguien se preocupa por uno, se siente menos miedo. No nos amarguemos con largos adioses. Cuando vuelva arriba, explique la catástrofe del helicóptero tal como lo hemos acordado. Comprenda que el secreto más absoluto es la condición esencial de este, experimento. Dentro de quince días empezarán las borrascas invernales... Adiós... Pero no se quede mirándome así: ¡les sobreviviré a todos ustedes!

El profesor tendió la mano a Nimayer.

— ¿La cámara está calculada para una sola persona?—preguntó Nimayer, de repente.

—Sí, para una sola... —En el rostro del profesor apareció una expresión algo conmovida—. Creo que ahora empiezo a lamentar el no haberle convencido antes, —Bern puso un pie en la escalerilla—. Dentro de quince minutos, aléjese. —Su cabeza canosa desapareció en las profundidades del pozo.

Bern cerró la puerta a su espalda, se puso una escafandra especial con una infinidad de tubitos y se tendió sobre el lecho, una masa de plástico que moldeaba exactamente su cuerpo. Se movió un poco. No sentía la menor presión por ninguna parte. Delante de su rostro, sobre un soporte adecuado, difundían tranquilamente su luz las lamparitas de señalización, indicando que todos los aparatos estaban dispuestos.

El profesor buscó a tientas el botón del detonador y, tras un instante de vacilación, lo pulsó. Una leve sacudida: el sonido no había penetrado en la cámara. Ahora, el pozo estaba cegado. Con un último movimiento, Bern enchufó las bombas de enfriamiento y de narcosis, colocó los brazos en las cavidades correspondientes del «lecho» y, mirando la bolita brillante colocada, en el techo de la cámara, empezó a contar los segundos.

Nimayer vio salir del pozo una pequeña columna de arena y de polvo. La cámara de Bern estaba sepultada a una profundidad de quince metros bajo tierra... Nimayer miró en torno suyo y se sintió solitario y a disgusto en medio del desierto, repentinamente silencioso. Inmóvil por unos instantes, se dirigió con calma hacia el helicóptero.

Cinco días más tarde, después de haber hecho saltar el helicóptero por el aire, como estaba convenido, llegó a una ciudad mongola.

Una semana después empezaron a soplar los vientos de otoño. Arrastrando oleadas de arena, allanaron toda huella de la cavidad. La arena, compuesta, como el tiempo, de infinitas partículas, había hecho desaparecer el último campamento de la expedición Bern...

En la oscuridad avanzaba lentamente una llamita verde temblorosa e incierta. Al inmovilizarse, Bern comprendió que era la lamparita de señalización del relé radiactivo. Quería decir que el relé había funcionado según lo previsto.

La conciencia le volvía paulatinamente. Bern descubrió a la izquierda las laminas abatidas del electroscopio del reloj secular: estaban detenidas entre los números 19 y 20.

—Estamos en el centro del veinteavo milenio... —murmuró Bern, con excitación contenida. Su cerebro funcionaba perfectamente.

El profesor movió lentamente los brazos, las piernas, el cuello, abrió y cerró la boca. El cuerpo obedecía; sólo la pierna derecha estaba aún dormida. Quizá la temperatura aumentase con excesiva rapidez... Bern hizo nuevos movimientos enérgicos para desentumecer los miembros y luego se levantó. Examinó los aparatos. Las agujas de los voltímetros estaban caídas; evidentemente, los acumuladores se habían agotado durante la descongelación. Bern enchufó todas las baterías térmicas sobre la carga: las agujas se movieron en el acto para desplazarse hacia arriba. Bern se acordó en aquel momento de Nimayer: los termo elementos no le habían traicionado. Este recuerdo provocó un extraño pensamiento: Nimayer había dejado de existir mucho tiempo atrás, ya no había nadie.

La mirada se desplazó hacia la bola metálica del techo: estaba oscura y ya no brillaba. Bern se impacientó poco a poco. Examinó otra vez los voltímetros: los acumuladores se cargaban lentamente, pero, de enchufarlos junto a las baterías térmicas, podrían generar energía suficiente para volver a la superficie. Bern se cambió de ropa y, pasando a través de una escotilla en el techo de la cámara, subió a la cúpula de apertura automática. Enchufó la clavija, oyó el rumor de los motores eléctricos, cuyas revoluciones aumentaban. La rosca de la cúpula había empezado a penetrar en el suelo. El pavimento de la cabina experimentó una ligera

sacudida. Bern notó, tranquilizado, que la cúpula empezaba a desplazarse hacia lo alto... Por fin, el seco crujido de las tierras sobre el metal se interrumpió; la cúpula había salido a la superficie. Bern empezó a destornillar con la llave inglesa las tuercas que fijaban la puerta. Cedían con dificultad, y se arañó los dedos. De pronto apareció por la rendija una luz crepuscular azulada. Otro esfuerzo más y el profesor salió de la cúpula.

En el fresco crepúsculo de la tarde se alzaba una selva espesa y silenciosa. El cono de la cúpula había perforado el terreno justamente junto a las raíces de uno de los árboles; su tronco potente alzaba con orgullo la espesa copa de sus hojas hacia el cielo, que se oscurecía, Bern se sintió mal al pensar en lo que hubiera ocurrido al crecer aquel árbol un poco más a la izquierda. Se acercó al tronco y lo golpeó. La corteza esponjosa le humedeció las manos. ¿De qué género será? No le quedaba otro remedio que esperar el día.

El profesor volvió a la cúpula y comprobó todas sus provisiones: las conservas alimenticias y el agua, la brújula, la pistola. Encendió un cigarrillo. «Tenía razón —le dijo su pensamiento, triunfante—: el desierto se había convertido en una selva. Con tal que el reloj radiactivo no le hubiese jugado una mala pasada. ¿Pero cómo comprobarlo?»

Los árboles crecían a una cierta distancia uno del otro y en los espacios se podían ver las estrellas encendidas en el cielo. Bern miró al firmamento. Su pensamiento relampagueó: ahora, la estrella Polar debía ser la de Vega...

Encontró en la oscuridad un árbol cuyas ramas eran muy bajas y se subió a ellas con alguna dificultad, llevando la brújula. Las ramas le arañaban la cara. Su ruido asustó a un pájaro, que lanzó un grito agudo y saltó de la rama, golpeando dolorosamente la mejilla de Bern. Aquel grito extraño retumbó en todo el bosque. El profesor, jadeante, se instaló en la rama más alta y levantó la cabeza.

Era ya de noche. Sobre él se extendía un cielo tachonado de estrellas completamente desconocido. El profesor buscaba con los ojos las constelaciones de la Osa Mayor, de Casiopea. No eran visibles. Por otra parte, tampoco podían estar: en el curso de los milenios, las estrellas se habrían desplazado, trastornando todas las cartas astronómicas. Sólo la Vía Láctea atravesaba, como antes, el firmamento con su franja clara de polvo luminoso. Bern acercó la brújula a sus ojos y miró la aguja, que apuntaba hacia septentrión, brillando débilmente en la oscuridad. Miró, pues, en aquella dirección. A una cierta altura sobre el horizonte, allí donde terminaba el cielo estrellado, vio la constelación de Vega. Cerca de ella brillaban estrellas más pequeñas, la constelación retorcida de Lira.

Ya no cabía la menor duda: Bern se encontraba hacia el principio de un nuevo ciclo de presesión, en el veinte milenio...

Pasó la noche en cavilaciones. No podía dormir de ninguna manera y esperaba el alba entre escalofríos. Por fin, las estrellas se apagaron y tras los árboles apareció una niebla gris y transparente. El profesor atisbo en la hierba alta y espesa bajo sus pies. ¡Un musgo gigante! Esto significaba, tal como había previsto, que al terminar la era glacial, habían empezado a desarrollarse plantas criptógamas, las más primitivas y resistentes.

Poco a poco, vencido por la curiosidad, Bern empezó a avanzar por la selva. Los tallos largos y flexibles del musgo se enredaban en sus piernas; sus zapatos bien pronto quedaron empapados por la escarcha. Parecía como si ya fuese otoño. Las hojas de los árboles eran de muy diferentes colores: las verdes se mezclaban con las rosas, las naranjas con las amarillas. La atención de Bern fue atraída por algunos árboles delgados de corteza rojo cobriza. Sus hojas se distinguían de las otras por su fresco color verde oscuro. Se acercó. Los árboles se parecían al pino, pero en lugar de las agujitas, apuntaban hojitas duras y cortantes, que olían a resina.

La selva se despertaba poco a poco. Se levantó un leve vientecillo que borró los restos de la niebla. El Sol se había elevado sobre las copas de los árboles, el Sol de siempre, que no había envejecido y esparcía sus rayos luminosos como otras veces. No había cambiado lo más mínimo en el curso de ciento ochenta siglos.

El profesor avanzaba golpeando de vez en cuando las raíces, poniendo continuamente en su sitio las gafas, que resbalaban de sus narices. Por un momento oyó entre las ramas rumores que parecían gruñidos. Tras los árboles apareció el cuerpo oscuro de un animal de cabeza cuneiforme. Jabalí, decidió Bern, pero con la novedad de un cuerpo sobre el hocico. Al descubrir al profesor, el jabalí permaneció inmóvil por un segundo, y luego, de repente, se escondió entre los árboles con un grito estridente.

— ¡Caramba! ¡Ha tenido miedo de un hombre! —dijo Bern para sí, mirando, sorprendido, hacia atrás.

Su corazón casi dejó de latir. Sobre el musgo agrisado, mojado aún por el rocío, se distinguían claramente unas huellas oscuras que atravesaban el prado. ¡Eran huellas de pies humanos desnudos!

El profesor se inclinó sobre las huellas. Eran lisas y el dedo gordo aparecía netamente separado de los demás. ¿Sería posible que se hubiesen cumplido todas sus previsiones? Bern olvidó todo e, inclinándose para ver mejor, siguió aquellas huellas. Allí vivían hombres, y, a juzgar por el hecho de que los jabalíes les temieran, se trataba de seres fuertes y ágiles.

El encuentro sucedió inesperadamente. Las huellas conducían a un pradito, del que antes habían llegado hasta Bern exclamaciones guturales y estridentes. Luego se dio cuenta de que algunos seres cubiertos de un pelo amarillo grisáceo estaban encorvados junto a los árboles, cogiendo las ramas con las manos. Miraban en dirección al profesor. Bern se detuvo y, olvidando toda prudencia, empezó a examinar ávidamente a aquellos bípedos. Sin duda, eran simios en proceso de humanización: tenían manos con cinco dedos, la frente baja e inclinada tras los arcos muy pronunciados, así como mandíbulas pragmáticas bajo una nariz pequeña y plana. El profesor vio que dos de ellos llevaban sobre la espalda algo semejante a dos capas de piel.

Por lo tanto, había sucedido todo cuanto él predijo. Bern sintió de pronto un agudo y rabioso sentido de soledad: el ciclo está cerrado; lo que existía decenas de milenios atrás, había vuelto después de otros milenios...

Mientras, uno de los simios antropoides se dirigió hacia Bern y le gritó algo; su voz resonó como una orden. El profesor advirtió que el antropoide tenía en la mano un nudoso bastón. Era, con toda evidencia, el jefe, y todos sus restantes compañeros le seguían. Sólo entonces comprendió Bern el peligro que le amenazaba. Los antropoides se le acercaban con rapidez, trotando sobre sus piernas curvadas. El profesor vació al aire el cargador de su pistola y corrió a refugiarse en la selva.

Fue un error. Si lo hubiera hecho en un espacio abierto, es poco probable que los hombres-monos pudiesen alcanzarle sobre sus piernas aún poco adaptadas a caminar en posición erecta. Sin embargo, en la selva, la ventaja estaba de su parte. Con gritos triunfantes y estridentes, corrían de un árbol a otro, agarrándose y lanzándose por las ramas. Algunos, después de haberse bamboleado sobre una rama, daban enormes saltos. Delante de todos corría el jefe con el garrote.

El profesor escuchaba tras él los gritos salvajes y triunfantes, pues los antropoides estaban a punto de alcanzarlo.

—Esto parece un linchamiento. —Aquella idea relampagueó en la mente del profesor—. No debería haber corrido; el que huye, siempre es derrotado...

El corazón le latía con fuerza, le corría el sudor por la cara, las piernas parecían llenas de algodón. En un instante, el pánico desapareció.

— ¿Por qué huir? El experimento ha terminado...

El profesor se detuvo y, abrazando un tronco, se volvió hacia sus perseguidores.

En cabeza del grupo corría de manera torpe el jefe. Agitaba el garrote sobre su cabeza. El profesor veía sus pequeños dientes feroces. El pelo del hombro izquierdo estaba chamuscado.

—Eso quiere decir que ya conocen el fuego —observó Bern para sí.

El jefe lanzó un grito y dejó caer pesadamente su garrote sobre el cráneo del profesor. El terrible golpe hizo caer a éste sobre el suelo y le inundó la cara de sangre. Bern perdió en seguida el conocimiento, pero distinguió aún los hombres-monos que venían y cómo el jefe alzaba el garrote para sacudir el último golpe. Algo plateado brilló en el cielo azul.

—A pesar de todo, la Humanidad resurge —murmuró Bern, un instante antes de que el garrote, cayendo pesadamente sobre su cráneo, le privase de la posibilidad de pensar...

Algunos días más tarde se publicó la siguiente noticia:

«Hace algunos días, concretamente el 12 de septiembre, en la reserva que se encuentra sobre el territorio del antiguo desierto de Gobi, fue arrancado a una manada de hombres-monos un cuerpo humano. En un

ionocóptero rápido, el hombre fue transportado a la Casa de Salud de la zona habitada más cercana. A juzgar por la estructura del cráneo, y también por los restos de su ropa, parece pertenecer a los primeros siglos de la era de la Victoria del Trabajo.

»La vida de este hombre misterioso se halla ya fuera de peligro. Después de recobrar el sentido, abrió los ojos y empezó a exclamar alegremente algo incomprensible. Con la ayuda de la máquina lingüística universal se han podido interpretar sus palabras. En lengua paleogermánica dijo: « ¡Me he equivocado! ¡Qué feliz soy de haberme equivocado!» Y luego volvió a desmayarse.

» ¿Cómo un hombre de tan remoto origen ha conseguido conservarse con vida durante más de dieciocho milenios? Se trata, probablemente, de un método ya conocido por nuestros científicos. En la actualidad, expediciones especiales, organizadas por la Academia de Ciencias, están realizando investigaciones encarnizadas.

»Se ha recomendado, por otra parte, a la sección paleontológica, que intensifique la vigilancia en las reservas nacionales. Debe tenerse especial cuidado en prohibir a los antropoides que usen sus herramientas de trabajo como armas agresivas, lo que podría ejercitar una dañina influencia en el desarrollo de sus capacidades racionales durante el proceso de evolución.

»La presidencia de la Academia Mundial.»

Naves de Estrellas

Ivan Efremov

I

— ¡Aleksiej Petrovic! ¿Cuándo ha llegado? Muchas personas han preguntado por usted.

—Hoy. Pero aún no estoy para todos. Por favor, cierre la ventana de la antecámara.

El recién llegado se quitó un viejo impermeable de tipo militar, se secó la cara con un pañuelo, alisó sus finos y claros cabellos, ya fuertemente disminuidos en la cima de su cráneo. Tomó asiento en una butaca, encendió un cigarrillo, luego se levantó, caminando arriba y abajo por la habitación, llena de armarios y de mesas.

— ¿Será posible? —pensó, en alta voz.

Se acercó a un armario para abrir con fuerza la alta puerta de encina. En la penumbra del interior aparecieron las blancas extremidades de los travesaños de los estantes. Sobre uno de ellos había una caja cúbica de fuerte cartón amarillo: la cara vuelta hacia el exterior llevaba pegada una tira de papel amarillo cubierta de ideogramas chinos; esparcidos sobre toda su superficie, se veían numerosos circulitos de sellos postales.

El hombre acarició el cartón con sus largos dedos pálidos.

— ¡Tao Li, desconocido amigo! Ha llegado el momento de actuar.

Cerró dulcemente las puertas del armario. El profesor Satrov tomó una vieja bolsa, de la que extrajo un cuaderno enmohecido con la tapa de color gris. Volviendo con cuidado las páginas, empezó a examinar con una lupa largas series de cifras, haciendo a veces ciertos cálculos sobre un grueso bloc.

El cenicero se llenó de colillas de cigarrillo y de cerillas quemadas. El aire, lleno de humo, se coloreó de azul.

Los ojos excepcionalmente claros de Satrov brillaban bajo las espesas cejas. La alta frente de pensador, las cuadradas mandíbulas y el marcado perfil de la nariz, reforzaban una impresión de fuerza mental poco común y daban al profesor aspecto de fanático.

Al fin, el científico apartó el cuaderno.

—Sí. Setenta millones de años.

Con un gesto brusco, Satrov extendió el brazo como para traspasar algo ante sí, miró a su alrededor con ojos maliciosos y dijo de nuevo, en voz alta:

—Setenta millones... Pero no hay que tener miedo... Satrov puso en orden el escritorio metódicamente, sin prisas; se puso el impermeable y volvió a casa.

Satrov lanzó una mirada sobre los «bocetos», como llamaba a su colección de broncees artísticos, esparcidos por todos los rincones de la habitación. Se sentó ante una mesa cubierta con un encerado negro, sobre la que un cangrejo de bronce sostenía un enorme tintero, y abrió un álbum.

—Quizá estoy cansado..., envejecido... Me salen canas, me quedo calvo y... chocheo —murmuró.

Hacía tiempo que se sentía desgastado; le parecía como si tuviese el cerebro enganchado en una tela de araña, tejida durante años por una cotidiana monotonía. Su pensamiento ya no volaba lejos con alas potentes; como un caballo sujeto a un pesado carro avanzaba con seguridad, pero despacio y con la cabeza gacha. Satrov comprendía que su estado era debido al cansancio. Los amigos y los colegas le aconsejaban retirarse, pero el profesor no sabía descansar ni interesarse en otra cosa,

— ¡Dejadme en paz! Hace veinte años que no voy al teatro y desde mi nacimiento no he estado en el campo —acostumbraba a afirmar, con aire sombrío.

Pero, al mismo tiempo, el científico era consciente que el largo aislamiento, la consentida limitación de su interés, le costaría una pérdida de fuerzas y de valor intelectuales. Su retiro voluntario le daba la probabilidad de concentrarse más, pero le mantenía, por otra parte, sepultado en una oscura habitación lejos de todas las cosas del mundo.

Estupendo aficionado, siempre había encontrado la serenidad en la pintura. Pero tampoco una composición compleja y estudiada en todos los detalles conseguía ahora vencer su tensión nerviosa. Satrov cerró el álbum con violencia, se levantó y tomó un paquete de usadas partituras. Poco después, el viejo armonio llenó la habitación con las notas melodiosas del intermedio de Brahms. Satrov tocaba mal y raras veces, pero elegía valerosamente las piezas de más difícil ejecución, tal vez porque solía tocar en soledad y para sí mismo. Mirando las notas con los ojos miopes semicerrados, el profesor recordó todos los detalles de su reciente viaje, un viaje extraordinario para una persona sedentaria como él.

Un antiguo alumno suyo pasado a la sección de astronomía había elaborado una original teoría sobre el movimiento del sistema solar en el espacio. Entre el profesor y Viktor (tal era el nombre del ex alumno) se habían establecido firmes relaciones de amistad. Al estallar la guerra, Viktor se había enrolado como voluntario y fue enviado a la Escuela de Carros Armados, donde siguió un largo curso de adiestramiento. Por aquella época había completado su teoría. A principios de 1943, Satrov había recibido de Viktor una carta, en la que el ex alumno le comunicaba haber conseguido llevar a buen término su trabajo, prometiendo enviarle un cuaderno con la exposición detallada de su teoría, en cuanto tuviese tiempo de hacer una copia. Pero aquella había sido su última carta; pero después, su ex alumno murió en una grandiosa batalla de tanques.

Por eso, Satrov nunca recibió el cuaderno prometido.

Las activas gestiones emprendidas para recuperar un eventual pliego expedido a su nombre no dieron ningún resultado. El profesor se convenció por fin de que Viktor, enviado al frente con gran urgencia, no había tenido tiempo material de mantener su promesa. Inmediatamente después de la guerra, Satrov consiguió localizar al comandante del grupo de Viktor. Este había participado en la misma batalla en la que el ex alumno perdió la vida, y se encontraba hospitalizado en Leningrado, donde trabajaba Satrov. El militar le aseguró que el tanque de Viktor, pese a haber sido alcanzado de lleno, no se había incendiado; si, efectivamente, los papeles del difunto estaban allí, aún existía la esperanza de recuperarlos. Según el comandante, el tanque seguiría aún en el campo de batalla, porque la zona fue abundantemente minada.

El profesor se trasladó, junto con el comandante, al escenario de la muerte de Viktor.

Y ahora, como si salieran de las ajadas partituras, desfilaban delante de sus ojos las imágenes del viaje apenas terminado.

— ¡Quieto, profesor! ¡No dé un paso más! —gritó el comandante, a su espalda.

Satrov obedeció.

El campo, batido por el sol, estaba cubierto de gruesas yerbas. Gotas de escarcha brillaban sobre las hojas, sobre los pétalos aterciopelados de las blancas flores de olor dulzón, sobre las cónicas florituras de los epilobios. Con el calor del sol matutino, los insectos zumbaban atareados sobre el follaje. Más lejos, el bosque mutilado por los proyectiles tres años atrás extendía la sombra de su verdor, rota por desiguales y frecuentes claros, recuerdo de las heridas de guerra en lenta curación. El campo era un completo fermento de vida vegetal, pero bajo la hierba vigorosa, se escondía la muerte, aún no borrada, no vencida por el tiempo y por la naturaleza.

La hierba crecida rápidamente escondía la tierra herida, cubierta de proyectiles, minas y bombas, arada por las cadenas de los carros armados, sembrada de astillas y bañada de sangre...

Satrov vio los tanques destrozados. Semicubiertos por la hierba, aparecían mustios en medio del campo en flor, con chorros de herrumbre roja sobre la coraza destrozada, con los cañones apuntados hacia el cielo o inclinados hacia el suelo. A la derecha, en un pequeño declive, se perfilaban las masas negras de tres máquinas quemadas e inmóviles. Los cañones alemanes apuntaban a Satrov, como si un odio ya muerto todavía les obligase a apuntar rabiosamente sobre los blancos y jóvenes abedules del margen del bosque.

Más allá, sobre un pequeño alto, un carro se había volcado al embestir una máquina caída sobre un costado. Entre las matas de epilobios sólo se veía una parte de su torre con la cruz blanca sucia. A la izquierda, la manchada masa gris oscura de un «Ferdinand» doblaba hacia abajo su cañón, cuya boca se hundía en la espesa hierba.

El florido campo no estaba atravesado por ningún sendero; entre la espesa hierba no aparecía la menor huella de hombre o de animal, no se escuchaba ningún rumor. Sólo una garza, asustada, dejaba escuchar su grito estridente desde algún lugar indeterminado. Lejano, roncaba un tractor.

El comandante se subió a un tronco de árbol caído y permaneció inmóvil largo rato. También su chofer callaba.

A Satrov le vino involuntariamente a la memoria, en su solemne tristeza, la inscripción latina que los antiguos solían esculpir en la entrada del teatro anatómico: *«Hic est locus ubi mors gaudet succurrere vitam»*, que significaba: «Este es el lugar en el que la muerte se complace en venir en socorro de la vida.»

Un sargento de baja estatura que mandaba la escuadra de zapadores se acercó al comandante. Su euforia le pareció a Satrov fuera de lugar.

—Camarada comandante, ¿podemos empezar? —preguntó el sargento, con voz sonora—. ¿Desde dónde?

—Desde aquí. —El comandante hundió el bastón en un arbusto de espino blanco—. En dirección hacia aquel abedul...

El sargento y los cuatro soldados que le acompañaban empezaron a localizar las minas.

—¿Dónde está el tanque de Viktor? —Preguntó Satrov, en voz baja—. Aquí sólo veo tanques alemanes.

—Venga, mire —el comandante indicó con la mano a la izquierda—, allí, cerca del grupo de álamos. ¿Ve aquel pequeño abedul de arriba? El carro está a la derecha.

Satrov se fijó en el punto indicado. Un pequeño abedul, aún en pie por milagro, en el que había sido campo de batalla, parecía palpar apenas con el temblor de las tiernas hojas nuevas. Y sobre la hierba, a unos dos metros de distancia, despuntaba una masa metálica deformada que, desde lejos, parecía una gran mancha roja con estrías negras.

—¿Lo ve? —preguntó el comandante. Tras el gesto afirmativo del profesor, añadió—: Más a la izquierda está el mío. Allí está, está quemado. Aquel día yo...

En aquel momento llegó el sargento, que había terminado su trabajo.

—Terminado. El sendero está dispuesto.

El profesor y el comandante se pusieron en marcha. A Satrov, el carro le pareció como una calavera deformada, surcada por las negras sombras de grandes heridas. La coraza, retorcida y fundida en muchos sitios, presentaba rojas manchas de óxido.

Con ayuda del conductor, el comandante se encaramó sobre la máquina destruida, observó el interior largo rato con la cabeza metida por la escotilla abierta. Satrov se encaramó tras él y quedó a la espera, de pie sobre la coraza.

El comandante sacó la cabeza de la escotilla y dijo áspero, cerrando los ojos, deslumbrados por el sol:

—Es inútil que baje. Espere aquí. El sargento y yo lo buscaremos. Si no lo encontramos, aunque sólo sea para que se convenza, podrá bajar si lo desea.

El sargento se metió ágilmente en la máquina y ayudó al comandante a hacer otro tanto. Satrov se inclinó, preocupado, sobre la escotilla. En el interior del carro, el aire era sofocante, impregnado de podredumbre, con un ligero olor de aceite mineral y grasa. Aunque a través de las rasgaduras de la coraza penetraba un poco de luz, el comandante había encendido, para mayor seguridad, una linterna eléctrica. Inclinado, intentó, dentro del caos de metal retorcido, descubrir lo que no hubiese sido totalmente destruido. Intentó colocarse en el lugar del comandante, imaginando que se veía obligado a esconder algo valioso. El sargento se había metido en el habitáculo del conductor, donde estuvo largo rato revolviéndose y jadeando.

De improviso, el comandante descubrió sobre un asiento intacto una bolsa de reconocimiento colocada tras la almohadilla en el travesaño del respaldo. La sacó rápidamente. La piel, desteñida e hinchada, parecía aún en buen estado. Bajo la funda de celuloide, deteriorada por el tiempo, se veía un plano. El comandante arrugó la frente, presintiendo una desilusión, y forzó los oxidados botones automáticos. Satrov siguió sus movimientos con clara impaciencia. Bajo el plano topográfico, doblado varias veces, había un cuaderno con una gruesa tapa de color gris.

— ¡Lo he encontrado!

El mayor llevó la bolsa de reconocimiento hasta la escotilla.

Satrov sacó con premura el cuaderno, abriendo con cuidado sus arrugadas páginas. Al ver series de cifras y reconocer la escritura de Viktor, lanzó un grito de alegría.

El comandante salió del carro.

Se había levantado un ligero vientecillo que traía el dulce perfume de las flores. El delgado abedul temblaba, inclinándose sobre el carro como presa de enorme tristeza. Sobre el cielo flotaban espesas nubes blancas, y a lo lejos, somnoliento y rítmico, se oía el canto de un cuclillo...

... Satrov no advirtió que la puerta se había abierto y que en la habitación había entrado su mujer. Esta miró con amables ojos azules, orlados de una sombra de preocupación, al marido, absorto en sus pensamientos.

—¿Comemos, Alesa? Satrov cerró el armonio.

—Otra vez tus pensamientos, ¿verdad? —le preguntó, dulcemente, su esposa, sacando los platos del aparador.

—Pasado mañana iré dos o tres días al observatorio para visitar a Belskij.

—No te reconozco, Alesa. Tú, siempre metida en casa..., durante meses sólo he visto tu espalda inclinada sobre la mesa, y ahora... ¿Qué te ha pasado? Aquí veo la influencia de...

—¿De Davydov? —Se rió Satrov—. No, no, Oljuska, él no tiene ninguna relación. No le he visto desde el cuarenta y uno.

—¡Pero si os escribís cada semana!

—No exageres, Oljuska. Davydov está ahora en América, en el congreso de geólogos... Por cierto, me haces recordar que vuelve dentro de unos días. Hoy mismo le escribiré.

El observatorio había sido reconstruido hacía poco, tras la bárbara destrucción provocada por los hitlerianos.

Satrov fue acogido con cordialidad y cortesía. Le recibió el propio director, el académico Belskij, quien puso a su disposición una habitación en su no muy espaciosa casa. Durante dos días, Satrov observó todo cuanto le rodeaba, tomó contacto con los instrumentos, los catálogos de las estrellas y los mapas celestes. Al tercer día le proporcionaron uno de los más potentes telescopios, por cuanto aquella noche era favorable a las observaciones. Belskij se brindó para servirle de guía en los sectores del cielo citados en el manuscrito de Viktor.

La sala en la que estaba dispuesto el telescopio parecía más el taller de una gran fábrica que un laboratorio científico. Las complejas construcciones metálicas superaban cumplidamente el alcance de los conocimientos técnicos de Satrov, quien pensó que su amigo, el profesor Davydov, apasionado por cualquier clase de máquinas, seguramente las habría apreciado más. En la gran torre circular destacaban algunos paneles con aparatos eléctricos. El ayudante de Belskij maniobró con rapidez y habilidad diversos interruptores y botones. Se escuchó el ruido sordo de los motores eléctricos, la torre giró sobre sí misma y el gran telescopio, semejante a un cañón con el tubo tapado, se abatió sobre el horizonte. El rumor de los motores cesó, seguido de un ligero silbido. El movimiento del telescopio se hizo casi imperceptible. Belskij invitó a Satrov a subir por una ligera escalerita de aluminio. Sobre la plataforma estaba fijada una cómoda butaca, lo suficientemente ancha como para albergar a los dos científicos. Al costado había una mesita con algunos instrumentos. Belskij atrajo hacia sí una barra metálica que llevaba en su extremo dos binoculares, semejantes a los que solía usar Satrov en su laboratorio.

—Este instrumento permite la observación simultánea a dos personas —explicó Belskij—. Los dos veremos la misma imagen proporcionada por el telescopio.

—Ya lo sé. También nosotros, los biólogos, lo utilizamos —contestó Satrov.

—Hoy recurrimos raramente a la observación visual —continuó Belskij—; el ojo se cansa en seguida y no conserva la imagen. Todo el trabajo astronómico moderno se basa en la fotografía, especialmente la observación de las estrellas, que es la que le interesa... Para empezar, puede ver alguna estrella. Aquí tiene una bonita pareja, azul y amarilla, en la constelación del Cisne. Regule el foco, como de costumbre... Espere; será mejor apagar la luz, para que sus ojos se acostumbren...

Satrov acercó los ojos al binocular y con mano experta reguló rápidamente los tornillos. En el centro de la negra circunferencia del campo visual brillaban claramente dos estrellas muy próximas. Satrov se dio cuenta inmediatamente de que el telescopio no estaba en situación de aumentar las estrellas tanto como la Luna o los planetas, a causa de las inmensas distancias que las separan de la Tierra. El telescopio recogía y concentraba

sus rayos, haciéndolos más brillantes, más nítidamente visibles, y permitiendo ver mejor millones de estrellas de menor tamaño, absolutamente invisibles a simple vista.

Ante Satrov, sobre un fondo intenso, brillaban dos puntos luminosos de un bonito color azul y amarillo, incomparablemente más espléndidas que las más bellas piedras preciosas. Aquellos minúsculos puntos luminosos proporcionaban una indecible sensación de luz purísima y de infinita distancia, sumergidos en el insondable abismo de las tinieblas atravesadas por sus rayos. Satrov quedó fascinado por aquella palpitación de mundos lejanos, hasta que Belskij, apoyándose cómodamente contra el respaldo de la butaca, le distrajo al decirle:

—Continuemos nuestras observaciones. Difícilmente tendremos otra noche tan buena, y además, el telescopio ya no estará libre. ¿Quiere ver el centro de nuestra galaxia, el eje sobre el que gira esta rueda de estrellas?

Los motores volvieron a funcionar. Satrov sintió cómo se desplazaba la plataforma. En las lentes del binocular apareció un enjambre de veloces luces. Belskij aminoró la marcha del telescopio y la enorme máquina se movió imperceptible, silenciosamente. Ante los ojos de Satrov desfiló la parte de la Vía Láctea situada en los sectores de las constelaciones de Sagitario y de Escorpión.

Las breves aclaraciones de Belskij le ayudaron a orientarse en el acto y a comprender lo que veía. La cinta lechosa de la Vía Láctea estaba rociada de innumerables puntos luminosos, que se espesaban en una gran nebulosa oblonga dividida por dos zonas oscuras. Aquí y allá, sendas estrellas más cercanas a la Tierra brillaban con mayor intensidad, como si hubiesen salido de las profundidades del espacio.

Belskij paró el telescopio y amplió los aumentos del ocular. El campo visual apareció casi enteramente ocupado por una nube de estrellas, una densa masa luminosa en la que ya no se distinguían las estrellas separadas. A su alrededor hormigueaban millones de estrellas en grupos compactos y enrarecidos. A la vista de esta abundancia de mundos, no inferiores a nuestro Sol en dimensiones y luminosidad, Satrov notó una cierta opresión.

—En esta dirección se halla el centro de la galaxia —explicó Belskij—, a una distancia de treinta mil años luz. El verdadero centro es invisible para nosotros. Hasta hace poco no se ha logrado fotografiar con rayos infrarrojos el indistinto y vago contorno de este núcleo. A la derecha, esta mancha negra de enormes dimensiones es la masa de materia oscura que cubre el centro de la galaxia. En torno suyo giran todas las estrellas, así como el Sol, a una velocidad de doscientos cincuenta mil kilómetros por segundo. Si no existiera esa cortina oscura, aquí, la Vía Láctea sería muchísimo más luminosa y por la noche nuestro cielo no parecería negro, sino de color ceniza... Sigamos adelante...

En el telescopio, entre los enjambres de estrellas, se veían intervalos negros a distancias de millones de kilómetros.

—Aquella es una nube de polvo oscuro y de fragmentos de materia —explicó Belskij—. Las estrellas las atraviesan con sus labios infrarrojos, como se ha demostrado al fotografiar con placas especiales... Aunque hay también numerosas estrellas que no brillan. Nosotros hemos comprobado sólo la presencia de las más próximas gracias a las ondas de radio que éstas emiten.

Satrov contemplaba una gran nebulosa. Semejante a una espira de humo luminosa, surcada con profundos vacíos negros, se cernía en el espacio como una nube embestida por un torbellino. En lo alto y a la derecha se veían copos más lúcidos, amarillentos, lanzados en los infinitos espacios interestelares.

Daba miedo pensar en las inmensas dimensiones de aquella nube de polvo cósmico que reflejaba la luz de las estrellas lejanas. En una cualquiera de sus negras zonas de vacío, todo nuestro sistema solar resultaría una entidad imperceptible.

—Echemos ahora una mirada más allá de los confines de nuestra galaxia —dijo Belskij.

El campo visual se engrandeció. Sólo en muy escasos momentos aparecían en lo profundo del cielo puntos luminosos apenas perceptibles, tan débiles que su luz moría en el ojo, sin conseguir casi provocar una sensación visual.

—Este es el espacio que separa nuestra galaxia de las otras islas de estrellas. Son mundos estelares parecidos a nuestra galaxia, pero excepcionalmente lejanos. Allí, hacia la constelación de Pegaso, se halla la

zona más profunda del espacio que conocemos. Ahora miramos la galaxia más vecina a nosotros, que tiene dimensiones y forma semejantes a nuestro gigantesco sistema. Está formada por miríadas de estrellas de diverso tamaño y luminosidad, presenta los mismos cúmulos, la misma faja de materia oscura que se extiende sobre el plano ecuatorial y está también rodeada de cúmulos estelares esféricos. Es la llamada nebulosa M 31, en la constelación de Andrómeda. Está inclinada oblicuamente con respecto a nosotros, de forma que así la vemos en parte ladeada y en parte plana...

Satrov vio una nebulosa pálida de alargada forma oval. Observándola con atención, pudo distinguir haces luminosos dispuestos en espiral y separados por zonas oscuras.

En el centro de la nebulosa era visible una masa de estrellas más compacta y luminosa, que se fundía en un único grupo a una distancia abismal. De esta partían ramificaciones en espiral apenas perceptibles. Alrededor de la masa compacta, separados por anillos oscuros, se extendían haces más claros y pálidos, rotos en las extremidades por una serie de pequeñas manchas redondas, en particular hacia el límite inferior del campo visual.

—Mire... Para un paleontólogo como usted, esto le resultará particularmente interesante. La luz que llega ahora a nuestros ojos ha salido de aquella galaxia hace un millón y medio de años. Cuando aún no existía el hombre sobre la Tierra...

— ¿Y aquella es la galaxia más próxima? —preguntó Satrov, maravillado.

— ¡Exacto! Conocemos otras, situadas a distancias del orden de centenares de miles de millones de años luz. La luz ha tenido que correr durante miles de millones de años a la velocidad de diez trillones de kilómetros al año para llegar hasta nosotros. Hemos observado estas galaxias en la constelación de Pegaso...

— ¡Inconcebible! Apenas cabe imaginar distancias semejantes. Espacios infinitos, inconmensurables...

Belskij le mostró aún durante largo rato los astros nocturnos. El profesor dio las gracias calurosamente a su Virgilio celeste y volvió a su habitación. Más tarde, se acostó, pero se quedó fantaseando sin conseguir dormirse.

En sus ojos cerrados saltaban enjambres de miles de astros, aparecían colosales nebulosas, negras cortinas de materia fría, gigantesco copos de gases luminosos...

Durante billones, trillones de kilómetros, todo estaba esparcido a distancias inimaginables en el vacío monstruoso y frío, en la eterna tiniebla, surcada sólo por arroyos de potentes radiaciones.

Las estrellas..., enormes masas de materia que se mantienen compactas por la gravedad que una desmesurada presión lleva a una altísima temperatura. La elevada temperatura provoca reacciones atómicas que aumentan la emisión de energía. A fin de poder resistir, para no explotar y conservar el equilibrio interior, las estrellas deben liberar cantidades enormes de energía, que es irradiada en el espacio bajo forma de calor, luz, rayos cósmicos. Y como si fueran centrales atómicas, alrededor de las estrellas giran los planetas, a los que éstas dan su calor.

En las monstruosas profundidades del espacio, los sistemas planetarios, junto a miles de millones de estrellas aisladas y de materia oscura y fría, forman un colosal sistema semejante a una rueda: la galaxia. A veces las estrellas se acercan, luego se alejan de nuevo por millones de años, naves de una misma galaxia. A distancias aún mayores navegan las galaxias, también parecidas a enormes navíos que se cambian los saludos de sus luces en un océano interminable de tinieblas y de hielo.

Observando el universo de modo tan vivo y directo, con sus espacios helados, las masas de materia incandescente, llevadas a temperaturas inconcebibles, haciéndose una clara idea de las distancias inaccesibles, de la increíble duración de los procesos celestes, en los que granitos de arena como la Tierra tienen una importancia insignificante, Satrov había notado una sensación casi desconocida.

Al mismo tiempo, la orgullosa admiración hacia la vida y su más alta conquista, la mente humana, superaba en él todo extravío. La pequeña llama de la vida, tan fugaz, tan frágil, en grado de existir sólo sobre planetas semejantes a la Tierra, debe arder también en diversos puntos de aquellas muertas y negras profundidades del espacio.

Toda la estabilidad y la fuerza de la vida residen en su compleja organización, que apenas hemos empezado a comprender. Una organización alcanzada gracias a millones de años de evolución, de lucha de las contradicciones internas, de infinito sucederse de fuerzas nuevas más perfeccionadas que las antiguas. En

esto reside la fuerza de la vida, su superioridad sobre la materia inerte. La terrible hostilidad de las fuerzas cósmicas no puede obstaculizar la vida, la cual engendra, a su vez, el pensamiento susceptible de comprender las leyes y (con su ayuda) de vencer las fuerzas de la naturaleza.

Aquí, sobre la Tierra, y allí, en las profundidades del espacio, florece la vida, poderosa fuente del pensamiento y de la voluntad, en el futuro capaz de transformarse en un torrente que se verterá sobre todo el universo. Un torrente que unirá los arroyos aislados en un inmenso océano de pensamiento.

Satrov comprendió que las sensaciones de aquella noche habían despertado la fuerza adormecida de su pensamiento creador. Le empujaba el descubrimiento encerrado en la caja de Tao Li...

Continuaría actuando sin temor a lo nuevo, por increíble que fuese.

El segundo del vapor *Vitim* estaba negligentemente apoyado en la baranda, brillante al sol. Sobre el agua verde, la nave parecía adormecida, acunada por el ritmo del oleaje, rodeada por movedizos fulgores luminosos. Junto a él, un largo barco inglés de alta proa ondeaba perezosamente en el aire las dos blancas cruces de los gruesos mástiles, soltando por la chimenea volutas de denso humo.

La extremidad meridional de la bahía, casi recta y negra a causa de la espesa sombra, estaba interrumpida por una pared de montañas rojo oscuras estriadas de violeta.

El oficial oyó desde abajo un rumor de pasos pesados y vio en la escalerita de la plancha la maciza cabeza y las anchas espaldas del profesor Davydov.

— ¿Ya levantado, Ilja Andreevic? —saludó el científico.

Davydov entrecerró los ojos, volvió en silencio la mirada hacia la soleada bahía, luego miró al segundo, que le sonreía.

—Quiero ir a las islas Hawai. Un sitio bonito, agradable... ¿Salimos en seguida?

—El capitán ha ido a tierra para las formalidades, pero todo está dispuesto. En cuanto llegue, partiremos. ¡Directamente a casa!

El profesor asintió, mientras metía una mano en el bolsillo en busca de cigarrillos. Gozaba del descanso, esos días de ocio obligado, tan raros en la vida de un pobre científico. Davydov volvía de San Francisco, donde había asistido como delegado al congreso de geólogos y paleontólogos, los estudiosos del pasado de la Tierra.

El científico deseaba hacer el viaje de regreso en una nave soviética, y el *Vitim* le había proporcionado la ocasión. Era agradable la parada en las Hawai. Davydov conocía aquellas islas, rodeadas por grandes extensiones de agua del océano Pacífico. Ante la inminente partida, se sentía aún más satisfecho. En aquellos días de calma y de lenta reflexión, se habían amontonado en su mente muchos pensamientos interesantes, suponían nuevas consideraciones y sentía la necesidad de controlar, confrontar, desarrollar sus ideas. Pero esto le era imposible en la cabina de una nave, le faltaban los instrumentos necesarios, los libros, las notas, las colecciones...

Davydov se pasó la mano por una sien, lo que revelaba en él cierta irritación...

A la derecha del ángulo saliente del muelle de cemento se abría casi de improviso una amplia avenida de palmas. Las espesas copas cubrían las graciosas casitas blancas rodeadas de parterres multicolores, dejando filtrar una luz bronceada. Más allá, a lo largo de un promontorio, el verde de los árboles se hundía en el agua, sobre la que flotaba casi imperceptiblemente una barca azul con bandas negras. En la barca, algunos chicos y chicas exponían su esbelto cuerpo bronceado al sol y reían ruidosamente antes de zambullirse.

A través del límpido aire, los ojos présbitas del profesor distinguían todos los detalles de la cercana costa. La atención de Davydov fue atraída por un parterre redondo, que tenía en el centro una extraña planta: de un espeso cojín de hojas plateadas de forma de cuchillo, se levantaba, alta como un hombre, una flor roja fusiforme.

— ¿Conoce aquella planta? —preguntó, con interés, el profesor al segundo.

—No —contestó, distraído, el joven marino—. La he visto, he oído decir que la consideran una rareza... Ilsa Andreevic, ¿es verdad que en su juventud fue usted marino?

Molesto por el imprevisto giro de la conversación, el profesor arrugó el ceño.

—Sí, pero ahora, ¿qué importa? —gruñó.

Desde un punto impreciso, más allá de las construcciones que sobresalían a la derecha, llegó el silbido de una sirena, que se reflejó en el agua inmóvil.

La cara del segundo adquirió entonces una expresión alarmada. Davydov miró, perplejo, a su alrededor.

Sobre la pequeña ciudad, y sobre la bahía abierta a la azul inmensidad del océano, reinaba, como antes, la calma. El profesor volvió su mirada a la barca de los bañistas.

Una muchacha morena, evidentemente hawaiana, saludó, erguida sobre la proa, a los marineros rusos, agitando una mano, y se zambulló. Las flores rojas de su traje de baño atravesaron el espejo esmeralda del agua y desaparecieron. Una lancha a motor atravesó velozmente la rada. Un minuto después apareció en el muelle un automóvil, del que descendió rápidamente el capitán del *Vitim*, que se dirigió corriendo hacia su nave. Una fila de banderas empezó a palpar sobre el mástil de señales. El capitán se precipitó ansioso sobre la plancha, secándose el sudor que le caía sobre la cara con la manga de la blanca guerrera.

— ¿Qué ha pasado? —empezó a decir el segundo.

— ¡Listos para la maniobra! —Gritó el capitán—. ¡Listos para la maniobra!

Inclinado sobre el megáfono, tras un breve intercambio de palabras con el oficial de máquinas, dio una serie de órdenes.

— ¡Todos a cubierta! ¡Cerrad las mamparas! ¡Despejad el puente! ¡Aflojad las amarras!

— *Russians, what shall you do?* —preguntó una voz, alarmada, desde una nave cercana.

— *Go ahead!* —contestó inmediatamente el capitán del *Vitim*.

— *Well! At full speed!* —contestó el inglés con tono firme.

Bajo la popa, el agua empezó a burbujear sordamente. El *Vitim* vibró y por la derecha, el muelle se alejó lentamente. Viendo a los marineros correr presurosos arriba y abajo por el puente, Davydov se sintió turbado. Lanzó varias miradas interrogativas al capitán, pero éste, totalmente absorbido por la maniobra, parecía no darse cuenta de nada.

El mar continuaba tranquilo y en el cielo terso y tórrido no se veía ni una nube.

El *Vitim* salió y puso proa en dirección al mar abierto.

El capitán recobró el aliento y sacó un pañuelo del bolsillo. Al pasear su penetrante mirada sobre el puente, comprendió que todos esperaban con ansia una explicación.

— Está llegando por el noroeste una gigantesca ola. Creo que el único modo de salvar el barco es salirle al encuentro en mar abierto, a toda máquina..., lo más lejos posible de la costa.

Lanzó una mirada al muelle que se alejaba, como para estimar la distancia.

Davydov miró hacia proa y vio una serie de grandes olas que se acercaban amenazadoras a la nave. Detrás, al igual que el grueso de un ejército sigue a sus vanguardias, se levantaba una gris montaña líquida, cuya mole cubría el azul del horizonte.

— ¡Tripulación bajo cubierta! —ordenó el capitán, empuñando con gesto brusco el megáfono.

Junto a la costa, las primeras olas se hinchaban y se hacían más escarpadas. El *Vitim* embistió la primera. La proa de la nave se levantó para hundirse en seguida tras la cresta de la segunda ola. La barandilla de la cubierta, a la que Davydov estaba fuertemente agarrado, vibró con fuerza. El puente desapareció bajo el agua, mientras la cubierta fue envuelta por una nube de espuma brillante. Un segundo después, el *Vitim* volvió a salir con la proa apuntada hacia el cielo. Sus potentes máquinas rugían dentro del casco, resistiendo desesperadamente a la fuerza de las olas, que frenaban la nave y querían empujarla a la costa.

Ni una sola mancha de espuma blanqueaba sobre la cima del gigantesco caballón, alzado con un rumor siniestro y que se hacía cada vez más escarpado. El sombrío esplendor de aquella muralla líquida impresionante, maciza e impenetrable, recordaba a Davydov los flancos escoceses de las rocas basálticas, cortados a pico sobre el mar. Pesada como lava, la ola se levantaba cada vez más, oscureciendo el cielo y el sol; su cumbre, cada vez más veloz, sobrepasaba el mástil de proa. Una penumbra siniestra se condensaba a los pies de la montaña de agua, donde se iba formando una profunda fosa negra, en la que la nave se hundía en espera del golpe mortal.

Las personas que se encontraban sobre la cubierta bajaron instintivamente la cabeza ante los elementos, prontos a desencadenarse. La nave se sacudió bruscamente detenida en su avance. Los seis mil caballos de vapor que movían la hélice bajo la popa habían sido anulados por una fuerza monstruosa.

El primer golpe aplastó a los hombres contra las barandillas; un instante después, el agua se revolvió con furia, ensordeciéndolos y cegándolos.

Agarrado a la barandilla, medio asfixiado, el profesor sintió que la nave se doblaba sobre el flanco izquierdo, para luego enderezarse y doblarse sobre el flanco derecho; finalmente, se enderezó de nuevo para salir del abismo de agua que la había engullido. Poco a poco, el *Vitim* huyó del turbulento caos gris hacia el cielo claro y sereno.

El ensordecedor rugido terminó con desconcertante rapidez. El barco empezó a descender dulcemente a lo largo de la espalda del caballón, que huía hacia la costa. Del mar llegaban nuevas filas de olas, pero no parecían ya temibles. El capitán suspiró ruidosamente y estornudó con satisfacción. Davydov, empapado hasta los huesos, vio a su derecha al barco inglés, que surcaba velozmente las olas; acordándose de algo, corrió al extremo de la cubierta. Desde allí podían divisar el muelle y la ciudad abandonados poco antes. Con horror, el científico observó cómo la ola aún más gigantesca, al llegar a la costa, cubría con su mole el verdor de los jardines, las casitas blancas y la línea recta y clara de los muelles...

—¡Otra! ¡Otra! —gritó el segundo, casi en la oreja de Davydov.

Efectivamente, una segunda ola enorme se echaba sobre la nave. Su llegada no había sido advertida, como si hubiese brotado de improviso del fondo del océano.

La montaña líquida de la cima redondeada se alzaba rugiendo, como para desahogar la ira que hervía en ella. Y de nuevo la nave fue frenada, sacudida por el peso del alud de agua, y luchó desesperadamente para sobrevivir. El caballón se deslizó hacia popa, mientras el *Vitim* se enfrentaba con una serie de olas menores. Después de dos o tres minutos, una tercera ola gigantesca se levantó del mar. Esta vez, las máquinas, obedientes al teléfono del capitán, dieron marcha atrás a tiempo; el choque fue menos fuerte y la nave se encabritó con mayor facilidad sobre la montaña líquida.

La lucha contra aquellas misteriosas olas, que surgían sin que soprase un hálito de viento y en un día tranquilo, continuó algún tiempo. El *Vitim* salió por fin de la aventura completamente empapado, pero con pocos daños; se mantuvo un rato al largo, y hasta que el capitán no se persuadió de que el peligro había pasado, no volvió a entrar en el puerto.

Había transcurrido apenas una hora desde el momento en que Davydov admiró la bella ciudad desde el puente del barco. Ahora, la costa estaba desconocida. Los parterres floridos, las lindas veredas, habían desaparecido. En su lugar se veían montones de maderos; fragmentos de techos deformados y ruinas mezcladas con largos troncos retorcidos indicaban el lugar en el que se derrumbaron las casas vecinas al mar. El espeso bosquecillo en el límite de la bahía, allí donde Davydov había visto a los jóvenes bañistas reír y bromear, quedó transformado en un pantano lleno de troncos arrancados. Las pocas casas de mampostería edificadas a lo largo del muelle parecían mirar tristemente a través de los vacíos ojos de sus ventanas. A sus pies yacían los restos de las casas más pequeñas y de las tiendas de madera destrozadas por la furia de las aguas.

Una gran lancha motora volcada sobre la orilla completaba el pavoroso cuadro como un monumento en recuerdo de la victoria del terrible mar.

Riachuelos de agua salada, que se abrían paso tortuosamente entre estratos de arena apenas depositados por el mar, brillaban al sol. Entre las ruinas hormigueaban miserables sombras en busca de los muertos, ansiosas de salvar los restos de sus bienes.

Emocionados, los marineros soviéticos se agolpaban sobre el puente y miraban silenciosos la orilla, incapaces ahora de alegrarse por su triunfo ante el peligro. En cuanto el *Vitim* atracó de nuevo en el muelle, milagrosamente intacto, el capitán exhortó a la tripulación a que acudiese en socorro de los habitantes, disponiendo que en la nave quedaran sólo los hombres de guardia.

Davydov volvió a bordo con los tripulantes hacia la noche. Tras lavarse con aire sombrío, se vendó una mano herida y empezó a pasear por cubierta, donde permaneció largo tiempo fumando.

La isla aún no había desaparecido en el horizonte, cuando se presentó al científico el oficial de máquinas, que presidía el comité de a bordo, para pedirle que «explicase a los muchachos lo que había pasado». Se decidió organizar una reunión en cubierta. El profesor nunca había tenido ocasión de dirigirse a un auditorio tan singular. Los marineros estaban reunidos junto a la primera bodega, unos sentados, otros en pie, otros tumbados por el suelo, mientras Davydov se apoyaba en el forro del cabestrante que le servía de cátedra. El océano, tranquilo y silencioso, ya no detenía el curso de la nave, que regresaba a la patria.

El profesor habló a los marineros del océano Pacífico, gigantesca depresión ocupada por la mayor masa líquida del planeta. A su alrededor, no lejos de los continentes, surgen cadenas de gigantescos plegamientos de la corteza terrestre, que emergen lentamente desde el fondo de profundísimas cavidades. Todas las cadenas de islas, las Aleutianas, las islas japonesas, el archipiélago de la Sonda, son precisamente pliegues de la corteza terrestre en vía de formación.

El proceso de formación de los pliegues es continuo: cada uno de ellos, cuya cima no es otra que la propia isla, se alza continuamente, a veces con una velocidad de dos metros anuales; al mismo tiempo se inclina siempre en dirección al océano.

—Imaginaos que por un instante las aguas del océano se retiran... —explicó el profesor—. En ese caso, veríais, en vez de las islas, cadenas de altas montañas inclinadas hacia el centro del océano y peligrosamente pendientes sobre las cavidades inferiores, parecidas a inmensas olas petrificadas. El declive opuesto, frente al continente, es menos fuerte, pero forma también una cavidad bastante profunda, ocupada por el mar. Tal es, por ejemplo, la estructura del mar del Japón. A lo largo de las vertientes situadas de cara al continente se forman cadenas volcánicas. En el interior de los plegamientos, la presión es tan grande que funde las rocas del núcleo interno; la materia fundida irrumpe por fisuras bajo la forma de lava incandescente. Las cavidades frente al océano se hacen cada vez más profundas bajo la presión de la base de los pliegues, y en ellas se sitúan los centros de los grandes terremotos.

«Precisamente uno de esos terremotos fue la causa de la desgracia de ayer. En un punto indeterminado del Norte, probablemente en la fosa de las Aleutianas, en la base de los plegamientos aleutianos, la fuerte presión de que he hablado ha roto un sector del fondo del océano, provocando un fuerte terremoto submarino. El empuje provocó una ola gigantesca que se ha extendido en el océano, hacia el Sur, a miles de millas del punto de origen, y pocas horas después alcanzó las islas Hawai. En mar abierto, nuestro *Vitim* hubiese pasado por encima de ella sin darse cuenta siquiera; en efecto, el diámetro de la ola era tan grande —cerca de 150.000 kilómetros— que la nave hubiese podido remontarla hasta su máxima altura sin notarlo siquiera. Pero frente a tierra firme es muy diferente. Cuando la ola halla un obstáculo, se levanta, crece y se lanza sobre la costa con inaudita violencia. No es preciso hablar de ello porque todos vosotros habéis visto ya los efectos. El aspecto y el carácter de las olas vienen determinados por los bancos de arena existentes en las proximidades de las costas.

Estas olas no son raras en el océano Pacífico, precisamente porque en el fondo de este mar están en curso procesos de formación de nuevos plegamientos en la corteza terrestre... Durante los últimos ciento veinte años, las islas Hawai han sufrido la violencia de las olas en veintiséis ocasiones. Las olas provenían de distintas direcciones: las Aleutianas (como la nuestra), el Japón, Kamchatka, las Filipinas, las islas Salomón, América del Sur, incluso la costa de México. Esta última se remonta a noviembre de 1938. La velocidad media de estas olas se calcula en trescientos a quinientos nudos... Los marineros, interesados, hicieron a Davydov numerosas preguntas, y la conversación se hubiese prolongado mucho tiempo, de no provocar el cambio de guardia la disolución del auditorio. El profesor se entretuvo en la cubierta, reflexionando intensamente, con la frente arrugada y los dientes apretados.

La inesperada destrucción de la bella isla había dejado una profunda huella en el corazón del científico. Y casi todas las preguntas realizadas por los marineros coincidían, en cierto sentido, con sus propios pensamientos. Era preciso descubrir no sólo cómo se producía la formación de los pliegues del océano Pacífico, sino también las causas de tal proceso. ¿Por qué en el corazón de la Tierra se provocan estos lentos y poderosos movimientos que arrugan enormes estratos de rocas, empujándolos siempre más arriba sobre la superficie de la tierra? ¿Qué insignificantes son nuestras informaciones acerca de las vísceras de nuestro

planeta, el estado de la materia, los procesos físicos o químicos que se desarrollan bajo presiones del orden de millones de atmósferas, bajo estratos de miles de kilómetros, cuya estructura se desconoce!

Basta el desplazamiento de pocas moléculas, basta un insignificante aumento del volumen de estas masas inimaginables, para que sobre el sutil velo de la corteza terrestre conocida por nosotros se produzcan desplazamientos enormes, para que la corteza rota se levante en decenas de kilómetros. Sin embargo, sabemos que si estos desplazamientos faltasen, si estas fuertes sacudidas no se produjesen, significaría que la materia del interior del planeta se encuentra en estado de quietud, de equilibrio.

Únicamente en ocasiones, con intervalos de millones de años, algunos estratos de naturaleza rocosa se retuercen, se pliegan y, en parte, se funden, para salir a la superficie durante las erupciones volcánicas. Luego el conjunto emerge en la superficie, dando lugar a una enorme meseta en la que, más tarde, erosionada por las aguas y los agentes atmosféricos, se forman valles, montañas; en resumen, lo que solemos llamar un paisaje montañoso.

El hecho más sorprendente es que los focos volcánicos y las zonas de plegamiento de los estratos rocosos se hallan en profundidades relativamente pequeñas, a pocas decenas de kilómetros de la superficie terrestre, mientras que las partes centrales del planeta, cubiertas por un estrato de materia de treinta kilómetros de espesor, están en permanente estado de quietud...

La materia dura, enfriada, de nuestro planeta está constituida por elementos químicos constantes: los noventa y nueve ladrillos sobre los que se alza todo el Universo. Estos elementos, sobre la Tierra, son casi todos constantes e inmutables, a excepción de los pocos radiactivos que se transforman por sí solos, entre los que se cuentan el famoso uranio, el torio, el radio, el plutonio. A éstos, según parece, hay que añadir los elementos 43°, 61°, 85° y 87° de la tabla de Mendeleev (masurio, florencio, ekaodio y ekacesio), enteramente transformados.

En las estrellas sucede de forma diferente. Por la acción de presiones y temperaturas gigantescas, se produce la transformación de un elemento en otro: el hidrógeno, el litio, el berilio, se transforman en helio; el carbono se convierte en oxígeno, el cual, a su vez, pasa a carbono, desprendiendo colosales cantidades de energía en forma de calor, luz y otras radiaciones no menos potentes.

Pero sea cual fuere la hipótesis que se quiera aceptar sobre la formación de nuestro planeta, es evidente que hubo una época en la que la materia constitutiva de la Tierra se encontraba en un estado de fuerte calentamiento, era una masa de materia incandescente, semejante a la que forma las estrellas. ¿Y si en la masa enfriada del planeta hubiesen quedado aún elementos inestables, desconocidos por nosotros, resto de los procesos atómicos de aquella época, parecidos a los producidos artificialmente en nuestros laboratorios con los elementos uránicos?

Estos elementos, como el uranio, deben hallarse entre estratos relativamente superficiales de la Tierra. Permanecen inactivos, por supuesto, hasta que, a continuación de los infinitos desplazamientos y aglomeraciones de la materia, se crean masas de gran peso atómico, como el uranio y el torio.

Entonces, como hoy sabemos, pueden desarrollarse fuertes reacciones en cadena, que liberan una gran masa de energía.

Esto significa que las fuerzas desconocidas por nosotros que mueven la corteza terrestre son expresión de elementos del grupo del neptunio, derivados de transformaciones atómicas producidas hace un tiempo infinitamente largo. Pero si el proceso se efectúa de este modo, si en la Tierra la formación de las montañas es debido a reacciones atómicas que se han producido a gran profundidad, es de esperar que en un futuro se puedan dominar los focos. Estos se buscan en las proximidades de los plegamientos, en las regiones volcánicas; por ejemplo, en el Pacífico... Probablemente, en los momentos de mayor desarrollo de las reacciones en cadena a gran profundidad llegan a la superficie fuertes radiaciones, que podrían permitirnos identificar la zona de la fisión atómica.

Pero si estas radiaciones alcanzan la superficie, es posible que en las pasadas épocas geológicas hayan influido fuertemente sobre la población que vivía en los lugares de la formación de los pliegues y de las montañas...

Davydov recordó los inmensos amontonamientos de monstruos prehistóricos que había tenido la ocasión de estudiar en el Asia central, intentando dar una explicación satisfactoria a que restos de millones de aquellos animales se encontrasen en los mismos puntos.

Con el instinto del científico, percibía la importancia de sus suposiciones. Completamente obsesionado por sus pensamientos, no tenía la menor noción del tiempo que pasaba. Sólo al echar casualmente una ojeada al reloj vio que se retrasaba para la cena y soltó un taco.

II

Satrov se detuvo delante de una puerta, sobre la cual una plancha de cristal anunciaba: Profesor I. A. Davydov-jefe de sección; pasó una gran caja desde la mano derecha a la izquierda y, sonriendo bajo los bigotes, llamó. Una voz de bajo contestó con marcada indiferencia:

— ¡Adelante!

Satrov entró con su acostumbrado paso ligero, un poco inclinado y con los ojos brillantes.

— ¡Mira quién tenemos aquí! —Exclamó Davydov, que se levantó para salir presurosamente a su encuentro—. Esta sí que no me la esperaba. ¡Cuántos años, querido amigo!

Satrov dejó la caja sobre la mesa y abrazó afectuosamente a su amigo. Delgado, de media estatura, Satrov resultaba minúsculo al lado de la maciza figura de Davydov. Los dos amigos eran opuestos por muchos conceptos. De imponente estatura y formación atlética, Davydov tenía un aspecto más modesto y bonachón que su nervioso y tímido amigo. La cara de Davydov con su nariz marcada y su irregular frente redonda bajo la espesa cabellera, era completamente opuesta a la de Satrov. Sólo los ojos luminosos, claros y penetrantes, se parecían en algo que no se lograba adivinar en seguida; quizá era la misma expresión, reflejo de una idéntica tensión de pensamiento y de voluntad.

Davydov hizo sentar a su amigo; ambos encendieron un cigarrillo y empezaron animadamente a intercambiarse las impresiones acumuladas durante tantos años y que no habían encontrado un hueco en su correspondencia. Por fin, Davydov se pasó una mano tras la oreja, se levantó y sacó del bolsillo del abrigo colgado en un rincón un grueso paquete. Lo abrió y lo puso delante de Satrov.

—Hágame el favor, Aleksei Petrov... Venga, no haga cumplidos —añadió Davydov ante el signo de protesta de Satrov. Y ambos se rieron.

—Igual que en los años cuarenta —dijo Satrov, con una nota de alegría en la voz—. ¿Aún se olvida de comer? ¡Tendrá un lavado de cerebro!

Davydov soltó una carcajada.

—Se lo llevaré a casa. Venga, adelante, acéptelo como en el cuarenta.

— ¡Muy bien! —Satrov alargó una mano—. ¡Oh!

—Tampoco su « ¡Oh!» ha cambiado. Me alegra volverle a escuchar... Oiga, Aleksei Petrovic, vamos al museo. Le enseñaré novedades interesantes... Hay también trabajo para usted..., tenemos algunos fósiles...

—No, Ilja Andreevic. He venido para una cosa muy importante. Es preciso que le hable de ello. Necesito su cerebro, que sabe trabajar bien y no se equivoca...

— ¡Interesante! —Davydov pasó el índice sobre la última línea del manuscrito y apartó los folios cubiertos de escritura—. A propósito, he recibido su carta hace una semana, y aún no le he contestado. No apruebo...

— ¿No aprueba mis jeremiadas? Este es un momento difícil —insistió Satrov algo turbado—. He adoptado también su filosofía, y muchas veces me ayuda. Aunque para ponerla en práctica hace falta cierta fuerza de espíritu. A veces no consigo...

— ¿Qué filosofía? —preguntó Davydov con curiosidad.

—Sus dos palabras mágicas: «No importa». Pero ni siquiera durante la guerra esta expresión me bastaba...

Davydov estalló en una gran carcajada. Al recobrar la respiración consiguió responder:

—Ah, claro... Ciertamente, continuaremos trabajando. Pero es difícil. Hay muchas dificultades. Excavaciones, enormes colecciones, el estudio de los hallazgos, de los datos y el personal es muy escaso. Y luego el tiempo que se malgasta en ir detrás de tonterías... Pero quería usted hablarme de cosas importantes y le he distraído...

—Sí, cosas extraordinarias. Aquí, en la mano, tengo algo increíble, tan increíble que no me he atrevido a hablar con nadie antes de hacerlo con usted.

Le tocó a Davydov el turno de mostrarse impaciente. Tras abrir el paquete, Satrov sacó de su interior una gran caja cúbica de cartón amarillo recubierta de ideogramas chinos y sellos de correos.

—Ilja Andreevic, ¿se acuerda de Tao Li?

— ¡Cómo no! Aquel joven paleontólogo chino, tan preparado, le asesinaron los fascistas el año cuarenta, cuando volvía de una expedición. Ha caído por la China libre.

—Precisamente. He inventariado algunos de los materiales recogidos por él. Mantuvimos correspondencia. Tenía intención de venir a vernos..., pero la ocasión no se presentó nunca —suspiró Satrov—. En resumen, de la que fue su última expedición me envió un paquete con algo extraordinariamente curioso. Aquí está. Venía acompañada por una nota, en la cual Tao Li me anunciaba una larga carta, que evidentemente nunca pudo escribir. Le mataron en el Szechuan, en la ruta de Chun-gking.

— ¿Localidad de la expedición? —preguntó Davydov.

—El Sikang.

—Un momento... Está... Es un nudo montañoso en la extremidad oriental del arco del Hirnalaya, exactamente entre la cadena del Hirnalaya y los montes de Szechuan... Quizá el famoso Kam, el objetivo de Przevalskij..., ¡naturalmente!

Satrov miró a su amigo con admiración.

— ¡Caramba, en geografía no le gana nadie! Yo sólo consigo orientarme con el mapa. El Kam es la parte noroeste del Sikang, y Tao Li hizo sus investigaciones allí, exactamente en la zona oriental, en la región de En-ta.

—Comprendo. Venga, enseñeme su mercancía. ¿Se puede esperar todo de ese país!

Satrov sacó de la caja un objeto envuelto en algunas hojas de papel fino. Tras librarlo de su envoltura, entregó a Davydov un resto fósil irreconocible a primera vista.

Davydov lo miró un par de veces y dijo:

—Es un fragmento del occipital de un gran dinosaurio. ¿Qué tiene de extraño?

Satrov no contestó. Davydov examinó otra vez el fósil y de pronto lanzó una sorda exclamación. Colocando el resto sobre la mesa, extrajo una lente binocular de una caja barnizada de amarillo, sacó los brazos del trípode y fijó el tubo. La ancha espalda del profesor se curvó sobre el instrumento; sus ojos se apoyaron sobre el doble ocular, mientras sus grandes manos ajustaban bajo la lente el hueso del dinosaurio. Durante un instante reinó el silencio en el estudio, roto sólo por el chasquido de una cerilla que Satrov había encendido. Por fin, Davydov separó del instrumento dos ojos asombrados.

— ¡Increíble! Desde luego no sabría explicarlo. El cráneo está atravesado de parte a parte en el punto más grueso del hueso. El agujero es tan estrecho que no puede haber sido producido por el cuerno o el diente de un animal. Si se tratase de una enfermedad, necrosis o caries óseas, se deberían hallar en los márgenes trazas de las mutaciones patológicas. No, este agujero ha sido producido por causas externas y cuando el animal aún estaba con vida... No hay duda. Ambas paredes..., atravesadas como por una bala... Sí, diría que se trata de una bala, si no fuese una locura... Pero no, el agujero no es redondo, es una estrecha fisura oval, con los bordes limpios, tanto que durante el proceso de fosilización se ha llenado de materia porosa —Davydov guardó el trípode del binocular—. Como nunca me ha gustado fantasear, y me siento ahora perfectamente lúcido, sólo puedo decir que se trata de un caso extraño e inexplicable...

Miró fríamente a Satrov. Este extrajo de la caja otra envoltura.

—Es inútil discutir, porque podría tratarse de una casualidad; pensándolo bien, hasta se encontrarían distintas explicaciones. Ahora bien, si encontrásemos otro caso del mismo género, tendríamos que abandonar las dudas... Aquí está el segundo caso...

Sobre la mesa, frente a Davydov, colocó otro hueso plano y con los bordes quebrados.

Davydov debió aspirar el cigarrillo demasiado profundamente, porque se puso a toser con la cara congestionada.

—Un fragmento de la pata izquierda de un dinosaurio —murmuró Satrov, inclinándose sobre el hombro de su amigo—. Pero no del mismo animal al que pertenece el cráneo. Este es un ejemplar más viejo y mayor...

Davydov bajó la cabeza para fijar la mirada en la pequeña fisura oval que presentaba también el segundo fósil.

— ¡Igual! ¡Exactamente igual! —exclamó emocionado, pasando un dedo por el borde del misterioso agujero.

—Y ahora la nota de Tao Li —prosiguió metódicamente Satrov, escondiendo una sonrisa de triunfo.

Habiendo gustado ya de la emoción del descubrimiento, le era más fácil mantener su calma.

La armoniosa lengua rusa cedió paso por un breve lapso a los discontinuos sonos de la lengua inglesa. Satrov leyó lentamente la breve comunicación del científico muerto:

«Cuarenta millas al sur de En-ta, en la cuenca de los afluentes de la izquierda del Mekong, he descubierto una vasta depresión, ocupada actualmente por el río Chu-chechu. Se trata de un hundimiento montañoso recubierto por una capa de lava terciaria.

»En el punto donde el lecho del río ha erosionado la capa de lava, ésta presenta un espesor máximo de unos diez metros. Debajo se encuentran areniscas porosas, que contienen numerosos restos de dinosaurios, entre los cuales he descubierto algunos que presentan curiosas lesiones. Le envío dos de ellas, porque mi descubrimiento me ha sorprendido tanto que siento la necesidad de estar seguro de no equivocarme. No todas las lesiones son del mismo tipo. A veces parece como si el hueso hubiese sido cortado con un inmenso cuchillo, sin duda mientras el animal estaba aún con vida, o bien en el momento mismo de su muerte. Llevaré a Chungking más de treinta fósiles con estas lesiones, que he recogido en puntos distintos del valle, donde he descubierto una gran cantidad de restos de dinosaurio y hasta algunos esqueletos completos. En cada pieza que le envío, he puesto rótulos con la indicación precisa de la localidad.

La prisa con la que debo enviar el paquete, no me permite escribirle una carta más detallada. Lo haré a mi regreso a Szechuan, en cuanto tenga más tiempo.»

Satrov calló.

— ¿Eso es todo? —preguntó Davydov con impaciencia.

—Todo. Tan breve como grande es la importancia del descubrimiento.

—Un momento, Aleksej Petrovic. Déme tiempo a recuperarme... ¡Parece un sueño! Sentémonos y hablemos de ello con calma, porque siento como si me hubiera vuelto idiota...

—Sí, lo comprendo, lija Andreevic. Hay que tener un gran valor para deducir conclusiones de este hecho. Implica derribar conceptos bien arraigados... No tengo su audacia, pero veo que usted también...

—Bien. Razonemos con valor. Por fortuna estamos solos. Así nadie pensará que dos lumbreras de la paleontología han perdido la cabeza... Estos dinosaurios fueron muertos por alguna arma potente. Evidentemente la fuerza de penetración de esta arma era superior a la de los poderosos fusiles modernos. Por otra parte, sólo un ser racional, llegado además a un alto grado de civilización, podría construir un arma semejante, ¿correcto?

—Absolutamente. *Ergo*, ¡un hombre! —dedujo Satrov.

—Ahora bien, los dinosaurios vivieron en el período Cretáceo, digamos hace setenta millones de años. Todos los datos a nuestra disposición afirman, por otra parte, sin sombra de duda, que la aparición del hombre sobre la Tierra, uno de los últimos anillos de la cadena de la evolución del mundo animal, se verificó hace unos sesenta y nueve millones de años y que durante muchos centenares de miles de años el hombre permaneció en estado animal, hasta que su última especie no aprendió a pensar y a trabajar. La aparición del hombre no pudo suceder antes, mucho menos la de un hombre capaz de construir instrumentos técnicos. Absolutamente excluido. En consecuencia, sólo puede haber una conclusión: los que mataron a los dinosaurios no eran terrestres, venían de otro mundo...

—Sí, de algún otro mundo —confirmó Satrov—. Y yo...

—Un momento. Hasta aquí todo entra aún en los límites de la razón. Es después cuando la cosa se hace increíble. Las recientes conquistas de la astronomía y de la astrofísica han trastornado los viejos conceptos. Se han escrito muchas novelas sobre los habitantes de otros mundos. La tesis compartida hasta ahora por la mayoría de los científicos, esto es, que nuestro planeta sea una excepción, ha sido del todo superada. Hoy no

tenemos ninguna razón para creer que muchas estrellas posean un sistema planetario propio, y dado que el número de las estrellas en el universo es infinitamente grande, también lo será el número de los sistemas planetarios. Por lo tanto, seguir pensando que la vida sea una prerrogativa exclusiva de la Tierra es absurdo. Se puede ya afirmar que en el universo existen otros mundos habitados. Hasta aquí todo va bien. Pero al mismo tiempo hemos descubierto que la distancia que nos separa de las estrellas más próximas dotadas de sistemas planetarios es pavorosamente grande. Tan grande que para cubrirla hacen falta decenas de años a la velocidad de la luz, es decir, a trescientos mil kilómetros por segundo. Esta velocidad es, por una ley física, inalcanzable, y un viaje a velocidades inferiores requeriría miles de años...

—Recientemente se han descubierto estrellas oscuras, visibles sólo gracias a las radiaciones que emiten. En la periferia de nuestro sistema solar existen muchas, pero, en primer lugar, su distancia es demasiado grande para que se puedan alcanzar con cohetes y, en segundo lugar, es poco probable que éstas tengan planetas habitados, a causa de la debilidad de sus radiaciones, insuficiente para calentar de forma adecuada un planeta. En cuanto a nuestro sistema planetario, fuera de la Tierra sólo Marte y Venus podrían estar habitados. Pero las probabilidades son pocas. Venus es demasiado caliente, gira alrededor del Sol con lentitud y su atmósfera es densa y sin oxígeno en estado libre. Aunque se pudiesen desarrollar formas de vida, está excluida en Venus la presencia de seres racionales con un alto nivel de civilización. Y también en Marte. Su atmósfera está demasiado enrarecida, el planeta es frío y si existe vida, sólo sería en formas inferiores. No hay duda de que Marte carece de la impetuosa energía vital que posee nuestra Tierra. Es inútil hablar de los planetas más lejanos. Saturno, Júpiter, Urano y Neptuno son mundos horrendos, fríos, oscuros, como los círculos inferiores del infierno dantesco. Saturno, por ejemplo, está formado por un núcleo rocoso recubierto por un estrato de hielo de un espesor de diez mil kilómetros y el conjunto está rodeado por una densa atmósfera de veinticinco mil kilómetros de altura, impenetrable a los rayos del sol y rica en gases venenosos: amoníaco y metano. Esto significa que bajo aquella atmósfera sólo hay tinieblas y hielo a ciento cuarenta grados bajo cero y con una presión de un millón de atmósferas... Da miedo pensar en ello...

—También creo —le interrumpió Satrov—, que en nuestro sistema planetario no existen mundos semejantes al nuestro. Y yo...

—Por lo tanto, excluyamos a nuestros planetas. Llegar a la Tierra desde los sistemas estelares más lejanos es imposible. ¿De dónde entonces venían aquellos seres? ¡Este es el problema!

—No me deja hablar, Ilja Andreevic. Aunque no tengo su erudición, hubiese pensado más o menos en las mismas posibilidades. Las estrellas, sin embargo, no son inmóviles. Se desplazan en el interior de nuestra galaxia; la misma galaxia gira alrededor de su propio eje y se mueve en el espacio hacia un punto indefinido, como hacen todas las innumerables galaxias. Durante el curso de millones de años las estrellas pueden, por lo tanto, alejarse y acercarse sensiblemente...

—Bien, no veo de qué nos servirán... El espacio ocupado por la galaxia es muy grande y no creo que el acercamiento de nuestro sistema solar a otro pueda tener una importancia práctica. Y además, ¿cómo establecer las trayectorias de las estrellas?

—Eso es cierto, pero sólo si el movimiento de las estrellas no está sometido a leyes, si las estrellas no siguen órbitas determinadas. Pero, ¿y si fuese así? Si se pudiera calcular.

— ¡Hum! —gruñó escéptico Davydov.

—Está bien. Descubriré mis cartas. Un ex alumno mío, que abandonó el curso en el tercer año para dedicarse a las matemáticas y a la astronomía, se ha ocupado del movimiento de nuestro sistema solar dentro de la galaxia, y ha conseguido enunciar una interesante teoría apoyada en bases sólidas. Seré breve. Nuestro sistema solar describe, en el interior de la galaxia, una enorme órbita elíptica con un período de revolución de doscientos veinte millones de años. Esta órbita está ligeramente inclinada con respecto a la superficie horizontal que pasa por el ecuador de la «rueda de estrellas» de nuestra galaxia. Por eso el Sol, con sus planetas, corta en un determinado momento la colcha de materia oscura, polvo y fragmento de materia enfriada, que se extiende a lo largo de la superficie ecuatorial de la «rueda galáctica». Durante este período se aprecian a los sistemas estelares acumulados en algunas zonas. Es por tanto posible, que nuestro sistema solar se acerque a otros sistemas desconocidos, tanto como para hacer posible un vuelo interplanetario...

Davydov escuchó a su amigo, inmóvil, con una mano contraída sobre la varilla del binocular.

—Esta es la teoría —continuó Satrov—. Acabo de regresar del lugar donde murió mi ex alumno y donde hallé su manuscrito.

Satrov se detuvo y encendió un cigarrillo.

—Esta teoría nos indica sólo una *hipótesis*, pero aún no nos permite considerar como realidad un hecho increíble. Sin embargo, al ver que dos observaciones de naturaleza diferente se concatenan, tenemos razones para creer que estamos en el camino justo.

Satrov levantó el mentón y continuó con aire solemne:

—Basándose en su teoría, mi alumno afirmaba que el acercamiento del sistema solar a los cúmulos centrales de la rama espinal interior de la galaxia, se ha producido hace unos setenta millones de años...

— ¡Demonios! —explotó Davydov; era su imprecación favorita.

Satrov no abandonó su aire solemne:

—Un fenómeno increíble que se relaciona con otro se convierte en real. Creo tener el derecho de afirmar que, durante el período Cretáceo, nuestro sistema planetario se aproximó a otro sistema poblado por seres racionales, por hombres desde el punto de vista intelectual, y que estos seres han llegado por sus propios medios a nuestro planeta. Con el transcurso de otro largo período de tiempo los dos sistemas planetarios se han alejado nuevamente. Aquellos seres han permanecido poco tiempo sobre la Tierra y por eso no han dejado huellas perceptibles. Pero han estado aquí, han sido capaces de superar el espacio interestelar setenta millones de años antes de que nosotros intentásemos hacer lo mismo... ¿Está de acuerdo?

Davydov se levantó, miró a su amigo en silencio y le tendió la mano:

—Me ha convencido, Aleksey Petrovic, pero aún no lo veo todo claro. Por ejemplo, ¿por qué vinieron precisamente aquí, a nuestra Tierra, mosca minúscula entre tantas otras estrellas y planetas? Podría hacer también otras preguntas, pero, en líneas generales, me parece usted bastante convincente. Es inaudito, increíble, pero real. ¿Cree que esto se podrá publicar?

Satrov sacudió la cabeza:

— ¡De ninguna manera! Las prisas lo estropean todo y en un descubrimiento como éste la prisa es inadmisibile.

—Justo, justo, amigo. Es siempre más prudente esperar que precipitarse. Pero hay que estar preparado para todo. Necesitamos argumentos sólidos, tanto como aquel nuestro de Leningrado...

Satrov se acordó del «argumento» que Davydov guardaba en una esquina del estudio en la época en la que trabajaban juntos. Era un gran montante de hierro, en un tiempo apoyo de un esqueleto, con el que Davydov pretendía persuadir a su testarudo amigo durante sus interminables discusiones. Satrov dejó escapar una sonrisa.

— ¡Lo recuerdo! Pero precisamente ahora empieza la segunda parte de mi razonamiento. No soy geólogo, no estoy acostumbrado a trabajar al aire libre, soy ante todo una rata de biblioteca. Esta empresa la podrá emprender sólo usted y nadie más. Su autoridad...

— ¡Ah! En una palabra, habría que excavar en el lugar de la batalla de los extraterrestres con los dinosaurios... ¡Muy bien!

Tras una pausa, Davydov continuó:

—El Sikang es un lugar interesante, sobre todo para paleontólogos como nosotros. ¡Quién sabe lo que podríamos encontrar! Aleksey Petrovic, al final de la era Terciaria coexistían allí formas viejas y nuevas de mamíferos hoy extinguidos. Una desordenada mezcolanza de lo que, en otros puntos de la Tierra había ya desaparecido con lo aparecido más recientemente. ¡Y qué lugar! —añadió animadamente—. Altas montañas cubiertas de nieve, heladas mesetas áridas y desiertas separadas por profundos valles cubiertos de una lujuriante vegetación tropical. Barrancos insuperables separan los pueblos. Entre un pueblo y otro hay, por ejemplo, una distancia de dos kilómetros, pero el valle que los separa es tan profundo e impracticable, que los habitantes de los dos pueblos nunca se encuentran, aunque se vean desde lejos.

Extraños animales, aun desconocidos por la ciencia, viven en lo profundo de los bosques, sobre el fondo de los valles, mientras en lo alto se desencadenan glaciales tormentas. Allí tienen su origen los mayores ríos de la India, de la China y del Siam: el Bramaputra, el Yang-Tze, el Mekong.

Davydov sacó un grueso reloj de tipo antiguo.

—Aún no son las dos. Pero la emoción ha sido tan grande..., ¡me parece como si hubiese pasado ya todo el día! —Se levantó para entregar un aro con unas llaves—. Esconda la caja en aquel armario, a la izquierda... Pase lo que pase, debemos hacer lo imposible. Vamos a ver si Tusilov nos recibe... ¿Se quedará en Moscú, Aleksej Petrovic, hasta que sepamos algo? Alrededor de una semana, es difícil que se tome antes alguna decisión. ¿Será mi huésped, no es verdad? Ahora llamo a mi secretario y luego a casa. ¡Llegaremos tarde!

En el amplio apartamento de Davydov, modestamente amueblado, reinaba el silencio. Por las grandes ventanas entraba la azulada penumbra del crepúsculo estival. Satrov caminaba en silencio arriba y abajo por la habitación. Davydov, hundido en una butaca frente a su gran escritorio, estaba sumergido en sus pensamientos.

Los dos amigos pensaban cada uno en sus propios problemas. No habían querido encender la luz, como si la oscuridad que iba cayendo lentamente atenuase su amargura.

—Me iré mañana —dijo al fin Satrov—. No puedo perder más tiempo- La negativa ha sido irrevocable... Había pocas probabilidades de conseguirlo... Ya se preocuparán nuestros descendientes de aclarar este asunto, cuando esas malditas fronteras no existan,

Davydov, sin contestar, miró por la ventana donde, sobre los techos de la casa cercana, brillaban tímidamente las pequeñas y pálidas estrellas en el cielo de la ciudad.

—Es triste quedarse a la puerta de un gran descubrimiento, como un mendigo y no tener la posibilidad de entrar —continuó Satrov—. Ya no volveré a tener paz hasta que muera...

Davydov agitó de improviso por encima de su cabeza los puños cerrados.

— ¡No podemos renunciar! ¡Nos ayudarán! ¡Al diablo el Kam! A fin de cuentas, ¿qué seguridad tenemos de volver a encontrar las huellas de «ellos» en el lugar donde se han conservado los restos de los dinosaurios muertos? Ninguna. Si, por alguna razón, «ellos» vinieron a la Tierra, no tenían por qué haberse quedado siempre en el mismo sitio. ¿Por qué no buscarlos entre los sedimentos del período Cretáceo, aquí mismo? Podría afirmar, sin más, que si tales restos existen, sólo podrán encontrarse en las regiones donde surjan sistemas montañosos elevados y de reciente formación. El descubrimiento se ha reducido al Kam. ¿Por qué? Porque sólo donde la corteza terrestre se halla fracturada en numerosos fragmentos pequeños, de los que unos se hayan elevado y otros humedecido, puede darse el caso que incluso los modestos sedimentos escapen a la acción de las inevitables inundaciones y erosiones. Si una pequeña depresión cualquiera se hundió en el período Cretáceo y quedó luego encerrada entre las montañas, gracias a la continua sedimentación podría salvarse lo que en otras localidades, en una llanura, por ejemplo, sería barrido y destruido por la acción de los agentes naturales. Tenemos puntos que responden a tales requisitos en las montañas del Kazachstán, de los Kirghises, del Uzbekistán, casi en toda Asia Central. Estas montañas se remontan exactamente a la gran época de formación alpina, que tuvo su inicio al final del período Cretáceo. Tenemos donde buscar, con la condición de saber hacerlo, de otra forma...

— ¡Caramba! No le comprendo, Iija Andreevic —le interrumpió Satrov.

— ¿No cree que lo único seguro sea *a quien* buscar?

—Bueno, no tanto. Hay que descubrir el aspecto de estos extraterrestres, quizá eran una especie de protoplasma incapaz de conservarse... Esto en primer lugar. En segundo, ¿qué hacían aquí? La contestación a la primera pregunta nos dirá la clase de restos que podríamos encontrar excavando, la segunda nos indicará dónde podremos encontrarlos con más facilidad, si tales restos existen efectivamente. ¿En qué punto de nuestro planeta se han estacionado? Desde este punto de vista, nuestra empresa parece desesperada... ¡Pero esto no significa que tengamos que renunciar a ella! Vamos a dividirnos el trabajo como en los viejos tiempos, cuando escribíamos juntos. Usted se ocupará del primer problema, la parte biológica. Yo me

encargaré del segundo, la parte geológica, la dirección y el desarrollo de las investigaciones. Tengo algunas ideas, porque ya me ocupé en una ocasión de los grandes yacimientos de dinosaurios del Asia central.

— ¡Vaya trabajo fácil! —Exclamó Satrov—. ¡Nada menos que establecer las formas de vida que puedan existir en otros mundos! En este campo nadie podría decir nunca nada exacto...

— ¡Vamos, intelectual de pacotilla! —Estalló Davydov—. El trabajo es difícil porque no existen datos y hay que proceder sólo con el razonamiento. Pero cada esperanza nuestra reposa precisamente en la fuerza del cerebro. Hay que romperse la cabeza y si usted no consigue descubrir nada válido, ¿quién de entre nosotros podría conseguirlo? Veamos; ante todo, las formas de vida fantásticas, los seres metálicos o de piedra, se los dejaremos a los novelistas, no nos conciernen. Recuerde la energética de la vida: la vida no se ha formado por casualidad, sino que se basa en leyes bien precisas. A mi entender, el principio fundamental es éste y hay que partir de él para desarrollar un método científico hasta el final. La estructura de los seres vivos no es una obra del azar. Primero, la unidad de la materia que compone el universo ha sido demostrada: la materia está compuesta en todas partes por los noventa y dos elementos fundamentales, al igual que en nuestra Tierra. Se ha demostrado la existencia de iguales leyes químicas y físicas en todo el espacio. Y si es así —Davydov dio un puñetazo sobre la mesa—, la sustancia viviente, compuesta por las moléculas más complejas, debe tener como base el carbono, el elemento capaz de producir compuestos complejos. Segundo, la base de la vida es el aprovechamiento de la energía solar, el disfrute de las más difusas reacciones químicas del oxígeno, ¿no es verdad?

—Sí —admitió Satrov—, pero...

—Un momento. Cuanto más compleja sea la estructura de la molécula, tanto más fácilmente ésta se descompone en presencia de un aumento de temperatura. La materia de las estrellas incandescentes no contiene, en general, compuestos químicos. En las estrellas menos calientes como, por ejemplo, en los espectros de las estrellas rojas, en las manchas solares, sólo descubrimos los compuestos químicos más simples. Se puede afirmar por tanto que la vida, en cualquier forma, aún en las formas más desacostumbradas, puede existir sólo en presencia de una temperatura relativamente baja. Pero no demasiado, porque de otra forma el movimiento de las moléculas se hace demasiado lento, cesan de producirse las reacciones químicas y la energía necesaria para la vida. En consecuencia, se puede afirmar, sin más, que los organismos vivos pueden existir dentro de límites de temperatura bastante restringidos. No quiero aburrirle con largos razonamientos: comprenderá fácilmente que estos límites de temperatura se pueden definir con mayor precisión aún, como los mismos límites dentro de los cuales el agua se encuentra en estado líquido. El agua es el elemento de las principales soluciones, por medio de las cuales se ejerce la actividad vital del organismo.

—Para formarse y desarrollarse gradualmente, la vida necesita un largo período de evolución. En consecuencia, las condiciones necesarias para la vida deben ser estables, prolongadas en el tiempo, comprendidas entre estrechos límites de temperatura, presión, radiaciones y todo lo que entendemos como condiciones físicas sobre la superficie de la Tierra.

—Pero el pensamiento sólo puede producirse en un organismo muy complejo, con energía elevada, un organismo en cierto modo independiente del ambiente que le rodea. Esto significa que la aparición de seres racionales se rige por límites aún más restringidos, por decirlo así, un estrecho corredor a través del tiempo y del espacio.

—Tomemos, por ejemplo, las plantas con sus síntesis del carbono por medio de la luz. Es una energética de orden inferior a la de los animales que queman oxígeno. Por eso, aunque alcancen dimensiones colosales las plantas, están obligadas a la inmovilidad. Las grandes plantas no pueden estar dotadas con un movimiento ágil y rápido como los animales, no son su propia máquina, dicho en términos vulgares.

—Por lo tanto, la vida, en la forma general y en las condiciones en que existe sobre la Tierra, no es obra de la casualidad, sino que se debe a leyes precisas. Sólo una vida de esta clase puede recorrer el largo camino del perfeccionamiento histórico, de la evolución.

—Exacto, Ilja Andreevic. Le prometo que reflexionaré sobre el problema y que le haré saber todo cuanto se me ocurra...

—Ilja Andreevic, al teléfono. Le han llamado varias veces estos días durante su ausencia.

Davydov bufó encolerizado, levantando los ojos de las notas. Sobre la mesa había un paquete enorme con un rótulo que decía: «Al profesor Davydov. Urgente». Bajo las notas yacían dos artículos que le habían remitido para su examen. En los pocos días empleados en solicitar el permiso para una expedición al Kam, se acumuló gran cantidad de trabajo, esa clase de trabajo que suele asediar a un científico y que no tiene ninguna relación directa con sus estudios. En casa de Davydov, un estudiante esperaba hacía mucho tiempo su opinión acerca de una larga tesis de doctorado. Dentro de tres horas tendría que tomar parte en una larga reunión.

Y además, Davydov debía escribir algunas cartas en relación con el extraordinario asunto de Satrov.

Vuelto al trabajo, tras haber hablado por teléfono, el profesor se enfrascó otra vez en la lectura de las notas. De vez en cuando escribía algo sobre el papel, tachando encolerizado una palabra o lanzando una imprecación dedicada al corrector. Por fin, las líneas empezaron a bailarles delante de los ojos, y Davydov comprendió que debía descansar.

Se restregó los ojos, se estiró y de pronto empezó a cantar en voz alta e increíblemente desentonaba un melancólico motivo:

*¡Oh, tú, padre Volga, río ruso,
ahorra, prodigio,
las fuerzas del barquero!*

Llamaron a la puerta entreabierta. Entró el profesor Kolcov, vicedirector del instituto en donde trabajaba Davydov. Sobre su rostro enmarcado por una corta barba, vagaba una sonrisa hastiada, y los ojos oscuros miraban tristes bajo las largas pestañas curvadas como las de una mujer.

—Una triste canción —comentó Kolcov.

— ¡Ya lo creo! Las pequeñeces no me permiten ocuparme de mi verdadero trabajo. Cuanto más envejezco, más me asaltaban tonterías de toda clase, y ya no tengo las fuerzas de antes, me es difícil trabajar de noche... ¡Maldita sea —tronó Davydov.

— ¡Calma! —Kolcov hizo una mueca—. No dudo de que podrá solucionarlo. Un temperamento como el suyo, un capitán como usted... —se rió—. Tengo para usted una carta de Korpacenko desde Alma-Ata. Creo que le interesará.

Sobre los techos el cielo empezaba a clarear. Cerca de la ventana abierta el precoz estival luchaba con la luz amarilla de la lámpara. Davydov volvió a fumar, pero el cigarrillo ya no le producía satisfacción, estaba cansado. Pero había llevado a cabo el programa establecido: once cartas a los geólogos destacados en la región de los sedimentos cretáceos de Asia central descansaban sobre la mesa llena de papeles y litaros. Sólo faltaban por hacer los sobres, y las cartas saldrían con el correo de la mañana. Davydov empezó a escribir las direcciones, frotándose los ojos adormecidos, sin darse cuenta de que su mujer había entrado en la habitación.

— ¡No te da vergüenza! —Exclamó indignada la mujer—. ¡Está amaneciendo! ¿Y tus promesas de no trabajar de noche? Y luego te quejas y dices que estás cansado, que ya no puedes... ¡Ah, así no pueden continuar las cosas!

—Ya he terminado... Mira, sólo faltan cinco sobres y ya he terminado —se justificó Davydov con un sentimiento de culpa—. Te prometo que no lo haré más. Esta vez era urgente y tenía..., a cualquier precio... Vete a dormir, pequeña, en seguida vengo.

Cerrada ya la última carta, Davydov apagó la lámpara. La habitación fue invadida por el aire fresco y la tenue luz matinal.

Davydov miró al cielo y se restregó la frente. De improviso, la misión de buscar las huellas de los seres extraterrestres en los valles montañosos del Asia central se le apareció en toda su desesperada dificultad.

En efecto, si se encontraban con frecuencia restos fósiles de animales era porque habían existido miles de millones de ejemplares en la superficie de la Tierra y muchos de sus despojos se habían hallado en condiciones que favorecían su conservación y fosilización. Pero los seres extraterrestres no podían ser muchos. Pero en algún lugar se conservarían huellas suyas; descubrirlas entre las grandes masas de depósitos sedimentarios, entre miles de kilómetros cúbicos de roca, sólo resultaría posible al precio de excavaciones colosales. Se precisaban miles de hombres para examinar millones de metros cúbicos de roca, centenares de potentes excavadoras para remover los estratos de tierras superficiales. ¡Una quimera! Ningún país del mundo, por rico que fuese, invertiría miles de millones de rublos en excavaciones de semejante magnitud. Una excavación normal, aunque fuera importante, aunque hubiese dejado al desnudo un área de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados, sólo sería una gota de agua en el mar, una bagatela comparada con la misión impuesta. ¿Y las probabilidades? ¡Cero!

La verdad desnuda y despiadada le obligó a inclinar la cabeza. Sus tentativas le parecieron ridículas; sus proyectos, desesperados.

Satrov tenía razón, toda la razón al considerar, con su límpida mente, absolutamente inadecuados los medios a su disposición.

— ¡Qué pena! —Se dijo amargamente Davydov—. Será imposible conseguirlo... ¿Pero qué otra cosa se podía hacer? A propósito..., la carta de Korpacenko. Aún no la he leído.

El profesor sacó de su cartera la carta del conocido geólogo de la Academia de Ciencias del Kazachstán. Este informaba al Instituto de que, durante el año en curso, se iniciarían grandiosos trabajos en distintos valles montañosos del Tiang-shang para la construcción de una red de grandes canales y centrales eléctricas. Entre las localidades escogidas, dos presentaban mayor interés: la cantera número dos, situada a lo largo del curso inferior del río Chu, la número cinco, lugar de reunión de la cuenca del Korkarin. En ambas se descubrirían sedimentos que se remontaban al cretáceo superior, entre los cuales se hallaban grandes acumulaciones de dinosaurios. Era necesario, por lo tanto, organizar un continuo servicio de observación paleontológico durante toda la duración de los trabajos. Con esta finalidad deseaba establecer contactos con la Comisión del plan y luego coordinar las operaciones directamente con los jefes de canteras...

A medida que iba leyendo, Davydov sentía renacer sus esperanzas. Había tenido una suerte inesperada. El interés de la ciencia coincidía con el interés de la industria, e iban a realizarse excavaciones de volumen tal, como nunca se habría permitido imaginar cualquier científico del mundo. Ahora se abrían nuevas perspectivas a las esperanzas de confirmar el increíble descubrimiento de Tao Li y, en caso de éxito, de dar a la Humanidad una prueba evidente de que no está sola en el Universo...

Sobre la ciudad se levantaba un sol nuevo, claro. En el cielo, las nubes parecían lenguas de espuma azul sobre un agua dorada transparente, y desde la ciudad que se estaba despertando llegaban los primeros rumores.

Davydov se levantó, respiró ávidamente el aire fresco, corrió la cortina y empezó a desnudarse.

Satrov rasgó y tiró a la papelera una hoja sobre la que había dibujado un cráneo. Luego, de un montón de libros colocados sobre la mesa, escogió un opúsculo y se sumió nuevamente en sus reflexiones.

¡Difícil camino el de la investigación! Los escasos vuelos del pensamiento son como saltos fabulosamente ligeros sobre abismos de groseros errores. Y te arrastras continuamente a lo largo de la fuerte pendiente de una lenta ascensión bajo el grave peso de los hechos, que te frenan, que te empujan hacia atrás... ¡No importa! El trabajo es grande y útil. ¡Piensa en los que estuvieron aquí hace setenta millones de años! Ni siquiera los pavorosos espacios interestelares asustaron a la indómita voluntad y a la mente del hombre. Aquellos seres desconocidos supieron pasar de una nave a otra mientras se aproximaban a enormes velocidades. No les asustó el hecho de que cada segundo les alejara en centenares de kilómetros de su planeta nativo. Y tras haber llevado a término su misión, supieron volver, o murieron poco después, para que aquellos grandes cambios que el trabajo racional produce sobre la naturaleza no quedasen desconocidos para nosotros, que estudiamos setenta millones de años después nuestro planeta.

El hecho de que hasta hoy no hayamos encontrado traza de estos cambios significa que ellos estuvieron en la Tierra durante un período muy breve. ¡Huéspedes desconocidos de un mundo desconocido!

Seguiría desempeñando su parte en la misión, intentando configurar el posible aspecto de los habitantes de otros mundos. Y hablaría de ello con Davydov... Pero Davydov le escribía regularmente y le hablaba de muchas cosas, a excepción de la más interesante: la marcha de las investigaciones. Había transcurrido un año y medio desde el día en que, en Moscú, sostuvieron su famoso coloquio sobre los restos de los monstruos prehistóricos. Era evidente que su gran amigo no había logrado resolver nada...

En aquel mismo momento, el coche de Davydov corría velozmente a lo largo de una carretera polvorienta y accidentada. El polvo blanquecino bailaba vertiginosamente bajo la luz de los faros y detrás del coche formaba una gran nube que tapaba las estrellas sobre el bajo horizonte.

Delante, a través del parabrisas, se veía en la noche un gran resplandor rosado. A lo lejos se oía un sordo rumor, claramente audible a pesar del ruido del motor.

Media hora después, acompañado por el jefe de la obra y por su colaborador, enviado anteriormente al lugar, Davydov se dirigía hacia la extremidad septentrional del sector, ensordecido por la gigantesca masa de trabajos.

Sobre altos postes, mil lamparitas parecían rodeadas por una ligera niebla, mientras una gran nube de polvo se levantaba por el lado izquierdo. El estrépito de las potentes excavadoras superaba el fragor de centenares de carretillas en movimiento sobre la colina revuelta.

El espesor de los sedimentos había sido profundamente atacado por el hecho del futuro canal. A los lados se levantaban taludes de veinte metros; en el espesor de la tierra, que parecía seccionada limpiamente por un gigantesco cuchicheo, se apreciaban estratos de cascajo, montones de piedras, con los que se alternaban estratos de arena amarilla esparcida con millones de brillantes cristales de mica y yeso.

La noche que antes ocultaba la desierta estepa, ya no existía, como tampoco no existía la estepa misma, la cantera era un mundo en sí, un mundo de trabajo gigantesco y febril que cambiaba a su gusto el aspecto del viejo desierto cosaco.

Davydov pasó junto a los hombres quemados por el sol, cubiertos de sudor y de polvo, que ni siquiera le dirigieron una mirada. Los martillos neumáticos temblaban en las manos expertas, mordiendo las vetas de dura roca. Pesadas, semejantes a enormes esqueletos de hierro, las máquinas se movían lentamente entre el polvo. Filas de automotores se amontonaban junto a las cintas transportadoras, que incesantemente los llenaban de tierra removida.

— ¡Esto sí que son excavaciones, Ilja Andreevic! —exclamó el colaborador de Davydov.

El profesor sonrió. Estuvo a punto de decir algo, pero en aquel instante, en el cielo, cubierto por el polvo, brilló un relámpago que se difundió por el aire en un amplio arco. Un fuerte trueno sacudió la tierra.

—Las minas —explicó el jefe de cantera—. Hemos hecho saltar de una sola vez trescientos mil metros cúbicos. Allí, en el octavo sector. Están preparando una trinchera para las excavadoras.

Davydov observó la «trinchera» donde se encontraba. Se extendía hasta perderse de vista, punteada por una fila de luces, cortando la estepa en línea recta. Al norte se abría un depósito de casi medio kilómetro de diámetro. Allí se había descubierto el cementerio de los dinosaurios, un colosal yacimiento de enormes huesos fósiles. La masa de huesos ocupaba toda la cuenca y, desde lejos, parecía rebosar. Los restos fósiles estaban amontonados en desorden, mezclados con una gran cantidad de gruesas piedras; la masa tenía un espesor de ocho metros. Allí no había esqueletos de valor; sólo fragmentos de huesos de varias dimensiones y de diferentes especies de monstruos. Las excavadoras hundían sus cucharas en la masa, rastrillando el fondo de la cuenca. Negros montones de huesos mezclados se perfilaban a lo largo de los bordes de la cuenca con la pálida luz del alba... El sol se alzaba poco a poco. Los fósiles negros enrojecían como brasas en una estufa.

—La inspección puede darse por terminada —dijo Davydov, que se secaba continuamente la cara, llena de sudor—. Por aquí tampoco hay nada nuevo, igual que en el segundo sector. Otro montón de huesos. Hace veinte años, más al norte, cerca de las fuentes del Bozaba, en la orilla derecha del Chu, inspeccioné una

cantidad aún mayor: treinta kilómetros de longitud. Estos enormes cementerios existen también en el valle del río Ili, en el Kara-Tau y cerca de Taskent. Pero todos son iguales. Entre millones de fragmentos óseos de variada naturaleza, no hay ni un solo esqueleto o un cráneo completo. Es material poco útil. Se trata de cementerios de dinosaurios cuya grandiosidad supera toda imaginación, destruidos en épocas remotas por las fuerzas de la naturaleza.

— ¿Tendrá nuevas consideraciones que hacer sobre estos «campos de la muerte», Ilja Andreevic? — Preguntó su colaborador—. En las obras que ha publicado...

— ¿He sido poco claro? — Le interrumpió Davydov—. Sí, poco claro y, además, erróneo. Entonces no tenía una idea precisa de las proporciones del fenómeno.

— ¿Y ahora qué piensa de ello, Iija Andreevic?

—No sé... ¡No sé! —Contestó, con tono brusco, Davydov—. Debo irme dentro de tres horas, si quiero estar por la tarde en Lugovaja. El tren de Moscú sale a la una de la madrugada.

— ¿Debo continuar la vigilancia?

—Por supuesto. Búsquese ayudantes. Es posible que entre tanto material salga algo bueno. Quizá se pueda descubrir algo también en los otros sectores, pero confieso que ya no tengo más esperanzas en esta cantera. Espero más de la número cinco. En ella, los sedimentos tienen un carácter distinto: se trata de depósitos de cursos de agua pequeños y tranquilos, en parte, debidos también al viento. Pero Starozilov está allí desde hace seis meses y aún no me ha comunicado nada interesante.

Parece como si estuviera perdiendo el tiempo. El pobre se estará aburriendo...

En la gran sala de ejercicios para los doctorados había tres jóvenes. Uno, agachado sobre una mesa, conversaba animadamente con una muchacha sentada en una esquina.

—Un descubrimiento verdaderamente histórico —decía el joven, sentado sobre la mesa, mesándose nerviosamente los espesos cabellos rojizos—, que tiene un efecto determinante sobre la futura suerte de la Humanidad. La energía atómica en manos de los agresores amenaza el fin de la civilización de todas las conquistas de la cultura. La geología, la paleontología, no son hoy las disciplinas más importantes: temo haberme equivocado en la elección. Me siento como si estuviese fuera de la verdadera vida. Quisiera formar parte de aquellos que crean la energía atómica. ¿No es verdad, Zenja?

—Sí —contestó la muchacha—, pero si no valemos para las matemáticas... ¿Por qué sacudes la cabeza?

Y se volvió hacia el otro licenciado, que seguía en silencio la conversación.

—Sin embargo, ¡qué interesante es la paleontología! —Suspiró la muchacha—. Es cierto que la física será más importante, pero me parece que también nuestra especialidad puede prestar muchos servicios... El saber..

La puerta se abrió con estrépito, dejando paso a una muchacha bien formada, esbelta, con un rollo de papel milimetrado en las manos.

— ¡Muchachos, ha llegado Ilja Andreevic! Le he visto en el despacho. Ha dicho que viene en seguida con nosotros. Hay que prepararse, y vosotros perdiendo el tiempo con Miska...

Zenja volvió la vista hacia la recién llegada.

—Con Michail hablábamos de cosas serias.

—Ya sé cuáles son vuestras cosas serias. Abandonar la paleontología por la energía atómica. ¡Ya te descubrirán, genio incomprendido! Vamos, preguntemos a Iija Andreevic su opinión sobre el particular. ¡Dicen que cuando se enfada las suelta más gordas que nadie!

— ¡Estás loca, Tam! —Protestó el inquieto Michail—. Nunca se le puede decir a un científico: «Su ciencia nos parece poco importante». ¡Somos sus alumnos!

— ¡Pues verás cómo se lo digo! —insistió, testaruda, Támara—. Ya es hora de acabar con tus charlas. No haces otra cosa que fastidiar a Benja, y ya estoy harta...

Se oyeron fuertes golpes en la puerta. Michail saltó inmediatamente de la mesa. Con un gesto espontáneo, Zenja se arregló el cabello. Entró Davydov con una amplia sonrisa, vivaz y alegre. Tras saludar, refirió con pocas palabras su viaje.

—Bien. ¿Habéis hecho progresos? ¿Tenéis preguntas que hacerme? Empecemos por ti, Támara Nikolaevna. Támara sonrió, un poco emocionada.

— ¿Podemos hacerle antes una pregunta de carácter general, Ilja Andreevic? —empezó—. ¿No tiene prisa?

Tras la espalda de Davydov, Michail giró los ojos con cómico terror.

—No tengo ninguna prisa, y sabéis que me asustan vuestras preguntas —contestó Davydov.

—Ilja Andreevic, Michail..., todos nosotros hemos discutido sobre nuestra vocación. Queremos estar seguros... Hoy, los fósiles... En resumen, Michail dice que deberíamos estudiar física... Hemos estudiado el informe de Petrov, no lo hemos entendido, pero es extremadamente interesante. —Támara había hablado con precipitación, confundiendo. Con la garganta tensa, se apresuró a terminar—. Me gustaría conocer su opinión. ¿Qué nos aconseja?

Davydov se puso serio, frunció el ceño, pero, en contra de lo que esperaba Támara, no se enfadó. Lentamente, sacó la petaca del bolsillo.

—La ventana está abierta, podemos fumar... La pregunta es seria. Os comprendo. En una época de grandes revoluciones técnicas, las disciplinas no directamente implicadas deben parecer de escasa importancia. Y vosotros, los jóvenes, estáis indecisos, a pesar de la especialización ya adquirida. Yo también haría lo mismo...

Davydov encendió el cigarrillo y quedó mirando, pensativo, la nubecilla de humo.

—Para ciertas personas —empezó, lentamente—, elegir una profesión no plantea particulares problemas. Se ocupan indiferentemente de cualquier cosa, muchas veces con éxito, con buenos resultados. Pero no creo que lleguen a ser nunca buenos científicos. La elección de una rama científica, digan lo que digan, viene determinada por las aficiones, por la capacidad, por los gustos personales. Sólo cuando vuestro cerebro necesite el saber y lo busque como lo hace una persona en trance de ahogarse, sólo entonces seréis verdaderos artífices de la ciencia, que no escatiman sus fuerzas con tal de progresar, que identifican su propia persona con la ciencia. Yo mismo, al principio, tuve mis dudas. Soy ingeniero, me apasiona la técnica, pero mis inclinaciones fundamentales son de carácter histórico. Porque me ocupo también de la historia más antigua de la Tierra y de la vida. Para bien o para mal, esto colma por completo toda mi existencia. Es una pena, quizá, que no sea físico, que no haga las cosas más importantes del momento, pero aquí se trata de combinar mis capacidades con mis intereses, y mis capacidades producirán el máximo fruto si se hallan en armonía con mi elección. No hay que disminuir la importancia de nuestra ciencia.

»Su "ayer" está más lejano que el de otras. Tal vez se halle por detrás de otras ciencias, pero resultará indudablemente necesaria, en cuando sea posible ponernos a estudiar al hombre. Nuestro organismo es una combinación compleja que se ha formado históricamente en fases evolutivas, que van desde el pez hasta el mamífero superior. Comprender a fondo la biología del hombre sin estudiar toda la escala de la evolución no es posible. Y de esto depende enteramente la medicina del futuro, la conservación del hombre como especie, además de otras muchas cosas. Tales problemas aún están lejanos, pero se van acercando cada vez más; para cuando lleguen, habremos preparado una base precisa de conocimientos. Por otra parte, el hombre que construirá el futuro deberá tener un notable bagaje de cultura general, de nociones y un vasto horizonte. La ciencia tiene leyes propias de desarrollo que no siempre coinciden con las exigencias prácticas del momento. El científico no puede ser un enemigo de la modernidad, pero tampoco puede vivir únicamente de ella. Debe situarse en vanguardia; de otra forma se convertiría en un funcionario. Si el científico huye de su tiempo, será un soñador, pero si desprecia el futuro, será un tonto. Esto lo comprendió hasta Pedro el Grande. Recordad su decreto sobre la recogida de fósiles, dictado en una época difícil de pobreza y retraso.

Davydov apagó el cigarrillo y lo tiró distraídamente al suelo, pero los alumnos no lo notaron. Zenja, apoyada en la mesa, miraba atentamente al profesor. Támara mantenía la cabeza alta, con aire triunfante, mientras Michail bajaba los ojos con la frente arrugada.

—Ahora vamos con el otro aspecto de vuestra pregunta —continuó el profesor—. Aquí tampoco hay que exagerar. No debemos hablar del fin de la civilización y quedarnos tranquilamente con las manos en los bolsillos como muchos intelectuales, que así intentan justificar su pereza. Los hombres van adquiriendo un poder siempre mayor sobre la naturaleza, pero olvidan la necesidad de educar y de transformar al hombre mismo, con frecuencia no muy alejado de sus progenitores en lo que se refiere a nivel de conciencia social.

Pero vosotros, los jóvenes, queréis luchar por la cultura, por la futura felicidad del hombre. ¡Tened fe y seguid sin dudas la vía escogida! Es posible que muy pronto estalle una nueva y terrible guerra, que se realice la batalla decisiva de lo viejo contra lo nuevo. Cumpliendo con nuestro deber, lucharemos por nuestra civilización. Es una misión noble defenderla de la barbarie armada con los últimos descubrimientos de la técnica. Además, ¿tenéis ideas claras de lo que es hoy la energía atómica? La mayor parte de los elementos de la serie de los 92 tiene núcleos muy, pero que muy estables. Para desintegrarlos se precisa una energía superior a la que se obtendría de su escisión. Y esto no es una casualidad. Durante los miles de millones de años en que se ha formado nuestro planeta, así como los otros planetas, se ha producido una especie de selección en los procesos de mutación de la materia: todos los elementos inestables se han escindido, pasando a formar parte de fuerzas estables.

»Hasta ahora, nuestro conocimiento de la energía atómica se reduce al aprovechamiento de las reacciones en cadena de los isótopos del uranio y del torio, y de las reacciones provocadas por la transformación del tritio isótopo del hidrógeno, en helio, con el sistema extremadamente complejo de la bomba de hidrógeno. Es posible, como sabéis, elevar el peso atómico del uranio y obtener elementos artificiales que ya se salen de los límites de la tabla de Mendeleev, como el neptunio y el plutonio, 93° y 94° elementos artificiales. El uranio se puede transformar también en los elementos 95° y 96°, y así sucesivamente, hasta el 100° y sucesivos.

»Todos estos elementos artificiales son inestables y de posible escisión. La energía suministrada por la escisión del plutonio, así como la proporcionada por las formas inestables del uranio, isótopos 235 y 236, sirve, o bien de fuerza motriz para las máquinas atómicas destinadas a usos pacíficos, o bien como fuerza destructora en las bombas. Sin duda, durante los procesos de transformación de la materia existían en el pasado elementos parecidos al neptunio, más pesados que el uranio y que se han transformado sucesivamente en las formas estables registradas en la tabla mencionada. Podemos, por lo tanto, considerar el uranio como un resto de estos elementos superpesados, conservados gracias al estado de dispersión en que se encuentra en los estratos superiores de la corteza terrestre, donde está en condiciones de temperatura y de presión relativamente pequeñas y estables. El uranio, y es probable que el otro elemento pesado adyacente, el torio, seguirán siendo durante mucho tiempo los elementos base de la energía atómica, porque entre el aprovechamiento de las propiedades de escisión del uranio y el aprovechamiento de la energía de la materia en otros elementos, existe un abismo técnico que difícilmente podremos salvar en poco tiempo. Pero el uranio y el torio son elementos extremadamente raros, así como insignificantes sus reservas en el mundo. Por consiguiente, hasta hoy las reservas de energía atómica son muy limitadas...

—Al teléfono, Ilja Andreevic, conferencia internacional —se oyó una voz, procedente de la puerta.

—Voy, voy... —Davydov frunció el ceño con expresión de disgusto—. Quisiera seguirlos hablando de la energía atómica... El uranio es escaso y las reservas existentes pueden ser consumidas en muy poco tiempo. Por eso, de cara al futuro, debemos buscar grandes yacimientos de este precioso elemento. Y nosotros... —el profesor calló de improviso y se alisó las sienes, manteniendo fija la mirada sobre las cabezas de sus discípulos—. Grandes yacimientos de uranio..., las cenizas del fuego que ha formado el planeta —murmuró, en voz baja—. Así.

El profesor se interrumpió, como si hubiese visto un fantasma, y salió precipitadamente de la habitación.

— ¿Qué le habrá pasado a Ilja Andreevic? —Exclamó Támara, rompiendo el silencio—. ¡Juraría que estaba a punto de soltar un taco!

— ¡Qué cosas tienes, Támara! —replicó Zenja, molesta—. Sencillamente, le han interrumpido con ese maldito teléfono. Lo han estropeado todo... Era tan interesante...

—Te aseguro que le ha pasado algo. No lo viste bien. Cambió por completo de expresión...

—Es verdad, Tam —insistió Michail—. También lo he notado. ¿Se le habrá ocurrido alguna idea interesante?

Michail había dado en el blanco. Davydov, en efecto, recorría el corredor completamente concentrado en la conjetura que de improviso deslumbró su cerebro. Recordó cómo, dos años antes, bajo la reciente impresión de las gigantescas olas que habían asolado la isla hawaiana, miraba desde la barandilla del barco el agua del océano, mientras en su mente tomaba forma una aún vaga idea de las fuerzas que conmovían la

corteza terrestre. Desde entonces había recogido datos constantemente, meditando, pasando gradualmente desde estos fenómenos modernos a los más antiguos procesos de formación de las montañas, mucho más alejados en el tiempo y en el espacio. ¿No era el destino quien ponía ahora en sus manos una prueba de la exactitud de sus suposiciones? Davydov tomó el teléfono. Nadie contestaba, pero mantuvo mecánicamente el auricular contra su oreja, mientras seguía absorto en su idea. Durante veinte años, el misterio de los «campos de la muerte» de los dinosaurios encontrados en el Asia central le había torturado. A los pies del Tian-shan se acumulaban enormes cantidades de huesos de los grandes monstruos. Huesos de millones de individuos de las edades más dispares. Y en el pasado debió haber muchos más; en efecto, los yacimientos encontrados eran sólo restos escapados de la obra de destrucción de las fuerzas naturales. ¿Cuál fue la causa de aquella muerte en masa, justamente en aquellas localidades? ¿Causas desconocidas, imprevistas? ¡No! La matanza de los dinosaurios se remontaba al inicio de la gran época alpina, a la época de formación de las cadenas de Tian-shan, del Himalaya, del Cáucaso y de los Alpes. Y había una coincidencia territorial. Hace setenta millones de años, al final del período cretáceo, la corteza terrestre se arrugó lentamente en aquellas localidades, formando una serie de pliegues, tal como sucede hoy en el océano Pacífico. La diferencia estriba únicamente en el hecho de que en el Tian-shan no se formaron en el mar, sino en tierra firme, en una región poblada por animales terrestres. Además, el arrugamiento de la corteza terrestre en la época cretácea tuvo proporciones mucho mayores que hoy. Y los procesos de formación de las montañas, entonces como hoy, son debidos a la fuerza liberada por la escisión de elementos superpesados yacientes en el seno de la corteza terrestre. Si esta suposición es justa, no es improbable que en algunas regiones y en ciertos momentos la energía de las reacciones atómicas se haya liberado en la superficie, aunque haya sido sólo en forma de una fuerte radiación. Esta radiación habría podido difundirse en una vasta zona, matando a todo ser viviente, incluyendo a los animales allí emigrados de otras regiones. ¡Había que controlar la radiactividad de los huesos de los dinosaurios!

Nada pudo advertir a los monstruos sin cerebro su inevitable fin. Los restos más pequeños no se han salvado de la erosión y los otros, los grandes huesos de los dinosaurios, nos maravillan aún hoy por su gran abundancia. No era una coincidencia casual...

¿Y si tampoco fuese casual la otra coincidencia? ¿Por qué hemos encontrado huellas de seres extraterrestres precisamente en la zona de los levantamientos montañosos de aquella época? Las fuertes radiaciones, fatales para los monstruos, pero sin duda detectables por un instrumento, se habían iniciado miles de años antes. Entonces, si «ellos» se encontraban en los lugares en los que más tarde perecieron masivamente los dinosaurios, quiere decir que «ellos» buscaban las fuentes de la energía atómica... Y si era así, se deducen dos importantes consecuencias: primera, que nosotros debemos buscar las huellas de los seres extraterrestres en el Tian-shan y en el Himalaya, las formaciones montañosas más jóvenes de la Tierra. Segunda, si los procesos de formación de las montañas y los procesos volcánicos son debidos a concentraciones de elementos superpesados que entran en una reacción en cadena, es de esperar que se encuentren restos de estas concentraciones en las profundidades accesibles para nosotros de la corteza terrestre y en las correspondientes zonas geográficas... Y si se encuentran nuevamente huellas de los huéspedes celestes en las zonas de formación de las montañas, entonces tendría ya la seguridad de que...

— ¿Oiga? —resonó, de improviso, una voz en el auricular—. ¡Hable con Alma-Ata!

Davydov fue sacudido por un temblor. El curso de sus pensamientos se detuvo de golpe. Quizá desde Alma-Ata le iban a comunicar novedades importantes.

Una voz lejana, pero clara, le llamó por su nombre. Davydov reconoció al secretario científico del Instituto de Geología.

— ¿Ilja Andreevic? Esta mañana me ha telefoneado Starozilov desde la cantera número cinco. Se han descubierto esqueletos de dinosaurios, ignoro si dañados o intactos; no lo he entendido bien porque la línea estaba interferida. Starozilov me ha dicho que le llame; que es necesaria su presencia allí. ¿Qué le tengo que contestar?

— Dígale que tomaré el avión de mañana —contestó Davydov, sin vacilaciones.

— Tengo todavía un par de cosillas que decirle —continuó el secretario—, pero como mañana estará usted aquí, ya hablaremos de ellas. Hasta la vista.

— ¡Muchas gracias! — Gritó Davydov, lleno de alegría—. ¡Saludos a todos! ¡Hasta la vista!

Tras encargar al conserje un billete para el avión, el profesor salió a toda prisa en busca de Kolcov.

III

La carretera se extendía a lo largo de la orilla de un estrecho riachuelo. Las altas paredes de la garganta cruzaban en lontananza sus pendientes caídas a plomo sobre el lecho del río, a derecha e izquierda. La pendiente más cercana se recortaba con su negro perfil en una faja de sombra a la izquierda; abetos apuntados como flechas se alineaban a lo largo del dentado crestón rocoso. Los más lejanos, rodeados por una bruma perlacea, parecían velos etéreos. En el fondo de una imponente serie de crestas se erguía un cliente rocoso cubierto de nieve. La nieve descendía en largas cintas blancas a lo largo de las grises pendientes rocosas y, en lo alto, donde el cegador abrigo blanco nivelaba las rocas, una nube más espesa, semejante a una enorme barca blanca, se apoyaba sobre su gran quilla en la blanca cima.

La carretera bordeaba un escarpado barranco y empezaba a subir hacia el paso. El motor, recalentado, silbaba. El aire frío y puro embestía al coche, penetrando a través de los respiraderos de las ventanillas semicerradas.

Davydov advirtió que estaba en el paso por el ruido del motor. El coche descendía ahora hacia un amplio valle plano como una mesa, rodeado por un triple anillo de contrafuertes montañosos.

Hacia abajo, surcadas por extrañas grietas o salientes de estrellas torres y cúpulas circulares, se extendían rosadas areniscas y arcillas. El segundo contrafuerte rocoso estaba vetado por hirsutas líneas de abetos, que parecían casi negros sobre el fondo gris-violeta de las pendientes. Y en lo alto, como muralla de un castillo gigantesco emplazado para la defensa del valle, dominaba radiando triunfalmente su incandescente blancor una serie de agudas cimas nevadas.

Hacia abajo se veía claramente el surco abierto en la lisa estepa, el terraplén de un enorme dique, montones de tierra, fosas profundas, las casitas del pueblo y una fila de largas tiendas blancas.

Aunque acostumbrado al espectáculo de una gran obra, Davydov admitió con emoción el bordado de las armaduras, esqueleto de las construcciones de cemento. Era evidente que en aquella localidad estaba surgiendo una central eléctrica.

Durante las excavaciones se habían descubierto esqueletos de dinosaurios, se había descubierto un cementerio de una época en la que no habían surgido aún aquellas altas montañas. Aquellas montañas se habían levantado más tarde, gracias a la fuerza liberada por las reacciones atómicas producidas en las profundidades de la corteza terrestre. Y las radiaciones, sin duda, atrajeron a los seres celestes en busca de reservas de energía atómica...

El coche se detuvo junto a una larga casa blanca.

—Camarada Davydov, hemos llegado —dijo el chofer, abriendo la puerta—. ¿Ha echado un sueñecito? La carretera era buena y se podía...

Davydov se sacudió y, viendo a Starozilov que se apresuraba a salir a su encuentro, bajó del automóvil. El rostro cigomático de su colaborador estaba cubierto hasta los ojos por una barba hípida, vestía mono gris de operario, impregnado de polvo amarillo. Los ojos azules de Starozilov brillaban de entusiasmo.

—Jefe —algún tiempo atrás, aún estudiante, Starozilov había viajado mucho con Davydov y seguía llamándole testarudamente así, como para defender su propio derecho a una amistad hecha durante las expediciones—, voy a darle una alegría. ¡Le he esperado tanto tiempo que no veía la hora! Descanse y coma; luego iremos a la cantera del extremo sur...

—No estoy cansado. Iremos ahora —le interrumpió Davydov. La sonrisa de Starozilov se hizo aún más amplia.

—¡Magnífico, jefe! —exclamó, metiéndose en el coche. Procuró ignorar la mirada de desaprobación del chofer, claramente escéptico con respecto al estado de limpieza del mono.

—Descubrimos los restos de los dinosaurios cuando las máquinas empezaron a excavar en un grueso estrato de arena eólica orientado hacia el Sur —se apresuró a explicar Starozilov—. Al principio

encontramos algunos huesos sueltos; luego, un enorme esqueleto de monoclón muy bien conservado. ¡Su cráneo está agujereado de parte a parte! Tija Andreevic, ¿qué piensa usted?... Un estrecho agujero oval...

Davydov palideció.

—¿Y qué más? —consiguió decir.

—En la excavación principal no hemos hallado nada más. Pero anteayer, justo en el límite de la excavación, aparecieron muchos otros huesos, pero no dispersos. Dan la impresión de varios esqueletos amontonados. Me ha extrañado que estuvieran carnívoros y herbívoros juntos. Por una pata posterior he reconocido a un gran carnosauo; en el mismo montón vi también las uñas de un querátopo. Algunos huesos están rotos, como si hubiesen recibido un golpe muy fuerte. No me he atrevido a tocar estos fósiles hasta que llegase usted... A la derecha, al fondo... —añadió Starozilov, dirigiéndose al chofer.

Unos minutos después, Davydov estaba inclinado sobre un gran esqueleto, cuyos blancos huesos resaltaban sobre la arena amarilla. Starozilov lo había limpiado cuidadosamente y cubierto de barniz para conservarlo hasta la llegada del profesor.

Davydov pasó junto a la larga cola y a las garras contraídas por el espasmo. Se arrodilló sobre la enorme cabeza deforme con su largo cuerno, semejante a un puñal, que coronaba el morro en pico.

Los anillos óseos de protección de los ojos, conservados en las vacías órbitas del cráneo, daban al monstruo una inmóvil expresión de ferocidad.

El profesor no tardó en hallar, debajo del ojo izquierdo, una perforación oval idéntica a la encontrada en el fósil de Tao Li. Traspasaba el cráneo de parte a parte; el agujero de salida estaba situado en el parietal, detrás de la órbita derecha, todavía cubierta de suciedad.

¡Sin duda, «ellos» también estuvieron allí! La decisión de buscar en las regiones de la Unión había sido acertada. ¿Pero qué otras huellas de los seres celestes podían ser descubiertas, admitiendo que existiesen?

Davydov examinó los esqueletos más cercanos. Sobre los huesos ya limpios no existían señales de heridas. Las fracturas mencionadas por Starozilov eran atribuibles a hechos sucedidos después de la muerte de los animales. Los huesos se habían roto tras haber sido sepultados por las arenas a causa de la acción de elementos naturales, como suele ocurrir.

Davydov dispuso que se empezase el examen desde arriba, separando los fósiles de las incrustaciones de roca.

—Habría que excavar una zona más basta a fin de aislar todo este yacimiento —dijo, con voz dubitativa— pero carecemos de medios. Habrá unos cinco mil metros cúbicos...

—No se preocupe, jefe —le animó Starozilov con una amplia sonrisa—. Los operarios se sienten tan interesados en la búsqueda de los «cocodrilos cornudos», como ellos les llaman, que espontáneamente se han ofrecido para ayudarnos. Así me lo ha asegurado uno de los jefes del grupo. Pasado mañana es domingo y novecientos hombres nos ayudarán.

—Novecientos, ¡demonios! —exclamó Davydov. Starozilov continuó con orgullo:

—La administración pone a nuestra disposición catorce excavadoras, medios de transporte, camiones; en una palabra, todo lo necesario. ¡Haremos una excavación como nunca pudo soñar ningún geólogo!

El profesor exultaba de entusiasmo. El trabajo corría en ayuda de la ciencia con desinterés y fuerza. Davydov sintió una desacostumbrada fe en el éxito de las investigaciones. Aquellas decenas de miles de toneladas que escondían en su seno un secreto científico ya no le parecían tan terribles. Olvidando todas las dudas, las dificultades y las adversidades, Davydov se sintió increíblemente seguro de sí mismo. Con semejantes medios obligaría a aquellas inertes masas de arena a que le rebelasen el secreto que desde hacía setenta millones de años custodiaban celosamente... Davydov no pensaba ni por asomo que las excavaciones pudiesen fracasar. Ya no le cabía en la cabeza una cosa semejante, cuando a sólo ciento cincuenta metros de distancia reposaba el esqueleto de un monstruo muerto por un arma humana...

—Indique el área de las excavaciones, jefe —resonó la voz de Starozilov—. Tenga presente que el límite de las arenas eólicas desciende oblicuamente, se extiende desde el Noroeste al Sudeste. Más a la izquierda se acuna una faja de arenas de origen fluvial.

El profesor se levantó sobre el borde de la fosa para observar durante largo rato, sumido en consideraciones y cálculos, el terreno estepario que llegaba hasta los pies de la montaña.

—¿Y si empezásemos por el cuadrado comprendido entre aquel árbol a la derecha y aquí?

—En este caso, el ángulo de la izquierda tocará con las arenas fluviales —replicó Starozilov.

—¡Magnífico! Me interesa que se pueda seguir la orilla del antiguo lecho del río. En las cercanías del lugar donde en un tiempo estuvo el agua... Venga, midamos el terreno y pongamos los piquetes. ¿Tiene la cinta?

—¿Para qué? Se puede hacer con pasos. El levantamiento ya lo haremos después de la excavación.

—Muy bien, de acuerdo —contestó el profesor, sonriendo ante el entusiasmo de su colaborador—. Vamos a empezar por aquella altura... Quisiera telegrafiar hoy mismo al profesor Satrov.

... Sobre el lugar donde doce días antes Davydov y su colaborador habían medido la estepa ondulada, se abría una enorme excavación de nueve metros de profundidad. El viento levantaba remolinos de polvo sobre la lisa y árida superficie de las compactas arenas cretáceas. A lo largo del borde oriental de la excavación, el color amarillo de las rocas se difuminaba en un color gris como el acero. Starozilov iba arriba y abajo dando órdenes a un grupo de ayudantes, que sacaban la arena y limpiaban los esqueletos encontrados. Davydov había hecho venir desde Moscú a todos los alumnos del Instituto y a sus cuatro licenciados; había llamado de la obra número 2 al colaborador científico allí destacado. Treinta obreros, bajo la vigilancia de los diez colaboradores, rastrillaban la espesa capa de arena, acercándose cada vez más al límite de las rocas grises, donde sólo quedaban algunos restos óseos y grandes troncos de coníferas fosilizadas.

El tórrido sol ardía, la arena estaba candente, pero esto no impresionaba a los hombres, fascinados por la búsqueda.

Davydov descendió a la excavación y se detuvo frente a un gran amontonamiento de fósiles, en el que se habían contado seis esqueletos de dinosaurios. Sesenta metros al éste fue descubierto el esqueleto de un gigantesco carnívoro aislado, no lejos del límite de las arenas fluviales. Cerca de éste habían aparecido otros tres esqueletos de carnívoros más pequeños, del tamaño de un perro. En la excavación no se había encontrado nada más, ni tampoco huesos atravesados por el arma misteriosa. Davydov miraba con preocupación los trabajos, como calculando las probabilidades que quedaban.

—¡Ilja Andreevic! ¡Venga aquí! —Era la voz de Zenja—. ¡Hemos hallado una tortuga!

Davydov se dirigió lentamente hacia la muchacha. Desde dos días antes, Zenja y Michail limpiaban la enorme cabeza de un dinosaurio con las fauces abiertas llenas de terribles dientes curvos. Zenja salió de la trinchera al encuentro del profesor; con una mueca de dolor, venció el anquilosamiento de las piernas, y en seguida sonrió, feliz.

El blanco pañuelo resaltaba su bronceado rostro, húmedo de sudor.

—¡Ahí está! —indicó Zenja, con el instrumento, el fondo de la trinchera—. Está bajo el cráneo. ¡Descienda! —La muchacha saltó al interior con ligereza—. He limpiado la superficie de la concha... —continuó—. Es muy extraña. Tiene muchos reflejos de nácar y el dibujo no es corriente.

Davydov dobló fatigosamente su macizo cuerpo en la estrecha trinchera, para atisbar bajo el gigantesco cráneo del dinosaurio. En la roca gris, más oscura, sobresalía un pequeño casquete de unos veinte centímetros de diámetro. Su superficie presentaba unas hendiduras pequeñas y estrías de una disposición radial. El color del hueso no era normal: violeta oscuro, casi negro, y se distinguía netamente de los huesos blancos del cráneo del dinosaurio. Tampoco era común el reflejo nacarado del extraño objeto liso, casi bruñido, que relucía vagamente en la sombra de la trinchera.

Davydov no veía nada más. Jadeante, acercó los ojos al extraño descubrimiento, quitando cuidadosamente los granitos de arena con las yemas de los dedos. Notó en el centro de la cazoleta una sutura, y otra perpendicular que se cruzaba con la anterior.

—¡Llamen a Starozilov inmediatamente! —Davydov levantó el rostro, congestionado—. ¡Y que vengan los obreros!

Zenja se contagió con la emoción del científico. Su voz sonora se elevó de la trinchera. Starozilov vino como un rayo; por lo menos así le pareció a Davydov, sumido en el examen del extraño fósil.

Paciente, lentamente, con gran cuidado, el profesor y su colaborador se pusieron a sacar la roca alrededor de la pequeña cazoleta violeta oscuro. En los bordes, el hueso no se extendía en profundidad. Al mostrarse la cazoleta en posición vertical, el objeto apareció como una semiesfera irregular ligeramente achatada. Limpiándola por el otro extremo, Davydov sintió de improviso que la aguja se hundía en la arena, como si el hueso se hubiese acabado. Durante un tiempo, el profesor sondeó cautamente el borde. Por fin decidió descalzar rápidamente la roca con un movimiento rotativo. Luego hizo caer la arena con un ligero golpe de la mano. El límite inferior del hueso resultó redondeado y más grueso; estaba encastrado en la parte semiesférica con dos amplios arcos.

El grito que salió del amplio pecho de Davydov hizo temblar a los colaboradores que se apretujaban a su alrededor.

—¡Un cráneo, un cráneo! —gritaba el profesor, quitando la roca con mano experta.

Efectivamente, liberados de la roca, los grandes ojos vacíos aparecieron con toda evidencia. Apareció claramente también la frente amplia y recta. La misteriosa cazoleta no era otra cosa que la parte superior de un cráneo, parecido al del hombre, un poco mayor que el de un hombre mediano.

—¡Ya lo tenemos! ¡Un animal o un hombre celeste! —exclamó el profesor, con infinita satisfacción, limpiándose enérgicamente las sienes.

Le daba vueltas la cabeza y tuvo que apoyarse en la pared de la trinchera. Starozilov se apresuró a cogerlo por el codo, pero el profesor se soltó con impaciencia.

—¡Rápido! ¡Prepare una caja grande, ovalada, cola! Hay que sacarlo cuanto antes. Tiene aspecto de ser sólido, pero debemos actuar con cautela porque más abajo tienen que estar los huesos del esqueleto. Mientras, que los obreros saquen a estratos toda la roca de alrededor. El esqueleto del dinosaurio debe ser inmediatamente levantado y quitado de ahí. Regístrenlo todo, cada centímetro de este sector, y que también la arena...

Satrov se precipitó por el largo corredor del Instituto sin contestar al saludo de los colegas con los que se cruzaba. Se detuvo ante la misma puerta por la que había entrado con la caja de Tao-Li hacía dos años y medio. Pero ahora ya no mostraba la maliciosa sonrisa de quien saborea la sorpresa que va a provocar en un amigo la inesperada llegada. Con expresión seria y pensativa, entró casi corriendo en el estudio.

Davydov separó lentamente una hoja de papel sobre la que estaba haciendo algunos cálculos.

—¡Aleksej Petrovic, es usted un verdadero correo diplomático! —Su voz retumbó como un trueno—. Una velocidad semejante es casi indecente... ¿Cuándo ha recibido mi carta?

—Ayer por la mañana. He salido a las cinco. Pero me ha ofendido. ¿No me lo podía haber dicho antes? ¿Por qué me ha escrito sólo *post factum*? ¡Después de obligarme a pensar en el posible aspecto del hombre celeste, lo encuentra usted y permanece callado hasta el final de las excavaciones!

Airado, Satrov se encogió de hombros y se puso a caminar arriba y abajo por la habitación.

—No se enfade, Aleksej Petrovic. Yo también quise darle una sorpresa. ¿De qué hubiera servido que usted lo supiese dos semanas antes? Únicamente, para emocionarle y hacerle temblar de impaciencia en Leningrado.

—¡Es que hubiera ido allí! —gritó, picado, Satrov.

—¿Habría venido? —se maravilló Davydov—. ¿A las excavaciones? ¡Está usted desconocido! Pero yo no sabía...

Satrov no pudo ocultar una sonrisa.

—Así está mejor, mi querido amigo. Ahora mismo le enseñaré la bestia celeste. —Davydov se dirigió hacia el armario, cogió la manilla de la puerta con aire jocosamente solemne—. Haré como usted. ¡Oh!

Y abrió la puerta de par en par...

—¡Quieto, Ilja Andreevic! —gritó Satrov—. ¡Espere! ¡Cierre!

Sorprendido, Davydov obedeció.

—No tuve tiempo de enviarle mis suposiciones —explicó Satrov—. Tenga ahora paciencia durante unos minutos: se las leeré antes de ver el cráneo del ser extraterrestre. Será un experimento muy interesante.

Comprobaremos si nuestro cerebro puede efectivamente prever si el proceso de las analogías es válido para otros mundos.

—Excelente idea. ¡Adelante!

Como para asegurarse, Davydov cerró el armario con llave y volvió a la mesa. Satrov tomó algunas hojas de papel cubiertas por sus grandes caracteres regulares y sorprendentemente claros.

—No se lo leeré todo, no lo soportaría —admitió—. Me limitaré a las conclusiones generales. ¿Recuerda? Estábamos de acuerdo en que el esquema de la vida animal, fundado sobre la molécula de albúmina y la energía del oxígeno, debe ser común en todo el Universo. Estábamos de acuerdo en que las sustancias componentes del organismo son aprovechadas no casualmente, sino en virtud de su difusión y de sus propiedades químicas. Estábamos también de acuerdo en que el planeta más apto para la vida en cualquier sistema planetario debe ser semejante a nuestra Tierra. En primer lugar, en lo que respecta a la energía calorífica recibida de su propio sol: si éste es más luminoso y mayor que el nuestro, el planeta debe estar más alejado; si el sol es más pequeño y más frío, se podrían obtener condiciones de calor semejantes a las de la Tierra en un planeta más cercano.

»En segundo lugar, el planeta debe ser lo suficientemente grande para que la fuerza de la atracción de su masa retenga a su alrededor una atmósfera lo bastante densa como para defenderlo del frío del espacio y de los rayos cósmicos. Pero no demasiado grande, porque en este caso, en un estadio remoto de la propia existencia, cuando aún se hallaba en estado incandescente, hubiese podido perder una considerable parte de gas y alrededor del planeta se tendría una atmósfera demasiado densa, impenetrable a los rayos del sol y saturada de gases venenosos.

»En tercer lugar, la velocidad de rotación alrededor de su propio eje debería ser también aproximada a la de la Tierra. En efecto, si la rotación fuese demasiado lenta, se tendría por una parte un sobrecalentamiento fatal para la vida; por otra, un fuerte enfriamiento. Si la rotación fuese demasiado rápida, faltarían las condiciones de equilibrio en un planeta de tal magnitud, éste perdería la atmósfera, se achataría y por fin se disgregaría.

»*Ergo*, la fuerza de gravedad, la temperatura y la presión atmosférica sobre la superficie de nuestro planeta deben ser, en suma, semejantes a las que existen sobre nuestra Tierra.

»Tales son las premisas fundamentales. En consecuencia, el problema reside en las vías evolutivas fundamentales que llevan al nacimiento del ser racional. ¿Cómo será este ser? ¿Qué se requiere para el desarrollo de un gran cerebro capaz de un trabajo independiente, capaz de pensar? Ante todo, debe tener los órganos de los sentidos desarrollados, sobre todo, los de la vista, una vista de dos ojos, estereoscópica, capaz de valorar el espacio, de establecer con precisión la naturaleza de los objetos en el ambiente, de dar una precisa representación de la forma y la disposición de tales objetos. Es inútil decir que la cabeza deberá estar en la parte anterior del cuerpo, tener órganos sensoriales lo más cercanos posible al cerebro, para una economía en la transmisión de las sensaciones. El ser racional debe, además, saberse mover bien, tener extremidades diferenciadas, capaces de realizar un trabajo, dado que sólo a través del trabajo, a través de las experiencias del trabajo, se puede comprender el mundo que nos rodea. La estatura del ser racional no puede ser pequeña, porque en un organismo pequeño faltan las condiciones para el desarrollo de un fuerte cerebro, faltan las necesarias reservas de energía.

»Un animal pequeño depende demasiado, por otra parte, de los accidentes más insignificantes que se produzcan sobre la superficie del planeta, como el viento, la lluvia, etc., que para él se convertirían en verdaderas catástrofes. Y para poder comprender el mundo, es necesario ser hasta cierto punto independiente de las fuerzas de la naturaleza. Por eso el animal racional debe estar dotado de movimiento, de dimensiones y fuerzas suficientes, *ergo* poseer un esqueleto interno semejante al de nuestros vertebrados. No puede ser tampoco demasiado grande, porque en este caso faltarían las condiciones adecuadas de estabilidad y de armonía del organismo, necesarias para sostener una sobrecarga colosal: el cerebro.

»Me he extendido demasiado... En resumen, el animal debe ser vertebrado, tener una cabeza y una estatura casi igual a la nuestra. Todas estas características del hombre no son casuales. En efecto, el cerebro puede desarrollarse cuando la cabeza no es un instrumento, no está sobrecargada por cuernos, dientes, fuertes

mandíbulas, no roe la tierra, no aferra la presa. Esto es posible si la naturaleza ofrece una nutrición vegetal suficiente; por ejemplo, para nuestro hombre tiene gran importancia la aparición de plantas frutícolas. Esto libera su organismo de la interminable digestión de la masa vegetal, a la que están condenados los herbívoros, así como del destino de los carnívoros í la caza y la búsqueda de la presa viva. El animal carnívoro, precisamente porque come carne, debe poseer instrumentos para agredir y matar, que impiden el desarrollo del cerebro. Sin embargo, si existen los frutos, las mandíbulas pueden ser relativamente más débiles, puede desarrollarse la gran caja craneana que aplana el morro. También se podría decir otra cosa: por ejemplo, cómo deberían ser las extremidades, pero la cosa ya está bastante clara: libertad de movimientos y capacidad para tener, usar y preparar un instrumento. Sin instrumento ni es ni puede existir el hombre. De ahí una última consideración. La finalidad de las extremidades debe estar diferenciada: unas deben permitir el movimiento, y son las piernas; otras deben ser órganos de presa, las manos. Todo esto viene unido al hecho de que la cabeza debe estar elevada del suelo, pues de otra forma disminuyen las posibilidades de percibir el mundo circunstante.

«Conclusión: la forma del hombre, su aspecto de animal racional no es una casualidad; es una forma correspondiente de un organismo que posee un gran cerebro. Entre las fuerzas hostiles del cosmos existen sólo zonas restringidas que la vida aprovecha, y estas zonas determinan su aspecto. Por eso, cualquier otro ser racional que no sea el hombre debe poseer muchas características estructurales semejantes a las humanas, en particular en lo que al cráneo se refiere. Sí, el cráneo debe ser absolutamente semejante al del hombre. Tales son, en resumen, mis conclusiones. —Satrov calló. Luego, su impaciencia largo rato contenida estalló—: Y ahora, ¡veamos la bestia celeste!

— ¡Inmediatamente! —Delante del armario, Davydov se detuvo—. Debo decirle, Aleksej Petrovic, que tiene toda la razón. Es sorprendente. En estos momentos se siente cuan poderosa es la ciencia, qué milagro es el pensamiento del hombre...

—Está bien. ¡Veamos ese cráneo!

Davydov sacó del armario una gran caja.

Ante los ojos de Satrov apareció un cráneo de extraño color violeta oscuro, recubierto de huecos y profundas grietas. La sólida caja ósea, habitáculo del cerebro, era muy semejante a la del hombre, así como las enormes ojeras salientes desde el estrecho puente óseo de la raíz nasal. Enteramente humanas eran también la nuca, redonda y rígida, y la breve, casi perpendicular, parte facial, coronada por la enorme frente inclinada hacia delante. Pero en lugar de los huesos nasales, el cráneo presentaba una base triangular, de la que surgía la mandíbula superior en forma de pico, ligeramente doblada hacia abajo por su extremidad anterior. La mandíbula inferior se correspondía con la superior, y tampoco ésta tenía la menor traza de dientes. Las extremidades articuladas se apoyaban casi verticalmente en la cavidad sobre amplias apófisis replegadas sobre grandes orificios redondos situados a los lados, bajo las sienes.

—¿Es sólido? —preguntó Satrov en voz baja, y ante el signo afirmativo de Davydov, tomó el cráneo en las manos—. ¿En vez de dientes tenía una extremidad córnea en la mandíbula, cortante, como la de la tortuga? —preguntó, y sin esperar la contestación, continuó—: La estructura de las mandíbulas, de la nariz, del aparato auditivo es bastante primitiva... Estos huecos, toda la osamenta, demuestran que la piel debía adherirse directamente sobre el hueso, sin el estrato subcutáneo de los músculos. Una piel de tal clase difícilmente podría tener pelos. Y los huesos aislados..., naturalmente, hay que estudiarlos. La mandíbula está formada por dos huesos, también más primitivo que en el hombre...

«En su planeta existía, quizá, un ambiente natural algo diferente, y se ha producido un curso distinto de los procesos geológicos. Se han dado otras condiciones de selección natural. Interesante. ¿Ha estudiado la composición de este hueso?

—Detenidamente, no. Aunque sé que no es de fosfato de cal, como los huesos del hombre terrestre, sino...

— ¿De silicio? —le cortó Satrov.

—Exacto. El motivo es comprensible. Las propiedades químicas del silicio son análogas a las del carbono, y puede ser enteramente utilizado en los procesos biológicos.

—Pero, ¿y el esqueleto? ¿Y los huesos? ¿No ha encontrado nada?

—Absolutamente nada, excepto... —Davydov cogió del armario una segunda caja—. Aquí está...

Satrov vio dos pequeños fragmentos metálicos y un disco redondo de casi doce centímetros de diámetro. Los fragmentos metálicos tenían caras de iguales dimensiones; parecían pequeños heptaedros.

Por su peso, el metal se asemejaba al plomo, pero se distinguía de este último por su gran compacidad y su color amarillo claro.

—¿Adivina qué es? —preguntó Davydov, haciendo saltar los dos pesados objetos en la palma de la mano.

—¿Qué son? ¿Alguna aleación? —inquirió Satrov—. Ya que me lo pregunta, no debe tratarse de nada excepcional.

—En efecto. Es afnio, un metal raro, semejante por sus propiedades físicas al cobre, pero más pesado e incomparablemente más refractario. Sólo tiene una propiedad interesante: la de emitir electrones a alta temperatura. Y esto tiene un significado..., en especial si se examina este extraño espejo.

Satrov tomó el disco metálico, también muy pesado. El borde estaba redondeado y presentaba once profundas hendiduras, dispuestas a igual distancia. Por un lado, la superficie del disco era ligeramente cóncava, lisa y muy dura. Bajo un estrato transparente como el cristal se adivinaba un metal puro, blanco plateado, corroído en un punto que aparecía cubierto de una pátina gris. El estrato transparente se hallaba comprimido dentro de un anillo de metal duro gris azulado, que recubría toda la parte opuesta. En el centro de éste se abría un pequeño círculo de materia transparente igual a la de la otra cara, completamente cubierta por una pátina opaca, y de superficie convexa. El diámetro del círculo no superaba los seis centímetros. A su alrededor habían numerosas estrellitas grabadas con diverso número de puntas: desde dos hasta once. Las estrellitas estaban dispuestas sin orden aparente, aunque quedaban comprendidas dentro de dos líneas en espiral dibujadas una en la otra.

—El disco está hecho de tantalio, un metal duro, extraordinariamente estable —explicó Davydov—. La película transparente es de un compuesto desconocido. El simple análisis cualitativo no ha dado resultados y aún no he conseguido efectuar una investigación más completa. Pero el metal que hay bajo la película es indio, un metal extraordinario.

—¿Por qué? —no dudó en preguntar Satrov.

—Este metal, que también se emplea en nuestros instrumentos, es el mejor indicador de la presencia de radiaciones neutrónicas. Y sé con precisión que es indio porque me he decidido a practicar un agujero, aquí, para su análisis...

—¿Las estrellitas son una escritura o algo por el estilo? —preguntó Satrov, emocionado.

—Quizá... caracteres, o acaso cifras. También es posible que representen el esquema del instrumento. Pero me temo que no lo sabremos nunca.

—¿Eso es todo?

—Todo. ¿Le parece poco, hombre insatisfecho? Tiene en sus manos algo que pondrá en conmoción a toda la Humanidad.

—¿Han buscado bien? —insistió Satrov—. ¿Por qué sólo había el cráneo, sin el esqueleto? Tenía que estar...

—Claro que estaría, porque un ser sin huesos no habría podido tener cráneo. Hemos excavado por todas partes, hasta hemos tamizado la arena. Pero es poco probable que se haya conservado nada más...

—¿Por qué está tan seguro de ello, Ilja Andreevic? ¿Qué derecho...?

—Un simple razonamiento. Hemos descubierto los restos de una catástrofe sucedida hace setenta millones de años. Sin esa catástrofe, nunca habríamos encontrado el cráneo ni ningún otro resto, a excepción de los dinosaurios muertos. No dudo de que hallaremos nuevos vestigios. Estoy seguro de que «ellos» —Davydov señaló el cráneo que, inmóvil, miraba a ambos amigos con sus órbitas vacías— se quedaron en la Tierra muy poco tiempo, algunos años nada más, y luego reemprendieron el vuelo para volver a su planeta. Ya le diré luego cómo he llegado a esta conclusión.

Davydov desplegó una gran hoja de papel milimetrado.

—Mire aquí, éste es un plano de las excavaciones. El —el profesor indicó el cráneo— estaba cerca de aquí, junto a la orilla del río, con aquella arma o instrumento que evidentemente aprovechaba la energía

atómica. «Ellos» la conocían y la utilizaban, esto es indudable, como lo demuestra sin más su presencia en la Tierra. Gracias a su arma el ser celeste mató al monoclón desde gran distancia. Con toda evidencia «él» había irritado a los dinosaurios. Luego se puso a hacer algo y fue agredido por otro gigantesco monstruo. Si fue lento en usar de su arma o si ésta se estropeó, no lo sabremos jamás. Una sola cosa está clara: el monstruo fue fulminado a pocos pasos del ser celeste y, al morir, se derrumbó sobre «él». El arma se rompió o explotó. La rotura del arma liberó la carga de energía contenida en ella, creando un pequeño campo de radiaciones mortales. Por esta razón murieron también los demás dinosaurios, lo que explica el montón de esqueletos. Por otra parte, aquí, al sur, la radiación no existió, o fue más débil. Por aquí se acercaron pequeños carnívoros que se llevaron los huesos del ser celeste. El cráneo quedó en su lugar, porque era demasiado grande o porque quedaba aprisionado por el peso de la cabeza del dinosaurio. En esta otra parte, algunos de estos pequeños carnívoros murieron, y aquí están tres pequeños esqueletos. Todo esto ocurrió en las dunas arenosas de la orilla y el viento muy pronto enterró toda huella de la tragedia.

—¿Y los instrumentos, las armas? —Satrov plegó con escepticismo las comisuras de la boca.

—Escuche. Han quedado trozos y partes hechas de metales extremadamente estables. Todo lo demás ha desaparecido sin dejar rastro, se ha oxidado, disgregado, pulverizado a lo largo de diez millones de años. Los metales no son como los huesos, no pueden fosilizarse, impregnarse de sustancias minerales, cementar la roca a su alrededor. El instrumento quizá ha estallado incluso y sus fragmentos se han dispersado durante la explosión o la rotura del arma, cosa que muy bien puede haber contribuido a la desaparición de las partes metálicas.

—Debo admitir que sus suposiciones parecen exactas —aprobó Satrov—. Ahora tiene usted que estudiar en seguida el cráneo, analizar la vía evolutiva reflejada en la estructura de los elementos óseos y... publicar los resultados. ¡Será un artículo que caerá como una bomba!...

Los ojos claros y salientes de Satrov no podían separarse del oscuro cráneo del ser celeste.

Davydov tomó a su amigo por los hombros y lo sacudió ligeramente.

—No pienso publicar la descripción de este cráneo. Satrov le miró maravillado, pero antes de que pudiese hablar, Davydov continuó:

—¡Estúdielo, descríbalos! Esta parte le pertenece por derecho... ¡Y no me replique! ¿O ha olvidado mi testarudez?

—Pero, pero... —Satrov no encontraba las palabras.

—No hay pero que valga. El informe geológico sobre las excavaciones y las conclusiones sobre la catástrofe, con mención de todos mis colaboradores, y en particular de la muchacha que ha descubierto el cráneo, está listo. Aquí lo tiene. Publíquelo con mi nombre, junto con su descripción del cráneo. Esto será lo justo. ¿De acuerdo, Aleksey Petrovic? —La voz de Davydov adoptó un tono dulce, íntimo—. Tengo otra gran idea. ¿Recuerda? Me dijo y con razón que cuando un fenómeno increíble se encadena con otro, nos encontramos frente a la realidad. Muy bien, ahora la realidad está aquí: el cráneo de una bestia celeste. Pero esta realidad determina a su vez otro hecho increíble, se encadena con él. En suma, la cadena continúa y yo quiero continuar siguiendo sus anillos.

—Admitamos que así sea, aunque no consiga seguirla. Pero su proposición huele mal, a sacrificio. No puedo aceptar...

—No, Aleksey Petrovic. Crea a un viejo amigo: soy absolutamente sincero. ¿Acaso no compartió conmigo materiales interesantes cuando trabajábamos juntos? Más tarde comprenderá que también ahora hemos hecho lo mismo. Nosotros miramos la ciencia de igual manera, y para ambos lo que importa es el progreso...

Satrov inclinó la cabeza conmovido. No sabía expresar los propios sentimientos, las sensaciones particularmente profundas, y se quedó silencioso frente al amigo que le miraba con ojos sonrientes. Involuntariamente tocó con la mano el cráneo del pasajero de la «nave de las estrellas», que tanta fascinación ejercía sobre él. Su nave se había perdido ya en la inconmensurable profundidad del espacio, quedando inaccesible para cualquier fuerza o máquina. A pesar de todo, dejó una huella, indudable, indiscutible, la prueba de que la vida atraviesa una inevitable evolución, sigue un irreversible perfeccionamiento, aunque sea por caminos largos y difíciles. Es la ley, la condición indispensable para la existencia de la vida. Si por algún accidente del cosmos la vida no se interrumpe, el resultado inevitable es el nacimiento del pensamiento, la

aparición del hombre, luego de la sociedad, la técnica, la lucha con las pavorosas fuerzas del universo, una lucha que puede llevarse muy lejos, como atestiguaba aquel ser llegado de otro mundo. Si «ellos» hubiesen venido a la Tierra no entonces, sino hoy...

Satrov se volvió hacia su amigo y dijo con voz tranquila y firme:

—Acepto su... proposición. Hagámoslo así. Tendré que ir a Leningrado, preparar mis cosas y volver cuanto antes. Como es natural, hay que trabajar aquí. Transportar un objeto tan precioso sería inadmisible... lija Andreevic, ¿por qué lo llama bestia celeste? No suena bien. Me parece ofensivo.

—Simplemente porque no consigo hallar una definición mejor. En efecto, no podemos llamarle hombre si queremos respetar la terminología científica. Es un hombre desde el punto de vista del pensamiento, del nivel técnico alcanzado, del carácter social, pero su organismo tiene una estructura anatómica diferente. Es claramente distinto del organismo humano. Es otro animal. Por eso le llamo animal celeste, *bestia celestis* en latín. También se podría recurrir al griego y llamarle *terion celestis*. Quizá suena mejor. De todas formas, el nombre se lo pondrá usted.

—Pero entonces, lija Andreevic —dijo Satrov tras un momento de silencio—, ¿qué le quedará a usted?

—Mi querido amigo, ya le he dicho que tengo la intención de seguir nuestra famosa cadena. Hace tiempo que estoy pensando en la influencia de las reacciones atómicas en los procesos geológicos. Ahora que nuestro extraordinario descubrimiento me ha hecho salir de la órbita de lo común, me ha empujado a un más alto nivel de pensamiento, me siento con valor para sacar conclusiones y ampliar el horizonte de la imaginación. Ahora intentaré demostrar la posibilidad de aprovechar las potentes fuentes de energía atómica que se esconden en las profundidades para convertirle en una ciencia de ejercicio práctico... Pero usted deberá estudiar la evolución de la vida y el porvenir del pensamiento, no ya dentro de los límites de nuestra Tierra, sino en todo el universo. Deberá demostrar este proceso, dar a los hombres una idea de las grandes posibilidades que se abren ante ellos. Con una clarísima victoria del pensamiento deberá derrotar a los escépticos pusilánimes y a los mezquinos fanáticos que aún pululan por las disciplinas científicas. Davydov se calló. Satrov miró a su amigo como si lo viese por primera vez.

—¿Por qué estamos de pie? —preguntó por fin Davydov—. Sentémonos y descansemos. Estoy fatigado.

Ambos se sentaron en silencio, empezaron a fumar y, como obedeciendo a una orden, fijaron sus ojos pensativos sobre el cráneo, sobre las vacías órbitas del extraño ser.

Davydov observaba la frente saliente surcada por las pequeñas fositas e imaginaba cómo en tiempo inconmensurablemente lejano, tras aquella pared ósea trabajaba un gran cerebro humano. ¿Qué concepto del mundo, qué sentimientos, qué nociones contenía aquella extraña cabeza? ¿Qué cosas había imaginado la memoria del habitante de otro mundo, qué cosas de su planeta nativo trajo a nuestra Tierra? ¿Conocía la nostalgia de la patria? ¿Estaba ávido de grandes verdades, amaba lo bello? ¿Cuáles eran sus relaciones humanas, cuál el régimen social? ¿Habían alcanzado la fase más elevada? Había convertido su planeta en una única familia de trabajadores sin opresión ni explotación, sin el triste absurdo de la guerra que desperdician las fuerzas y las reservas de energía de la humanidad? ¿Cuál era el sexo de aquel pasajero de la «nave astral», que quedó para siempre en la Tierra extraña para él?

El cráneo miraba a Davydov, sin respuesta, como un símbolo del misterio y del silencio.

—Nunca sabremos nada de todo esto —se dijo el profesor—, pero nosotros, los hombres de la Tierra, también tenemos un gran cerebro y podemos formular muchas hipótesis. Cuando llegasteis, nuestra Tierra estaba poblada por terribles monstruos, encarnación de una fuerza sin pensamiento. En la obtusa maldad, en el inútil coraje del monstruo habéis visto un grave peligro y vosotros erais pocos. Un puñado de seres celestes errantes en un mundo desconocido a la búsqueda de una fuente de energía, tal vez de seres semejantes a vosotros... Satrov se movió, intentando de no estorbar a su amigo. Su naturaleza nerviosa protestaba contra la prolongada inacción. Lanzó una ojeada a Davydov, aun sumergido en sus pensamientos, tomó cuidadosamente de la mesa el pesado disco y empezó a examinarlo con el agudo espíritu de observación de un experto investigador. Colocando el disco en el luminoso cerco de luz de una especial lámpara microscópica, el profesor estudió los restos del desconocido instrumento desde todos los ángulos, intentando conectar detalles constructivos aún no conocidos. De repente, Satrov notó en el interior del círculo

sobre la parte convexa del disco, algo que se traslucía bajo la película opaca. Conteniendo la respiración, el científico examinó más atentamente aquel punto, disponiendo el disco bajo la luz con distintas inclinaciones. Entonces a través del velo opaco depositado por el tiempo sobre la sustancia transparente del círculo, le pareció ver dos ojos que le miraban. Con un grito sofocado, el profesor dejó caer el pesado disco, que golpeó sobre la mesa con estrépito. Davydov se sobresaltó como empujado por un muelle, pero Satrov no se preocupó de él. Acababa de comprender, y el descubrimiento le dejó sin aliento.

—¡Ija Andreevic —gritó—, ¿tiene algo que sirva para sacar brillo, piedra pómez y una gamuza?

—Naturalmente. Pero, ¿qué le ha agitado de esa manera, demonios?

—Démelo en seguida, Ija Andreevic, en seguida... ¿Dónde están...?

La agitación de Satrov se contagió también a Davydov. Se levantó y tras tropezar con la alfombra, a la que pegó una furiosa patada, desapareció por una puerta. Satrov se cogió el disco e intentó raspar con la uña la superficie convexa del pequeño círculo...

Davydov colocó sobre la mesa un vasito lleno de polvo, una taza con agua, una botellita de alcohol y una gamuza.

Rápida y hábilmente, Satrov preparó una pasta, la extendió sobre la gamuza y empezó a frotar la superficie del círculo con medidos movimientos giratorios. Davydov seguía con interés el trabajo de su amigo.

—Este compuesto transparente desconocido para nosotros es extraordinariamente estable —explicó Satrov sin interrumpir su trabajo—. Y sin duda debe ser transparente como el cristal y en consecuencia tener una superficie pulida. Aquí, vea, la superficie se ha hecho opaca, ha sido corroída por la arena durante los millones de años de permanencia entre las rocas. Hasta esta sustancia durísima ha cedido... Pero si conseguimos pulirla, se hará de nuevo transparente...

—¿Transparente? ¿Y luego? —preguntó Davydov con una nota de duda en su voz—. Al otro lado del disco la transparencia se ha mantenido. Sólo se ve una capa de indio...

—¡Pero aquí hay una imagen! —exclamó Satrov, excitado—. ¡He visto unos ojos! Estoy seguro de que aquí está escondido el retrato del ser celeste. Quizá sea el mismo propietario del cráneo. ¿Por qué estará aquí? Tal vez sea un signo distintivo del arma, tal vez esta era su costumbre. Además, ¿qué importa? ¡Hemos logrado tener la imagen de un ser celeste!... Observe la forma de la superficie: es una lente... Y se pule bien —añadió palpando el círculo con los dedos.

Davydov, inclinado sobre el hombro de Satrov, miraba con impaciencia el disco, cuyo círculo central iba adquiriendo un esplendor vítreo cada vez más marcado.

Al fin, Satrov lanzó un suspiro de satisfacción, quitó el detergente, lavó el disquito con alcohol y lo secó con la gamuza.

—¡Ya está! —levantó el disco hasta la luz, dándole la posición adecuada para que el reflejo incidiese directamente sobre el observador.

Involuntariamente ambos profesores se estremecieron. Bajo la capa ahora completamente transparente, amplificado por un desconocido efecto óptico hasta su tamaño natural, un rostro extraño, pero sin duda humano, fijaba los ojos sobre ellos. La imagen aparecía en relieve, pero lo más sorprendente era su extraordinaria, increíble naturalidad. Era un rostro vivo, parecía que un ser viviente estuviese mirando a los dos profesores, separado de ellos sólo por la lente transparente. Y los enormes ojos salientes eran capaces por sí solos de borrar cualquier otra impresión. Eran como dos lagos que encerrasen el eterno misterio del sistema del universo, espejos de una mente y de una voluntad férrea, eran dos poderosos rayos que surgían a través de la barrera de cristal lanzados a las infinitas lejanías del espacio. Sí, el hecho mismo de la existencia de la vida es garantía del desarrollo en diversos puntos del espacio universal del gran proceso de la evolución, de la aparición de la forma más elevada de la materia, del trabajo creador, del conocimiento...

Superando la primera impresión producida por los ojos del ser celeste, los dos científicos empezaron a examinar el rostro. La cabeza redonda recubierta por una piel espesa, lisa, sin pelos, no aparecía monstruosa ni repugnante. La fuerte, la amplia frente saliente tenía un aspecto tan intelectual y humano como los extraños ojos, y atenuaba los insólitos trazos de la parte inferior de la cara. La falta de orejas y de nariz, la

boca en forma de pico y sin labios, eran en sí desagradables, pero no podían hacer olvidar que el desconocido ser estuviese cercano al hombre, fuese comprensible y no extraño. Todo en el aspecto del antiguo huésped de nuestro planeta denotaba afinidad de espíritu y de pensamiento con los hombres de la Tierra. Esto pareció a Satrov y a Davydov una garantía de que los habitantes de las diversas «naves de estrellas» se comprenderían una vez vencido el espacio que los separaba, una vez verificado el encuentro del pensamiento dispersado sobre las lejanas islas planetarias del universo. A los científicos les hubiese gustado pensar que esto se hacía realidad en un próximo futuro, pero la razón les decía que aún serían necesarios millones de años de conocimiento para la gran conquista del universo.

Y antes de proceder con seguridad a la unión de los distintos mundos, sería necesario unir a los pueblos de nuestro planeta en una sola familia fraterna, destruir la desigualdad, la opresión y los prejuicios de raza. En caso contrario, la humanidad nunca tendría fuerzas para llevar a cabo la empresa sublime de sojuzgar los terribles espacios interestelares, no lograría afrontar las mortales fuerzas del cosmos que amenazan la vida cuando ésta ya no es defendida por la atmósfera. Y para alcanzar esta primera fase era preciso trabajar aún prodigando todas las fuerzas del espíritu y del cuerpo, hasta alcanzar la condición necesaria al gran futuro de los hombres de la Tierra...

Las Seis Cerillas

Arcadij y Boris Strugackij

El inspector dejó la agenda a un lado y dijo:

—Es un asunto complicado, tovarich Leman. Un asunto muy extraño.

—No lo creo así —dijo el director del instituto.

—¿No?

—No. Para mí todo está claro.

El director hablaba con sequedad, observando atentamente la plaza vacía, cubierta de asfalto e inundada de sol que se extendía hasta la ventana. Sentía ya desde hacía mucho tiempo un dolor en el cuello. En la plaza no sucedía nada interesante, pero seguía obstinadamente sentado hacia ella. Expresaba así su desaprobación. El director era joven y muy susceptible. Comprendía perfectamente a qué se refería el inspector, pero opinaba que éste no tenía derecho a inmiscuirse en aquel asunto. La tranquila insistencia del inspector le irritaba.

—Va hasta el fondo —se dijo con rabia—. Todo está claro como la luz del sol, pero él pretende llegar hasta el fondo...

—Pues para mí no todo está claro —insistió el inspector.

El director se encogió de hombros, echó una ojeada al reloj y se puso en pie.

—Perdóneme, camarada Ribnikov —dijo—. Dentro de cinco minutos tengo una lección. Si no me necesita...

—Haga lo que guste, tovarich Leman. Una última cosa, desearía hablar con ese... «ayudante personal»... ¿Gorcinski se llama?

—Gorcinski. Aún no ha regresado. Pero en cuanto vuelva se lo enviaré.

El director hizo una inclinación de cabeza y salió. El inspector le siguió con la mirada, guiñando los ojos.

—Eres un poco remolón, amigo —se dijo—. No importa. Ya te llegará tu turno.

Pero el turno del director aún no había llegado. Antes había que aclarar el asunto principal. Efectivamente, al primer golpe de vista todo parecía claro. El inspector Ribnikov del Servicio para la Protección del Trabajo, podía empezar ya su «informe sobre el asunto Andrés Komlin, director del laboratorio de física del Instituto Central del Cerebro». Andrés Andreevic Komlin ha realizado experimentos peligrosos en su propia persona y lleva cuatro días en el hospital, en un estado intermedio entre el sueño y el delirio, con la cabeza redonda y cerdosa inclinada hacia atrás y cubierta por extraños anillos blancos. No puede hablar, los médicos inyectan en su organismo sustancias reconstituyentes y, durante sus consultas, resuenan frecuentemente palabras siniestras: agotamiento nervioso agudo, lesión en los centros de la memoria, lesión en los centros orales y auditivos...

Según el inspector, el asunto Komlin había dejado de ser interesante para el Servicio de Protección del Trabajo. Estaba comprobado que un fallo en la preparación, la falta de cuidado y, por último, la incompetencia del personal, fueron irrelevantes. Estaba comprobado que tampoco se infringieron las normas de seguridad, por lo menos en su sentido habitual. Estaba comprobado, en fin, que Komlin realizaba los experimentos sobre su persona con el mayor secreto, y que nadie en el instituto lo sabía. Ni siquiera Alejandro Gorcinski, «ayudante personal de Komlin», aunque algunos asistentes del laboratorio tuviesen una opinión distinta.

El inspector tenía otros intereses, porque no era únicamente inspector. Su olfato de viejo científico le insinuaba que detrás de las informaciones fragmentarias sobre el trabajo de Komlin, detrás la extraña desgracia que éste había padecido, se ocultaba la historia de algún descubrimiento asombroso. Al barajar en su memoria las informaciones proporcionadas por los asistentes del laboratorio, el inspector se convencía cada vez más.

Tres meses antes que ocurriese la desgracia, el laboratorio había recibido un nuevo aparato. Se trataba de un generador neutrónico, es decir, una instalación para la formación y encendido de haces de neutrinos. Fue

justamente con la llegada de dicho generador al laboratorio de física cuando se inició una serie de incidentes que, desdeñados por las personas directamente complicadas, terminaron por provocar una gran desgracia.

En aquella época, Komlin aplazó con visible satisfacción todos los trabajos no terminados, confiándolos con una excusa a su sustituto, se encerró en la habitación donde había sido instalado el generador neutrónico y empezó, según propia declaración, los trabajos preparatorios para una serie de experimentos preliminares. Esto requirió algunos días. Luego, inesperadamente, Komlin abandonó su celda, hizo, como de costumbre, una visita general al laboratorio, con tres lavados de cerebro públicos a sus colaboradores, firmó algunas cartas y encargó a su sustituto que se ocupara del informe mensual. Al día siguiente se encerró de nuevo con el generador esta vez en compañía de su ayudante Alejandro Gorcinski.

Su labor no fue conocida hasta más tarde, o sea dos días antes de la desgracia, cuando Komlin y Gorcinski presentaron un extraordinario informe, «que sacudió las bases de la medicina», sobre la agopunción neutrónica. Pero durante aquellos tres meses de trabajo, Komlin atrajo en tres ocasiones la atención de sus colaboradores.

La primera vez, un buen día, Andrés Andreevic apareció en el laboratorio con la cabeza afeitada y cubierta por una papelina negra. Este hecho, por sí mismo, no hubiese llamado la atención si, una hora después, Gorcinski no hubiese saltado fuera del «neutrónico», pálido y desencajado, para precipitarse —volcando los armarios— hacia el botiquín farmacéutico del laboratorio. Sacando rápidamente algunas cajas de curas de urgencia, volvió con la misma celeridad al «neutrónico», cerrando la puerta tras él. En aquel momento, uno de los colaboradores tuvo tiempo de ver a Andrés Andreevic de pie ante la ventana con el cráneo desnudo y brillante, sujetándose el brazo izquierdo con la mano derecha. Su mano izquierda estaba manchada de algo oscuro, probablemente sangre. Aquella tarde, Komlin y Gorcinski, salieron en silencio del «neutrónico» y, sin mirar a nadie, abandonaron el laboratorio. Ambos parecían pálidos y la mano izquierda de Komlin estaba envuelta en una venda sucia.

Pero esto no fue todo. Un mes después de este incidente, el colaborador científico adjunto Vedeneev encontró a Komlin una tarde en un paseo solitario del parque Azul.

El director del laboratorio estaba sentado en un banco con un grueso volumen sobre las rodillas, murmurando algo en voz baja con la mirada fija ante él. Vedeneev le saludó y se dispuso a sentarse a su lado. Komlin detuvo al punto sus murmullos, y se volvió hacia él, alargando el cuello de modo extraño. Sus ojos estaban «como enmohecidos» y Vedeneev sintió un urgente deseo de marcharse. Pero no le pareció correcto y preguntó:

—¿Está leyendo, Andrés Andreevic?

—Leo las curvas del río de Sci Nai-anj —contestó Komlin—. Muy interesante. Mire, por ejemplo...

Dada su juventud, Vedeneev desconocía los clásicos chinos y se sintió aún más incómodo. Komlin cerró el libro de improviso, lo puso en las manos de Vedeneev y le rogó que lo abriese al azar. Un poco embarazado, Vedeneev obedeció. Tras lanzar una rápida mirada —una sola vez, y de pasada—, Komlin asintió con la cabeza y dijo:

—Siga el texto.

Y entonces con su acostumbrada voz clara y sonora empezó a contar como un tal Khu Jan-gio, levantando látigos de acero, se precipitó contra cierto Khe Dgen y Se Bao, y como tal Van In, llamado «Tigre de las garras cortas» y su consorte «Verde»... Sólo entonces descubrió Vedeneev que Komlin leía la página de memoria. El director del laboratorio no se saltó ninguna línea, no confundió el menor nombre, repitiendo el texto palabra por palabra, letra por letra. Al terminar, preguntó:

—¿He cometido errores?

Vedeneev, estupefacto, sólo pudo negar con la cabeza. Komlin soltó una carcajada, cogió el libro y se marchó. Vedeneev no sabía qué pensar. Contó el caso a algunos de sus colegas y éstos le aconsejaron que pidiese una explicación al propio Komlin. Pero Komlin acogió con un asombro tan sincero la alusión de Vedeneev a su encuentro, que éste último se confundió y cambió de tema.

Pero lo más extraño tuvo lugar precisamente unas horas antes de la desgracia.

Aquella tarde, Komlin, alegre, ocurrente y simpático como nunca, hacía juegos de manos. Los espectadores eran cuatro: Alejandro Gorcinski, con su larga barba, enamorado como una muchachita de su

maestro, y tres jóvenes adjuntas del laboratorio, Lena, Dussia y Katia. Las muchachas se habían quedado para completar la preparación del trabajo del día siguiente.

Los juegos eran divertidos.

Komlin propuso hipnotizar a alguien, pero todos se negaron, y Andrés Andreevic contó entonces un chiste sobre un hipnotizador y un cirujano. Después de lo cual dijo:

—Lenochka, ahora adivinaré lo que vas a esconder en el cajoncito de la mesa.

Adivinó dos cosas de las tres, pero Dussia afirmó que él había mirado a escondidas. Al protestar Komlin, las muchachas empezaron a burlarse de él. Entonces declaró que podía apagar una llama con la mirada. Dussia cogió una caja de cerillas, corrió a una esquina de la habitación y encendió una cerilla. Un segundo después ésta se apagó. Todos quedaron asombrados mirando a Komlin; que se hallaba de pie con las manos cruzadas sobre el pecho y con las cejas fruncidas en la actitud de un ilusionista profesional.

—¡Vaya pulmones! —exclamó Dussia con respeto. Entre ella y Komlin no había menos de diez pasos. Entonces éste propuso que le amordazasen con un pañuelo. Cuando ya estuvo hecho, Dussia encendió de nuevo una cerilla, la cual de nuevo se apagó.

—¿Es posible que pueda soplar tan fuerte con la nariz? —se acostumbró Dussia, mientras Komlin, arrancándose el pañuelo de la boca, se echaba a reír. Abrazando a Dussia, dio con ella algunos pasos de vals.

Luego hizo otros dos trucos: dejaba caer una cerilla, la cual, en vez de caer en línea recta se desviaba hacia un lado, alejándose cada vez de la vertical hacia la derecha con un ángulo bastante grande.

—Vuelva a soplar... —pidió, dudosa, Dussia.

Komlin apoyó sobre la mesa una pequeña espiral de volframio que, con vibraciones grotescas, empezó a arrastrarse lentamente sobre el cristal hasta caer al suelo. Como es lógico, todos quedaron muy maravillados y Gorcinski empezó a insistir para que Komlin explicase cómo conseguía hacerlo. Pero el director se puso serio de pronto y propuso hacer mentalmente la multiplicación de algunos números compuestos de muchas cifras.

—Seiscientos cincuenta y cuatro por doscientos treinta y uno y por dieciséis —dijo tímidamente Katia.

—Escriba —ordenó Komlin con voz extraña y tensa. Empezó a dictar:

—Cuatro, ocho, uno... —y en aquel momento su voz se hizo un murmullo y terminó ahogadamente— ...siete... uno... cuatro... dos... de derecha a izquierda.

Se volvió y las muchachas se impresionaron al verle repentinamente abatido, encogido, como si hubiese disminuido de estatura. Arrastrando los pies, se retiró al «neutrónico» y se encerró con llave, Gorcinski miró preocupado a la puerta durante algún tiempo y luego declaró que el cálculo de Andrés Andreevic era exacto: leyendo los números de derecha a izquierda, se obtenía el producto de la multiplicación, dos millones cuatrocientos diecisiete mil ciento ochenta y cuatro.

Las muchachas trabajaron hasta las diez, y Gorcinsky se quedó con ellas para ayudarlas, aunque sin gran provecho. Komlin no había vuelto a salir del «neutrónico». A las diez se marcharon a casa, tras haberle dado las buenas noches a través de la puerta cerrada. La mañana siguiente, Komlin fue trasladado al hospital.

El resultado del trabajo trimestral de Komlin era la agopunción neutrónica. Es decir, un método de cura basado en el tratamiento radiactivo del cerebro con haces de neutrinos. Este nuevo método era ya de por sí extremadamente interesante, pero ¿qué relación tenía con la mano herida de Komlin? ¿Y su extraordinaria memoria? ¿Y los trucos con las cerillas, las pequeñas espirales y la multiplicación mental?

—Lo ocultaba, lo ocultaba a todos —murmuró el inspector—, ¿No estaba seguro o temía exponer a sus compañeros un peligro? Es un asunto complicado, muy extraño...

Encendió el videófono. En la pantalla apareció el rostro de la secretaria.

—Perdóneme, camarada Ribnikov —dijo la secretaria—. El camarada Gorcinski está aquí y espera su llamada.

—Hágale entrar —indicó el inspector.

En el umbral apareció una figura enorme con camisa a cuadros y mangas remangadas. Sobre los hombros potentes se levantaba un cuello robusto coronado por una cabeza cubierta de espesos cabellos negros, a través de los cuales se adivinaba ya una incipiente calvicie. El personaje entró en el estudio de espaldas. Antes de que el inspector tuviese tiempo de asombrarse, el dueño de la camisa a cuadros rogó:

—Por favor, Josif Petrovic —e hizo pasar a Leman.

Luego entró en el estudio, cerró cuidadosamente la puerta, se volvió sin prisa e hizo una breve inclinación. La cara del profesor de la camisa a cuadros y extraño proceder estaba adornada con un par de bigotes cortos, pero muy espesos y aparecía algo tétrica. Se trataba de Alejandro Gorcinski, «ayudante personal» de Komlin.

El director se sentó en una butaca y miró hacia la ventana. Gorcinski se detuvo frente al inspector.

—Usted es... —empezó el inspector.

—Gracias —murmuró el ayudante de Komlin y se sentó, apoyando las palmas de las manos sobre sus rodillas y mirando al inspector con ojillos grises y mal intencionados.

—...¿Gorcinski? —preguntó el inspector.

—Gorcinski, Alejandro Borisovic.

—Mucho gusto. Ribnikov, inspector del SPL.

—Mu-chí-si-mo gus-to —contestó Gorcinski, arrastrando las sílabas.

—¿Ayudante personal de Komlin?

—Ignoro a qué se refiere. Soy asistente en el laboratorio físico del Instituto Central del Cerebro.

El inspector miró a Leman por el rabillo del ojo. Le pareció que en las esquinas de los ojos de éste brillaba una sonrisa maligna.

—De acuerdo —dijo Ribnikoc—. ¿En qué ha trabajado usted durante los últimos tres meses?

—En problemas de agopunción neutrínica.

—¿No podría ser más explícito?

—Hay un informe —cortó Gorcinski de modo perentorio—. En él consta todo.

—A pesar de ello quisiera rogarle que me diese más detalles —rogó el inspector con gran calma.

Durante unos segundos se miraron fijamente, mientras el rostro del inspector empezaba a ponerse cada vez más morado, y Gorcinsky movió los bigotes. Por fin el ayudante cerró lentamente los ojos.

—Con mucho gusto —rugió—. Seré más explícito. Se estudiaba el efecto de los haces neutrínicos encendidos sobre la sustancia blanca y gris del cerebro, así como sobre el organismo interior de los animales...

Gorcinski hablaba con voz monótona, sin expresión. Parecía bambolearse en su asiento.

—Paralelamente se constataban los cambios patológicos y otras imitaciones en el interior del organismo, se realizaban mediciones de la corriente activa, de la disminución diferencial y de las curvas de labialización en los distintos tejidos, determinándose también las cantidades relativas de neuroglobulina y de neurostromina...

El inspector se recostó en el respaldo de su butaca, conteniendo su rabia. Leman seguía, como antes, mirando hacia la ventana mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¿Quiere decirme, tovarich Gorcinski, qué le pasa a sus manos? —preguntó el inspector inesperadamente. Odiaba la defensa y le complacía atacar.

Gorcinski miró sus manos, apoyadas en los brazos de la butaca, arañadas y cubiertas de cicatrices azules casi sin cicatrizar e hizo un movimiento como si hubiese querido metérselas en el bolsillo. Pero, en vez de eso, apretó lentamente los monstruosos puños.

—El mono me ha arañado —dijo entre dientes—. En el vivero.

—¿Ha hecho experiencias sólo con animales?

—Sí, sólo con animales —asintió Gorcinski, subrayando las palabras.

—¿Qué le ocurrió a Komlin hace dos meses? —el inspector continuaba su ataque.

Gorcinski se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

—Se lo puedo recordar. Kornlin se había cortado en la mano. ¿Cómo sucedió?

—Se cortó, nada más —contestó Gorcinski con malos modos.

—Alejandro Eorisovic —le regañó el director.

—Pregúnteselo a él...

Los ojos claros y distantes de Leman se semicerraron.

—Me sorprende usted, Gorcinski —murmuró el inspector en voz baja—. Está convencido de que pretendo arrancarle algo que pueda perjudicar a Komlin... o a usted, o a los demás compañeros. Pero todo es más sencillo. No soy especialista "del sistema nervioso central, estoy especializado en radioóptica. Todo radica en eso. Además no tengo derecho a juzgar basándome en mis impresiones. Y no he aceptado este trabajo para fantasear, sino para descifrar la verdad de lo ocurrido. Sin embargo, me viene usted con un ataque de histerismo. Debería avergonzarse...

Se hizo el silencio. El director comprendió entonces en qué consistía la fuerza de aquel hombre calmoso y obstinado. Indujo Gorcinski haberlo comprendido, porque finalmente dijo, sin mirar a nadie:

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué es la agopunción neutrínica? —preguntó el inspector.

—Se trata de una idea de Andrés Andreevic —explicó Gorcinski con voz cansada—. La radiación con haces neutrínicos sobre algunas zonas de la corteza provoca la aparición..., más bien un fuerte aumento de la capacidad de resistencia del organismo a diversos tipos de venenos químicos y biológicos. Los perros infectados envenenados se restablecen tras dos o tres punciones neutrínicas. Existe una cierta analogía con la agopunción, esto es, con las curas hechas por medio de punciones realizadas con una aguja. Esto justifica la denominación del método. La función, de la aguja es asumida por el haz de neutrinos. Por supuesto que la analogía es puramente exterior...

—¿Y el método? —prosiguió el inspector.

—El cráneo del animal es afeitado al rape, y sobre la piel desnuda se colocan unas ventosas neutrínicas... Se trata de pequeños dispositivos para el encendido del haz de neutrinos. El fuego se concentra sobre una zona determinada de la materia gris. Es una operación muy complicada. Aunque resulta todavía más complicado hallar las zonas, los puntos de la corteza que provocan la movilización de los fagocitos en la dirección deseada.

—Muy interesante —comentó con gran serenidad el inspector—. ¿Y cuáles son las enfermedades que se podrían curar de esta manera?

Gorcinski contestó tras una pausa:

—Muchas. Andrés Andreevic suponía que la agopunción neutrínica movilizaba algunas fuerzas del organismo desconocidas para nosotros. No se trata de fagocitosis, ni de estimulación nerviosa, sino de algo mucho más potente. Pero no ha tenido tiempo... Decía que con las agopunciones neutrínicas se podría curar cualquier enfermedad. Envenenamientos, afecciones cardíacas, tumores malignos...

—¿Cáncer?

—Sí. Quemaduras... Tal vez sería posible incluso restablecer los órganos perdidos. Andrés Andreevic decía que las fuerzas estabilizadoras del organismo son enormes y que la clave de todo reside en la corteza. Pero hace falta determinar en la corteza los puntos de aplicación de las punciones.

—Agopunción neutrínica —murmuró lentamente el inspector, como si saborease el sonido de cada sílaba. Luego se recobró—. Muy bien, tovarich Gorcinski. Le estoy muy agradecido.

Gorcinski sonrió maliciosamente.

—Y ahora, por favor, dígame en qué circunstancias halló a Komlin. Si no me equivoco, fue usted quien lo encontró...

—Sí, fui yo. Andrés Andreevic estaba sentado..., estaba arrellanado en la butaca delante de la mesa...

—¿En el «neutrínico»?

—Sí. Sobre el cráneo tenía el dispositivo con las ventosas. El generador estaba en marcha. Me pareció como si estuviese muerto. Llamé al médico. Eso es todo.

La voz de Gorcinski experimentó un temblor. Era una revelación tan inesperada, que el inspector se detuvo antes de hacer una nueva pregunta. Los dedos del director batían sobre la mesa, mientras miraba por la ventana.

—¿Sabe qué experimento hacía Komlin?

—No lo sé —contestó con voz sorda el asistente—. No lo sé. Sobre la mesa, delante de Andrés Andreevic, habían la balanza del laboratorio y dos cajas de cerillas... Las cerillas de una de ellas estaban esparcidas sobre la mesa...

—Espere —el inspector miró hacia el director y luego se volvió de nuevo a Gorcinski—. ¿Cerillas? ¿Y qué tienen que ver las cerillas?

—Cerillas —repitió Gorcinski—. Estaban amontonadas. Algunas estaban unidas de dos en dos, de tres en tres. Sobre un plato de la balanza había tres. Y también una hojita de papel con números. Andrés Andreevic había pesado las cerillas. Esto es seguro, lo he comprobado. Las cifras coinciden.

—¡Cerillas! —murmuró el inspector—. ¿Qué hacía? Quisiera saberlo... ¿Tiene alguna idea sobre ello?

—No —contestó Gorcinski.

—También vuestros colaboradores cuentan... —el inspector se frotó la barbilla, pensativo—. Aquellos trucos... con fuego, con las cerillas... Parece como si Komlin estudiase otros asuntos aparte de la agopunción neutrónica. ¿Pero cuáles?

Gorcinski callaba.

—Y había hecho esas experiencias en sí mismo otras veces. La piel de su cráneo estaba enteramente cubierta por las huellas de esas ventosas.

Gorcinski seguía callando.

—¿No había notado nunca que Komlin era capaz de realizar rápidamente cálculos mentales? Antes de que hiciese la demostración de sus trucos, por supuesto...

—No —dijo Gorcinski—. Nunca advertí nada semejante. Ahora ya lo sabe todo... Sí, Andrés Andreevic había ensayado los efectos de la aguja neutrónica en su propio cuerpo. Se pegó una cuchillada en la mano... Quería comprobar personalmente si el rayo neutrónico curaba las heridas. Entonces... no lo consiguió. Y a la vez realizaba otro trabajo que mantenía oculto a todos, incluso a mí. Por lo tanto ignoro de qué investigación se trata. Sólo puedo decir que estaba también relacionada con la radiación neutrónica. Eso es todo lo que sé.

—¿Alguien, además de usted, sabía eso? —preguntó el inspector.

—No. Nadie sabía nada.

—Está bien —terminó el inspector—. Puede irse.

Gorcinski se levantó y, sin alzar la vista, se dirigió hacia la salida.

El director seguía mirando por la ventana. Sobre el patio se hallaba un helicóptero suspendido en el aire, a baja altura. Su fuselaje plateado brillaba, oscilando levemente. El helicóptero empezó a girar lentamente alrededor de su propio eje. Luego aterrizó. Se abrió la portezuela y un piloto con mono gris saltó ágilmente sobre el asfalto y se dirigió hacia el edificio del instituto, encendiendo, mientras caminaba, un cigarrillo. El director reconoció el helicóptero del inspector.

—Había ido a repostar —se dijo distraídamente. El inspector preguntó:

—¿No podría la agopunción neutrónica provocar lesiones síquicas?

—No —contestó Leman—. Komlin asegura que no. El inspector se echó hacia atrás sobre el respaldo de la butaca y empezó a mirar el techo blanco y opaco. El director observó en voz baja:

—Gorcinski ya no podrá trabajar hoy. Se ha equivocado al tratarlo así...

—No —replicó el inspector—. Nada de eso. Perdóneme, tovarich Leman, pero usted me sorprende. Se ha fijado en las cicatrices de sus manos... Un digno discípulo de Komlin.,.

—Esta gente ama su profesión —dijo el director, Durante algunos instantes el inspector miró al director, mientras acariciaba sus mejillas.

—La ama mal, a la antigua, tovarich Leman —dijo—. Y también ama mal a esta gente. Somos ricos. Les damos todos los instrumentos necesarios, todos los animales de experimentación que hagan falta, no importaba la cantidad. Todo lo que tiene que hacer es trabajar, estudiar, experimentar... ¿Por qué malgasta los hombres con tanta ligereza? ¿Quién le ha autorizado a disponer así de la vida humana?

—Yo...

—¿Por qué no sigue las directrices? ¿Cuándo terminará este escándalo?

—Este es el primer caso en nuestro instituto —barbotó con rabia el director.

El inspector inclinó la cabeza.

—En nuestro instituto... ¿Y en los Otros institutos? ¿Y en las empresas? Komlin es el octavo caso en los últimos seis meses. ¡Bárbaros! Se meten en los cohetes teledirigidos, en los batiscafos, en los reactores en

régimen crítico... —sonrió con desgana—. Buscan el camino más corto que les lleve hacia la verdad, a la victoria sobre la naturaleza. Y ahora Komlin, el octavo. ¿Le parece lícito todo esto, profesor Leman? El director contestó con obstinación:

—Es lícito mientras sea inevitable. ¿Recuerda a los médicos que se inocularon el cólera, la peste?

—Detesto las analogías históricas... ¡Acuérdese mejor de en qué época vivimos!

Se quedaron durante un momento silenciosos. La tarde acababa y en los rincones alejados del estudio crecían sombras grises y transparentes.

—A propósito —dijo Leman, sin mirar a su interlocutor—, he dado orden de abrir la caja fuerte de Komlin. Me han traído sus apuntes de trabajo. Creo que también le será útil examinarlos.

El inspector no ocultó su satisfacción,

—A pesar de todo, no tenga demasiadas esperanzas —añadió rápidamente el director—, Las agujas neutrónicas han sido para todos como un relámpago en un cielo sereno. Nadie podía imaginarse nada semejante. Komlin es un verdadero pionero, el primero en el mundo.

El director se marchó.

Los apuntes de Komlin podrían ser una gran ayuda. El inspector así lo deseaba. Se imaginó a Komlin con el aro de ventosas neutrónicas sobre su cráneo desnudo, mientras pesaba las cerillas encoladas. No, no se trataba de la agopunción. Debía ser algo completamente nuevo. Parecía como si Komlin no creyese ni siquiera en sí mismo, por lo que quiso realizar aquellas temibles experiencias a espaldas de sus colegas.

Una gran época la suya. La cuarta generación se compone de hombres audaces, llenos de abnegación. Como siempre, son incapaces de cuidarse y cada año se vuelven más temerarios y más dispuestos al sacrificio. Son precisos esfuerzos enormes para obtener de este entusiasmo hirviente el máximo provecho. No es amontonando los cadáveres de sus mejores elementos, sino sirviéndose de máquinas potentes y de aparatos ultraprecisos, como la humanidad conseguirá el dominio sobre la naturaleza. Y no porque los vivos puedan hacer mucho más que los muertos, sino porque el hombre es el más precioso bien del mundo.

El inspector se levantó pesadamente de la butaca y se encaminó con pasos lentos hacia la salida. Se movía sin prisas. Llevaba la calma en la sangre; además le pesaba la edad y le dolía la pierna.

—Duelen las viejas heridas —murmuró bajo sus bigotes, mientras atravesaba la sala de espera del director ahora vacía, cojeando visiblemente del pie derecho.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, los médicos, incapaces de descubrir la causa de la enfermedad de Komlin, advirtieron con alegría que el enfermo estaba recuperando la palabra. En aquel mismo instante, Ribnikov y Leman se encontraban sentados ante el enorme escritorio del estudio de éste último. Ante el director había un montón de cartas, anotaciones, gráficos, los planos e incluso los diseños, que contenían los apuntes de trabajo de Andrés Andreevic Komlin.

El director hablaba con precipitación, a veces de forma inconexa, con los ojos enrojecidos por la noche en vela fijos, más allá del inspector, hacia un punto indefinido, interrumpiéndose algunas veces como maravillado ante sus propias palabras. Mientras le escuchaba, el inspector advertía que la sucesión de acontecimientos aislados y su relación eran ahora cada vez más claras.

No era por casualidad que Komlin empezó a ocuparse de las radiaciones sobre el cerebro con haces neutrónicos. En primer lugar se trataba de un problema totalmente inexplicable. El método de obtención de haces de neutrinos de una densidad «práctica» había sido determinado muy poco antes. Al recibir un generador neutrónico, Komlin decidió experimentar sin demora.

En segundo lugar, Komlin esperaba mucho de sus experimentos. Las radiaciones de alta potencia (nucleones, electrones, rayos gamma) provocan un desequilibrio en la estructura molecular y nuclear de las proteínas del cerebro. Destruyen el cerebro. Sólo provocan en el organismo transformaciones patológicas. La experiencia lo ha demostrado. Sin embargo, el neutrino produce un efecto completamente distinto, al ser una minúscula partícula neutra sin masa en reposo. Komlin sostenía que la acción del neutrino no podría provocar procesos explosivos, ni cambios en la estructura molecular, sino una moderada excitación, reforzar

campos energéticos nuevos, desconocidos aún por la ciencia. Se ha podido constatar que todas las suposiciones de Komlin tuvieron una brillante confirmación.

—Sólo he comprendido una pequeña parte de lo que hay en los apuntes —se interrumpió el director—, y además algunas cosas realmente no las puedo creer. Y por eso sólo le referiré el contenido principal y todo lo que podría aclarar la misteriosa historia de los juegos de manos. Aunque resulta también bastante inverosímil.

Al iniciar los experimentos con animales, Komlin obtuvo de inmediato una indicación que le sugirió la idea de la agopunción neutrínica. El mono con el que realizaba sus experimentos, se había herido en una pata. La herida se cicatrizó y curó con extraordinaria rapidez. Del mismo modo, no tardarán en desaparecer de sus pulmones las manchas oscuras de la tuberculosis, tan frecuente en los monos que viven en un clima templado.

El trabajo con la agopunción se desarrollaba felizmente. Se suministró a algunos perros varios tipos de sustancias tóxicas biológicas. La aguja neutrínica curó inmediatamente a los animales y la cromatografía demostró que casi todo el veneno era eliminado *ipso facto*. La aguja de Komlin (así denominó Gorcinski a este método) curaba la tisis de los monos diez veces más deprisa que los más potentes antibióticos.

Hasta aquel momento —Komlin aún no había elaborado un método de curación, sino que sólo buscaba la demostración teórica de sus posibilidades— no existía ninguna necesidad de realizar experimentos sobre el hombre. En su famoso informe, Komlin había formulado la hipótesis de la existencia en el organismo humano y en el de los animales de fuerzas curativas escondidas, aún desconocidas por la ciencia, pero que ya se habían manifestado con los experimentos realizados con la agopunción neutrínica. Además, había concebido un detallado plan para pasar las experiencias de los animales al hombre cauto, previsión en la que se tenían en cuenta los eventuales errores y se apuntaba un paso gradual de las agopunciones neutrínicas más sencillas y evidentemente inocuas a otras más complejas. Además había proyectado que participaran en los experimentos importantes colegas, médicos, fisiólogos y sicólogos. Pero...

El inspector no se había equivocado. Komlin no trabajaba sólo en la agopunción neutrínica. Los experimentos con el generador neutrínico habían demostrado pronto que el extraordinario crecimiento de las fuerzas curativas del organismo no era la única consecuencia de la irradiación sobre el cerebro con haces de neutrinos. Los animales en tratamiento se comportaban de un modo raro, aunque no todos y no siempre. Los que se habían curado tras una rápida acción de la aguja neutrínica, no manifestaban ninguna anomalía en el propio comportamiento. Sin embargo, los «favoritos», es decir, aquellos que sufrían numerosas y variadas experiencias, frecuentemente asombraban a los dos científicos. Y donde el joven Gorcinski sólo veía bromas divertidas y fastidiosas de la naturaleza, la intuición del gran científico adivinó un nuevo descubrimiento.

El perro «Genjka» (nombre completo: «Generador») dio muestras imprevistas de su inclinación hacia ejercicios circenses, que nunca le habían sido enseñados por nadie: caminaba sobre las patas posteriores, algunas veces hasta sobre las anteriores, y «saludaba». Gorcinski lo encontró un día en una postura rara. El animal estaba sentado sobre un taburete, mirando un punto fijo; a intervalos regulares de tiempo se levantaba y lanzaba un corto ladrido, después de lo cual se volvía a sentar. No reconoció a Gorcinski y se puso a gruñir cuando se le acercó.

Komlin quedó impresionado a su vez por todo lo que sucedió con la babuina hembra, «Cora». Un día, inmediatamente después de la radiación, «Cora» estaba sentada en la habitación con Komlin, «discutiendo» pacíficamente con él. De pronto pareció como si hubiese sufrido una sacudida eléctrica. La mona vio algo en un rincón de la habitación, empezó a gruñir de un modo amenazador y a la vez compasivo y retrocedió. Las caricias y las buenas palabras no produjeron ningún resultado. «Cora» corrió a esconderse en el rincón más alejado del cuarto, allí se acurrucó y permaneció durante una hora entera lanzando de vez en cuando un grito estridente en señal de alarma. Poco tiempo después se calmó, pero Komlin pudo constatar con sorpresa que, desde entonces al entrar en la habitación «Cora», antes que nada se volvía hacia aquella misma esquina.

En otra ocasión, Gorcinski llegó corriendo y gritó a Komlin:

—¡Pronto! ¡Rápido! —y le empujó hacia la habitación de los monos.

En una de las jaulas estaba sentado un joven mandril, masticando un plátano. Ni el mandril ni el plátano tenían nada de raro, pero tanto el guardián como Gorcinski afirmaban al unísono que habían sido testigos de

algo absolutamente fantástico. Según sus palabras, habían encontrado al mandril observando con evidente interés un trocito de papel que lenta pero decididamente se arrastraba sobre el pavimento en dirección a él. El mandril alargó la pata hacia el papel y Gorcinski se precipitó en busca de Komlin. El guardián juraba que el mono se había comido el trocito de papel. De todas formas no consiguieron hallarlo en la jaula. La tentativa de reproducir el extraño fenómeno fracasó.

—Esto es lo que Komlin escribió sobre tal particular —dijo el director, entregando al inspector un pedazo de papel milimetrado.

El inspector leyó: «¿Alucinación colectiva? ¿O algo nuevo? El simple hecho de esta alucinación colectiva con la participación del mandril es extraordinario. Pero aquí debe suceder algo más. Con estos animales, monos y perros, no se puede saber nada. Hay que actuar por sí mismo».

Komlin empezó a experimentar en su propia persona. Gorcinski se dio cuenta en seguida y, sin ninguna duda, siguió su ejemplo. Parece que en aquel momento se produjo entre ambos una pequeña disputa. Al final Gorcinski prometió no repetir la experiencia al mismo tiempo que Komlin, y se comprometió a hacerse sólo punciones sencillas, breves e inocuas. Gorcinski, mientras tanto, no había logrado saber si Komlin no se ocupaba ya de la agopunción neutrónica.

—A pesar de todo —continuó su informe el director—, los apuntes de Komlin contienen relativamente pocas alusiones a los extraordinarios resultados de sus experimentos. Las notas se hacen cada vez más fragmentarias y menos inteligibles. Se observa que, con frecuencia, Komlin no consigue encontrar las palabras para describir sus propias sensaciones, y que sus conclusiones resultan confusas e incompletas.

Komlin dedica algunas páginas arrancadas de un cuaderno a la increíble capacidad mnemotécnica que se le manifestó tras una de sus experiencias. Escribió entonces: «Me basta echar sólo una mirada a un objeto para verlo en todos sus detalles, volviéndome a otro lado o cerrando los ojos. Me basta mirar de pasada una página de un libro para poder leerla luego con la imagen impresa en mi cerebro. Creo que recordaré toda la vida algunas páginas de *Las curvas del río* y la tabla entera de logaritmos de cuatro decimales, desde la primera a la última cifra. ¡Son posibilidades inauditas!»

También se encuentran en los apuntes consideraciones de un carácter completamente general. «La memoria, muchos reflejos y costumbres —escribió Komlin con mano segura, como si estuviese reflexionando—, tienen alguna base material que aún nos resulta poco clara. El haz neutrónico se infiltra en esta base y crea una nueva memoria, nuevos reflejos y nuevas costumbres. Mejor dicho, no crea sino que provoca su aparición *condicionada*. Así sucedió con Genjka, con «Cora», conmigo mismo» (mnemogénesis, creación de una memoria simulada).

Al último y más increíble de los descubrimientos de Komlin estaban consagradas las páginas, unidas con un clip. El director las tomó.

—Aquí —dijo con toda seriedad— se encuentra la respuesta a sus preguntas. Se trata de una especie de sumario o de un borrador del futuro informe. ¿Quiere que se lo lea?

—Hágalo, por favor —rogó el inspector.

»No basta con un esfuerzo de voluntad para obligarnos, aunque sólo sea a cerrar los ojos. Hace falta el impulso, ni más ni menos. Una descarga insignificante y el músculo se contrae, capaz de desplazar decenas de kilos, de ejecutar un trabajo enorme en comparación con la energía del impulso nervioso. El sistema nervioso es la mecha en el polvorín, la contracción del músculo es la explosión.

»Es sabido que la intensificación del proceso del pensamiento aumenta los campos electromagnéticos que se forman en alguna parte del cerebro. El hecho de que seamos capaces de constatarlo demuestra que el proceso del pensamiento actúa sobre la materia. Aunque no directamente. Si hago un cálculo integral, el campo del cerebro se hace más intenso, la aguja del aparato que capta y mide este campo, se desplaza. ¿No es acaso un sicomotor? El campo electromagnético es el músculo del cerebro.

»La capacidad de calcular se manifiesta al punto extraordinariamente. Cómo, no sabría decirlo. Cálculo, eso es todo. $1919 \times 237 = 424.703$. He hecho este cálculo mentalmente en el tiempo de cuatro segundos exactos, controlados con el cronómetro. Todo esto es hermoso, pero no tiene nada que ver con el nudo de la

cuestión. El campo electromagnético sufre un incremento, ¿qué sucede con los otros si existen? El músculo se ha desarrollado. ¿Pero cómo se dirige?

»Actúo. Espiral de wolframio. Peso 4,732 gramos. Pende de un hilo de nylon en el vacío. Con sólo mirarla, se ha desplazado de su posición inicial casi con un ángulo de quince grados, tal vez un poco más. Ya es algo. El régimen del generador...

—He hablado con Gorcinski —dijo el director después de terminar la lectura de una serie de números—. Esta noche. Ha visto la campana de vacío con la espiral colgada. Después de aquella noche el aparato desapareció. Komlin lo había desmontado, probablemente.

»El campo sicodinámico —el músculo del cerebro— trabaja. No sé cómo lo consigue. Y no tiene nada de extraño que no lo sepa. ¿Qué hay que hacer para que el brazo se doble? Nadie es capaz de contestar a esta pregunta. Para doblar el brazo yo doblo el brazo. Eso es todo. El bíceps es un músculo muy obediente. El músculo debe estar adiestrado. Hace falta enseñar al músculo del cerebro a contraerse, ¿Pero cómo? Este es el problema.

»Es interesante... No puedo levantar nada. Sólo desplazarlo. Y no según mi voluntad. La cerilla y el papel sólo hacia la derecha. El metal... sólo hacia mí. Se consigue mejor con cerillas. ¿Por qué?

»El campo sicodinámico actúa a través de la campana de cristal, pero no a través del papel de periódico. Para actuar sobre un objeto, necesito verlo. El aire, por lo que puedo entender, adquiere un movimiento turbulento en el punto de aplicación del campo. Apago la vela. En el interior del "neutrónico", a mi entender, la distancia no cuenta.

»Estoy convencido de que las posibilidades del cerebro son inagotables. Únicamente se precisan un adiestramiento y una determinada activación. Llegará un tiempo en el que el hombre realizará cálculos mentales mejor que cualquier máquina, podrá leer y asimilar una biblioteca completa en pocos minutos...

»Pero cansa terriblemente. La cabeza me estalla. Debo trabajar tal vez bajo una radiación continua y al final estoy completamente cubierto de sudor. No quisiera haberme agotado demasiado. Hoy trabajo con las cerillas.

Las anotaciones de Komlin terminaban aquí.

El inspector estaba sentado con los ojos semicerrados y pensaba que quizá la idea de Komlin estaba destinada a dar una abundante cosecha. Pero esto pertenecía al porvenir, y mientras tanto Komlin estaba en el hospital. El inspector abrió los ojos del todo y su mirada cayó sobre el papel milimetrado. «Con estos animales, monos y perros, no se logra saber nada. Hay que actuar por sí mismo», leyó. ¿Tendría razón Komlin?

«No. Komlin se había equivocado. Y por partida doble —se dijo el inspector—. No debió salir al encuentro de un peligro semejante, al menos solo. Aun cuando no le puedan ayudar ni las máquinas ni los animales (el inspector volvió a mirar el trozo de papel milimetrado), el hombre no tiene derecho a jugar con la muerte. Y Komlin hizo exactamente eso. Y tú, querido profesor Leman, no seguirás como director de este instituto, porque no lo entiendes y pareces entusiasta de Komlin. ¡No, compañero! No le permitiremos que se arroje al fuego. En nuestros tiempos, vosotros, vuestras vidas, nos son más queridas que los descubrimientos más grandiosos.»

En voz alta el inspector dijo:

—Considero que ahora ya se puede redactar el informe con los resultados de la encuesta. La causa de la desgracia está clara.

—Sí, está clara —repitió el director—. Komlin hizo un esfuerzo demasiado grande para levantar seis cerillas.

El inspector estaba acompañado por Leman. Los dos salieron a la plaza y se dirigieron sin prisa hacia el helicóptero. El director parecía distraído y en ningún momento conseguía adaptarse al modo de caminar lento y cojeante del inspector. A los dos pasos del aparato fueron alcanzados por Gorcinski, tétrico y con los pelos despeinados. El inspector había ya estrechado la mano del director y estaba subiendo a la cabina, lo que le resultaba difícil.

—Duelen las viejas heridas —murmuró.

—Andrés Andreevic esta mucho mejor — anunció Gorcinski de pronto en voz baja.

—Ya lo sé — dijo el inspector, sentándose finalmente con un carraspeo satisfecho.

El piloto llegó corriendo para ocupar su puesto.

—¿Escribirá el informe? —Preguntó Gorcinski.

—Sí, lo escribiré —contestó el inspector.

—Bien... —Gorcinski, moviendo sus bigotes, miró al inspector fijamente en los ojos y, de pronto, preguntó con una voz aguda por el temor:

—Dígame, por favor, ¿no es usted aquel Ribnikov que en el sesenta y ocho en Kustanai, por propia iniciativa, y sin esperar la llegada de los dispositivos automáticos, descargó ciertas cosas?

—¡Alejandro Borisovic! —le reprendió bruscamente el director.

—¿Y que fue entonces cuando le pasó algo en la pierna...?

—¡Basta, Gorcinski!

El inspector no contestó. Cerró con fuerza la portezuela de la cabina, y se apoyó en el respaldo del blando asiento.

El director y Gorcinski permanecieron de pie en la plaza y, con la cabeza alta, vieron pasar al gran escarabajo, con un tenue murmullo, sobre la masa rojo pálido de los diecisiete pisos del edificio del instituto, para desaparecer después en el cielo turquesa del crepúsculo.

Mister Risus

Aleksandr Beljaev

Spalding recordaba la felicidad, así se lo pareció entonces, que experimentó al acatar sus estudios en la politécnica, cuando guardó en un cajón el diploma de licenciatura.

Era ingeniero mecánico, y ante él se abría el mundo entero. Para él brillaba el sol, para él sonreían las chicas, para él las tiendas ostentaban suntuosas vitrinas, para él sonaba una música alegre en los salones elegantes, para él rodaban sobre el asfalto los brillantes automóviles.

Todo aquello no se hallaba aún a su alcance. Pero tal vez el día de mañana tomaría del brazo a una muchachita de ojos cerúleos y boca de púrpura, la haría sentar junto a él en un lujoso automóvil y la llevaría al mejor restaurante de la ciudad. Ese mañana, por supuesto, no debía ser interpretado al pie de la letra. Antes tenía que encontrar un empleo, trabajar como ingeniero para algún industrial, ahorrar dinero y luego montar un negocio propio. Entonces todo iría sobre ruedas.

Encontrar un empleo... No, no era cosa fácil. Spalding lo sabía muy bien. Pero crisis y desempleo no eran palabras que le diesen miedo. ¿Acaso la politécnica se había honrado con otros estudiantes de estatura alta como la de Spalding, de musculatura comparable a la suya? ¿Acaso no era él quien vencía en cada competición deportiva? ¡Y qué cerebro! Había terminado los estudios entre los primeros, incluso hubiera sido el primero absoluto, de no tener tanta afición a los deportes.

Y lo que era más importante, nadie tenía una voluntad tan férrea, una mayor codicia y un mayor deseo de dominar, una sed tan ávida de riquezas, un más homérico apetito de todos los placeres de la vida y una tenacidad tan fanática para perseguir sus propios fines.

Spalding se había lanzado de cabeza a la refriega, como un joven lobo famélico, poniendo en actividad la voluntad, la sed, los dientes y las uñas. Pero muy pronto comprobó que todo eso no bastaba. Las uñas únicamente le sirvieron un día para arrancar, en un acceso de ira, el aviso colgado en la puerta de una fábrica: «No se acepta mano de obra». Con los dientes mordisqueaba, rabioso, una caña de bambú, mientras escuchaba la enésima negativa. En la mayoría de los casos no conseguía hacerse recibir por el secretario, aún menos por el director. Sólo le quedaba el recurso de telefonar desde la antesala. Una vez había intentado arrancar violentamente el cordón del teléfono, pero había sido ignominiosamente expulsado de la oficina del secretario particular de un magnate de la industria mecánica.

Vivía de expedientes, con frecuencia no comía lo necesario y se irritaba cada vez más. Pensaba con maligna alegría que no tendría piedad de los desgraciados, cuando, a pesar de los obstáculos, hubiese alcanzado la cima del bienestar. Y se decía a sí mismo que, dado que las vías normales eran tan difíciles, era necesario encontrar otras nuevas, inusitadas, más rápidas.

¡Vías nuevas! Pero, ¿dónde encontrarlas? Spalding era todo oídos cuando escuchaba la descripción de algún sistema rápido y desconocido para acumular riquezas. Una vez, en un vagón del metro, oyó hablar del éxito de un escritor humorístico, que había conseguido un patrimonio colosal con un solo libro; también Spalding lo había leído y se rió con toda su alma. Pero no poseía dotes de escritor. Algunos días más tarde, leyendo, supo de uno que había ganado millones con una patente de crecepelo; el método secreto incrementaba realmente —increíble pero verdad— el crecimiento del cabello. Pero un invento de esa clase no era un negocio rápido, mucho menos fácil. Otro periódico hablaba de las ganancias fabulosas del famoso actor cómico Presto. Desgraciadamente, Spalding no tenía ningún talento artístico.

Cansado, irritado, con su pesada mochila de aburrimientos y humillaciones acumulados a lo largo de la jornada, Spalding había regresado tarde a casa. Medía con sus pasos la estrecha habitación, que daba al patio, y escuchaba, al otro lado de la pared, cómo alguien tocaba tristes melodías con un extraño instrumento. Los sonidos recordaban unas veces la flauta, otras el violín, otras una voz de contralto y le enervaban. No conseguía reconocer el timbre, fijar la melodía siempre cambiante, a veces dulce y fascinante, a veces áspera y absurda. No sabía habituarse —tampoco lo había logrado la tarde anterior— a los pasajes repentinos con sonidos musicales parecidos a ráfagas de ametralladora que, por otra parte, cesaron muy pronto. Además no

podía imaginar quién sería el intérprete: un principiante no habría sabido tocar de una forma tan notable piezas de una técnica tan compleja, ni un artista maduro habría podido abandonarse a aquellas fantasías musicales, de forma y contenido tan extraños.

Desde algunos días antes aquella música intrigaba y preocupaba a Spalding. Pensó en hablar con la patrona de la casa, que ocupaba la habitación contigua a la suya. Aquella tarde inmediatamente después del melódico canto de un violín, se escuchó al otro lado de la pared una infernal estridencia metálica, silbidos, chirridos, Spalding golpeó la pared con furia. El ruido cesó.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

En el umbral de la puerta semiabierta apareció la dueña de la pensión, alta, rubicunda, cuarentona. Sin entrar, dijo:

—Perdone, mister Spalding. ¿Le molesta su vecina con esa música horrible? Le diré que no toque después de las ocho de la noche.

—Muchas gracias, mistress Adams —contestó él—. Esa música, en efecto, me estorba bastante, pero no quisiera perjudicar a mi vecina en el caso de que esos sonidos fuesen para ella una fuente de ingresos y no un pasatiempo. Puedo volver a casa más tarde...

—¡Oh, no! Hablaré en seguida con miss Bulwear. Es imperdonablemente joven..., quiero decir, que es una excéntrica imperdonable, pues es tan joven... ¡Una inventora! —continuó mistress Adams, no sin cierto aire de desprecio.

Spalding se sintió repentinamente interesado.

—¿Una excéntrica? ¿Una inventora? ¿Y qué inventa? Pero, entre usted, mistress Adams...

Pero la educación de mistress Adams le prohibía entrar en la habitación de un soltero solitario y permaneció en el umbral.

—Gracias, pero tengo prisa —contestó—, No quiero decir nada malo de miss Bulwear, pero todos los inventores están un poco sonados... —y la Adams hizo girar el dedo regordete y anillado, apuntándolo sobre la frente—. Dice que está inventando una melodía que hará llorar al mundo entero: al niño de pecho, al viejo centenario, a la esposa feliz, al joven despreocupado, y hasta a los perros y los gatos. Dice que entonces será «la reina de las lágrimas»... son palabras suyas, yo no añadido nada...

Alguien llamó a mistress Adams. Tras excusarse y obsequiar con una sonrisa de adiós a Spalding, se marchó.

En el segundo piso había una ancha galería de cristales, que daba sobre un jardincito de árboles tristes y dos senderos. Hacía las veces de club para los pensionistas de mistress Adams. Había algunas mesitas, muebles de mimbre, palmeras artificiales en los rincones, jarros con flores en el alféizar y una jaula con un loro verde, adorado por la patrona de la casa. Por la noche allí se jugaba al ajedrez o al dominó, se bailaba al son del gramófono, se leían los periódicos y a veces se tomaba el té o se hacía algo de calceta.

Hasta entonces. Spalding nunca había frecuentado aquel club, donde sólo habría encontrado empleadillos, artesanos, comerciantes al por menor, viajantes ocasionales, agentes de ventas de medicamentos patentados, escritores noveles, estudiantes; la casa era grande y los huéspedes variaban a menudo. Pero Spalding empezó a frecuentarlo y allí conoció a miss Bulwear. Antes de acercarse a ella, la estudió durante algunos días. Le pareció que la descripción hecha por mistress Adams no se ajustaba a la realidad: la muchacha no parecía una excéntrica, ni siquiera una inventora chiflada. Era sencilla, serena. Los rasgos de su cara eran regulares y agradables.

—¿Se ha proclamado ya reina de las lágrimas? —le preguntó una noche Spalding. La muchacha sonrió.

—Desearía serlo. Y no sólo reina de las lágrimas, sino reina de la alegría, reina del estado de ánimo, si usted quiere.

—Inducir a la gente a llorar o a reír... ¿Es posible?

—¿Acaso no es lo que sucede normalmente? —le contestó con una pregunta a su pregunta—. ¿Nunca ha encontrado personas sencillas y sensibles que apenas consiguen contener una lágrima al escuchar una marcha fúnebre ejecutada por una orquesta? ¿Y las piernas de ciertas personas acaso no se ponen automáticamente

en movimiento con el sonido de un bailable? Cuando hayamos descubierto el secreto de la alegría y de la tristeza, haremos reír y llorar y no sólo a las personas más sensibles e impresionables. Obligaremos al dolor mismo a bailar con nosotros, y a la alegría a verter ríos de lágrimas...

Spalding sonrió.

—Sí, sería un espectáculo digno de los dioses —admitió—. ¿Y cree que con eso se podría ganar dinero?

—Mi jefe, mister Goud, cree que sí. De otro modo no subvencionaría mis experimentos, ni siquiera en la modesta medida en que lo hace.

—¿Mister Gould? ¿En qué se ocupa?

—De la producción mecánica de tristeza y de alegría: es fabricante de discos fonográficos.

Lucía Bulwear había terminado el Conservatorio, especializándose en composición. En los últimos cursos empezó a dedicarse a la teoría, y se sentía fascinada por ella. Quería captar el misterio de la belleza de la música, descubrir las causas de que una cierta secuencia de sonidos nos deje indiferente, otra nos encante y otra nos irrite. Pero ni la teoría de la armonía, o del contrapunto, ni los tratados de estética o de psicología la habían iluminado sobre este tema. Entonces la muchacha se consagró a los estudios teóricos de acústica y de fisiología.

—¿Y qué finalidad práctica persigue? —preguntó Spalding.

—Cuando inicié las investigaciones no pensaba todavía en una finalidad práctica. Atendía descubrir el misterio de la belleza. Estudiando ejemplos de anotaciones musicales y acústicas, intenté obtener sus leyes. Luego me dediqué yo misma a componer fórmulas y a traducirlas en sonidos. Figúrese, empecé a obtener melodías muy originales y bastante inesperadas. Una vez le llevé a mister Goud una canción compuesta por mí con este método. Por casualidad se cayeron al suelo, junto con las partituras, algunas de las fórmulas. Mister Goud se interesó por ellas, y me preguntó qué clase de signos cabalísticos eran. Cuando se lo expliqué, me dijo:

»—¡Qué interesante! Tal vez le proporcione algún provecho. Ya sabe que compro a los compositores canciones nuevas con derechos en exclusiva... Es importante estar en buenas relaciones con los compositores. En cuanto alguno de estos músicos consigue hacer un par de cancioncillas que tengan éxito, empieza a presumir y pretende compensaciones absurdas. Así se arruina uno en seguida... Si usted consiguiera inventar un aparato que fabricara mecánicamente las melodías, al igual que se obtiene una suma en una máquina calculadora, sería algo magnífico. Ya no necesitaría a los compositores, me liberaría de sus caprichos y de sus exageradas pretensiones. ¡Qué maravilla! Pondría un operario en el aparato o un mecanógrafo y a fabricar una canción tras otra. Inundaría el mercado... ¿Podría hacerlo, señorita?

»Le contesté que no había pensado en sustituir la creación artística por una máquina, y que no me parecía posible.

»—Ciertos cálculos matemáticos no son más simples que sus composiciones y, sin embargo, las calculadoras mecánicas suplen estupendamente el trabajo del cerebro —me dijo—. Inténtelo. Yo podría financiar sus experimentos. En caso de éxito, su futuro está asegurado.

»Acepté la proposición.

—¿Y qué resultados ha obtenido? —preguntó Spalding.

—Ya he resuelto algunas fórmulas estéticas para la construcción mecánica de las melodías. Si el trabajo prosigue tan favorablemente...

La señora Adams pasó por delante de ellos. Era tarde, en la galería no había quedado casi nadie. La muchacha le deseó unas buenas noches y se marchó.

En cuanto Spalding hubo conocido la ocupación de la señorita Bulwear, perdió todo interés por ella, era como por una esfinge sin secreto.

Un mes después de aquella conversación, al volver a casa en el ferrocarril subterráneo, leyó en el periódico: «La empresa Bekford amenazada de bancarrota». Spalding se interesaba vivamente por todo lo que se refería a la ascensión o a la caída de los hombres desde la suerte de Napoleón hasta la historia de los millones de Rotschild o de Rockefeller. Así que leyó el artículo con atención. Bekford era un *gagman*, un bufón profesional, algo semejante a los *chansoniers* franceses. Esto era ya conocido de Spalding. Pero lo que

seguía fue una novedad para él. Se enteró de que el «mercado de la risa» estaba en América organizado en amplia escala. Inventar agudezas era un negocio comparable a la fabricación de sombreros o a la de gemelos de camisa. La empresa más importante en aquel campo era la del señor Bekford, «el primer *gagman* de América», que inventaba y vendía chistes, componía escenas, números humorísticos para comedias musicales, para actores cómicos, para payasos de circo. Tras haberse forjado así un pequeño patrimonio, empezó a comprar y a vender ocurrencias de otros, a recoger y a reordenar sistemáticamente un *corpus* mundial de la comicidad: libros humorísticos, anécdotas históricas, discos fonográficos con historias divertidas... Su catálogo contenía más de cuarenta mil ocurrencias, bromas y chistes. El material estaba dividido en temas, numerado y catalogado. Cualquier chiste podía ser localizado en el plazo de veinte segundos. Cada año el catálogo se enriquecía con unos tres mil números. Para recoger los primeros cuarenta mil, Bekford tuvo que examinar más de tres millones de historias humorísticas.

Los empresarios exigían que durante los programas organizados por Bekford el espectador se riese no menos de ochenta veces por hora. Bekford había superado aquella cifra: los espectadores reían de noventa a cien veces, y en los mejores programas había alcanzado el récord de ciento veinte carcajadas cada media hora. Según la teoría de Bekford, los espectadores no piden novedades, por otra parte difíciles de encontrar. El cómico profesional no debía hacer más que presentar con habilidad viejos chistes. La teoría parecía justificada por la práctica, y efectivamente los asuntos de la empresa prosperaban. Bekford abrió sucursales, compró cinematógrafos, *music-halls* y hasta un Banco. Pero de improviso todo aquel edificio de apariencia tan sólida había empezado a mostrar grietas, una tras otra. Por alguna razón incomprensible, los espectadores reían cada vez menos: setenta, sesenta, cuarenta veces por hora, en lugar de las ochenta, noventa o cien convenidas. Los ingresos disminuían.

¿Por qué? Spalding quedó sumido en sus meditaciones. Tal vez Bekford no hubiera tenido en cuenta que cambiaban las circunstancias. La crisis. Una inquietud general en el país y en todo el viejo mundo. Una sensación de inseguridad, de provisionalidad. Bekford no era más que un grosero practicón, no había intentado enfocar el problema desde el aspecto teórico, investigar, desvelar la naturaleza de la comicidad, indagar la psicología del espectador, del oyente, del lector moderno. El concepto de lo cómico es móvil y variado. A pesar de todo, deben existir algunos principios generales de la risa: quizá se podrían reducir a cinco o seis fórmulas fundamentales... Si se pudiesen encontrar y se aplicaban hábilmente, teniendo en cuenta un determinado público y las circunstancias, la gente empezaría a reír sin interrupción. ¿Y por qué no? La Bulwear intentaba encontrar los principios de la belleza... ¡Si lo lograba, sería una mina de oro! Bekford se había quedado en la simple artesanía. No había comprendido que la risa puede representar no ya una fuente de ingresos, sino también una fuente de poder. ¡Qué perspectiva tan alentadora la posesión del secreto de la risa, de desternillarse a la gente aun contra su voluntad!

Spalding sintió frío en las manos. ¿Qué debía hacer? Descubrir a cualquier precio el secreto de la comicidad. Estudiar el problema en sus aspectos teórico y práctico. Finalmente, actuar. Pero le faltaba un capital inicial. Para empezar, ofrecería sus servicios a aquel *gagman* banquero, Bekford, y luego...

Spalding cerró encantado el periódico y gritó:

—¡Eureka!

Su vecina se separó de él asustada, cuando, tras haber lanzado una ojeada por la ventanilla, lanzó otra exclamación, esta vez de rabia. Absorto en sus reflexiones, se había pasado cinco estaciones de su parada. Acompañado por las carcajadas de los pasajeros, se precipitó hacia la salida.

Aquel mismo día se puso a trabajar.

Spalding hizo unas anotaciones al margen de un gran cuaderno y paseó por la habitación. Tras tomar de una estantería un tomo de Mark Twain, lo abrió por la página indicada y leyó las líneas subrayadas con lápiz:

«—¿Tiene usted un hermano?

—Sí, se llamaba Bill. ¡Pobre Bill!

—Pero, ¿ha muerto?

—¡Quién sabe! Nunca hemos logrado saberlo con exactitud. Un espeso misterio envuelve el asunto. Éramos gemelos, él y yo. Cuando teníamos dos semanas, nos lavaron en la misma bañera. Uno se ahogó, pero nunca fue posible averiguar cuál de los dos había sido. Unos creen que fue Bill, otros que el ahogado fui yo...»

Spalding se rió, pero en seguida frunció las cejas y reflexionó. Había dejado el librito de Mark Twain sobre la mesa y medía la habitación con sus pasos.

¿En qué consistía la comicidad en aquel caso?

Abrió el libro de Enri Bergson, *Le rise*,

«Resulta cómica la obtusidad de la máquina en contraste con la movilidad, la atención, la ductilidad del hombre. El hombre que actúa como un autómatas inanimado, constituye uno de los secretos de lo cómico. Un hombre corre por la calle, tropieza, se cae; los peatones se ríen. Otro se ocupa de sus quehaceres cotidianos con una regularidad mecánica, cuando, de pronto, un bromista le revuelve todos los objetos que le rodean; el hombre moja la pluma en el tintero y no saca más que porquería, cree que va a sentarse en una silla resistente y, sin embargo, se cae al suelo...»

—¡Exacto! —se maravilló Spalding—. ¡Es la misma técnica que emplean todas las películas americanas! Tendré que comprobar su eficacia con individuos aislados. A propósito, aquí hay una silla con una pata rota...

La señora Adams se había acercado a la puerta y observaba con curiosidad a Spalding a través del ojo de la cerradura, mientras éste hacía horribles muecas frente al espejo. Dejó de atender al espejo cuando oyó llamar a la puerta. ¿Quién podría ser? Naturalmente, la señora Adams que vendría a preguntarle si necesitaba alguna cosa. Haría un experimento con ella...

—¡Adelante!

La señora Adams abrió la puerta. Spalding dio unos pasos hacia ella, pero a mitad de camino sus piernas se cruzaron y cayó al suelo cuan largo era. Pero la señora Adams no se rió. Lanzando un grito histérico, se precipitó hacia el caído.

—¿Se ha hecho daño? ¿Qué tiene? ¡Dios mío, qué susto me he llevado!

—Nada, nada, una caída tonta. Siéntese en la butaca, se lo ruego. Yo también me sentaré... La cabeza aún me da vueltas.

Spalding se sentó sobre la silla rota y, bizcando los ojos como un loco, cayó otra vez con gran estrépito. La señora Adams, ahora muy asustada, se agitó:

—¡Está enfermo, mister Spalding! Es evidente. Hasta su cara ha cambiado, está terriblemente descompuesto, inmóvil; ¡Sólo las personas muy enfermas tienen un aspecto semejante!

Ay, la mueca que había creído cómica, provocaba el miedo, no las risas. Al marcharse la dueña de la casa, Spalding se volcó sobre los libros. ¿Cuál era la causa del fracaso? Creyó comprender la razón: para poder reír, es necesario permanecer insensibles hacia el objeto del ridículo. Pero la señora Adams no era insensible hacia Spalding... ¿Es posible hacer reír a una mujer enamorada de uno? Sí, debería serlo, pero habría que encontrar el secreto...

Paso a paso, Spalding resolvía el misterio. Muy pronto se convirtió en el centro de todas las reuniones en la galería, donde había vuelto a dejarse ver. Las carcajadas no faltaban nunca a su alrededor.

—No sabíamos que fuese tan alegre —decían los pensionistas.

La gente alegre es apreciada, y Spalding sentía aumentar las simpatías a su alrededor. Poco a poco se planteó problemas más difíciles: hacer reír a personas melancólicas, enfermas, descompuestas y afligidas. Sufría algún fracaso, pero lograba corregirse con creciente habilidad e incluso tuvo algún éxito decisivo. En la pensión Adams había aparecido un nuevo cliente, el oficial retirado Ballantyne, hombre de carácter muy cerrado y de vida particular desafortunada. Se decía que aquel último año había perdido la mitad de sus haberes y la pierna izquierda; la mujer, no soportando más su sempiterno mal genio, decidió abandonarle. Además sufría del hígado y se caracterizaba por una irritabilidad fuera de lo común. Nadie le había visto sonreír jamás. Spalding se impuso la obligación de reír a aquel hombre. Todos estaban al corriente de su

propósito, excepto el propio Ballantyne. Se apostaban incluso fuertes sumas. Ahora, Spalding estaba a punto ya de darse a conocer como bufón profesional.

Fingiendo que no advertía la presencia del viejo gruñón, empezó a exhibir su mejor repertorio. Ballantyne se sentaba en un sofá, teniendo abrazada la rodilla de su única pierna, y miraba a Spalding con sus ojos negros y furibundos. A su alrededor todos se desternillaban, pero ni siquiera un músculo se movía en el rostro del militar. Los que habían apostado por Spalding empezaban a murmurar entre sí; tal vez, Ballantyne fuera sordo, como el tío que no se reía nunca en el cuento de Mark Twain...

Pero, de improviso, Ballantyne estalló. La explosión de su carcajada fue como la salva de un cañón; a causa del retroceso experimentado por todo su cuerpo, fue a dar con la nuca contra la pared con tanta violencia que perdió el conocimiento durante algunos instantes. Le aplicaron trocitos de hielo y le dieron a oler sales.

El triunfo de Spalding era completo.

La galería de la pensión Adams se Rabia quedado ahora demasiado pequeña para sus experimentos. Decidió exhibirse como *gagman* en un *music-hall*. Tenía ya una sólida preparación teórica, como pocos artistas podían presumir, habiendo recogido una abundante documentación de chistes y de anécdotas de todos los tiempos y de todos los países. No es de extrañar que obtuviera de inmediato un éxito fulminante, ni que al éxito siguieran los beneficios. Spalding pudo saldar generosamente su cuenta con la señora Adams y, con gran pesar por parte de ella, se trasladó a un nuevo apartamento en el centro de la ciudad.

Seguro en sus nociones teóricas y prácticas, decidió ofrecerse a Bekford. Gozaba de una cierta notoriedad y le fue fácil hacerse recibir, hablar con él y ser contratado en calidad de «asesor científico».

Se puso a trabajar intensamente. Tomó contacto con el catálogo de los chistes del mundo, de los discos, de la cinemateca. La empresa de Bekford suponía una venta en masa, por lo que Spalding empezó a estudiar al americano medio, sus gustos, su idiosincrasia. Había que averiguar por qué los programas de Bekford, que antes batían todos los récords, no provocaban ya las mismas carcajadas, así como la manera de mejorarlos. Del estudio de la masa de los «americanos medios», Spalding pasó al de los individuos aislados, de los representantes típicos de las distintas clases, de los varios grupos de la población. Hacer reír al parado, al operario, al funcionario, sobre el que pesaba el terror hacia el desempleo, al propietario de viviendas huérfanas de inquilinos, al tendero sin clientes, al empresario de un teatro vacío... Hacer reír al lisiado hambriento, al recluso, al hipocondríaco... Hacer reír al hombre oprimido por las preocupaciones, presa de la inquietud y de la angustia. Hacerles alegres significaba hacer reír al americano medio, sano por naturaleza, propenso al optimismo y al *humour*.

Con un obstinado trabajo, Spalding logró resolver el problema.

Era el momento de ampliar el campo del negocio. También en esta faceta Spalding demostró una rara habilidad. Aumentó el número de los clientes, renovó el surtido de la mercancía, inventó estilos nuevos y nuevas líneas de producción. Folletos de propaganda con «muestras» incluidas se distribuyeron entre actores cinematográficos y teatrales, dramaturgos, escritores, periodistas, abogados, conferenciantes, payasos de circos ecuestres, médicos, alguaciles, pedagogos, profesores, peluqueros, incluso párrocos de iglesias de distintas confesiones.

«La risa, como método de curación», y se aducían ejemplos y autorizadas opiniones de especialistas. «El peluquero alegre atrae la clientela», y se contaba la historia del señor Hopkins, barbero enriquecido por haber utilizado los servicios de la empresa Bekford. «Un cliente del señor Bekford, el señor G., fascina con sus bromas alegres a la señorita H., rica y espléndida muchacha, y se casa con ella.» «El teatro donde resuenan incesantes las carcajadas, nunca tiene butacas vacías. Ejemplos persuasivos.»

La propaganda era eficaz, la demanda aumentaba. Ante la sorpresa del propio Spalding, reclutó como clientes a predicadores religiosos, que conseguían —quién sabe cómo— combinar la pecaminosa risa terrenal con la prosopopeya celestial.

Se vendieron nuevos discos de la sociedad Bekford donde se registraban las irresistibles exhibiciones de Spalding, discos-cartas con anécdotas y canciones cómicas, cajas, cigarros, cigarrillos, caramelos, gafas estereoscópicas, juguetes, espejos con sorpresas, enanos y animales que realizaban inesperados y bufos

gestos o emitían sonidos ridículos. En las hábiles manos de Spalding, la comicidad, como el mítico Proteo, asumía variados aspectos: de palabra, de color, de forma, de todo ello a la vez. Tuvo un éxito inesperado —y por lo tanto, grandes beneficios—. La última invención de Spalding, «quioscos de la carcajada» en las calles, donde los peatones, con una modesta suma, podían reír hasta hartarse durante cinco minutos. Salían de ellos con los ojos llenos de lágrimas y con exclamaciones alegres. Era la propaganda más eficaz y la gente se apretaba siempre en torno a aquellas instalaciones.

La situación de la firma mejoró y sus beneficios aumentaron vertiginosamente. Bekford estaba contentísimo con Spalding, pero éste no se sentía satisfecho de su superior. En su tiempo habían firmado el siguiente acuerdo: Bekford debería entregar a Spalding una cantidad mensual fija; en cuanto los beneficios de Bekford hubiesen empezado a aumentar, Spalding percibiría además el dos por ciento —¡sólo el dos por ciento!— de las nuevas rentas suplementarias. Pero cuanto más aumentaban éstas, menos dispuesto se mostraba Bekford a respetar aquel convenio. Se negaba a pagar el dos por ciento.

Entre ambos habían surgido las primeras disputas. Es más, había sido el propio Bekford quien las había provocado, con el objeto de liberarse de Spalding, que, en su opinión, ahora no le era ya necesario.

—¡No me eche la culpa a mí, señor Bekford! —exclamó una vez Spalding, durante la enésima discusión— Le he salvado de la ruina. Ha acumulado usted un capital con mis carcajadas y ahora, a pesar de sus promesas, se niega a darme la parte que me corresponde. Muy bien, sepa que conseguiré, siempre a base de carcajadas, obligarle a que me entregue mi dinero...

—Me parece la broma menos lograda de todo mi catálogo... —contestó Bekford., con una sonrisa despreciativa.

—¡Ya veremos si es o no lograda! —replicó Spalding, amenazador.

Spalding se retiró durante una temporada, muy ocupado en nuevos experimentos...

El cuerpo obeso de Bekford, sacudido por el hipo, estaba recostado sobre el brazo de la butaca. El rostro aparecía contraído por una hilaridad histérica. El cuello estaba empapado de gruesas gotas de sudor. La gruesa mano, con una maciza joya en el anular, pendía abandonada y rozaba la alfombra persa. Bekford intentaba enderezarse, pero los accesos de risa tormentosa le hacían caer otra vez a un lado.

Con un esfuerzo supremo de voluntad, mister Bekford consiguió por fin apoyarse en el respaldo. Las explosiones de risa se iban atenuando, como un temporal que se aleja. Empezaba a reponerse, pero aún no conseguía comprender claramente lo sucedido.

¡Parecía una alucinación!

Bekford echó una ojeada instintiva al escritorio cubierto por un grueso cristal. Sobre él había un grueso talonario de cheques. Bekford escribió diez millones de dólares sobre un talón, lo firmó, arrancó la hojita de la matriz y se la tendió a Spalding. Su cara, de una palidez azulada, se puso lívida, mientras las mejillas adquirían un tono violáceo. Un nuevo estallido de ladridos se transformó en el rebuzno de un asno encolerizado. De la habitación vecina, como un eco, se oyó sollozar, gemir, bufar, toser, chillar, gritar y desvariar a varias voces, pero nadie venía en ayuda del director; tal vez los demás precisaban también de socorro... Este fue el pensamiento que hizo volver en sí a Bekford. Después de todo, era el poderoso jefe de una empresa, el propietario de un rascacielos, el señor absoluto de toda aquella gente subordinada y desheredada.

Bekford intentó reconstruir mentalmente todo cuanto había sucedido aquella mañana. No era fácil hacerlo cuando un tifón de locura tenía el centésimo primer piso de su *building*.

Era la bien conocida «hora muerta» —de ocho a nueve de la mañana— en que Bekford, en completa soledad, solía preparar el plan de la cotidiana campaña: a quién echar a pique, con quién concluir una alianza temporal, a quién asestar el golpe decisivo. Aunque se hundieran a la vez las Bolsas de Nueva York, de París y de Londres, junto con todos los Bancos del Estado, aunque la Luna se hubiese caído por el suelo, nadie en absoluto podía, ni osaba, irrumpir en su despacho ni turbar la hora sacrosanta.

Sin embargo, hoy..., Bekford estaba orientándose sobre la dislocación de las fuerzas financieras internacionales, y había empezado a esbozar concisas y claras órdenes a sus directores consejeros, agentes de bolsa, a varios empleados subordinados del Ministerio de Finanzas, a redactores de periódicos, cuando de

pronto..., ¡no podía creer a sus propios oídos!..., desde el despacho del secretario particular llegó un ruido indecente, que hubiese podido turbar el curso armonioso de las reflexiones del magnate y, por lo mismo, causarle pérdidas ingentes. Al rumor siguió un carcajeo, esta vez francamente obsceno. Equivalía a un motín, una rebelión abierta.

El hombre de empresa tendía la mano hacia el timbre de alarma, cuando se abrió la puerta de golpe y oleadas de frenética hilaridad invadieron el inmenso despacho. En la puerta estaba aquel sinvergüenza de Spalding, con un traje gris claro y un sombrero de paja sobre la cabeza. Bekford levantó su redonda cabeza y miró al intruso con aquella mirada gélida y penetrante que dejaba atónitos y balbuceantes a los más experimentados diplomáticos.

Pero Spalding sostuvo aquella mirada. De improviso, hizo una ligera mueca increíblemente bufa, un gesto apenas insinuado que comunicó una irresistible comicidad a toda su cara, y pronunció una sola frase. Bekford no conseguía ahora ni recordarla, era algo completamente inesperado, absolutamente incongruente con el lugar y el momento, pero, quizá precisamente por ello, divertida hasta tal punto que Bekford había estallado en una carcajada franca y contagiosa, como no había hecho desde su lejana juventud. Spalding, sin quitarse el sombrero, atravesó rápidamente la parte de alfombra que separaba la puerta del escritorio, apoyó la mano sobre la superficie del cristal y, aprovechando una pausa en la hilaridad de Bekford, preguntó:

—¿Qué le parece, jefe, si saldásemos cuentas? Tenga la bondad de firmar un cheque de diez mil dólares y entréguemelo.

Bekford cesó de reír por un instante y miró a Spalding con miedo. ¿Se habría vuelto loco? Intentar hacer reír al «primer *gagman* de América» era tan insensato como ofrecer un caramelo a un fabricante de golosinas. Spalding sonrió:

—Espero que será lo bastante razonable para hacerlo, ¿no?

Siguió con un nuevo juego mímico y una nueva frase, que obligaron a Bekford a desternillarse otra vez.

—El cheque al portador —indicó.

Bekford se reía, debatiéndose en convulsiones, como un pájaro preso en una red. Extendió la mano hacia el timbre, pero un acceso de risa espasmódica paralizaba cada movimiento suyo. Todos sus músculos estaban relajados, el cuerpo entero parecía aplastado. Echó una ojeada angustiosa en dirección de la puerta, pero era inútil esperar socorro por aquel lado: mecanógrafas y secretarios se retorcían en paroxismos de hilaridad, semejantes a los espasmos preagónicos de alguna terrible enfermedad epidémica... Mientras Spalding, aquel maldito genio de la carcajada, seguía torturando el cuerpo y los nervios de su víctima, que siendo de índole asmática, había empezado a sofocarse y suspiraba:

—¡Un millón!

—¡Diez y uno! —contestó Spalding.

—¡Dos!

—¡Diez y dos! —insistió el otro.

Bekford se estaba transformando en un trozo de gelatina. Se descomponía tanto que mostraba los ojos revueltos, los labios azulados, sentía calambres en las costillas y se le cortaba la respiración.

La obstinación podía costarle la vida. Entonces pidió gracia. Estaba dispuesto a firmar un talón de diez millones, pero no podía, sus manos temblaban. Cuando Spalding dejó de hacerle reír, recobró la respiración y firmó el cheque. A fin de cuentas, pensó, no era tan terrible: tendría tiempo de avisar al Banco de que no pagasen aquel talón. Spalding, con gesto despreocupado, se lo metió en el bolsillo y saludó con el sombrero. A modo de adiós, lanzó una ocurrencia que puso a Bekford fuera de combate durante todo el tiempo que necesitaba Spalding para irse tranquilamente.

... Con un suspiro profundo, como quien se despierta tras un sueño lleno de pesadillas, Bekford miró las agujas del gran reloj que había en un ángulo de la habitación. Vio con asombro que la visita de Spalding había durado exactamente ocho minutos, y que éste había salido apenas un minuto antes. Por lo tanto, debería encontrarse aún en el ascensor. Bekford aferró el receptor telefónico y llamó al Banco, situado a una veintena de pisos más abajo, ordenando que se arrestase inmediatamente al portador del talón de diez millones de dólares.

—¡No entreguen el dinero! ¡El talón es falso! ¡Ja, ja, ja! Caramba, no haga caso si me río. Son los nervios... ¡Ja, ja!

Luego, ante la eventualidad de que Spalding no acudiera personalmente a retirar el dinero, Bekford telefoneó al jefe del servicio de seguridad en la planta baja.

—¡Disponga una guardia armada en todas las salidas! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! —estalló en risas de nuevo, al pensar otra vez en Spalding—. ¡Ja, ja, ja!... ¡Mil diablos! ¡Así tendrá tiempo de escapar!

Por fin consiguió dar una nueva orden:

—¡Arresten al joven vestido de gris con un sombrero de paja! ¡Spalding! ¿Le conocen? ¡Ah, ahora me puedo reír! ¡Jo, jo, jo, jo! Bueno basta ya. ¡Jo, jo, jo, jo!...

Bekford telefoneó a su secretario particular. Entró en la habitación un hombre delgado y alto, doblado en dos como un compás medio abierto. Su risa era semireprimida e irrefrenable, y todo su cuerpo se sacudía como si una mano robusta lo menease como una marioneta. A mitad de camino el secretario palideció y se sentó, deshecho, sobre la alfombra. Bekford lo miraba, cada vez más ceñudo, hasta que de golpe se desternilló de nuevo.

El secretario se levantó. Vacilando como un borracho, se acercó a la mesita donde había una botella de agua. Intentó servirse un vaso, pero las manos le temblaban.

Sonó el teléfono. La primera cosa que oyó Bekford al levantar el receptor fueron sacudidas de risas frenéticas, incontrolables, estridentes. Palideció. Por lo visto, aquel diablo de Spalding había tenido tiempo de propagar la epidemia en la planta baja.

La carcajada en voz de bajo fue sustituida por otra de tenor, con un sonido como de mujer o de niño. Estaba claro que diversas personas intentaban hablar, pero no lo conseguían. Bekford, con una vulgar blasfemia, tiró lejos el receptor.

Sólo algunas horas más tarde consiguió saber los detalles de lo sucedido, detalles que ya había intuido. Tanto en el Banco como en el vestíbulo se había intentado detener a Spalding, pero en vano. En el Banco se le habían acercado tres policías, pero un instante después, como alcanzados por una bala, se retorcieron por el suelo, sujetándose la tripa por las carcajadas. Spalding había obligado al cajero, muerto de risa, a entregarle el dinero. Siempre entre carcajadas, se había abierto paso entre numerosos guardias del servicio interior de seguridad hasta el vestíbulo, y había salido tranquilamente del *building*, llevándose en los bolsillos del abrigo gris diez millones de dólares.

—No, no es un hombre, ¡es Satanás! —gemía Bekford.

El titular de la sociedad estaba afligido por la pérdida de aquella fuerte suma de dinero, humillado por el papel ridículo que se vio obligado a representar. Sin embargo, no dejaba de sentir una especie de respeto hacia Spalding, por el simple hecho de que hubiese pedido no mil dólares, no un millón, sino diez, lo elevaba por encima de la masa de los vulgares embaucadores.

Pero no podía dejar que las cosas quedaran así. Regalar diez millones de esa manera; no, mister Bekford no era un hombre de ese género.

Empezó por llamar a la policía, a su abogado, a sus agentes.

Al cabo de pocas horas, Spalding —mister Risus, como desde entonces le llamaban los periodistas— se había convertido en una celebridad mundial. Mejor dicho, el extraordinario acontecimiento en el rascacielos de Bekford había tenido una resonancia mundial. Pero muy poco se sabía del propio mister Risus, de su pasado, de su vida particular. Los corresponsales recordaban que con aquel nombre se había exhibido en los escenarios de los *music-hall* más en boga cierto cómico que había hecho una rapidísima carrera. Al aparecer él, toda la platea estallaba en una carcajada estruendosa, y a mister Risus se le conocía ya como el rey de la risa. Pero pasó como un deslumbrante meteoro y desapareció de los escenarios con la misma rapidez con que había aparecido. Fue olvidado y ya nadie se interesaba por su suerte.

Sobre las huellas de Spalding fue lanzado un ejército de ágiles periodistas y de esbirros. Ante el asombro de los propios seguidores, fue facilísimo encontrarlo: se supo que había tomado en alquiler un bellissimo palacete en pleno centro de la ciudad. La casa estaba en un jardín delimitado por una magnífica verja de

hierro. Al otro lado se podían admirar la casa y los senderos de un jardín a la inglesa. Hacia allí corrieron las cuadrillas de periodistas, de fotógrafos y de operadores cinematográficos.

Pero encontraron la cancela de hierro y la puertecita lateral cerradas con llave. Nadie contestó a los campanillazos.

Aún no habían pasado cinco minutos cuando hombres decididos a todo, ágiles como monos, habían saltado la verja y corrían hacia la casa. Pero entonces sucedió algo extraordinario. Las paredes del edificio se transformaron en pleno día en una vasta pantalla cinematográfica, y en ella apareció el rey de la risa. Al mismo tiempo se oyeron los altavoces. Los «asaltantes», dejando caer plumas, cuadernos y aparatos fotográficos, se revolcaron por el suelo, presos de risas convulsas. Algunos, tapándose los oídos y los ojos, consiguieron llegar hasta las puertas de la casa, pero las encontraron atrancadas, por otra parte, era imposible entrevistar a nadie con los ojos y los oídos cerrados...

El ataque había sido rechazado. El ejército de los periodistas se retiró con deshonra.

De forma igualmente lamentable fracasó el asalto de la policía. Todos los agentes se caían por el suelo, sacudidos de convulsiones de alegría. Un viejo miembro de la policía que capitaneaba una sección enarboló un pañuelo a guisa de bandera blanca. Con gran sorpresa por su parte, vio apagarse la pantalla mientras los altavoces callaban de improviso. Se anunciaba una especie de tregua de armas. El jefe de la sección se dirigió hacia la casa y las puertas se abrieron ante él.

Salió de allí, unos diez minutos después, desconcertado, meditabundo, con una sonrisa enigmática en los labios. El bolsillo de la guerrera de su uniforme aparecía muy lleno. Dio al ejército derrotado la orden de retirada. Aquel mismo día hizo un informe a sus superiores, indicando a los periodistas que mister Risus era invencible. El único instrumento bélico eficaz habría sido la aviación, pero realmente no era posible dejar caer bombas de cien kilos en plena ciudad.

Toda la población estaba sobresaltada. Sin embargo, el culpable, impertérrito, seguía sentado en una butaca de cuero comodísima, fumándose un puro, mientras recordaba el camino recorrido y establecía el balance.

Por fin era rico. ¿Qué le faltaba? Tenía una casa estupenda, una villa en la montaña, un balandro, un avión, varios automóviles... ¿Qué le faltaba? ¡Una mujer! Necesitaba una esposa brillante. ¡Si pudiera conseguir a mistress Fight! Una belleza de veinticuatro años, viuda, propietaria de fábricas, de establecimientos, de millones de dólares. El mejor partido del mundo. Por lo menos, eso decían los periódicos. ¿Por qué no conquistar, con su risa, su corazón y su capital? Por supuesto, se podía considerar como un abuso, incluso una violencia, un rapto, un chantaje... Pero, ¿qué importaba?

Spalding empezó a elaborar un nuevo plan. Había sido muy fácil vencer a Bekford, al que conocía perfectamente. Sin embargo, lo poco que sabía de mistress Fight lo sacaba de los periódicos. Era necesario acumular datos suplementarios a través de investigadores privados. Mistress Fight era una apuesta importante, era necesario hacerlo todo para no perderla.

Algunos días después, todo estaba preparado. Spalding había conseguido introducirse en el ambiente de la joven señora, desarmar y vencer a su cuerpo de guardia, a camareros y camareras. Entre un millar de habitaciones, había conseguido averiguar dónde se hallaba mistress Fight. Al entrar el joven, ella estaba fumando un cigarrillo egipcio en una boquilla de oro adornada con un zafiro. Llevaba un vestido de tul de cristal y unas zapatillas de piel de mono con tiras de brillantes.

—¿Quiere casarse conmigo, mistress Fight? —preguntó Spalding a quemarropa, acompañando esta proposición con un golpe de ingenio. La joven señora rió, satisfecha, y se rehizo en seguida.

—¡Deje ya de hacerme reír, Spalding! ¿Quiere que nos casemos? ¿Y por qué no? ¿Qué mujer renunciaría a convertirse en la esposa del rey de la risa? Acepto. Y no acostumbro a volverme atrás en mis decisiones.

Spalding se quedó tan asombrado ante aquella imprevista, inmediata aceptación, que olvidó continuar su ataque. Se quedó inmóvil, con la boca abierta. Tal vez era la primera vez que parecía cómico sin quererlo.

La enérgica mujer, sin pérdida de tiempo, asumió la iniciativa. Hizo una llamada. Entró una viejecita de cabellos grises con una compostura de dama de corte. Mistress Fight le dijo en francés:

—Le ruego que llame inmediatamente al pastor Hobbs, madame Angela. Dé las órdenes para que se prepare un automóvil. Telefonee a Jones. Dentro de una hora volamos a San Francisco. Tres pasajeros. El peso..., ¿su peso?

—Ochenta y cinco —contestó Spalding, como un autómata.

—Yo, setenta; el pastor, cien. Total, doscientos cuarenta y cinco. Haga llegar esta cifra a Jones. Dígale que el aceite y la gasolina deben bastar para todo el trayecto, sin escalas.

Después de haber despedido a madame Angela, y volviéndose hacia Spalding, mistress Fight añadió:

—El pastor Hobbs nos casará en vuelo. Será muy original, ¿no es verdad? Toda América hablará de ello. En San Francisco nos trasladaremos a nuestro yate y...

Apretó otro timbre. Entró una camarera.

—Madeleine, rápido, un sombrero y un abrigo. Para el coche.

Cuando Spalding se recuperó un poco de su asombro, su mente trabajó febrilmente. ¿Por qué la mujer había aceptado con tanta facilidad? ¿Sería un ardid? Pero, después de todo, ¿por qué no podía ser sincera?... ¿Acaso no era el héroe del día? Como bien sabía Spalding, ella era vanidosísima, su alegría más grande consistía en verse en los periódicos. América entera tenía que saber cómo le sentaba su nuevo vestido, qué le habían servido para comer, qué perfume había pedido a París y qué encajes a Bruselas, cuánto le había costado el baño de mármol rosa. La proposición de Spalding podía muy bien encajar en sus planes ambiciosos. Después de haberla aceptado, le podría abandonar y contárselo todo luego a los periodistas. ¡Toda América se reiría de él, el rey de la risa! ¡Con cuánta habilidad le había engañado mistress Fight! También podía haber urdido otra cosa: casarse con él y luego proclamarse víctima de un chantaje. ¡Otra noticia sensacional! Y también en este caso Spalding se hallaría en una situación ridícula... Mistress Fight deseaba casarse con el rey de la risa en el cielo. Durante una semana, durante un mes, los periódicos devorarían esta noticia. Luego, ella le abandonaría para solicitar el divorcio, con el pretexto, por ejemplo, de que no quería vivir en un eterno peligro de morir de risa...

Los pensamientos de Spalding se confundieron. Estaba preparado para una lucha feroz, había acumulado toda su capacidad para hacer reír, tenía a punto todas las fibras de su ser. Se hallaba en pleno estado de guerra. Y de pronto, de improviso, se encontró como desarbolado. Aquella capitulación tan repentina del enemigo transformaba la victoria en derrota. ¡Qué afrenta! ¿Qué hacer, qué hacer? No, al diablo, no quería saber nada más de todo aquello. ¡Tenía que huir!

Intentó dar un paso hacia la puerta, pero mistress Fight le estaba observando.

—¿A dónde va?

Le sujetó ágilmente por la manga y le atrajo a su lado sobre la butaca. Spalding quedó sin protestar en aquella humillante posición. Decididamente, algo extraño le sucedía. En todo aquello había algo... cómico, sí, terriblemente cómico...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —estalló, de golpe, en una estruendosa carcajada como raramente habían lanzado sus víctimas.

—¿Qué le sucede? —preguntó, perpleja, la mujer.

—¿Cómo dice? —exclamó Spalding, interrumpiéndose constantemente por la risa—. ¿Cómo decía el viejo Bergson? El chiste consiste en desarrollar el pensamiento del interlocutor hasta que se convierte en el contrario, y el interlocutor cae, por así decirlo, en la trampa que se le ha tendido con sus propias palabras. Con nosotros ha pasado esto, ¿verdad?

—No entiendo absolutamente nada —confesó mistress Fight.

Spalding soltó una carcajada aún más sonora que la anterior. Luego dejó de reír repentinamente, como si algo se hubiese roto en su interior. Calló y se quedó serio, casi tétrico.

—Ay de mí, he comprendido demasiadas cosas de una sola vez, y he caído en la trampa que yo mismo había tendido. He descubierto completamente el secreto de la comicidad y ésta ha dejado de existir para mí. Para mí ya no existen los retruécanos, ni las bromas, ni los chistes; sólo hay categorías, grupos, fórmulas de

lo cómico. He analizado, mecanizado la risa viva, y entonces la he matado. Porque ahora río, pero he conseguido analizar esa risa, disecarla, anularla. Yo, que fabricaba carcajadas, ya no podré reír nunca más lo que me queda de vida. ¿Y qué es una vida sin bromas, sin risas? Sin ellas, ¿de qué me sirven las riquezas, el poder, una familia? Me he robado a mí mismo...

—¿Qué anda diciendo, Spalding? ¡Basta, vuelva en sí! ¿Acaso está borracho? —exclamó, irritada, mistress Fight.

Pero Spalding seguía inmóvil, con la cabeza gacha, como una estatua en profunda meditación. Ya no contestó a las preguntas, no percibió a las personas que se acumulaban a su alrededor.

Fue llevado a una clínica. Los médicos certificaron un desequilibrio mental debido a un extremo agotamiento del sistema nervioso.

— Los más grandes cómicos frecuentemente terminan por caer presa de la hipocondría más aguda — resumía el informe médico.

Pero un joven doctor, un tipo original que amaba las paradojas, sostenía que Spalding fue asesinado por la manía americana de la mecanización.

La Esfera de Fuego

Vladimir Nemcov

Nunca estuve en el frente —comenzó Petrov—. Era demasiado joven. Durante la guerra estudiaba y trabajaba en un laboratorio radiotécnico.

Lejos, en los campos de batalla, los cazas brillaban en el cielo, los aviones de reconocimiento indicaban por radio los objetivos. Los pilotos de los bombarderos intercambiaban mensajes entre el silbido de los proyectiles y el pitido de las señales telegráficas.

Yo escuchaba todo esto a través de un receptor ultrasensible del laboratorio. Luego, aquellas voces se apagaron, el frente se alejó cada vez más, y con él, mi esperanza de poder llegar a ser un día radiotelegrafista del ejército.

Porque la dirección del instituto no me permitió alistarme. A pesar de ello, tuve la ocasión de trabajar como radiotelegrafista de un carro de combate. Pero después de la guerra.

Por encargo del instituto me había trasladado por aire a una pequeña ciudad siberiana; debía instalar, junto a la estación ionosférica local, un nuevo aparato registrador construido por nuestro laboratorio. Aprovechando la ocasión, debía también examinar un cierto equipo de acumuladores ideado por un inventor del lugar, y en el caso de hallarlo interesante, considerar la posibilidad de enrolar a su autor en nuestro instituto.

En aquella época yo soñaba con construir un aparato excepcional, al que ya había dado un nombre: «ojo omnividente». Pero me hacían falta acumuladores potentes y ligeros y nadie los había inventado todavía.

Por lo tanto, había aceptado con verdadera alegría la misión de examinar el trabajo del inventor siberiano. Tal vez se trataba precisamente de lo que yo buscaba.

Pero quién habría podido sospechar las extraordinarias aventuras que me aguardaban...

Las recuerdo ahora con cierto embarazo. La juventud es romántica y con frecuencia ingenua... Por supuesto, hoy juzgaría los hechos de otra manera y miraría a mi alrededor con más sentido común. Pero entonces todo me aparecía bajo una luz distinta y, sobre todo, con proporciones mayores.

No me juzguen con demasiada severidad. Aun hoy, ni siquiera yo mismo consigo distinguir en aquellos acontecimientos la realidad de la fantasía.

De todas formas, les contaré los hechos tal como me parecieron entonces. La tarde en la que se inició este relato estaba yo sentado junto a la ventana abierta de una habitación del hotelito en el que me alojaba desde mi llegada. Giraba distraídamente el botón de sintonía de una pequeña radio portátil, que yo mismo había construido y de la que no me separaba nunca.

Del altavoz salían estridentes melodías, fragmentos de conversaciones, el silbido intermitente de las señales telegráficas. Continuaba desplazando la aguja sobre el cuadro luminoso. No había transmisiones interesantes y sólo fuertes parásitos.

Me recosté sobre el respaldo de la butaca, dejando, por casualidad, detenida la aguja sobre el número 68.

En el horizonte apenas se delineaba el perfil irregular del bosque lejano, dominado por el cielo estrellado de agosto. Una estrella fugaz surcó el cielo, dejando una estela azul pálido. Pensé instintivamente si no debería haber formulado un deseo, recordando la leyenda popular.

Recordé mis audaces sueños juveniles, la nave planetaria que, como la estrella fugaz, había trazado en el cielo un surco luminoso. ¿Y si mis sueños se realizasen? Ya no era un muchacho, pero aún pensaba en mis viajes extraordinarios. Hubiese querido explorar lugares nunca hollados por pies humanos.

De la taiga llegó un rumor sordo, lejano. Me asomé a la ventana y presté atención, pero ya no oí nada más.

El silencio era absoluto. El viento me agitaba el cabello. Sólo el zumbido de la radio seguía resonando fastidiosamente en mi oído. Parecía que no pasase nada de extraordinario.

¿Y aquella explosión? No conocía el lugar. ¿Qué se puede ver desde un avión, cuando se sobrevuela la infinita taiga? Quizá se efectuaban trabajos, tal vez estaban abriendo una nueva carretera o desarraigando cepas.

No tenía sueño, así que tomé el libro que había traído para el viaje. Por una rara coincidencia se trataba de una recopilación de novelas de Wells.

Hojeando las páginas, volví a ver a los marcianos que ya había conocido en mi infancia, releí —por enésima vez— la descripción de su llegada a la Tierra. Pensé, con una sonrisa, en que estas fantasías parecían más reales ahora, sólo doce años después. Dejé el libro y mis pensamientos se concentraron sobre lo que debía hacer el día siguiente. Era mi primer servicio. Tenía que encontrarme con un tío mío, profesor retirado, actualmente director de la estación ionosférica, el profesor Cernikov. ¿Había cambiado Nicolás Spiridonovic? Hacía dos años que no nos veíamos.

Del altavoz salieron señales extrañas. Un silbido discontinuo e incomprensible, como si alguien poco experto moviese el manipulador de transmisión con mano nerviosa.

Me puse a descifrarlas. Tres breves impulsos, uno tras otro: parecía la letra S; luego, tres líneas. ¿Una señal de socorro, un SOS?

Alrededor del cuadro luminoso bailaban algunas mariposas nocturnas, y desde el fondo, cerrado por la espesa redecilla, continuaban saliendo señales, puntos y rayas, como si alguien pidiese socorro.

—Incendio... is...la —conseguí descifrar.

Extraño. ¿De qué isla podía tratarse si por los alrededores sólo había estepa y taiga? ¿Tal vez se trataba de señales más lejanas? No, incluso variando la sintonía, las señales seguían claras en una banda bastante amplia, lo cual demostraba que el transmisor no debía estar lejos.

Mi radio estaba dotada de una antena móvil. La hice girar hasta obtener la máxima intensidad. El indicador de la antena me señaló que las llamadas venían de la taiga, ¿Una onda reflejada? Poco probable.

El sonido del teléfono interrumpió mis pensamientos. Tomé el receptor mientras disminuía el volumen de la radio. Las misteriosas señales continuaban sonando.

—Habla el capitán de ingenieros Jarcev por encargo del profesor Cernikov —oí decir a una voz un poco velada—. El profesor me ha comunicado que recibió su telegrama y me ha pedido que le acompañe a la estación ionosférica.

—Gracias... ¿Tan difícil es llegar?

—Verá... Es accesible sólo a caballo. Mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—Muy bien, gracias —contesté distraídamente, con el oído aún atento a las señales transmitidas por la radio—. A propósito..., estoy recibiendo señales muy extrañas. ¿Hay alguna estación de radio en las cercanías? No sé qué pensar... Aquí están de nuevo... Un momento...

—¿Qué transmiten?

—Consigo entender sólo dos palabras: «incendio», «isla», «incendio», «isla», y nada más. Escuche —acerqué el micrófono a la radio—. ¿Qué le parece? ¿Las oye?

Pero no obtuve respuesta.

—¿Han terminado? —preguntó la telefonista.

Esperé casi diez minutos por si el desconocido que se había presentado como el capitán de ingenieros Jarcev volvía a llamar. ¿Por qué había cortado la comunicación?

La radio continuaba transmitiendo las señales. Ahora eran roncas, débiles.

El cielo se aclaró como si amaneciese. ¡No era posible! Me acerqué a la ventana. Sobre el bosque se extendía una faja clara que a trazos adquiría un esplendor intenso, para luego apagarse e irisar de nuevo como una cruel lengua de fuego.

Alguien llamó a la puerta nerviosamente.

—¡Adelante!

Sobre el fondo de la luz del corredor se recortó en la puerta el rostro de un hombre. Era el piloto del avión en el que yo había venido.

—Camarada Petrov —explicó, con voz insegura—. Nos piden que hagamos un vuelo de reconocimiento. Parece que hay alguien...

—¿Qué reconocimiento? ¿Quién?

—En la taiga. Hay un incendio...

Involuntariamente, volví la mirada hacia el bosque. Sobre la taiga se extendía un amanecer de fuego.

Cerré la ventana y me incliné sobre la radio para apagarla.
—I...s...l...a —repitieron las señales por última vez.

Tras las negras columnas de humo que oscurecían el horizonte se transparentaba un retazo de cielo azul.
El disco del sol de levante era rojo oscuro.

Volábamos sobre la taiga.

El comandante del aeródromo había indicado al piloto la dirección en la que debían realizarse los reconocimientos. ¿Pero hallaríamos espacio suficiente para aterrizar?

Respirábamos con dificultad. El humo se hacía sentir y teníamos la garganta inflamada.

Estábamos sobrevolando la zona del incendio.

En la negra cortina de humo llameaban lenguas de fuego. Tizones ardientes proyectados hacia el aire lanzaban millones de chispas, que se arremolinaban bajo las alas del avión. Una rama ardiente centelleó junto a nosotros como una bala trazadora. De improviso, el avión se metió en una corriente ascendente y fue necesario tomar altura.

Volábamos sobre el bosque en llamas hacía ya una hora y no habíamos encontrado nada aún. No era posible ver nada en aquel caos.

Durante un instante brilló bajo nosotros algo que parecía un lago. Sí, allí debía encontrarse la isla desde la cual se transmitían las señales.

Empezamos a girar, descendiendo todo lo posible e intentando, en los breves instantes en los que el viento disipaba el humo, localizar y observar la isla.

Por fin conseguí ver dos figuras sobre la hierba amarillenta. Agitaban los brazos y tal vez querían decirnos algo.

La imagen duró un instante y luego desapareció otra vez en el humo.

El lago estaba rodeado en tres lugares por el bosque en llamas. El fuego se acercaba a los árboles de la orilla. Tizones ardientes caían al agua, levantando blancos vapores mezclados con el humo negro.

Tomamos altura y, esperando un momento, hasta divisar otro instante el lago, nos lanzamos en picado. Rozamos casi el agua en las cercanías de la isla. Conseguí ver a mi derecha a dos hombres junto a una empalizada en llamas.

Aterrizar era imposible. Lo comprendí desde el momento en que el avión se remontó casi verticalmente, atravesando un denso estrato de humo ardiente.

Recobrada la línea de vuelo del aparato, el piloto se volvió para preguntarme:

—¿Lo ha visto?

Una gota de sudor había dejado una huella blanca sobre su cara, ennegrecida por el humo.

Mientras regresábamos, no dejé de mirar atrás en la irrazonable esperanza de ver extinguirse el incendio. Pero no fue así. Parecía adquirir cada vez mayor vigor.

Pensaba en los hombres rodeados por las llamas, les veía mojar la hierba, arrancar los matorrales. ¿Resistirían hasta la llegada de los socorros? El fuego se apagaría más pronto o más tarde. ¿Pero cómo salvar a aquellos hombres?

Eché una mirada al ala del avión, cubierta por una delgada tela saturada de barniz de nitroglicerina, y me puse pálido. Nuestro pájaro mecánico hubiese podido inflamarse como una cinta de celuloide...

¿Cómo se podía llegar a la isla?

Recordé casos en los que carros armados habían conseguido atravesar un pueblo en llamas.

Golpeé en la espalda al piloto. Este redujo el gas y se volvió con aire interrogativo.

—¡Los salvaremos con un tanque! —grité.

El piloto sacudió la cabeza y me indicó con la mirada un tubo delgado.

Una lágrima transparente resbalaba a lo largo del tubo metálico: era una gota de bencina.

Por fin tomamos tierra. No había que perder un minuto.

Me froté rápidamente la cara, llena de hollín, y, sin pérdida de tiempo, corrí hacia la escuela de carros armados.

Me recibió el director, teniente coronel Stepanov Egor Petrovic. Al verme, preguntó:

—¿Los ha visto?

Emocionado, le expliqué el vuelo sobre la taiga, deduciendo tristemente que sería imposible salvarlos desde el aire (los helicópteros apenas se conocían).

Stepanov, pensativo, se pasó una mano por la cara. Fue en aquel instante cuando lo vi en realidad, sencillo, sorprendentemente modesto, de pelo gris, espesas cejas negras, ojos semicerrados de miope, los rasgos de su rostro suaves y, al mismo tiempo autoritarios.

—Bien, habrá que pensar otra solución —dijo, con calma.

Y por lo que añadió luego, deduje que incluso antes de mi llegada se había reunido con un pequeño grupo de alumnos para estudiar el salvamento de los hombres atrapados en la taiga en llamas. Y, como es natural, habían pensado en abrirse camino con un carro armado antes que yo.

—¡Yo voy, teniente coronel! —La oferta procedía de un alférez moreno, rechoncho, de negros cabellos rizados y un par de pequeños bigotes sobre el labio superior. Sus grandes ojos azules se fijaban llenos de esperanzas en el teniente coronel—. Mi tanque nunca se ha incendiado. Podríamos eludir la zona más peligrosa, pero si es absolutamente necesario, la atravesaremos. ¡Déme la orden, Egor Petrovic, se lo ruego! Stepanov sacudió la cabeza.

—No, Beridze. Es imposible atravesar una zona de diez kilómetros en llamas. ¿Qué opina, capitán? —preguntó dirigiéndose a un oficial de elevada estatura, de pie junto a la ventana.

El capitán, como para desechar algún pensamiento molesto, agitó un brazo.

—Tiene razón, teniente coronel. El carburante se inflamaría y la tripulación no resistiría una temperatura tan elevada.

Pensé que ya había oído aquella voz. Siguió un breve silencio. De la ventana llegaba, desde lejos, el rumor de un motor.

—Entonces —el teniente coronel se pasó una mano sobre los cabellos grises con aire pensativo, mirando a los oficiales con ojos semicerrados—, ¿un carro armado no podría pasar?

—No —confirmó el oficial alto—, pero ya sabe mi parecer: no hay otro camino...

—Temo que no resulte —observó Stepanov—. Es demasiado complicado. Pero parece que no nos queda otra posibilidad.

—¿Nos permite emplear el tanque de adiestramiento? Lo prepararemos de forma adecuada. —El capitán echó una mirada al reloj—. Estará listo a las dieciséis en punto...

Stepanov reflexionó aún un instante y luego le tendió la mano.

—Tengo confianza en usted, tovarich Jarcev. «Es el que ha telefoneado», pensé entonces.

—Ya está bien de discusiones —continuó el teniente coronel.

—Nos ocuparemos de los detalles en cuanto se hayan distribuido las misiones y los hombres se hayan puesto a trabajar.

Sacó del bolsillo una pitillera y tomó uno, sacudiéndolo sobre la tapa.

—¡Bien! —Jarcev giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Alejandro Beridze, que, muy agitado, estaba golpeando la fusta sobre las manos, me dijo, con el tono del que quiere convencer como sea a su interlocutor:

—Andrej es un valiente, un hombre estupendo. Una mente despejada, con un gran talento de inventor... Durante la guerra dirigía una oficina en el frente. Recientemente ha inventado un nuevo tipo de acumulador, sorprendente... Pero nadie sabe por qué lo han descartado. Quizá le han encontrado defectos.

Luego me tomó de la mano para llevarme hacia la puerta.

—Vayamos al polígono... —Beridze no callaba ni un momento—. Un hombre de veras sorprendente... Cuando una cosa no le sale bien, no bebe, no come, por la noche no hace más que andar arriba y abajo por el patio y fumar. Esta noche fue a la taiga en motocicleta. Quería llegar al lago a toda costa... Su chica está allí.

La ama, pero no lo dice... Ha vuelto con la guerrera quemada, los cabellos y las cejas chamuscados. ¡Es un hombre fuerte, orgulloso!

Llegamos al polígono. Desde lejos se divisaba sobre el fondo claro del cielo la silueta de un enorme tanque. Junto a él, Jarcev masticaba pensativamente un lápiz.

Cuando nos vio, se metió el lápiz en el bolsillo y vino rápidamente a nuestro encuentro.

—Le pido disculpas —me dijo, frunciendo las cejas y apretándome fuertemente la mano—. Estuve descortés al interrumpir nuestra conversación telefónica. Pero tiene que comprenderme... Aquel mensaje tan imprevisto... ¿Sabe? Allí tengo... amigos míos..., y, además, hoy tenemos que visitar al profesor.

—No importa, no importa —refunfuñé, con el pensamiento puesto en las personas abandonadas en la taiga— El profesor puede esperar, no se preocupe. ¡Ya iremos luego!

Jarcev me miró, retirando bruscamente la mano.

—¿Pero qué dice? ¿Puede esperar?

—¿Por qué no? ¡Esperará! Además, tampoco es tan urgente, Jarcev. Esto es más importante.

Jarcev se volvió. El hecho de que su descortesía no me hubiese extrañado le había dejado perplejo, por lo visto. Quise de alguna manera distraerlo de pensamientos desagradables, y por eso le pregunté:

—¿Cómo piensa proteger el motor? Con el aire aspirará también el fuego, y el carburante...

—No habrá carburante... —me contestó bruscamente Jarcev—. Perdóneme, ya traen el asiento.

Y corrió al encuentro de la camioneta que llegaba.

Confieso que no comprendí que un motor pudiese funcionar sin carburante, pero me pareció inútil seguir molestando a Jarcev, pues antes o después lo sabría.

Corrí varias veces en busca del radiotelegrafista, el cual continuaba recibiendo las señales de socorro. Pero por más que gritase en el micrófono, no obtenía ninguna respuesta. Probablemente, la estación local de la isla no podía recibir. ¿Por qué? Misterio.

Los alumnos estaban recubriendo la coraza del tanque con gruesas capas de amianto. Daba una cierta impresión ver aquel artefacto cubrirse de un blanco invernal sobre el fondo verde del prado.

Dos soldados se afanaban junto a un montón de material rosado. Un compresor empezó a toser y, una vez en marcha, emitió ronquidos en tono bajo y potente. El tejido palpitaba, transformándose en espesas cubiertas cosidas. Se hincharon con aire comprimido sacos de tela de amianto y cristal impregnado con una composición especial; debían revestir las paredes interiores del carro para aislarlas del calor.

Lancé una ojeada a través de la tronera del conductor. En el asiento del mismo estaba Beridze, quien daba vueltas, con el ceño fruncido, a la manivela del reostato; parecía un tranviario. Por lo visto, el nuevo sistema no le gustaba mucho; no estaba acostumbrado a él.

Apenas me había alejado de la tronera, cuando Jarcev se me acercó.

—¿Vienes conmigo, Alejandro? —preguntó, en voz baja.

—¿Por qué me lo preguntas, Andrej? ¿No soy tu amigo? Te seguiré en el agua y en el fuego...

—De momento, sólo por el fuego —contestó Jarcev, con sonrisa triste.

Transcurrieron varias horas de intenso trabajo. Sobre el campo se extendió una bruma gris azul. Era el humo acre, pesado, que silenciosamente venía de la taiga.

Llegó una pequeña camioneta cargada con baterías en cajitas de materia plástica azul. Los acumuladores fueron fijados en alojamientos adecuados, instalados en el tanque. Los electricistas controlaron los contactos. Se encendieron los faros, brillantes, parecidos a potentes proyectores. Comprendí que usaran acumuladores tan grandes; de otra forma, no sería posible ver a través del humo.

El teniente coronel giró alrededor del tanque, pasó la mano sobre los extraños costados de blando amianto y tocó los almohadones de aire del revestimiento, comprobando que todo estuviese en orden.

Poco después, Andrej Jarcev daba algunas instrucciones a Alejandro, temiendo, sin duda, que éste se encontrase en dificultades ante los insólitos instrumentos que debía manejar.

Me sentí lleno de envidia. Ningún hombre había intentado aún navegar en un mar de fuego. ¡Ellos serían los primeros!

En la penumbra caliginosa, el tanque parecía un pájaro fantástico. El haz de luz de los faros encendidos se entrecruzaba con el humo, dando lugar a una bruma plateada, transparente, colocada sobre el carro como una gran cola. En la hierba se desenrollaba un grueso cable negro.

—¡Ahora comprendo! —me dije—. El carro está unido a una fuente de energía eléctrica. Arrastrará el cable que alimenta el motor eléctrico... Genial, pero poco práctico. ¿Cómo conseguirá arrastrar diez kilómetros de cable?...

—¿Intenta llevar la central eléctrica a la taiga? —pregunté a Jarcev, que en aquel momento pasaba por mi lado.

El capitán me miró sorprendido.

—¿Qué central eléctrica? Estamos cargando los acumuladores.

—¿Quiere decir que el motor del carro será alimentado por acumuladores? —Estaba profundamente maravillado—. ¡Pero deberán tener una capacidad enorme! ¿Son como esos acerca de los cuales nos habló Nikolaj Spiridonovic?

—Sí. Pidió que se realizaran experimentos prácticos. Estos acumuladores, con el mismo peso y volumen, tienen una capacidad diez veces superior... Pero ya lo sabrá por los informes. —Jarcev calló, golpeando nerviosamente el lápiz sobre los dedos—. La verdadera prueba empieza ahora, de modo que el representante de Moscú podrá establecer con exactitud su valor práctico.

Me volvió la espalda y se marchó.

Tuve la impresión de que dijo «representante de Moscú» con una cierta ironía. Quizá no tenía mucha fe en un experto tan joven. ¡Tampoco el inventor era tan viejo! No, no se trataba de esto. El nerviosismo de Jarcev era natural, dadas las circunstancias.

Mientras, se estaban llevando a cabo los últimos preparativos. Se controlaron los trajes de amianto proporcionados por la sección de bomberos, se cargaron en el tanque bombonas de oxígeno, medicamentos; en una palabra, todo lo necesario para el arriesgado viaje.

El radiotelegrafista no había logrado tomar contacto con la isla. Era, pues, inútil instalar una radio en el tanque, que hubiera requerido tiempo y restado espacio, más necesario a los acumuladores.

Por fin parecía todo listo. Jarcev esperó con impaciencia a que estuviera dispuesto el cable de alimentación, se sentó en el asiento del conductor y, entornando los ojos, giró la manivela de mando.

Todos permanecimos inmóviles: el teniente coronel, con el cigarrillo a medio fumar; Beridze, con el cable apoyado en el hombro; un joven recluta, con las manos tendidas hacia el tanque. Durante un instante, la escena pareció una imagen cinematográfica de improviso.

Se oyó un silbido monótono, las portas de la coraza anterior y de la torreta vibraron y el tanque empezó a moverse lentamente.

El instante de tensión pasó. Egor Petrovic se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró una bocanada con satisfacción; Beridze tiró el cable y echó a correr detrás del tanque, mientras el recluta batía palmas, maravillado, y sonreía como un chiquillo.

Por mi parte, comprendí que los acumuladores de Jarcev merecían la máxima atención. Relativamente pequeños y ligeros, proporcionaban una potencia capaz de mover un carro armado. Hubiese querido disponer de uno inmediatamente para probarlo... Pero no era aquél el momento adecuado.

El tiempo apremiaba. Cada minuto era precioso. Andrej se puso rápidamente el traje de amianto. Corrió hacia mí, cerrando, mientras caminaba, la cremallera. Murmuró, emocionado:

—Estoy seguro de que la máquina no nos decepcionará. La hemos probado muchas veces en el polígono... Pero tengo miedo de no encontrarlos. En el bosque en llamas ya no quedan ni caminos ni senderos.

—Pero la estación de radio le conducirá a la isla.

Aconsejé a Jarcev que se orientase por radio. Como la escuela no disponía de aparatos adecuados, me vi obligado a ofrecerle el mío.

—Tiene una antena especial de dirección... Compensada con mucho cuidado... —había empezado a dar explicaciones técnicas, pero de improviso callé.

Resultaba muy difícil el manejo de mi receptor experimental, dada su abundancia de interruptores y mandos. En mi laboratorio nadie lo conocía a la perfección. Mi jefe lo llamaba «la armónica» y decía que había que aprender a «tocarla».

A pesar de todo, salté sobre la primera camioneta que pasó y fui al hotel para recogerlo.

Tras echar una mirada a mi aparato, Jarcev suspiró:

—Ninguno de mis radiotelegrafistas podría manejarlo. Están acostumbrados a los aparatos comunes. — Me miró, luego me volvió la espalda para dirigirse al tanque.

Sentí como si algo se helase en mi interior. ¿Iba a perder aquella ocasión única de realizar un viaje a través del fuego? Sin contar, y esto era lo principal, que podría efectivamente ayudarles a encontrar la isla, siempre que la radio de los sitiados no cesara de funcionar.

No lo pensé dos veces y dije, con voz decidida:

—Voy con ustedes. Es cierto que nadie podrá manejar esta radio.

Jarcev objetó algo, pretextando el riesgo, pero se le notaba indeciso.

Al acercarse el teniente coronel y saber de lo que se trataba, meneó la cabeza:

—Es difícil tomar una decisión. La operación es peligrosa. Pero si insiste, si desea contribuir a salvar a nuestros compañeros, entonces... —calló, me abrazó paternalmente, estrechándome con fuerza la mano.

Siempre recordaré aquel momento. No tenía una idea muy clara de lo que me esperaba, aunque debo confesar que en mí hablaba más el romanticismo de la juventud que la dura necesidad. Pero en la isla nos necesitaban.

Pronto estuvimos junto a la torreta del tanque, enfundados en blancos trajes de botones niquelados con casco y guantes. A la espalda, a modo de mochila, llevábamos las bombonas de oxígeno. Delante de nuestra insólita máquina rugía otro potente tanque, que debía remolcarnos hasta el límite de la taiga, a fin de que no malgastásemos energía antes de tiempo.

Jarcev hizo rápidamente unos cálculos en un bloc. Confieso que la cosa me sorprendió. ¿Era aquél el momento de plantear problemas? Parecía una pérdida de tiempo.

El teniente coronel Stepanov miró por última vez a la tripulación.

—¡Dense prisa, les esperan!

Jarcev se mordió los labios y guardó el bloc en el bolsillo de amianto. Después de erguirse, dio al conductor del carro que debía remolcarnos la señal de partida.

Se oyó rugir el motor. Tras tensarse el cable, nuestro tanque eléctrico empezó a moverse.

Seguimos una carretera polvorienta. El carro que nos remolcaba era invisible. La única señal de su presencia era el cable tenso, iluminado por la luz de nuestros faros. Parecíamos marchar a remolque de una negra nube de humo.

Entre el humo se distinguían sombras vagas. Los animales del bosque en fuga. Vi relampaguear los cuernos de un alce enloquecido. Un lobo corría a su lado, sin mirarlo siquiera; liebres y ardillas saltaban sobre la hierba quemada. Negros pájaros revoloteaban en el aire, piando y batiendo las alas.

Frente a nosotros se percibía la ardiente respiración del fuego. Recuerdo con un poco de vergüenza que entonces dije a Jarcev:

—¡Y pensar que ningún hombre navegó hasta ahora por un mar de fuego!

Jarcev me miró maravillado y de pronto ordenó:

—¡Pónganse las máscaras!

Indudablemente, era el mejor sistema de refrescar mi inoportuno entusiasmo...

Nos encontrábamos en un mundo extraordinario. Briznas de hollín revoloteaban ante la luz de los faros, y se posaban sobre el suelo como una bandada de cuervos. A intervalos, una rama en llamas caía como un fabuloso pájaro de fuego.

El tanque que nos arrastraba se detuvo. Como si el cable estuviese animado, se soltó y desapareció entre las cenizas. De la oscuridad surgió el conductor de nuestro remolque, para gritar al oído de Jarcev:

—No podemos continuar. El motor hierve.

Dicho esto, hizo retroceder a su máquina, deteniéndola en una encrucijada. Ahora debíamos valemnos por nuestros propios medios.

¿Dónde estaba la carretera invisible que nos llevaría al lago? ¿Seguía transmitiendo la radio de la isla?

Encendí mi radio, orienté la antena en dirección al bosque y oí de nuevo las señales intermitentes.

Jarcev me rozó el hombro.

—¿Se oyen?

Incliné la cabeza afirmativamente e indiqué la dirección nordeste.

Me dejó bajar el primero. Luego, Andrej cerró la porta tras sí y giró el interruptor de la refrigeración.

El carro entró en el bosque en llamas. Lancé una mirada a través de la tronera de la torreta. No se veía nada, excepto humo surcada por lenguas de fuego. Parecía como si mirase por el portillo de un horno crematorio. Involuntariamente, cerré los ojos. Qué macabra asociación de ideas...

Una llama penetró por la estrecha tronera. Ni el amianto ni el espeso traje nos protegían del calor.

El tanque avanzaba entre montones de tierra y troncos quemados, contra los que golpeaba, desviándose a derecha e izquierda.

Oímos un fuerte golpe sobre la coraza. Un tronco derribado por el fuego había caído sobre nosotros.

Al primero siguieron otros golpes. El tanque sufría una granizada de tizones ardientes.

A nuestro alrededor bailaban olas de fuego. Se levantaban liberando columnas de denso humo, se lanzaban con encarnizamiento contra las ramas dobladas de los árboles. Delgados riachuelos de fuego serpenteaban a lo largo de los troncos resinosos, atacando las ramas secas. Luego, de golpe, el árbol se inflamaba como un hacha gigantesca, disparando por doquier con estruendo fragoroso una lluvia de chispas.

Ante nosotros sólo se veía el fuego, fuego por todas partes, hierba en llamas, ramas incandescentes... En aquel mundo cegador no había sombras: todo era incandescente, luminoso, chispeante. Un mar de luz. La vista buscaba con desesperación una sombra salvadora. Me lloraban los ojos, y tuve que girar la cabeza para no quedar cegado.

De pronto, el carro se detuvo.

—¿Qué dirección debemos tomar? —gritó Alejandro, encaramándose en la torreta.

Obligado a desviarse continuamente, había perdido la orientación.

En el carro brillaba una pequeña lámpara apenas perceptible en el humo, como el punto luminoso de un cigarrillo encendido en una habitación oscura.

Me pareció como si Jarcev me mirase interrogativamente. ¿Qué podía contestarle? Encerrados en la caja de acero del tanque, no era posible escuchar las señales de la estación de la isla.

—Tendríamos que abrir la porta —dije, dubitativo, mientras con los ojos seguía las lenguas de fuego que lamían la tronera.

Andrej vaciló. Pero no quedaba otra salida y levantó la porta.

Las llamas se arremolinaban sobre nuestras cabezas. Cogí la radio, la tapé con un trozo de tejido de amianto y me senté sobre el borde de la torreta. Aun a través del amianto y del traje acolchado, sentía el metal incandescente.

Al girar los botones del aparato, procuré protegerlo de posibles llamaradas. En la onda 68 no se oía nada. Silencio absoluto.

Andrej levantó la cabeza y me tocó la pierna. Sus ojos me interrogaban a través del cristal de la máscara.

Pasaron algunos minutos angustiosos. El ruido del fuego y el estrépito de los árboles en llamas me impedían oír las conocidas señales.

Andrej gritó algo. Al ver que no le entendía, me gritó al oído:

—¡Continuemos al azar! ¡De otra forma llegaremos tarde!

Me encogí de hombros. Intentando captar a toda costa las señales, sintonicé de nuevo la radio.

Volví a oír el conocido silbido intermitente al desplazar la aguja sobre la cifra 120. A veces se desvanecía, a veces se oía claramente en medio del rugido del bosque en llamas. Línea..., línea..., punto...

Protegiéndome con la tapa de amianto de las llamas que asaltaban por todas partes, giré la manivela de la antena para establecer la dirección de la estación ionosférica, de donde provenían las nuevas señales.

La aguja indicó la dirección exacta. Ahora debía controlar si la señal era directa o reflejada, pero yo también empezaba a confundirme... No importa, decidí tomar como buena la señal y determiné la dirección de la isla...

Descendimos y Andrej cerró la porta.

Desde el suelo se elevaba la espiral de un tifón de fuego, ante la cual corría una tormenta de chispas. Nos parecía haber caído en medio de una tremenda tempestad de nieve iluminada por un sol cegador.

Cuanto más penetrábamos en la taiga, tanto más ingente era el incendio. Frente a nosotros no veíamos nada: ni troncos, ni ramas; sólo llamas hirvientes, compactas, palpables, como si nuestra máquina navegase en un magma incandescente.

El tanque se detuvo de nuevo. Volutas de humo blanco se elevaban en torno a la torre.

No, no era humo. Por la tronera vimos que el tanque se hallaba en medio de una nube de vapor de agua.

Alejandro se unió a nosotros y gritó:

—¡El frente está roto! ¡Hemos llegado al lago!

«Isla de las frambuesas», era la denominación que Andrej y Alejandro habían convenido dar al islote sin nombre situado en el centro del lago, en cuya orilla, por fin, nos hallábamos.

Habíamos obtenido el primer éxito. Pero para llegar a la isla era necesario encontrar el puente. ¿Cómo lograrlo en medio del fuego y del humo? No se veía nada.

—Bordeemos la orilla del lago —propuso Andrej—. En algún sitio aparecerá.

Abrimos la portilla superior. A través del humo se entreveía el brillo de las rosadas aguas del lago. Ante nosotros, un poco a la izquierda, se elevaban, negros y compactos, árboles no tocados aún por el fuego. El tanque avanzaba a lo largo de la orilla arenosa, sumergiéndose de vez en cuando las cadenas ardientes en el agua, que hervía, envolviendo la coraza en densas columnas de vapor.

No vimos el puente hasta que casi estuvimos sobre él. El negro tablero de troncos apareció de improviso al alcance de la mano.

—¿Resistirá? —preguntó Alejandro a Andrej.

—Creo que sí. Los pilotes y el tablero son fuertes —contestó el segundo, mirando atentamente los contornos, apenas perceptibles, de la isla.

El tanque descendió lentamente sobre el tablero, luego se detuvo como si reflexionara. Alejandro saltó fuera de la porta y se puso a correr sobre el puente, desvaneciéndose en el humo. Un minuto después volvió, agitó una mano y ocupó su puesto.

Al principio, con desconfianza, luego, con más rapidez, el carro atravesó el puente hasta llegar a toda velocidad a la orilla opuesta.

En la parte occidental de la isla ardían las copas de los pinos altos, a nuestra izquierda se quemaba un matorral. «Probablemente, frambuesas —me dije—; éstas islas lacustres siempre son ricas en frambuesas.» Y en aquel mismo instante comprendí que estábamos cerca de nuestro objetivo.

Los acumuladores de Jarcev habían resistido la primera prueba. De no ser por la situación en que nos encontrábamos, hubiese felicitado con alegría al inventor, pero pensé que podría ser inoportuno..

Sentado junto a Alejandro, Andrej indicaba el camino hacia el edificio de la estación ionosférica.

El tanque chocó con una chimenea de ladrillo, en torno a la cual se amontonaban vigas de hierro, tubos y redes retorcidas. Sobre las vigas de madera quemadas vagaban aún algunas llamas azules.

Era todo lo que quedaba del edificio. Pero, ¿dónde estaban los hombres que allí dentro vivían y trabajaban? ¿Qué había sido de ellos?

Me senté sobre la torreta y volví a sintonizar la radio. Nada..., ninguna señal... Hice recorrer a la aguja todo el cuadrante. Parásitos..., música..., el locutor de Moscú, que hablaba del cereal cultivado más allá del

Círculo Polar, de un nuevo ballet, de nuevos libros. Como siempre, el éter vivía su vida intensa, alegre o triste, pero las señales que yo buscaba no se escuchaban...

Delante de mí, como sobre un negativo, veía las caras de Andrej y Alejandro, que regresaban.

No pudieron contar nada satisfactorio. Habían registrado casi toda la isla, pero sin resultado.

—Vamos por aquella parte. Busquemos cerca del agua —propuso Alejandro, tirando a Andrej de la manga.

Se marcharon otra vez. Pasó tanto tiempo que empecé a preocuparme. Me quité el guante para mirar el reloj: eran ya las seis de la tarde. Quedaba oxígeno para dos horas. Aunque llevábamos dos botellas de reserva destinadas a los hombres que contábamos encontrar en la isla, así como trajes de amianto y máscaras.

No lejos de la chimenea, que apenas se distinguía a través del humo, vi una línea luminosa vertical. Con el temor de ver confirmado un vago presentimiento, corrí hacia el edificio destruido.

Era justamente lo que pensaba: la antena de la radio estaba ardiendo. Pero si nuestros compañeros habían utilizado aquella antena, no debían estar lejos...

—Razonemos —me dije, intentando mantenerme tranquilo—. Todas las antenas tienen una toma de tierra... Debo encontrarla... ¿Pero cómo hallar un cable con este humo tan intenso?

No me quedaba otro remedio que pedir socorro. Sin pensar en las consecuencias, me quité la máscara y empecé a gritar:

—¡Venid aquí, en seguida!

El humo agrio me llenó la garganta. Empecé a toser, grité de nuevo y sentí que me sofocaba.

Conteniendo la respiración, intenté ponerme la máscara, pero no conseguía desenredar los lazos. Me la puse al revés, el tubo de oxígeno se enredó... Eché a correr hacia el carro, tropecé y me caí sobre carbones ardientes.

La última cosa que percibí fue un retumbar en los oídos, como si centenares de campanas sonasen junto a mí.

Recuperé el conocimiento con la agradable sensación de poder respirar de nuevo. Una cara cubierta con una máscara estaba inclinada sobre mí. El cristal de las gafas reflejaba una débil luz. Reinaba un extraño silencio.

Pregunté:

—¿Andrej? ¿Alejandro?

El hombre enmascarado sacudió nuevamente la cabeza y dijo:

—Estése tranquilo, no se agite.

En este momento debo aclarar que con la máscara puesta nos era difícil entendernos, no sólo entonces, sino durante todo el viaje. Lo explico ahora como si nuestras conversaciones fuesen muy animadas, pero en realidad eran bastante taciturnas, y la mayoría de las veces se reducían a gestos.

Aún recuerdo que me pareció haber oído ya antes la voz de aquel desconocido.

Miré a mi alrededor. Me hallaba en una barraca de madera, sin ventanas, probablemente bajo tierra. Los rincones del local se hundían en la sombra, mientras una débil lamparita iluminaba botes y cajas metálicas. En el centro surgía el cofre negro del transmisor con niquelados deslumbrantes y dos grandes cuadrantes redondos, que me miraban ciegamente como órbitas vacías.

Me daba vueltas la cabeza. Sin duda, había aspirado mucho humo y no me sentía demasiado bien. Precisamente por eso no estoy en situación de describir con mucho detalle mi encuentro con el profesor Cernikov, porque él era el hombre que estaba junto a mí.

Alto, sólido, demasiado fornido para el traje de amianto que lo protegía, estaba de pie ante mí y me preguntaba algo.

—¿Quién es usted? —inquirí en seguida.

—Cernikov Nikolaj Spiridonovic. Tal vez haya oído hablar de mí...

Incliné la cabeza afirmativamente y volví a mirar a mi alrededor. El profesor vestía un traje igual al mío. Por lo tanto, Andrej y Alejandro no debían estar lejos. ¿Dónde se hallaban? ¿Dónde estaba la hija de Nikolaj Spiridonovic?

—Tranquílcese, Sus amigos volverán pronto. Han ido a recoger a mi ayudanta.

Nikolaj Spiridonovic se dirigió hacia la puerta de salida, cubierta con una tela alquitranada, gris como el humo que se fundía con la oscuridad calaginoso del ambiente.

Recordé que en una de sus lecciones, el profesor nos explicó que los hombres ya habían recorrido a lo largo y a lo ancho todos los ángulos de la esfera terrestre, cada continente, cada isla del océano. El hombre había viajado por doquier: bajo el agua, bajo la tierra, en el aire. En el futuro, su mayor interés sería viajar por la ionosfera con las ondas de radio. ¡Había aún tantas cosas misteriosas y poco conocidas allí arriba!

Por tal motivo, el profesor se alejó de la capital para aislarse en aquella estación ionosférica, que le permitiría dedicarse a sus exploraciones con completa tranquilidad. Durante el verano se le había reunido su hija Valja, estudiante de radiotecnica, con el fin de hacer prácticas bajo la guía de su padre.

Y de pronto todo había acabado. La estación había sido destruida por el fuego, salvándose únicamente parte de los aparatos de radio. Pero no lo supe hasta más tarde; entonces estaba preocupado por la suerte de mis nuevos amigos y de la desconocida muchacha, que todavía no habían encontrado.

Pero lo que más me sorprendió fue la conducta de Nikolaj Spiridonovic.

Silencioso durante largo rato, se encogió al fin de hombros como para librarse de un peso invisible, e inclinándose sobre mí, dijo:

—Sus amigos me han dicho que es usted ingeniero electrónico. Si no me equivoco, somos colegas...

No recuerdo mi respuesta, pero creo recordar que negué categóricamente aquella calificación tan lisonjera.

En realidad, sólo era un técnico en los inicios de su carrera y no un experto de la propagación de las ondas de radio.

—Eso no quiere decir nada —rebatí el profesor, acompañando sus palabras con la mano. De detrás de mi espalda tomó el receptor construido por mí—. ¿Es suyo?

Tuve que admitirlo, aunque no pude comprender sus intenciones,

—Me molesta cansarle —empezó excusándose—, las circunstancias no son muy oportunas, pero en estos últimos días se han verificado extraños fenómenos en la ionosfera. Y hoy ha sucedido algo absolutamente increíble. No sé cómo explicarlo... Tal vez una ionización de las partículas de carbón producidas por las llamas o una refracción parcial en el estrato E...

Debo precisar que las palabras del profesor no fueron probablemente éstas y que tal vez no se refirió siquiera al estrato E. Luego me habló de una serie de hipótesis que no comprendí del todo. Dijo que tuvo la rara fortuna de observar la difusión de las ondas a través de una espesa barrera de fuego. Podían producirse fenómenos interesantísimos... Me quedé perplejo, sin saber cómo interpretar sus palabras. ¿Fanatismo o extravagancia de científico pasado de moda? Había perdido a su hija, estaba rodeado por un anillo de fuego, le quedaba poco oxígeno y permanecía allí, interesándose por los fenómenos de la ionosfera...

—¿Las ha tomado usted por ondas reflejadas? —me preguntó, para, al punto, continuar—: He transmitido señales en varias frecuencias diferentes, pero no he logrado controlar la fundamental de diez metros... Ni tampoco salvar el receptor... Tuve que enviar a todos los hombres de la expedición... Espero que captase usted esa onda...

—No lo recuerdo —admití honestamente—. En una frecuencia se oía, en otras no. He probado en varias.

—¿Y no ha tomado notas?

—Perdone, Nikolaj Spiridonovic, pero ni siquiera se me ocurrió.

El profesor se levantó enojado, dándose un golpe con la lámpara colgada del techo, que osciló, animando sobre la pared una enorme sombra con los brazos levantados.

Tropezando con las cajas esparcidas por el suelo, Nikolaj Spiridonovic se dirigió hacia una esquina alejada, tamborileó sobre el cuadrante colocado sobre el cofre del receptor y se volvió de repente hacia mí.

—¿Es posible que el profesor que durante tantos meses seguidos os ha hablado de las leyes que gobiernan las ondas de radio, no haya conseguido meteros en la cabeza el espíritu de iniciativa que distingue a un científico de un artesano? ¿Quién era vuestro profesor?

—El profesor Cernikov —contesté,

Alguien levantó la tela alquitranada de la entrada. Entre espiras de humo denso aparecieron en el umbral Andrej y Alejandro.

—Valja no está en la isla —dijo Andrej, levantando su máscara.

Su voz era ronca. Tosió, taponándose la boca con una mano. Luego se puso otra vez la máscara y salió.

La lamparita seguía oscilando. Cuando se detuvo y se inmovilizaron las sombras, en las paredes observó que sólo una, la más grande, conservaba un ligero temblor. Eran los hombros de Nikolaj Spiridonovic, que no podía contener su dolor.

Más tarde me contaron que, al caerme, había tropezado con un cable. Era el cable de la antena que estaba buscando. Su otro extremo terminaba en la barraca subterránea donde el profesor y su hija se habían refugiado. Todos los demás miembros de la estación ionosférica, tal como nos dijo Nikolaj Spiridonovic, habían salido de expedición, o se habían marchado a la ciudad para aprovechar el día festivo. El incendio de la taiga les había impedido regresar de nuevo.

Andrej y Alejandro habían acudido a mis gritos. Inmediatamente me habían puesto la máscara y llevado a la barraca siguiendo el cable de la antena.

En la barraca habían encontrado al profesor Cernikov, sentado junto al transmisor con un pañuelo apretado sobre la boca, que enviaba señales al éter. La corriente estaba proporcionada por acumuladores tipo Jarcev, que el profesor había llevado a la barraca en cuanto estalló el incendio.

Cernikov había anotado incluso el trabajo de la estación de radio, con la hora, el minuto y la longitud de onda, dejando programadas las transmisiones como para prolongar la vida del transmisor al menos durante tres días.

Tras confiarme a los cuidados de Nikolaj Spiridonovic, Andrej y Alejandro habían registrado toda la isla, pero sin hallar rastro de Valja. ¿Cómo no preocuparse?

Nikolaj Spiridonovic estaba sentado sobre una caja, con la cabeza inclinada y con los ojos fijos, mirando el pavimento de ladrillo a través del cristal de la máscara.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces..., desde que Valja...? —Andrej buscaba las palabras. El profesor se inclinó aún más.

—Hace casi una hora... —dijo, con voz sorda—. Encontró en un rincón una vieja máscara antigás y ha huido. ¡Loca!... Intenté hacerla volver...

Subimos por la vacilante escalerilla. Andrej apartó la lona y abrió la puerta. Fuimos embestidos por el humo denso, que descendió a la barraca como un agua turbia.

Ya no estaba la antena; sin duda, se había derrumbado. Alrededor del lago, el fuego arreciaba.

Saltando entre los matorrales ardientes, nos acercamos al tanque. Bajo nuestros pies chisporroteaban tizones recubiertos por una transparente película gris. Por ñn vimos el tanque a la luz anaranjada de las llamas. Negras manchas de hollín cubrían la coraza, que parecía un extraño animal.

Nikolaj Spiridonovic miraba atentamente en torno suyo, intentando ver a través de la espesa cortina de humo.

Mientras se acercaba al carro, al observar los acumuladores envueltos en material aislante, preguntó a Andrej:

—¿Son los mismos?

Andrej indicó que sí con la cabeza.

Alejandro cogió al profesor por un brazo y le ayudó a entrar en el tanque. También Andrej y yo nos dispusimos a ocupar nuestros puestos.

Reflexionando sobre la suerte de Valja, llegué a la conclusión de que la muchacha había conseguido pasar el puente cuando el anillo de fuego no se había estrechado aún alrededor del lago. ¿Pero habría llegado muy lejos? ¿Habría muerto? No quería ni pensarlo.

Levantando nubes de chispas, el tanque se dirigió hacia el Norte.

Di una ojeada al indicador del manómetro y noté con preocupación que nos quedaba oxígeno para poco más de una hora. En aquel breve lapso de tiempo debíamos encontrar a Valja y salir de la taiga.

Alcanzamos la orilla. Sobre el lago se extendía una línea de fuego.

—¡El puente arde! —gritó" Alejandro con voz ronca, a través de la máscara, golpeando furioso la coraza con el puño.

Efectivamente, la balaustrada y el tablero del puente estaban en llamas.

Los troncos devorados por el fuego se precipitaban al agua, arrastrando consigo las traviesas en llamas del tablero y levantando nubes de vapor acuoso. El camino de regreso estaba cortado...

Salimos del tanque y nos reunimos cerca del agua, mirando a la otra orilla con una mezcla de temor y de esperanza. Era imposible atravesar el lago a nado, dejando el tanque en la isla. No habríamos dado ni un paso por el fuego a pesar de nuestros equipos protectores.

—¿Su tanque no flota? —nos preguntó, preocupado, el profesor—. ¿No es anfibio? Andrej meneó la cabeza. Pregunté la profundidad del agua en aquel punto.

—De seis a siete metros —contestó Andrej—. Imposible vadearlo.

Quedamos silenciosos. En la orilla opuesta se desplomó un pino. Algunas ramas incandescentes volaron hasta nosotros. Nikolaj Spiridonovic sacudió los carbones ardientes que le habían caído sobre la manga y miró a Andrej en espera.

—Pasemos sobre el fondo —propuso Alejandro.

—Justo, pasemos sobre el fondo —confirmó, distraídamente, el profesor, sumergido en sus pensamientos.

Andrej se acercó a mi máscara y, mirando al profesor, me dijo rápido:

—Es la única solución. El peligro es grande, pero no queda otra salida. Desde aquí a la otra orilla habrá unos cincuenta metros. En caso de emergencia, dejaremos los portillos abiertos. Si el motor se para, continuaremos a nado.

Reconozco que la idea no me gustaba en absoluto. ¡Aventurarse en el agua con un carro armado!... Pero los otros dieron su conformidad y no podía hacer otra cosa que aceptar.

Alejandro obturó cuidadosamente con una cinta especial las rendijas del colector del motor, comprobando posibles agujeros en los instrumentos y apretando los tapones de los acumuladores. Envolví la radio en una tela impermeable.

—¡A sus puestos! —ordenó Jarcev.

Nuestro conductor ya estaba dispuesto. El profesor entró con cierta dificultad en la torreta. Andrej y yo nos quedamos arriba, agarrados a las manillas.

El tanque alcanzó la orilla. El agua, iluminada por el fuego, parecía hierro fundido recién salido del horno.

Lentamente, como quien antes de tomar el baño mira si el agua está fría, el carro descendió al lago. Las cadenas levantaron grandes chorros, que se escurrieron por los costados como una mágica lluvia de oro. De improviso, el carro se detuvo.

Vimos aparecer a Alejandro, que nos dijo:

—Quiero asegurarme de que no hay agujeros o grietas. ¿Me permite, camarada capitán?

Obtenido el permiso de Jarcev, se lanzó al agua, pero al punto apareció en la superficie, flotando como un corcho. La gran botella de oxígeno le impedía descender al fondo.

Enojado por el error cometido, Alejandro regresó de la orilla con una gran piedra, y manteniéndola bajo el sobaco, desapareció en el lago.

A través de su superficie se extendía una línea de puntos negros. Eran los extremos de los pilotes, todo lo que había quedado del puente.

Alejandro no volvía. Andrej escrutaba el velo azul del humo que oscilaba sobre el lago. Nikolaj Spiridonovic taconeaba nerviosamente. De los árboles caían ramas encendidas y carbones incandescentes que, en contacto con el agua, se apagaban con un chirrido.

De pronto, junto a una rama aún inflamada que cayó en aquel momento, reapareció Alejandro. La rama le iluminaba el camino como una antorcha.

Con pocos y medidos movimientos, Alejandro alcanzó la orilla.

—Hay que pasar más a la derecha —indicó, lanzándose sobre la torreta.

El carro se puso otra vez en marcha. Las cadenas se hundieron en el agua, que empezó a entrar por los portillos anteriores. Poco a poco llenó también la torreta, hirviendo como en una cacerola.

Yo estaba aterrado.

A través del agua verdosa brillaba diáfana la luz de los faros. Pálida, apenas visible, se veía también la lamparita de la torreta. Por último, las olas turbulentas se cerraron sobre nuestras cabezas.

Bajo el agua no noté nada sorprendente, ni peces extraños ni algas multicolores. Pero no olvidaré nunca aquel breve viaje submarino.

Andrej había descendido, pero yo permanecía junto al portillo superior.

El lago estaba limpio y transparente y los faros iluminaban buena parte de su extensión, contrariamente a cuanto sucedía arriba, entre el humo.

Ante nosotros se atarí un fondo arenoso, de apariencia fosforescente, sembrado de extrañas piedras recubiertas de musgo. Parecía ser una playa cubierta de matas ralas en una mañana de niebla.

Pero bastaba con mirar a lo alto para que esta impresión se desvaneciese.

Sobre nuestras cabezas estaba suspendido un enorme espejo animado, ondulante, palpitante. Las luces de los faros reflejadas sobre la arena dorada chocaban con la bóveda vítrea y volvían nuevamente hasta nosotros, se agitaban bajo el agua como si intentasen atravesar el espejo transparente. Sí, era verdaderamente transparente. A través de él se adivinaba una llama rosada.

—Esta será la aurora del mundo submarino —me dije.

No quitaba los ojos de la bóveda de cristal, el cielo de los habitantes del lago, que veía encenderse fuegos deslumbrantes, semejantes a estrellas fugaces. No conseguía comprender la causa de tan insólito fenómeno, pero luego comprobé que se trataba de los tizones ardientes que caían en la superficie del lago.

En lugar del aullido de las llamas y el estrépito de los árboles ardientes se escuchaba el rumor de las cadenas sobre el fondo duro, el borboteo y la agitación del agua.

Por el portillo superior apareció entre una nube de burbujas Nikolaj Spiridonovic; se sentó en el borde de la torreta, mirando los tizones incandescentes que aparecían y desaparecían. Levantó instintivamente una mano para señalarlos; al hacerlo, soltó la manilla a la que estaba sujeto, soltándose a la vez en el agua una enorme burbuja, que subió rápidamente hacia la superficie.

Asustado, sacudí algunos golpes sobre la coraza, que sonaron como los golpes de una campana seguidos de un súbito silencio. El tanque se detuvo. Apareció Andrej, a quien intenté explicar por señas lo que había sucedido.

El profesor, difícilmente, podría haber alcanzado la orilla opuesta. Aunque lo hubiese conseguido, no podría salir del agua, porque la cortina de fuego había alcanzado ya el borde del lago.

Miré a lo alto y me pareció ver la mitad de una figurita de porcelana partida en dos. El traje blanco y las blancas botas de amianto parecían cubiertas de esmalte.

Tal vez a causa de la crisis por la que atravesaba, prisionero en el fondo de un lago, o a causa de los milagros de la memoria humana, el hecho es que la imponente figura de Nikolaj Spiridonovic me recordó entonces una figurita que rompí de muchacho. La situación del profesor no era realmente trágica, pero, de todos modos, una comparación tan inoportuna me molestó. Y lo malo es que aún hoy no consigo separarlo de mi mente.

Rota la superficie del agua, apareció sobre nosotros una mano de porcelana, luego la máscara. El profesor debía mirarnos desde algunos metros de altura, flotando sobre aquel techo excepcional.

De improviso, se oyó un extraño sonido musical. Se repitió una vez más y otra, como si alguien hiciese vibrar los dientes de un peine.

Alejandro salió por el portillo anterior y, agarrándose a las partes salientes del tanque, nos alcanzó. Sujetando una manilla con una mano, con la otra se quitó el capuchón de amianto con la máscara, y se puso en la boca el tubo de goma del oxígeno. Luego nos preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Todo se explicó con bastante sencillez. Si se hace vibrar una goma delgada como un papel sobre un peine, se puede hablar también bajo el agua. Las oscilaciones de esta membrana *sui generis* se difunden en el agua como en el aire.

Ni yo ni Andrej tuvimos que recurrir a este sistema para responder a la pregunta de Alejandro. Este ya había visto a Nikolaj Spiridonovic suspendido en lo alto, y apretando la goma sobre los labios, pronunció:

—¡En seguida vuelvo!

Un minuto después, como si fuese lanzada por un invisible trampolín, la blanca figura, seguida por una cuerda, flotaba hacia la superficie, con una extremidad atada a la cintura de Alejandro y la otra al tanque.

Con poco esfuerzo arrastramos hacia el tanque a nuestro compañero, que había abrazado al profesor.

—Nunca hubiese pensado... —confesó más tarde Nikolaj Spiridonovic— que un día me arrastrarían de la superficie de un lago al fondo para salvarme...

El motor volvió a zumbar. Su voz apagaba todos los rumores del mundo subacuático: el murmullo de las corrientes frías, el borboteo de las burbujas de gas desprendidas de nuestros aparatos, el estruendo de los tizones incandescentes.

El tanque avanzaba sobre la arena brillante, sobre las algas verdes, bajo millones de brillantes burbujas semejantes a perlas de cristal.

Algo se separó con fuerza de la torreta y se perdió sobre nosotros.

—Quizá sea un tizón que quedó prendido en la portilla —dije, pero mientras, el tanque se había ya alejado y no conseguí ver nada.

El agua color ámbar anunció la cercanía de la orilla. Ya se notaba la luz de las matas en llamas, con la que se confundían el haz de nuestros faros.

El fondo empezó poco a poco a elevarse hacia el techo de vidrio. Este fue descendiendo cada vez más hacia nosotros hasta que, por fin, el tanque lo rompió.

El fuego se enfurecía entre los juncos de la orilla, lamiendo el agua.

Nos refugiamos al punto en la torreta, cerramos las portas y pusimos en marcha la refrigeración. La atmósfera era tan ardiente, que parecía como si el carro fuera a fundirse.

El tanque marchaba en línea recta, superando infinitas barreras de troncos abatidos, escalando montañas de carbón y ceniza y levantando millones de chispas. La refrigeración era claramente insuficiente y nuestros mojados trajes transpiraban vapor.

Pasaron cinco, diez minutos angustiosos. Se hizo difícil respirar. La aguja del manómetro se desplazaba continuamente hacia la izquierda, pues no nos quedaba ya más que una hora de oxígeno.

¿Cuánto tiempo duraría aún la energía de los acumuladores? Había que saberlo. Tomé un bloc y, siguiendo el ejemplo de Andrej, empecé por anotar las indicaciones de los instrumentos.

El tanque aminoró y se detuvo. Alejandro cerró el portillo. Ante nosotros sólo había una cortina de fuego.

Intentó rodear el centro del incendio. Giró hacia la derecha, aunque también allí surgían las llamas insaciables. Giró hacia la izquierda, donde, a través del humo, se divisaban troncos negros aún no tocados por el fuego. Tal vez allí se había refugiado la muchacha.

Alejandro detuvo la máquina por un instante y luego, con furia, como si con las cadenas quisiese aplastar a un enemigo, lanzó el tanque hacia adelante.

Mi cabeza dio contra el portillo superior y tuve la impresión de que la tierra desaparecía bajo mis pies.

Mis ojos se oscurecieron. La caída me pareció interminable. Otro golpe cien veces más fuerte y luego el silencio.

Cuando volví a abrir los ojos, vi en una semioscuridad caliginosa que todos mis compañeros yacían sobre el pavimento. Nikolaj Spiridonovic se lamentaba débilmente. Andrej intentaba levantarse, agarrándose con las manos a la superficie lisa de los cojines hinchados. Sentí un golpe sobre la portilla y pasos rápidos sobre la coraza.

El techo de la torreta se abrió y apareció la cabeza de Alejandro.

—¿Vivos?

Andrej se frotó la espalda, dolorida.

—Vivos, Alejandro.

—Eso parece —murmuró el profesor, palpándose la cabeza.

—¡Mire! —gritó Alejandro, aterrándome por los hombros y ayudándome a salir del tanque—. ¡Se acabó el incendio! ¡No ha llegado hasta aquí!

Efectivamente, ya no había fuego. Parecía que hubiésemos caído en otro mundo. Como si hubiésemos «atravesado la tierra de parte a parte». Había oído decir muchas veces esta frase, pero sólo entonces comprendí plenamente su significado.

Lejos, desde un punto indeterminado, llegaba el aullido de las llamas. Sobre nuestras cabezas se espesaba un humo negro semejante a algodón en rama, a través del cual aparecían retazos de cielo como vistos por un techo de cristal cubierto de nieve.

Obedeciendo instintivamente a un impulso repentino, corrí a abrazar los fríos troncos de los árboles, apoyé en ellos la cara, buscando a través de la delgada goma de la máscara aquella sensación de frescor que representaba la salvación.

Alejandro se inclinó para recoger una margarita.

—El fuego ha pasado cerca —dijo, examinando la flor—. No lo comprendo.

No supe qué contestar. Por otra parte, mi atención estaba atraída por Andrej, que parecía como si preparase una exploración. Había cogido un traje de amianto, una máscara y se había metido una brújula en el bolsillo. Al ver que yo estaba subiendo sobre la torre para coger mi radio, me dijo.

—De paso, déme, por favor, la botella de oxígeno. Quería la última botella que quedaba, la destinada a Valja.

Descubrí entonces que los trajes contra incendio eran de tipo experimental y no tenían botellas de reserva. Por otra parte, los bomberos no las necesitaban. Para ellos una sola había sido siempre más que suficiente.

Bajé al tanque, pero no encontré la botella, a pesar de que recordaba perfectamente dónde había sido colocada.

Andrej se inclinó sobre la portilla y me gritó con impaciencia:

—¿Aún no la encuentra? ¡A la derecha, a la derecha!

Convencido de que la botella ya no estaba, se volvió hacia Alejandro y el profesor, pero ninguno de los dos sabía nada. Recordé entonces aquella cosa que había saltado por la portilla hacia la superficie, cuando nos encontrábamos en el fondo del lago. Sin duda se trataba de la botella de reserva que habíamos reservado para Valja. Cada uno de nosotros había tenido siempre el pensamiento puesto en la muchacha, pero casi por un tático acuerdo ninguno había pronunciado su nombre.

Creía que Andrej no se iría sin la botella, pero de pronto nos dimos cuenta de que había desaparecido.

Pasaron algunos minutos. Andrej no volvía. Alejandro, el profesor y yo mirábamos preocupados la negra cortina de humo.

Muy probablemente, Andrej había querido establecer la dirección de marcha con la brújula. Para ello debía alejarse de la masa de acero del tanque lo menos una decena de metros. Pero, ¿nos volvería a encontrar? Habíamos apagado los faros para conservar los acumuladores, ya descargados en parte, gritar hubiese sido inútil, porque la voz se filtraba mal a través de la máscara. Podría haber pasado junto a nosotros sin vernos.

Poco después apareció una figura completamente blanca. Se acercó al tanque y el hombre saltó hábilmente sobre la coraza. Los redondos cristales de las gafas de su máscara brillaban, reflejando la luz de la débil lamparita encendida en la torreta.

—¡Andrej! —exclamé contento, ayudándole a entrar en el tanque.

—¡No soy Andrej! —era la voz de Alejandro.

En las tinieblas caliginosas todo era confuso. Alejandro había hecho una exploración por su cuenta y Nikolaj Spiridonovic y yo ni siquiera habíamos notado su ausencia.

Seguimos esperando a Andrej. El oxígeno se agotaba, había que darse prisa. El pensamiento que siempre quise ignorar, se hacía más insistente. Quizá Andrej se había perdido, quizá le había sucedido algo grave.

Alejandro corrió alrededor del carro, levantando su máscara y gritando, pero sin ningún resultado.

En aquel momento comprendí que mi radio podría ser útil de nuevo.

Nikolaj Spiridonovic y Alejandro estaban hablando entre ellos. Escuchaba los sonidos sordos provenientes de sus máscaras y me parecía que todo era un sueño, que en realidad no existía la taiga en llamas ni el tanque, ninguna de aquellas personas tan cercanas. Quería restregarme los ojos para despertarme, pero los párpados estaban cubiertos por la máscara y mi mano resbaló sobre el cristal.

El tiempo era precioso. Tras recobrarme, me llevé aparte a Alejandro.

—Intentaré buscar a Andrej. Si dentro de... —miré el manómetro del oxígeno—, dentro de media hora no he vuelto, no me esperéis, partid. ¡Hay que salvar al profesor!

—¿Qué estás diciendo? —rebatí Alejandro—. ¿Cómo vas a volver? ¿Cómo te orientarás?

No perdí tiempo en explicaciones. La idea que se me había ocurrido era de una sencillez verdaderamente ridícula. Me metí en la torreta del tanque, cogí la radio envuelta en una tela de amianto y empecé a prepararme.

Al notar mi actividad, Nikolaj Spiridonovic dijo:

—¿Qué pretende hacer? Se perderá...

—No, encontraré el camino de regreso.

—¡Pero no verá nada con este humo!

—No necesito ver. Le ruego sólo que una y separe a intervalos estos dos hilos —expliqué.

Tras una última ojeada al manómetro, me sumergí en el humo.

No sé que les parecerá esta parte de mi relato, en la que les hablaré de un descubrimiento extraordinario. Podría sugerir un título, por ejemplo, «El enviado del cielo». Desde luego es el que más se adapta. De todos modos, esto es asunto suyo.

Otra cosa quiero decir. En mi acción no hubo nada de heroico; salí en busca de Andrej, porque estaba firmemente convencido de regresar al tanque, como si me hubiese unido a él una cuerda delgada y sólida.

Pero aquí entramos ya en el campo de la técnica, pero de ello hablaré más tarde. Aunque se trata de una técnica tan primitiva, que la recuerdo con un cierto embarazo.

Al alejarme del tanque, me pareció descender por un profundo barranco cubierto con una espesa niebla. Afortunadamente, el tanque se había detenido justo en el borde. Caminaba de prisa, casi corriendo. Pensaba que Andrej no habría vuelto a subir y que estaría aún buscando a Valja en el barranco.

De pronto tropecé con algo y caí sobre la hierba. Mientras intentaba librar el pie, noté en la mano una cuerda delgada y sólida.

¿Cómo estaba allí? Tiré de ella hacia mí y noté que estaba atada a alguna cosa más abajo. Haciendo correr aquel hilo de Ariadna entre los dedos, descendí al barranco, contento de haber encontrado una guía para el regreso. Andrej había recurrido tal vez a aquel antiguo sistema para no perderse. En ocasiones es útil conocer la mitología.

Delante, el humo parecía más denso. A través de los negros arabescos se transparentaba una luz apenas perceptible. Ascendía y descendía acercándose a mí, como si estuviese siguiendo a alguien con una candela.

La luz vacilante llegó justo delante de mí. Extendí inmediatamente un brazo para detener al inesperado transeúnte, pero mi mano sólo encontró el vacío. La vivaracha llamita siguió corriendo a lo largo de la

delgada cuerdecita, chirriando y crepitando, se acercó a mi mano, la lamió con una ardiente lengua rosada hasta desvanecerse.

Así se desvaneció también mi esperanza de retroceder con el viejo sistema de Ariadna. De todos modos, recordaba la dirección seguida por la llamita y descender a un barranco es fácil.

Cuanto más descendía, más transparente se hacían las tinieblas.

Una luz extraña, temblorosa, aclaraba el fondo. A través de la niebla negra se traslucía un disco rojo, semejante al que aparece cuando miramos al sol a través de un cristal ahumado.

El pequeño sol daba una luz cada vez más viva. Perdiendo poco a poco su tonalidad rojo oscura, fue adquiriendo un color rosado y luego naranja.

No, no era el sol reflejado en el agua. Era una esfera incandescente, cuyo calor era perceptible. Desde lejos vi que reposaba entre matorrales carbonizados. Estaba rodeada por una faja negra, quemada, como si hubiese caído de lo alto y justamente por su causa hubiese empezado el incendio.

Me acerqué para examinar el pequeño astro caído sobre la tierra, que recordaba un «modelo operativo» del Sol y en el cual hasta se podían distinguir algunas manchas.

Estaba convencido de encontrarme en presencia del meteorito cuya caída había observado la tarde anterior. Pero no se había quemado, no había estallado, no se había hundido en el suelo.

Los meteoritos me interesan, había leído mucho sobre ellos. Los científicos afirmaban que un bosque nunca ha ardido a causa de un meteorito, que llegan fríos a la Tierra.

¿Qué era entonces?

¿Un proyectil, un cohete especial lanzado desde otro planeta? ¡Era imposible!

Me detuve tan sorprendido que sentí que me faltaba la respiración.

En las tinieblas caliginosas, iluminadas por el rojo reflejo de la esfera de fuego, se movían ciertos seres extraños semejantes a gigantescos cangrejos con monstruosas pinzas. El susto me impidió, en un primer momento, calcular su número. Luego observé que delante de mí sólo había dos. Debían ser criaturas malvadas y pérfidas. En todo caso aquellos a los que estaba observando me parecían indispuestos el uno con el otro. Movían amenazadoramente las tenazas y mostraban una luz de maldad en los ojos.

Hoy me avergüenzo al admitir mi error, pero debe tenerse en cuenta la situación: un mundo misterioso iluminado por una trémula aurora violeta, una esfera violeta, una esfera de fuego, la terrible tensión de las últimas horas, difícil de soportar para quien no está acostumbrado... Cualquiera en mi lugar hubiese visto visiones.

Vi luchar a los dos desconocidos seres hasta que uno de ellos, el más alto y gordo, agarró a su compañero y lo arrastró lejos de la esfera.

Oí un grito de desprecio lanzado por una voz femenina y una exhortación de Andrej.

Había venido en busca de Andrej y no le había reconocido, aun cuando en las últimas horas sólo le hubiese visto con máscara y traje... Es cierto que Andrej llevaba la máscara antigás; evidentemente había dado la suya a Valja. Pero era hermoso haberlos encontrado...

No me detendré en la historia del encuentro. Intenté arrastrar a Andrej y a Valja lo más lejos posible del meteorito, temía alguna radiación y recordaba que quedaba poco oxígeno. Por otra parte, Andrej no habría podido resistir mucho tiempo con la máscara antigás.

Pero Andrej, mirando a Valja de perfil, llevó la conversación por otros derroteros.

—¿Ha visto? —preguntó, indicando el meteorito—. ¿Qué hacemos con él?

—Ante todo volvamos al tanque. Hay que tomar el camino más corto para salir del barranco.

Valja me tendió la cuerdecita.

—He sido previsor.

Pero en sus manos sólo quedaba parte de ella.

Durante la disputa con Andrej no había advertido que la llamita se estaba consumiendo y que se había apagado al contacto del guante de amianto.

Tuve que tranquilizarla.

—Encontraremos el tanque gracias a la radio —abrí la tela de amianto en la que estaba envuelto el receptor. Andrej observó, sorprendido:

—Pero el tanque no lleva transmisor.

—Esté tranquilo. Ya está funcionando. Volvamos ahora. Luego se lo contaré.

Pera Valja estaba interesada en otra cosa.

—¿Cómo piensa transportar el meteorito? Hay que hacerlo lo más rápido posible.

—He aquí la razón de la disputa —me dije, e inmediatamente concebí un plan. No podíamos perder el tiempo convenciendo a una muchacha que desvariaba.

—¡Les ruego que no se queden atrás! —ordené, asumiendo las funciones de jefe—. Volveremos más tarde para recoger el meteorito.

Mi decisión convenció a Valja, que me siguió dócilmente, cosa que el comandante de la expedición no había logrado conseguir. Las relaciones de Jarcev con Valja debían ser más complejas, pues ella no quería obedecerle en modo alguno.

Yo no tenía derecho, por supuesto, a prometer la recuperación del meteorito, pero pensaba que otros lo harían cuando el incendio se hubiese apagado.

En cuanto nos pusimos en marcha, sintonicé la radio. Andrej y Valja esperaban con impaciencia las señales, evidentemente contagiados por mi proceder.

—¿Por qué no escuchaba nada? ¿Qué podía haber sucedido?

Por fin, del altavoz surgió un fuerte ruido. Al principio temí que se tratase del fragor de los árboles en llamas. Pero no, era distinto e intermitente, eran las señales enviadas por el rudimentario transmisor del tanque. Aquellas estridencias eran para mí música divina.

—Agárrese a mi cinturón —indiqué a Andrej.

El camino de regreso fue difícil. Nos perdíamos en el denso humo, tropezábamos con las raíces que salían del suelo, pero seguíamos una dirección precisa, que no venía indicada por una moderna estación, sino por la primitiva chispa del inventor de la radio.

Pocos minutos después vimos brillar aquella chispa sobre la torreta del tanque.

En la bobina de encendido de que disponía el tanque, yo había embonado dos hilos cuyos extremos fijé en la torreta. Entre ellos saltaba, por una espira construida a toda prisa, una chispa azul.

Debajo, sentado en el suelo, el profesor Cernikov, doctor en ciencias técnicas, consejero en la construcción de potentes emisoras de radio, frotaba un hilo sobre la borda del acumulador.

Puedo afirmar que nunca en su vida el profesor tuvo que manejar un transmisor tan extraño, pero me pareció que en su rostro, semioculto por la máscara, existía la misma concentración que, habitualmente, dedicaba a sus experiencias de investigación atmosférica.

Al ver a su hija sana y salva, Nikolaj Spiridonovic corrió a su encuentro, abrazándola con arrebato. Sólo entonces comprendimos la angustiada impaciencia con que había esperado su regreso. Debía tener un temperamento de hierro para conservar aquella calma exterior, con la mente torturada por el pensamiento de la suerte del ser amado.

Es evidente que entonces yo no conocía a Valja; el traje era áspero y demasiado grande para ella, la máscara además de cubrirle la cara sofocaba su voz, haciéndola apagada y desagradable. Sin embargo, había en ella algo que me gustaba, si bien aún no conseguía perdonarle su insensatez y su obstinación.

A pesar de la escasez de oxígeno —Andrej casi no podía respirar con su máscara antigás—, Valja se afanaba en torno al carro armado, buscando el cabo de arrastre,

—¿Dónde está? —preguntó a Andrej. Andrej contestó decidido:

—No descenderemos. Cada minuto es precioso. Y hemos tenido que arrancarla casi a la fuerza del meteorito. Alejandro se volvió perplejo.

—¿Meteorito? ¿Qué meteorito?

En aquel momento intervino Nikolaj Spiridonovic.

—Estoy de acuerdo con usted, tovarich Jarcev. Vamonos antes de que termine el incendio. Entonces fui yo el que se asombró.

—No comprendo, Nikolaj Spiridonovic. Cuando el incendio se apague, será más fácil salir de la taiga.

—Tengo una idea sobre este particular —el profesor me tomó del brazo para explicarme—. ¿No le interesaría controlar la propagación de las ondas en condiciones tan excepcionales? ¡Qué ocasión para descubrir los fenómenos que se producen en la ionosfera! ¿Me comprende? ¿Cómo voy a despreciar esta ocasión?

Me explicó además que recordaba la descripción del trabajo de otras estaciones ionosféricas de la Unión Soviética, que esperaba recibir ciertas ondas reflejadas, y entonces... Debo confesar que le escuchaba muy distraídamente, porque seguía pendiente de Andrej, que respiraba con mucha fatiga.

Alejandro pretendió obligarle a aspirar algunas boqueadas de oxígeno de su propia botella. Lo mismo le ofrecimos Valja y yo. Pero él no quiso aprovecharse de nosotros ni de Nikolaj Spiridonovic.

Valja se nos acercó, mientras el profesor me decía casi en voz baja:

—Como radiotécnico le será más interesante estudiar la propagación de las ondas que los meteoritos.

—¿Cómo? ¿Pretende abandonar el meteorito y marcharse? —intervino Valja, indignada—. ¿Y se pretenden científicos?

Alejandro corrió en nuestra ayuda.

—Lo lamento, pero esta discusión es inútil. La ciencia es algo muy hermoso, pero ahora tengo la obligación de ponerles a salvo. El camino es largo, difícil y el oxígeno se acaba. Atravesaremos el fuego y luego volveremos aquí, para recuperar el meteorito, apagar el incendio, estudiar las ondas, lo que ustedes quieran...

Valja le escuchó en silencio e insistió, testaruda:

—No. Nos llevaremos el meteorito ahora. Si no quieren, volveré abajo y me quedaré allí esperando.

No hay nada peor que la obstinación de una muchacha. La galantería resultaba imposible en aquellas circunstancias.

Observando que Andrej estaba indeciso, intenté mostrarme enérgico.

—Tovarich Jarcev, debemos volver. No podemos correr riesgos.

Me pareció ver bajo la máscara cómo los ojos de Valja brillaban de ira. Le temblaba la voz.

—¿Cómo se atreve...?

Perplejo, añadí que podíamos muy bien volver al día siguiente para recoger el meteorito.

—¿No les da vergüenza? —me interrumpió Valja—. Vi caer el meteorito y he corrido a buscarlo... Sin preocuparme del fuego. Además la esfera desaparecerá, se pulverizará, se transformará en cenizas. He estado junto a ella y me parecía verla disminuir a simple vista..., pero no podía hacer nada... Y ustedes, que son hombres, ingenieros, científicos... —parecía como si quisiera añadir algo más, pero sacudió una mano y nos volvió la espalda.

Debo admitir que nos sentíamos todos un tanto turbados. El extraño meteorito podía arder como un pedazo de carbón, en efecto, sin que nadie hubiera descrito, ya que no estudiado, aquel milagro de la naturaleza.

Todo esto nos hizo perder algún tiempo, unos minutos, pero nos parecieron horas a causa de la constante advertencia de la aguja del manómetro, que indicaba inexorablemente el consumo de oxígeno, así como el temor de no poder respirar muy pronto.

Después de habernos increpado Valja, transcurrió probablemente un momento. El profesor miraba a lo alto. Alejandro dejaba caer pensativamente el puño sobre la coraza. Andrej se apretaba con impaciencia la máscara antigás.

Yo me sentía particularmente molesto. La razón nos empujaba a salir de la taiga en llamas sin perder un segundo, pero en el fondo de nuestro corazón estábamos totalmente con la valerosa muchacha. La extraña forma del meteorito suscitaba en mí las más audaces fantasías. En el fondo del barranco había sofocado los pensamientos que se amontonaban en mi mente, pero ahora volvían con insistencia cada vez mayor. Andrej se inclinó hacia Alejandro y le dijo algo. Este, en contestación, bajó la cabeza y subió a la torreta.

—¡A sus puestos! —ordenó Jarcev.

No le obligamos a repetir la orden.

¿Qué decisión había tomado? ¿Intentaríamos atravesar la cortina de fuego o descenderíamos al barranco en busca del meteorito?

El tanque dio la vuelta y empezó a arrastrarse en dirección opuesta al barranco.

Valja posó sobre mí dos ojos enfurecidos, brillantes, a través del cristal de la máscara.

—¡Alégrese, ha vencido su prudencia!

—Yo no cuento... No lo he decidido...

—¿Cómo que no cuenta? —replicó indignada—. Conozco bien a Andrej y a Alejandro, y todavía mejor a mi padre. Ninguno de ellos se habría retirado frente al peligro. Es a causa de usted que regresamos...

—¿Qué dice? ¿Por qué...? —pregunté maravillado.

Valja lanzó una mirada a Andrej y, al ver que éste se afanaba con la refrigeración y no se preocupaba de nosotros, se inclinó hacia mí:

—Porque usted no es de los nuestros, porque se trata de un huésped, y no debemos hacerle correr riesgos.

¿Sería posible? ¿Lo hacían por mí?... Aquello me pareció ofensivo por lo que, para aclarar en el acto el equívoco, cogí a Andrej por los hombros.

—Dígame francamente...

Justo en aquel momento, tras haber girado en torno a un grueso montón de árboles aplastados, el carro alcanzó el borde del barranco en el que había caído la esfera.

Andrej me miró expectante. Me interrumpí y le estreché la mano en silencio.

El carro descendió con rapidez la larga pendiente, evitando hábilmente los puntos más empinados.

Por signos poco visibles, pero que recordaba perfectamente, vi que seguíamos la ruta que recorrí poco antes con Andrej y Valja.

Allí estaba el grueso matorral, sobre el que gravitaba un humo denso, plúmbeo. Allí estaba el pequeño claro donde había visto a «los extraños seres de otro planeta». Allí estaba la faja negra, quemada. Allí estaba el montículo sobre el que..., ¿qué había pasado?

El meteorito había desaparecido.

Como es lógico, ya saben ustedes que no hubo ningún final trágico, puesto que estoy aquí para contarles mi aventura.

Admito que no estaba solo en la taiga en llamas, y que mis compañeros podrían haber muerto. Pero en este caso nunca habría tenido valor para contar esta historia, que despertaría en mí recuerdos demasiado dolorosos y entristecería a mis lectores. No me gusta leer esos relatos donde los buenos mueren. ¿Qué cuesta dejarles con vida? Durante el curso de la vida, todos pierden algún amigo querido o algún pariente. ¿Para qué recordar también estas tristes circunstancias en los libros?

Estas ideas tal vez les parecerán ingenuas, pero cuando recuerdo lo ocurrido en el camino de regreso, el simple pensamiento de la muerte me pone de pésimo humor. Y no se trata de cobardía, sino de algo mucho más complejo.

Ignoro el motivo, si fue la impresión u otra cosa; el hecho es que mucho después de mi aventura evitaba mirar el fuego. El simple olor del humo o incluso una cerilla encendida provocaban en mí los más téticos recuerdos.

Pero volvamos a lo que nos ocupa. Les hablaré de la desaparición del meteorito.

El humo y un gran matorral, alto y espeso, nos ocultaba el fondo del barranco. ¿Había caído la esfera en alguna gran fosa o se había quemado definitivamente? ¿Cómo pudo desaparecer tan de improviso?

Valja estaba más alarmada que nosotros. En unión de Andrej y Alejandro buscaba la esfera no lejos del lugar en el que la dejamos.

Me arrodillé con la esperanza de hallar algún fragmento del meteorito.

Unas minúsculas chispas, apenas perceptibles, atrajeron mi atención. Como sembrado de microscópicos fragmentos de cristal brillantes al sol, un sendero dorado y transparente se extendía ante mí. Lo seguí y, tras un matorral carbonizado, divisé inmediatamente una clara mancha de fuego.

Era la esfera. Me pareció como si se bambolease ligeramente.

«¿Qué clase de meteorito será —pensé— si puede moverse como una máquina dirigida?»

Valja llegó entonces, seguida por el tanque.

Alejandro saltó fuera de la portilla, desconcertado, tirando del cable de arrastre.

—¿Qué esfera tan enorme! —exclamó, parándose con la cuerda en la mano—. ¿Podremos arrastrarla?

—Tal vez esté vacía por dentro —observé, pese a no tener ningún motivo para hacer tal suposición.

Alejandro preparó el cable y, a modo de lazo, lo lanzó hábilmente sobre la esfera. El cable se detuvo por un instante en la superficie curva del meteorito y luego resbaló al suelo.

—No hay nada que hacer —murmuró Alejandro—, no hay nada donde pueda hacer presa.

Hizo otra tentativa. El cable prendió algo, la esfera osciló, hasta que se puso a rodar precisamente hacia nosotros. Conseguimos evitarla por poco.

La mole candente pasó a nuestro lado y se detuvo.

Inclinando la cabeza, Alejandro lanzó el cable una vez más y alcanzó el centro de la esfera. Luego tiró con cuidado. El flexible cable de acero se había enganchado con fuerza en el espesor del instrumento.

Encontrado un punto de apoyo, Alejandro tiró con fuerza. La esfera se acercó.

—¿Lo ven? —exclamó Valja alegre—. Hasta un hombre puede arrastrarla...

Al principio me asombré de que Alejandro lograra fijar el cable, sin que éste resbalase con la tensión. Luego advertí que el meteorito no tenía una forma esférica regular, sino que recordaba más bien la de una gota. Sobre su superficie habían entrantes y salientes, de forma que el cable podía hacer presa en la masa rugosa.

Nikolaj Spiridonovic se acercó a mí y, mirando el meteorito, dijo:

—Extraño, muy extraño. Será interesante ver de qué metal está hecho.

Este pensamiento no me dejaba tranquilo y aproveché la ocasión para preguntarle;

—¿También usted piensa en eso?

El profesor sacudió asustado la mano enguantada y se alejó con precipitación.

Emprendimos el camino de regreso. Tenso el cable, la esfera nos siguió dócilmente.

El tanque remontó la pendiente. Oímos de nuevo el bramido de la tormenta de fuego. Pronto el incendio vino a nuestro encuentro, lamiendo la hierba con largas lenguas llameantes. El tanque las aplastó con sus pesadas cadenas, dejando tras sí dos surcos negros, sobre los cuales avanzaba como sobre ruedas la esfera de fuego.

Apareció un gran matorral en llamas y se hizo necesario cerrar las portillas. ¿Y el meteorito? A pesar de que el cable era corto, no siempre era posible distinguirlo entre las llamas. Cada diez metros nos deteníamos; Andrej y yo, por turno, salíamos de la torreta para comprobar la tensión del cable.

Valja intentó salir varias veces para convencerse personalmente de que no se había perdido el meteorito, pero cada vez Andrej se opuso de modo categórico.

Conseguí convencer a Andrej de que se pusiera mi máscara, por lo menos durante cinco minutos. Debo confesar que el breve tiempo que llevé la máscara antigás me pareció una eternidad.

Justo al llegar mi turno de control, el tanque entró en el bosque llameante. De lo alto llovían tizones incandescentes, caían troncos carbonizados. Salir era peligroso.

Andrej me tomó de la mano y me gritó al oído:

—Basta..., se lo prohíbo. ¡Al diablo el meteorito! ¡No podemos arriesgarnos más!

No logré comprender el motivo de su agitación. Luego me di cuenta de que procedíamos sin orientación, al azar. En tales circunstancias difícilmente nos bastaría el oxígeno.

A través de la tronera sólo se veían llamas y humo. Ninguna señal que permitiese orientarnos, establecer la dirección de marcha.

Como es natural, entonces pensé nuevamente en la radio. Pero antes éramos guiados por la estación de radio del lago. ¿Cómo hacerlo ahora?

—Hemos entrado en la taiga por el oeste..., hay que encontrar esa dirección. Pero a causa del humo el sol no es visible y la brújula del tanque no funciona... Sólo queda la radio... Moscú se encuentra al oeste: si consigo captar alguna estación de Moscú, saldremos... —me dije febrilmente.

Dentro de la jaula de hierro del carro no podía sintonizar ninguna emisora. Intenté abrir la puerta superior. ¡Imposible salir!

Con gran esfuerzo conseguí sacar al exterior sólo el aparato envuelto en amianto y quedé a la escucha.

Al verme tomar el aparato, Nikolaj Spiridonovic se me acercó y siguió con ávida curiosidad mis movimientos. Por fin no resistió más y me tiró de una manga:

—Las llamas actúan como pantalla de la antena —gritó—. Hay que apartar la pantalla, o sea el fuego, para poder recibir.

Siguiendo las órdenes de Andrej, Alejandro buscó una garganta en la que el fuego se hubiese extinguido, pero alrededor de nosotros no había más que troncos abatidos y árboles en llamas.

De pronto Alejandro frenó bruscamente y pasó por debajo de nuestras piernas para sacar de la parte posterior del carro algo envuelto en amianto.

—Esto también servirá. Podemos apagar algo. ¿Me permite, capitán?

Jarcev vio un extintor en las manos de Alejandro e inclinó la cabeza cansadamente.

—Venga, esperemos que sirva.

Un chorro de espuma silbante se extendió en torno al tanque. Un minuto después el fuego se debilitaba y se apagaba.

Así creamos un pequeño espacio libre del fuego. Había sacado fuera mi radio, cuando, no lejos de nosotros, resonó un estallido, luego otro y otro más.

Los estallidos continuaron. Parecía un bombardeo aéreo. Me acordé de que para apagar los grandes incendios en los bosques, se recurre a veces a bombas contra incendios. Nunca pensé encontrarme al fin de la guerra bajo un bombardeo en Siberia...

Alejandro se agitaba sobre su sillín y gritaba:

—¡Ahora lo entiendo! ¡La aviación bombardea la primera línea enemiga! ¡Ahora romperemos el frente!

Instalé mi aparato sobre la torreta y me puse a buscar radio Moscú.

El profesor me tiró otra vez de la manga y me dijo:

—¿Oye señales que se debilitan periódicamente?

Un sonido apenas perceptible en el altavoz había llamado mi atención. Empecé a descifrar aquellas palabras cuando la insistente llamada del profesor me distrajo de nuevo. Irritado, me volví hacia Nikolaj Spiridonovic.

—¿No tenía razón? Ahora se nota menos la acción obstaculizadora de las ramas —me dijo y, sin esperar respuesta, tendió una mano hacia el receptor—. Probemos en la frecuencia de diez metros.

¿Qué podía hacer? Aún consciente de mi grosería le separé la mano.

—Un momento, Nikolaj Spiridonovic. Antes debo localizar Moscú—. Por fin, tras muchos intentos, conseguí escuchar claramente:

—Hemos transmitido...

Y luego... de nuevo la voz de Nikolaj Spiridonovic:

—Esta es otra onda. No nos interesa. Era difícil de soportar... Estaba a punto de explotar cuando el altavoz resonó:

—¡Habla Moscú!

Aquella voz iba a guiarnos...

—No pierdas la dirección, Alejandro, por lo que más quieras —dijo Andrej con voz ronca y se llevó una mano a la garganta.

Sólo entonces comprendí sus sobrehumanos esfuerzos para respirar con la máscara antigás. Le ofrecí inmediatamente el oxígeno. Aspiró algunas bocanadas y me devolvió el tubo, indicándome con la mirada el manómetro. La aguja señalaba cero.

El tanque atravesó una zona llena de humo, donde las bombas antiincendio habían apagado las llamas. Pocos metros más adelante el fuego aullaba aún como en la chimenea de un horno.

Tras recorrer unos metros más, el tanque se detuvo de pronto.

—¿Qué ha pasado, Alejandro? —gritó Jarcev.

—¡Los acumuladores!

Andrej bajó junto al conductor para observar los instrumentos.

—Descargados. Estamos detenidos.

Valja se estrechó sobre él.

—¿Es el fin?

Alejandro abrió la portilla. Una lengua de fuego entró en el tanque.

No sólo Nikolaj Spiridonovic y yo nos interesábamos por los acumuladores de Jarcev. También Alejandro, quien precisamente por su causa había cambiado de especialidad para convertirse en un buen electrotécnico. Trabajaba en el laboratorio de Jarcev y le fascinaba hasta tal punto los experimentos con los acumuladores del capitán, que nunca hubieran pensado siquiera en abandonarlos.

Ni yo tampoco. Estaba plenamente convencido de que el ingeniero Jarcev y el técnico Beridze eran los elementos más adecuados para nuestro laboratorio de Moscú. Allí dispondrían de todo lo necesario para dedicarse al invento, especialmente por cuanto la escuela de carros armados se estaba reorganizando.

Esto lo supe por Nikolaj Spiridonovic, que tenía en gran estima las capacidades técnicas de Jarcev y Beridze, los cuales le habían ayudado a montar los aparatos de la estación ionosférica. En cuanto a las cualidades morales de mis nuevos amigos, yo mismo había tenido ocasión de conocerlas durante la expedición a la taiga.

Lo crean o no, en los momentos más trágicos de nuestro viaje, cuando el tanque se detuvo y apenas podíamos respirar en nuestras máscaras sin oxígeno, yo pensaba sólo en que aquellos estupendos muchachos debían trabajar en nuestro instituto.

Nikolaj Spiridonovic me daba pena, pero Valja, con su ingenua y viril testarudez, me iba gustando cada vez más. Porque ella no quería el meteorito para sí, sino para su tesis de licenciatura.

Imaginaba claramente la suerte reservada a mis amigos, pero no pensé que me tocara a mí también. Por supuesto, en mí hablaba el instinto de conservación. No tenía fe en mis cualidades físicas, pensé más bien que no podía resistir mucho: acabaría quitándome la inútil máscara y, tras gritar histéricamente, me lanzaría al fuego presa de la desesperación.

Pero aunque parezca extraño, no pasó nada. Cada minuto que transcurría me recordaba nuestro posible fin, pero giraba con mano bastante firme los botones del receptor, esperando oír las señales salvadoras. No podían haberse olvidado de nosotros... Me es difícil reconstruir ahora los detalles de los sucesivos acontecimientos. Recuerdo sólo momentos concretos.

La refrigeración ya no funcionaba. Los tubos antes cubiertos de escarcha eran ahora tan calientes como las otras partes del tanque. La máscara se me adhería fuertemente al rostro. Los trajes húmedos por efecto del calor desprendían vapor. Nuestra transpiración era abundante como si tuviésemos mucha fiebre.

—Esto es como me temía —explicó con voz ronca Andrej, inclinándose sobre mí—. Mis acumuladores se descargan en unas horas, tanto si trabajan como si no... Creí haberlo conseguido. Si funcionaran sólo diez minutos más...

—¿Se han descargado a causa del calor?

Andrej se sofocaba, pero ya no podía ofrecerle mi máscara, no quedaba casi oxígeno. Por otra parte, el propio Andrej nunca habría aceptado mi ofrecimiento.

—¿El calor? —preguntó a su vez, hablando de prisa para poder expresarse pese al frecuente jadeo—. Están bien aislados... del fuego... Y además funcionan también a elevada temperatura... ¡Un momento! —me apretó con fuerza el brazo—. Hay que quitar el revestimiento... Aunque hiervan...

Calculando cada movimiento para conservar las fuerzas, rompimos con los cuchillos los cojines aislantes que recubrían los acumuladores.

Andrej se dejó caer agotado.

—Alejandro, prueba... ¡Arranca!

El carro se tambaleó y, con una sacudida, empezó a caminar. Avanzaba moviendo apenas las cadenas. Los acumuladores suministraban las últimas partículas de energía. ¿Conseguiríamos llegar?

Ante nosotros oímos nuevos estallidos. ¿Sería posible captar las señales transmitidas por el avión?

En el altavoz oí la voz del radiotelegrafista de la escuela, que llamaba a la isla.

—Escuchen las señales que les transmitiremos desde el aire. Les buscamos.

Repitió varias veces la onda que debíamos sintonizar y luego llamó al avión:

—«Violeta» llama a «Lila», «Violeta» llama a «Lila». ¿Los han encontrado? Comuniquen las coordenadas.

Ya no me acuerdo muy bien, pero creo que el radiotelegrafista del avión nos comunicó entonces que siguiéramos hacia la dirección en la que se oían los estallidos.

—Estén tranquilos, les hemos localizado...

Esto nos devolvió alguna esperanza, pero, ¿cómo continuar si los acumuladores estaban descargados?

El resto lo recuerdo muy confusamente. Me parece haber visto a través de la tronera árboles carbonizados esparcidos en todas direcciones por las bombas. En el interior del tanque la pequeña lámpara se hacía cada vez más débil: la energía de los acumuladores ya no bastaba ni para iluminar.

La respiración se hizo difícil y yo estaba casi desfallecido. Me parecía oír el estruendo de una división de tanques lanzados al combate, yo estaba tendido en una cuneta y no podía gritar, mientras pasaban a mi lado, casi me rozaban...

La portilla se abrió con estrépito y sobre nuestras cabezas apareció entre nubes de humo un rostro enmascarado. Era el conductor del carro que nos había remolcado. Permaneció esperándonos cerca de la enrucijada.

Estábamos salvados.

Una vez repuestos gracias al oxígeno de las pesadas botellas que nos proporcionaron inmediatamente, el conductor nos explicó que el teniente coronel había enviado a nuestro encuentro una división de tanques.

En efecto, un minuto después, casi a la vez, aparecieron por doquier los perfiles de las máquinas de guerra con los faros encendidos. Parecía como si esperasen ocultos tras los árboles, esperando la señal de ataque.

Alejandro saltó fuera de la portilla y, de pie sobre la coraza, gritó algo a los otros tanques. Me acerqué a él.

—¿Sabes? Si tuvieran motores eléctricos como nosotros, los llevaría inmediatamente a la taiga.

—¿Por qué? ¿Ha quedado alguien aun? —exclamó maravillado.

—¿Cómo por qué? ¡Ha quedado el fuego! —Alejandro sacudió el pie con indignación, mostrando un puño amenazador a la taiga—. ¡Maldito fuego! ¡Hay que destruirte con bombas, atacarte con tanques... —gritó enardecido.

—No soy práctico en esta materia, pero creo que con los acumuladores de Jarcev, se podrían construir máquinas antiincendio para bosques, estepas, yacimientos de turba... Y no harían falta muchos...

Ya era de noche. El tanque quemado, manchado de hollín, nos llevaba cansadamente a remolque. Y tras él, saltando sobre las asperezas del camino como una pelota gigantesca, rodaba la esfera. Sobre su superficie de color guinda se encendían y apagaban aún chispas de oro.

Por la tarde, el teniente coronel nos invitó a su casa. Vivía cerca de la escuela, junto a la orilla del río.

Llegué un poco antes y, esperando a mis amigos, salí a la veranda. Una pantalla azul extendía una luz suave sobre la mesa preparada para la cena, mientras mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la lámpara.

Reinaba un silencio insólito, casi sereno y límpido, que nada parecía poder romper. Todo reposaba, los campos, los abedules, el río que corría perezoso.

La frescura de la noche producía agradables estremecimientos. Sentía la frescura del rocío, un sabor de menta en la boca; las gotas de rocío sobre los cabellos me producían esa sensación de ligero cansancio que se experimenta tras un baño.

Sentado en una esquina a la sombra, donde no llegaba la luz de la lámpara, miraba la esfera, ahora ya fría y apenas perceptible entre los matorrales y los arbustos. Parecía como si también ella reposase.

Nunca había saboreado la alegría de un silencio tan profundo, tras los fragores del tanque y el aullido del fuego.

Se oyó un ligero tintineo de vasos sobre la mesa. Vi a Andrej con una muchacha desconocida. Pero no. ¡Era Valja! Parecía otra sin la máscara...

Con un traje blanco de estrecha cintura, con una faja dorada, un pañuelo de seda del mismo color alrededor del cuello, nada en ella recordaba la testaruda pasajera del tanque ininflamable.

El pelo claro, los ojos y los labios sonrientes, los movimientos dulces, todo la hacía extrañamente atractiva.

Sin verme, la joven tomó amistosamente del brazo a Andrej y le llevó a la veranda.

—Por la mañana la esfera estará completamente fría. El teniente coronel me ha dicho que los enviados de la academia de Ciencias no llegarán hasta mañana... No dormiré en toda la noche. Si fuese el mensajero de otro planeta...

—Es posible que adivine hasta dónde llegarán estas fantásticas hipótesis —sonrió Andrej y en su voz noté una afectuosa ironía—. ¿No se ofende?

—Dígamelo —le animó Valja, echándose a reír—. Espero que no me veré obligada a escuchar impertinencias...

—Ignoro cómo lo tomará, pero se lo diré igualmente. Es probable que de pequeña le regalaran un huevo de chocolate con sorpresa... Ya la veo sacudiendo el huevo para saber lo que contiene, veo cómo empujada por una irresistible curiosidad lo rompe, y encuentra un relojito de juguete o un anillo de latón. Por eso pretende ahora romper esa esfera y ver lo que se oculta en su interior...

Me sentí incómodo al escuchar la conversación y me levanté.

Valja me miró maravillada, mientras que Andrej sonriente me presentó:

—Sólo como formalidad... Ya se conocen porque las pocas horas pasadas juntos en el tanque valen por muchos años de relaciones...

Cambiamos un apretón de manos. Valja me examinó sin ceremonias y luego, de improviso, estalló en una carcajada. Confieso que me sentí cortado.

Valja se excusó en seguida y me explicó que su hilaridad era debida a recordarnos con las máscaras puestas, que nos hacían semejantes a monstruos. Estaba contenta de no haberse equivocado al imaginarme tal como me veía ahora.

La explicación no me pareció muy convincente, pero Andrej intervino en favor de la muchacha:

—Déjmoslo, no la obliguemos a justificarse... ¡Hace una noche tan hermosa!

Sí, recordaré aquella noche toda mi vida. A fin de cuentas Jarcev, Alejandro, incluso yo en cierto modo, habíamos hecho todo lo posible para salvar aquellas dos personas del fuego. Evitamos este tema no por modestia, sino simplemente porque nos fastidiaban las palabras solemnes: «heroísmo», «abnegación»... Sí, por casualidad, a Valja o a Nikolaj Spiridonovic se les hubiesen escapado de improviso... Por otra parte, a decir verdad, no se podía decir quién demostró más valor, si nosotros o ellos.

Por fortuna, la conversación se centró en el misterioso meteorito, en las ondas radio reflejadas y los acumuladores de Jarcev.

Llegaron luego el teniente coronel Stepanov y un radiante Nikolaj Spiridonovic.

El profesor había conseguido ponerse en contacto con la vecina estación ionosférica, la cual había confirmado la exactitud de sus hipótesis sobre determinados reflejos. Según parece, sus observaciones habían resultado muy valiosas.

—Han grabado en cinta todas mis emisiones. Mañana volveré a la isla para coger el diario de observaciones. ¡Será muy interesante! —nos dijo entusiasmado, mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz.

A mí me interesaban los acumuladores. Yo también quería examinar al día siguiente el diario seguido por Jarcev sobre los experimentos del laboratorio. Pero lo más importante era que los acumuladores constituían; un invento maravilloso. Quién sabe si habría llegado igualmente a la misma conclusión con sólo leer los informes sobre los experimentos del laboratorio...

—Han funcionado en condiciones de temperatura verdaderamente infernales, demostrando una excepcional robustez —exclamé.

—Tampoco se han resentido cuando el tanque cayó en el barranco... —añadió Nikolaj Spiridonovic, rascándose involuntariamente la nuca.

En la puerta apareció Alejandro con una guerrera de un blanco deslumbrante y hombreras de plata. La impecable raya de los pantalones caía sobre la punta de los brillantísimos zapatos.

Recordé las negras manchas de hollín sobre su traje de amianto y no pude retener una sonrisa.

Estábamos todos contentos y a veces reíamos sin motivo. Pero Alejandro no se dejó contagiar por nuestro buen humor y, tras haber lanzado una ojeada a su uniforme sin encontrar ningún defecto, se acercó a Egor Petrovic.

—Teniente coronel. El alférez Beridze se presenta a sus órdenes. Permítame mañana ir a apagar el incendio. Los acumuladores ya están preparados.

Sonriendo, Egor Petrovic le ofreció una silla,

—En primer lugar no le he ordenado nada, sólo le he invitado a cenar. En segundo lugar, el incendio ya está apagado desde hace una hora. Ha llegado tarde, Alejandro... Por favor, a la mesa, amigos. Compañeros —exclamó cuando estuvimos todos sentados—, ha pasado mucho tiempo desde que pronuncié el último brindis. Fue para anunciar el fin de la guerra y la paz. Tal vez alguno de vosotros, más jóvenes, hayan creído que terminaron los tiempos del heroísmo, la época de las empresas heroicas. Pero nuestra vida es luminosa y llena de imprevistos. Y no sólo en condiciones excepcionales, como las que hoy hemos encontrado, es posible realizar una empresa... También para poseer los secretos de la naturaleza, para obligar a la naturaleza a servir al hombre, son necesarios los héroes...

Sentí la necesidad de alentar a Egor Petrovic. Levanté la copa brindando por la alegría de la investigación creadora y por el éxito del invento de Jarcev.

Andrej habló de la amistad que nos debe unir en nuestra vida pacífica. Sobre su rostro brillaba una luz interior tan apasionada, que no pude por menos de admirarlo.

Intenté no mirar a Valja y mucho menos de admirarla, porque sabía que no le habría gustado a Andrej. Debía regresar a Moscú con él, pero ella se quedaría. Quién sabe lo que podría suceder, pues las jóvenes son tan inconstantes... Aunque Valja no manifestaba por Andrej ningún sentimiento, ni de palabra ni con la mirada.

Una amistad normal y nada más.

Me gustó ver que la muchacha se mantenía fiel a sí misma cuando volvió al tema del meteorito.

—Egor Petrovic ha hablado de los misterios de la naturaleza. En la Tierra existen aún muchas cosas misteriosas, pero la naturaleza no espera que nosotros las resolvamos y nos manda otros misterios del cielo —arrugó la frente con satisfacción y preguntó—: Egor Petrovic, ¿cuándo llegarán sus científicos? ¿Por la mañana o por la tarde? ¡No tengo intención de esperarles!

—El huevo de chocolate... —exclamó Andrej, sonriendo.

Valja parecía enojada y, para evitar una posible disputa, le pregunté cuándo terminaba en la Universidad.

—Espero pasar el curso por correspondencia. Me he buscado un trabajo.

—¿Dónde?

Con asombro y secreta alegría por mi parte, Valja nombró el instituto científico donde yo trabajaba. Tal vez la destinarían a nuestro laboratorio.

Discutimos luego, cuando de repente nos callamos.

Del jardín llegaba un extraño rumor. Se produjo entonces un estruendo penetrante como si a dos pasos de nosotros se cortasen planchas de acero, mientras una llama cegadora violeta iluminaba toda la escena.

Nos incorporamos para lanzarnos a la balastrada. La llamada violeta brotaba de un gran agujero que se había abierto en la esfera.

La esfera se desplazó de su lugar, rodó a lo largo del sendero arenoso, saltó sobre un parterre y, rota la red de alambre, resbaló silbando sobre el campo de tenis.

Una verdadera lástima que los representantes de la academia de Ciencias no hubiesen llegado aquella misma tarde. Aunque el profesor Cernikov fuese un científico notabilísimo, de vasta y enciclopédica cultura, no pudo ayudarnos a explicar el enigma del meteorito.

¡Y qué podíamos decir! Cuando tuve ocasión de hablar de nuestro meteorito con algún especialista, dedicado toda su vida al estudio de los cuerpos celestes, la respuesta fue que la ciencia nunca había conocido ningún precedente parecido.

Y, sin embargo, nosotros habíamos visto con nuestros propios ojos el «caso». Seguramente, no se volvería a repetir, pero, ¿por qué menospreciarlo? ¿Acaso no existen también otros misterios científicos?

Recuerdo que aquella tarde se nos plantearon también otros enigmas, que intentamos explicar, aun de modo primitivo, basándonos en nuestros conocimientos científicos.

Nuestro meteorito se comportó de forma bastante extraña, desde luego. ¿Qué necesidad tenía de rodar sobre el campo de tenis?

Ante mis ojos se hallaba el parterre aplastado, los tallos despedazados de las dalias, la línea de los cálices quemados, la arena del sendero vitrificada, el conjunto iluminado por una alarmante llama violeta semejante a la luz de una lámpara de mercurio, formando un cuadro irreal.

Aún no nos habíamos recuperado de la sorpresa, cuando la esfera se inmovilizó. La llama se apagó. La oscuridad sólo era rota por el disco incandescente del agujero que se había abierto en la superficie de la esfera, parecido al respiradero de un motor a reacción. En la parte opuesta se advertía una negra fisura, que recordaba la huella de una portilla semi cerrada.

—¡Fíjense! —balbuceó Nikolaj Spiridonovic, sacudiendo la cabeza—. ¡Estamos en plena metafísica!

El teniente coronel recogió del suelo un bastón y giró alrededor de la esfera, golpeando ligeramente sobre su superficie. El interior estaba vacío.

El bastón empezó a quemarse; relucientes chispas brillaron sobre el fondo oscuro del meteorito.

—No se ha enfriado del todo aún —dijo con calma Egor Petrovic.

—Habría que sujetarla con un cable —murmuró Alejandro, como hablando consigo mismo.

—¿Por qué? —rió Andrej—. ¿Y si saliera volando? —Pero al notar la expresión airada de Valja, contuvo al punto la carcajada—. Habrá que montar vigilancia, desde luego...

Egor Petrovic dio muchas vueltas en torno a la esfera, examinándola atentamente. Por fin se detuvo, sacó una pitillera y, al ver que estaba vacía, la volvió a meter en el bolsillo.

—No se acerquen —advirtió y notando que Valja se había movido—. Atrás todos..., llamen a la guardia...

—Perdone, Egor Petrovic —le interrumpió el profesor—. ¿Por qué la guardia? ¿De quién tenemos que defendernos? Lo único que tenemos que hacer son observaciones científicas.

—Naturalmente..., pero mi deber es prevenir cualquier contingencia.

Alejandro se puso en posición de firmes.

—Permítame quedarme aquí.

—Muy bien —consintió Egor Petrovic—. Pero no se acerque. Vigílelo desde un punto a cubierto. Tomó a Valja de la mano, diciendo:

—Ya son suficientes aventuras. ¿Por qué quiere correr riesgos inútiles?

Valja le miró con una sonrisa maliciosa.

—Me parece que también usted se ha puesto a fantasear. Todos esperábamos algo extraordinario de este extraño meteorito.

En los escalones de la terraza la muchacha empezó a toser; sin duda sentía aún en la garganta el humo de la taiga ardiente. Al sacar un pañuelo del bolsillo, dejó caer algo.

Me incliné y entregué a Valja un fragmento de metal azulado.

—Gracias —me dijo—. ¿Cómo he podido olvidarme de esto? Lo había traído expresamente para enseñárselo.

Nos explicó que había recogido el trocito de metal junto al meteorito, pensando que se trataba de un fragmento de éste.

Andrej lo estuvo examinando mucho rato, lo rascó con un cuchillo, lo estudió atentamente y, al fin, suspiró aliviado:

—Desde el punto de vista de ingeniero, comprendo ahora que el meteorito, aun siendo hueco, no haya saltado en pedazos.

Todos aguardamos en silencio. En los labios de Valja bailaba una sonrisa escéptica: sabía que Andrej intentaría diluir sus fantasías románticas con aquel regalo del cielo.

—Es un metal ligero y muy estable, que no se ha quemado en su contacto con la atmósfera —explicó Andrej en tono árido, profesional—. Con toda evidencia constituía la envoltura externa del meteorito...

La hipótesis no me parecía convincente, pero una vez que Andrej hubo desarrollado su idea estaba casi de acuerdo con él. Explicó que la envoltura del meteorito, al encontrarse en estado de fusión, había actuado en cierto modo como amortiguador, suavizando el golpe. El meteorito la había perdido, luego al caer al barranco.

—¿Está de acuerdo conmigo, Nikolaj Spiridonovic? —preguntó Andrej al terminar su explicación.

—¿Por qué me lo pregunta a mí? Mañana podrá exponer su hipótesis a los especialistas. Yo habría estudiado muy a gusto la cola ionizada de los meteoritos, de tener alguno de ellos entre las manos... Pero sólo hoy se nos ha concedido esta suerte..., los científicos han estudiado ya la conductividad de la llama en un mechero de gas, y eso que me interesó..., ¿comprende, Víctor Sergeevic? Las altas frecuencias...

Yo no comprendía. Mejor dicho, no quería comprender, porque mis pensamientos estaban monopolizados por el meteorito. ¿Era realmente un meteorito? La hipótesis de Andrej sobre la envoltura fundida había puesto mi imaginación en marcha.

—Tiene razón —dije y, llevándome a Andrej aparte, añadí—: Se trata de una cubierta líquida en cuyo interior la esfera debía estar perfectamente aislada del calor. En el golpe contra la Tierra ha funcionado como un amortiguador hidráulico... Oí la explosión. Probablemente sería la corteza que envolvía al metal. Bien ideado, ¿no?

—¿Ideado? —replicó perplejo Andrej mirando a Valja, que hablaba con mucha animación—. ¿Ideado por quién?

Ya no me escuchaba. Bajé al jardín y me sentí otra vez irritado. ¿Era posible que no consiguiese olvidar aquellas estúpidas fantasías? Caían tantos meteoritos, grandes, pequeños, de las más diversas formas. ¿Qué podía tener de sorprendente?

Ahora apenas distinguía el meteorito enfriado. Se confundía con las tinieblas de la noche, semejante a una masa informe con una pequeña mancha en un costado no más luminosa que un cigarrillo encendido.

Un estallido ensordecedor rompió el silencio. Una luz cegadora como un rayo de magnesio rasgó la oscuridad, los parterres, los bancos, el rectángulo del campo de tenis. La alta lengua de una llama violeta serpenteó durante un instante en el aire, luego todo se apagó.

De nuevo el silencio y la oscuridad. Miré a mi alrededor. Sólo un minuto después pude distinguir en la veranda la pálida luz de la lámpara velada por la pantalla, la blanca mancha del mantel y algunas sombras indefinidas en torno a la mesa.

Algo golpeó sobre el techo una vez..., dos...

Me lancé hacia el campo de tenis.

Allí donde habíamos dejado la esfera, se abría un embudo negro de bordes agrietados. No muy lejos, el arbusto de las dalias mostraba al cielo sus raíces descubiertas.

Había desaparecido, no sólo la esfera, sino también Alejandro. Se me ocurrió otra idea absurda, ¿y si lo hubiesen raptado? ¿Pero quién? ¿Por qué? Estaba fuera de mí. Si les cuento todo esto, es para que comprendan cómo aquellos sorprendentes acontecimientos me habían electrizado.

Mis preocupaciones por la suerte de nuestro «observador» eran inútiles. Oí un ruido de ramas rotas y, a través de la valla, Alejandro irrumpió en el campo de tenis.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustado agitando unos gemelos.

—Habría que preguntárselo a usted —observó con voz severa Egor Petrovic junto a nosotros—. ¿No se había quedado aquí para vigilar?

Alejandro se explicó. Fue a buscar los gemelos que había dejado en el colgador de la entrada. Con ellos habría podido observar perfectamente cualquier fisura de la esfera, cualquier variación de color, cosas que tenía la intención de anotar en un cuadernito. A propósito, se lo había olvidado en el bolsillo del capote.

Alejandro miró los terrones esparcidos sobre el campo de tenis y dejó caer tristemente los brazos.

—He llegado tarde.

Involuntariamente miré hacia lo alto, esperando ver una estela luminosa en el cielo negro.

—No mire hacia allí —oí decir al profesor—. El meteorito se ha quedado en tierra.

Me mostró algunos fragmentos negros, quemados, de ligera roca porosa.

—Hay muchos en el campo de tenis.

Fui presa de una estúpida sensación de aburrimiento. Mi sueño había estallado como una vulgar pompa de jabón. Inútilmente intentaba reaccionar, pensando en la solución de los misterios técnicos planteados por el fenómeno. ¿Por qué había estallado el meteorito? Tal vez a causa de un desigual enfriamiento, o quizá había caído en un foso lleno de agua, como confirmaba la huella dejada sobre la arena, junto a la que Andrej estaba discutiendo con Valja. ¡Pero qué importaba!

Valja también había sufrido un desengaño. Casi llorando decía:

—¡Podíamos salvarlo! ¿Por qué ha caído en el agua? ¡El campo no tiene pendientes!

—Ya —admitió Andrej con voz cansada—. Pero se ha movido solo... Yo me lo explico así: interiormente estaba vacío y es probable que lo empujasen los gases emanados a través de las grietas que, de vez en cuando, se abrían sobre la superficie... Es bastante sencillo.

—¿Y por qué no lo han sujetado con un cable? —preguntó Alejandro, como si hablase consigo mismo, observando un ligero fragmento que había recogido.

Egor Petrovic sacudió, afligido, la cabeza.

—Es culpa mía, pero, ¿qué le vamos a hacer? ¡Es la primera vez que me ocurre una cosa semejante!

—Se trataba de un meteorito carbonoso —observó Nikolaj Spiridonovic, recogiendo algunos fragmentos—. Una gran pérdida para la ciencia. ¿Por qué no lo habremos fotografiado al menos?

Todos estábamos abatidos. Cada uno de nosotros comprendía que difícilmente se lograría recoger los fragmentos y reconstruir el meteorito, o preparar un modelo para el museo o la colección de la academia de Ciencias. Pero tampoco quedaba tal posibilidad, pues los gases de la cavidad interna se habían volatilizado. Sin duda también se había modificado la estructura. ¡Con qué desilusión los científicos examinarían esos pequeños fragmentos vistos quién sabe cuántas veces! Y nosotros no podíamos proporcionar ninguna prueba de que hubiese existido la esfera de fuego.

Valja recogió algunos fragmentos, quería examinarlos. Pero en la oscuridad era imposible y se fue a la terraza.

En silencio, intentando no mirarnos, la seguimos.

Recordaba la tarde anterior, la estrella fugaz y el deseo que había formulado. ¿Por qué estar triste? Todo se había cumplido. Realicé un viaje extraordinario, es tuve en el mundo misterioso del fuego, que aún nadie había visto. Conocí a Jarcev y a su magnífico invento, que también tuve ocasión de experimentar en la práctica. La posibilidad de vivir una aventura extraordinaria se había realizado. Por lo tanto debía olvidar el mezquino episodio de la estrella fugaz.

Pero pese a intentar convencerme a mí mismo, no lo conseguía.

Valja se acercó a la mesa y esparció sobre el mantel los fragmentos del meteorito, sacudiéndose luego las manos.

—¡Vengan! —gritó con voz emocionada—. ¡Vengan todos!

Todos, menos yo, se precipitaron a la mesa. Andrej echó una ojeada a los fragmentos, arrugó la frente y murmuró alguna cosa. Alejandro parecía estupefacto. Egor Petrovic tomó un cigarrillo de su pitillera, lo sacudió sobre la tapa, luego lo aplastó y lo tiró lejos. Apoyado con ambos codos sobre la mesa no separaba los ojos de los fragmentos.

Nikolaj Spiridonovic se quitó precipitadamente las gafas y, tras sacar del bolsillo un gran pañuelo azul, las limpió. Luego se las ajustó de nuevo y rugió:

—¡Caramba! ¡Qué descubrimiento!

Retuve como pude la curiosidad que hervía en mí. En pie junto a la barandilla de la veranda, hincaba con fuerza las uñas en la madera humedecida por el rocío.

No sé exactamente lo que me retenía. Tal vez pretendía probar mi fuerza de voluntad. Siempre he sido curioso, durante toda mi vida he cedido a este insaciable sentimiento. Para satisfacerlo he leído miles de libros, he hecho innumerables experimentos en la mesa del laboratorio, sin otro resultado que hacer siempre más viva la curiosidad. En aquel momento quería torturarme, retrasar lo más posible la satisfacción de mi más que legítima curiosidad.

—¡Vamos, jovencito, venga aquí! —me gritó Nikolaj Spiridonovic—. ¿Ha visto alguna vez algo semejante?

Me alegró mucho su invitación, un óptimo pretexto que me permitía poner fin a mi lucha con la curiosidad.

La cruda luz de la lámpara me obligó a entornar los ojos. Luego, de improviso, un rayo sutil, increíblemente familiar, se filtró entre las pestañas. Brillaba entre el montoncito de fragmentos, tembloroso, asumiendo tonalidades tanto lilas, tanto verdes y azules. Ahora, relampagueaba una agradable llama rosada que difundía un rayo blanco, transparente, excepcionalmente puro.

Me quedé sin respiración.

—¡Diamantes! —conseguí murmurar, sin tener apenas fuerzas para alargar la mano, cogerlos y examinarlos más de cerca.

Valja se sentía dueña de la situación. Ella había encontrado el meteorito y descubierto los diamantes. Generosamente, asumió una actitud de modestia.

—¿Es quizá algún cristal de origen volcánico? Nunca he oído que en los meteoritos hubiese diamantes.

—Entonces no has oído muchas cosas, hija —dijo Nikolaj Spiridonovic, acariciándole afectuosamente la cabeza—, y no es cuestión de envanecerse. Yo ya soy viejo, pero todavía recuerdo que, de joven, me interesaba por los cuerpos celestes. Recuerdo haber leído que en 1886 en un meteorito carbonoso de casi dos toneladas caído en la gobernación de Pensa, se encontraron diamantes. Es verdad, aunque mucho más pequeños, no como éstos.

Rogó a Alejandro que sacase una lente de los gemelos. Con ella se puso a examinar las piedras. Escogió las mayores y, apoyado con todo su cuerpo en la mesa y con un ojo cerrado, observó atentamente los insólitos regalos del cielo.

Al fin me decidí yo también. Tomé un trozo de carbón sobre el que llameaban los diamantes al parecer ya bruñidos, y para probar su propiedad más importante, esto es la dureza, empecé a rayar con los agudos cantos el fondo de un vaso. Se desvaneció toda duda: los diamantes eran verdaderos.

—Por supuesto —dijo Nikolaj Spiridonovic, depositando el fragmento que tenía en la mano—, lo más interesante no está en este tesoro inopinadamente llovido del cielo. ¡Quién sabe si gracias al estudio de estas piezas hallaremos el sistema de fabricar diamantes artificiales!

—¿En esferas de fuego como la nuestra? —preguntó alegremente Alejandro—. Para hacerlos...

Andrej moderó su entusiasmo y explicó que para la cristalización de los diamantes se precisa una temperatura de miles de grados y una enorme presión del orden de 40-60 mil atmósferas. Nadie había conseguido nunca reunir esas dos condiciones a otras también necesarias.

—Pero tal vez ahora... —Andrej quería llegar hasta el fondo de su pensamiento, pero Valja no le dio tiempo de concluir.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Qué puede haber más noble, más bello, que un diamante! Veo que sonríe, Andrej... Lo sé, los diamantes son necesarios ante todo para la técnica... Imagina que pronto los diamantes artificiales, menos costosos, se utilizarán en barrenas, cizallas, máquinas automáticas de gran velocidad. ¿Recuerda que una vez me habló de ello?

—Sí —admitió Andrej, añadiendo un poco confuso—. Habrá suficientes diamantes para la técnica y para...

En aquel momento tosió, quizá pensando que iba a decir «y para las mujeres amadas», aun cuando su carácter no le permitía expresar sus sentimientos con claridad. Es cierto que después volví a pensar en ello y no vi motivo de que Andrej se turbara. En efecto, la frase podía referirse muy bien a todos los enamorados de la tierra. ¿No merecían todos los dones más bellos, especialmente si los brillantes hubiesen perdido su elevado precio, tan contrario al espíritu de los románticos, y quedando para siempre como una bellísima obra de la naturaleza, del arte y de la mente humana?

Pero Andrej no dijo nada. Se produjo un silencio embarazoso que Egor Petrovic intentó romper con las siguientes palabras:

—Tiene razón, Andrej. Los diamantes son preciosos tanto para la técnica como para adorno. Y los más preciosos son los diamantes de agua pura, tan duros y estables que no arden ni en el fuego. En su tanque, así como en la esfera de fuego, se han cristalizado los caracteres, Y nuestro bien más precioso son efectivamente estos hombres de voluntad dura como el diamante.

Tal vez no debería formular tan inmerecido juicio sobre nuestros actos, pero he pensado que estas palabras se refirieron a muchos héroes auténticos, que en verdad los merecen. Porque los caracteres no se cristalizan sólo en un tanque, éste es un caso particular, sino en cualquier lugar donde haya verdaderos hombres.

He conocido hombres semejantes; son hombres que pueden hacerlo todo. Trabajar, soñar y discutir con ellos era mi único deseo.

En el cielo nocturno brilló de nuevo una estrella fugaz. Su estela luminosa se dispersó lentamente. Pero yo no soñaba ya con viajes más allá de las nubes, no formulaba ingenuos deseos. El deseo que apenas había formulado, se cumpliría igualmente.

El Blanco Cono de Alaid

Arcadij y Boris Strugackij

La embriomecánica es la ciencia que estudia la formación de los procesos de desarrollo biológico y la teoría de la construcción de mecanismos que se autodesarrollan.

Nota de los Autores.

Vachlakov dijo a Asmarin:

—Irá usted, a la isla de Sumsu.

—¿Dónde está? —preguntó ceñudo Asmarin.

—En las Kuriles septentrionales. Partirá en avión hoy a las doce treinta. Con el mixto Novosibirsk-Port Providence.

Los embriones mecánicos debían ser experimentados en las más diversas condiciones. El instituto se interesaba sobre todo en asuntos interplanetarios, por lo que treinta grupos de cuarenta y siete habían sido enviados a la Luna y a los planetas. Los restantes diecisiete debían operar sobre la Tierra.

—Bien —murmuró lentamente Asmarin.

Confiaba en ser destinado a un grupo interplanetario, tal vez a la Luna, y tenía muchas probabilidades de ser elegido, pues nunca se había sentido tan bien como en aquellos últimos días. Se hallaba en excelente forma y había esperado hasta el último momento. Pero, quién sabe por qué, Vachlakov había decidido de otra forma. No podía ni siquiera hablar con él de hombre a hombre, porque en el despacho había algunos desconocidos de rostros sombríos.

—Bien —repitió con calma.

—Allí ya están al corriente —continuó Vachlakov—. Recibirá instrucciones en el lugar de la prueba, en Bajkovo.

—¿Dónde está?

—En Sumsu. Es la capital administrativa de Sumsu. Vachlakov entrelazó los dedos y se puso a mirar la pared.

—También Sermus se quedará en la Tierra —dijo—. Irá a Sacharu.

Asmarin se calló.

—Ya he escogido sus ayudantes —explicó Vachlakov—. Tendrá dos. Estupendos muchachos.

—Novatos —masculló Asmarin,

—Se espabilarán —cortó rápido Vachlakov—. Están bien preparados. Buenos muchachos, se lo digo, llenos de iniciativa.

Los desconocidos presentes en el despacho sonrieron con respeto. Vachlakov añadió:

—Entre otras cosas, uno ha prestado servicios en Pioneros.

—Bien —dijo Asmarin—, ¿eso es todo?

—Todo. Puede irse. Enhorabuena. La carga y los hombres están en el ciento dieciséis.

Asmarin se acercó a la puerta. Tras un instante de duda, Vachlakov le gritó a sus espaldas:

—Vuelva cuanto antes, camarada. Tengo algo interesante para usted.

Asmarin cerró la puerta tras sí y se entretuvo un poco. Luego recordó que el laboratorio ciento dieciséis estaba cinco plantas más abajo y se dirigió hacia el ascensor. En él encontró a Tazudzo Misima, un japonés rechoncho de cráneo afeitado y gafas azules. Misima preguntó:

—¿Dónde va su grupo, Fedor Semenovic?

—A las Kuriles —contestó Asmarin.

Misima guiñó los ojitos hinchados, extrajo un pañuelo y se puso a limpiarse las gafas. Asmarin sabía que el grupo de Misima partiría hacia Mercurio, destino Altiplano Ardiente. Misima tenía veintiocho años y aún no había alcanzado el primer millar de millones de kilómetros. El ascensor se detuvo.

—Sayonara, Tazudzo. Yorosiku —dijo Asmarin. Misima sonrió de oreja a oreja.

—Sayonara, Fedor-san —dijo.

El laboratorio ciento dieciséis, una sala luminosa, estaba desierto. En una esquina a la derecha se hallaba el huevo, una esfera pulida de casi un metro de altura. En el ángulo izquierdo estaban sentados dos hombres. Al entrar Asmarin se levantaron. Asmarin se detuvo para mirarlos. Tendrían unos veinticinco años, todo lo más. Uno era alto, de cabellos claros, de cara roja y fea. El otro, más bajo, de tez oscura y tipo español, vestía un chaleco de piel agamuzada y pesadas botas de montaña. Asmarin se metió las manos en los bolsillos, se levantó sobre las puntas de los pies y luego volvió a apoyarse sobre los tacones.

«Novatos», se dijo. De improviso sintió un dolor en el costado derecho, en el lugar en el que le faltaban dos costillas.

—Hola —saludó—. Soy Asmarin. El hombre de la tez oscura mostró sus blancos dientes.

—Ya lo sabemos, Fedor Semenovic —cesó de sonreír y se presentó—: Kuzma Vladimirovic Sorocinskij.

—Galcev Viktor Sergeevic —le siguió el joven de los cabellos claros.

«¿Quién de los dos estaría en Pioneros? —se preguntó Asmarin—. Tal vez el tipo español, Kuzma Sorocinskij.»

—¿Cuál de vosotros ha estado en Pioneros?

—Yo —respondió Galcev.

—¿Y por qué le han...? —preguntó Asmarin—. Si no es un secreto...

—No lo es —contestó Galcev—. Por disciplina.

Miró a Asmarin fijamente a los ojos. Galcev tenía ojos azul claros bajo largas pestañas femeninas. Contrastaban singularmente con el rudo rostro sonrosado.

—Sí —aseveró Asmarin—. Un pionero debe ser disciplinado. Todos deben ser disciplinados. Esta es mi opinión. ¿Qué sabe hacer?

Vio que las cejas de Galcev se movieron, y tuvo una cierta satisfacción. Repitió:

—¿Qué sabe hacer, Galcev?

—Soy biólogo —contestó Galcev—. Especialista en nemátodos.

—Ah... —murmuró Asmarin, volviéndose hacia Sorocinskij—. ¿Y usted?

—Ingeniero gastrónomo —explicó Sorocinskij, mostrando de nuevo los dientes blancos.

«Estupendo —pensó Asmarin—. Un experto en gusanos y un cocinero. Un pionero indisciplinado y un chaqueta de gamuza. Buena pasta, especialmente aquel pionero fracasado. Caramba con Vachlakov. Se imaginaba a Vachlakov escogiendo con meticulosidad entre dos mil voluntarios a los elementos destinados a los grupos interplanetarios, echando una ojeada final a las listas, mirando el reloj y diciendo: "El grupo de Asmarin irá a las Kuriles. Asmarin es experto, es formidable. Le bastará con tres hombres, o con dos. Las Kuriles no son Mercurio, no son la Altiplanicie Ardiente. Bien, démosle este Sorocinskij y este Galcev. Además este Galcev ha sido pionero".»

—¿Conocen el trabajo? —preguntó Asmarin.

—Sí —asintió Galcev.

—Bueno, Fedor Semenovic —dijo Sorocinskij—, nos han instruido.

Asmarin se acercó al huevo y tocó su fría superficie pulimentada. Luego preguntó:

—¿Saben qué es esto? ¿Galcev?

Galcev levantó los ojos hacia el techo, pensó un poco y dijo con voz monótona:

—Conjunto embriomecánico M 3-8. Embrión mecánico modelo 8. Sistema mecánico autónomo de auto desarrollo que comprende el dispositivo MCV —mecano cromosoma de Vachlakov—, un sistema de órganos perceptivos y ejecutivos, un sistema director y un sistema energético. El M3-8 es un conjunto embriomecánico que puede desarrollarse en condiciones cualesquiera y con cualquier materia prima en cualquier construcción comprendida en el programa. El M3-8 está destinado...

—Usted —indicó Asmarin a Sorocinskij, quien contestó sin pararse a pensar:

—Este ejemplar del M3-8 está destinado a ser empleado sobre la Tierra. Programa standard. Modelo 64. El embrión se desarrolla en una cúpula de cierre hermético, para seis personas, con plataforma y filtro de oxígeno.

Asmarin miró a través de la ventana y preguntó:

—¿Peso?

—Cerca de un quintal y medio.

Los operarios del grupo experimental podían no saber estas cosas.

—Bien —explicó Asmarin—. Ahora les diré lo que no saben. Primero, el «Huevo» cuesta diecinueve mil horas de trabajo especializado. Segundo, pesa efectivamente un quintal y medio y si es necesario deberán empujarlo incluso a fuerza de brazos.

Galcev asintió con la cabeza. Sorocinskij dijo:

—Muy bien, Fedor Semenovic.

—Así me gusta —dijo Asmarin—. Empiecen en seguida. Empújenlo hasta el ascensor y bajenlo al andén. Luego vayan al almacén para recoger los aparatos de registro. Preséntense con todo el cargamento en el aeropuerto a las veinte horas. Les recomiendo puntualidad.

Se volvió y salió. A sus espaldas resonó un fuerte rumor. El grupo de Asmarin empezaba a ejecutar la primera orden.

Al amanecer el estrato plano mixto, mercancías y pasajeros, descargó el grupo sobre un terocarro en el segundo estrecho de las Kuriles. Con mucha habilidad, Galcev sacó al terocarro del picado y miró en torno suyo, echando una ojeada al mapa y otra a la brújula hasta divisar Bajkovo, unas pocas filas de edificios de dos pisos de litoplástico blanco y rosa dispuestas en semicírculo alrededor de la pequeña pero profunda bahía. El terocarro se posó sobre el malecón. Un paseante madrugador (un jovencito de torso desnudo con un par de pantalones de tela encerada) les indicó la sede de la administración. El administrador de servicio, un viejo agrónomo del lugar, les acogió cordialmente.

Después de escuchar a Asmarin, propuso escoger algunas pequeñas alturas junto a la costa septentrional. Hablaba el ruso bastante bien, sólo de vez en cuando dudaba en alguna palabra como si estuviese inseguro o tal vez porque tartamudeaba un poco.

—La costa septentrional está bastante lejana —declaró el administrador—. No hay buenas vías de acceso, pero dispone del terocarro. Por otra parte, no puedo sugerirle otra localidad más cercana. No entiendo de experimentos físicos, pero la mayor parte de la isla está cultivada y por doquier trabajan los escolares. No puedo correr riesgos.

—No existe el menor peligro —aseguró Sorocinskij—. En absoluto.

Asmarin recordó que una vez, dos años antes, se vio obligado a permanecer durante una hora entera agarrado a una escalera de incendios, para salvarse del plástico fundido que el protoplasma necesitaba para perfeccionarse. Aunque es cierto que entonces no existía el «Huevo».

—Gracias —dijo—, la costa septentrional irá muy bien.

—Sí —dijo el viejo—, allí no hay campos cultivados. Sólo abedules. Unos arqueólogos también trabajan allí por alguna parte.

—¿Arqueólogos? —preguntó asombrado Sorocinskij.

—Gracias —concluyó Asmarin—. Pienso partir inmediatamente.

—Pero antes vamos a comer —indicó el viejo. Consumieron la comida en silencio.

—Gracias —dijo Asmarin, levantándose—. Ahora debemos irnos ya.

—Hasta la vista —se despidió el viejo—. Si necesitan algo no hagan cumplidos.

—No, no haremos cumplidos —afirmó Sorocinskij. Asmarin le miró de reojo y se volvió de nuevo hacia el viejo.

—Hasta la vista —dijo.

En el terocarro, Asmarin advirtió:

—Jovencito, como vuelva a permitirse otra salida por el estilo, le expulsaré de la isla.

—Perdóneme —rogó Sorocinskij.

El rubor aparecía aún más bello sobre su cara olivácea y lisa.

A lo largo de la costa septentrional no había efectivamente campos cultivados, sino sólo abedules. El abedul de las Kuriles crece «extendido», se tiende a lo largo del suelo y sus troncos, sus ramas húmedas y nudosas, forman mallas espesas e insalvables. Desde lo alto, las manchas de vegetación parecen inofensivos

prados verdes, aptos para el aterrizaje de aparatos no muy grandes. Ni Galcev, que guiaba el terocarro, ni Asmarin ni Sorocinskij con los abedules de la Kuriles. Asmarin indicó un monte en lo redondo. Sorocinskij echó una tímida ojeada a Asmarin, respondiendo:

—Maldito sitio.

Galcev hizo salir el tren de aterrizaje y dirigió el terocarro hacia un amplio campo verde a los pies de la altura escogida. Un minuto después, el terocarro se zambullía con estruendo en el verde colchón de los abedules de las Kuriles. Asmarin oyó el ruido, vio millones de estrellas multicolores y perdió el conocimiento.

Cuando volvió a abrir los ojos, lo primero que vio fue una mano. Una mano grande cubierta de quemaduras. Los dedos, recientemente arañados, estaban aún colocados sobre los mandos del aparato. Luego la mano desapareció y apareció una cara roja oscura con los ojos azules bajo unas pestañas femeninas.

—Tovarich Asmarin —llamó Galcev, moviendo apenas los labios partidos.

Asmarin jadeó, intentando sentarse. Le dolía mucho el costado derecho y sentía arder la frente. Se la palpó, llevándose los dedos a los ojos. Los dedos se mancharon de sangre. Miró a Galcev, que se estaba secando la boca con un pañuelo.

—Magnífico aterrizaje —aplaudid Asmarin—. Es usted una verdadera fuente de alegrías, camarada especialista en nemátodos.

Galcev no contestó. Seguía apretándose el pañuelo sobre los labios, sin mover la cabeza. En voz alta y temblorosa, Sorocinskij dijo:

—No es culpa suya, Fedor Semenov.

Asmarin volvió lentamente la cabeza para mirar a Sorocinskij, que se hallaba por completo enredado entre los restos.

—Galcev no tiene la culpa —repitió.

Asmarin entreabrió la portezuela de la cabina. Tras asomar la cabeza, durante algunos segundos observó las ramas despedazadas y los troncos arrancados que trababan el tren de aterrizaje. Arrancó algunas hojas brillantes, las aplastó con los dedos y se las llevó a los labios. Las hojas eran ásperas, amargas. Asmarin las escupió y preguntó sin mirar a Galcev:

—¿El aparato está bien?

—Está bien —aseguró Galcev detrás del pañuelo.

—¿Se ha roto los dientes? —preguntó Asmarin.

—Sí —repuso Galcev.

—Volverán a crecer antes de que se case —prometió Asmarin—. Intente llevar el aparato a la cima de la colina.

Liberarse de las plantas no fue tan sencillo, pero al fin, Galcev consiguió llevar el terocarro hasta la cima del montecillo. Frotándose con la palma de la mano el costado derecho, Asmarin descendió y miró a su alrededor. Desde allí la isla parecía desierta, plana como una mesa. La colina de rocas volcánicas era desnuda y rosada. Hacia el este se extendían las manchas de abedules, hacia el sur los rectángulos verdes de los campos cultivados. La costa occidental distaba unos siete kilómetros. A lo lejos, en la bruma violácea, se delineaban algunas cimas montañosas y, más lejos todavía, a la derecha, se erguía inmóvil en el cielo azul una extraña nube triangular de contornos muy precisos. La costa septentrional se hallaba mucho más cercana. Caía a pico sobre el mar y justo en el borde del acantilado surgía una torre absurda, probablemente la cúpula de una antigua casamata japonesa. Junto a la torre se distinguía una tienda blanca, alrededor de la cual se movían algunas figuras humanas. Eran los arqueólogos a los que había aludido el administrador de servicio. Asmarin arrugó la nariz. Había un olor de agua salada y de piedras candentes. El silencio era completo, no se oía ni siquiera la resaca.

«Buen sitio —pensó Asmarin—. El "Huevo" aquí, los tomavistas y el resto en las pendientes, el campamento en la parte baja, cerca de los campos de sandías aún verdes. —Luego pensó en los arqueólogos—. Casi cinco kilómetros para llegar hasta ellos, pero será mejor advertirles. Así no se sorprenderán cuando el embrión mecánico empiece a desarrollarse. Quién sabe lo que hacen aquí.»

Asmarin llamó a Galcev y a Sorocinskij, diciendo:

—El experimento se efectuará aquí. En mi opinión, es el sitio más apto. Materias primas: lava, toba; justo lo que hace falta. Procedan.

Galcev y Sorocinskij se acercaron al tero carro y abrieron el portaequipajes, del que se escaparon reflejos luminosos. Sorocinskij entró en el interior, empezó a jaderar y con un golpe hizo rodar el «Huevo» hasta el suelo. Crujiendo sobre las rocas, el aparato dio dos vueltas y se detuvo. Galcev apenas tuvo tiempo de apartarse.

—Una bonita faena —gruñó con voz sorda. Sorocinskij salió y dijo con voz de bajo:

—Nada. Estoy acostumbrado.

Asmarin dio una vuelta alrededor del «Huevo», intentó empujarlo, pero éste no se movió.

—Bien —aprobó—. Ahora las cámaras.

Trabajaron mucho para instalar las cámaras tomavistas: una con objetivo de rayos infrarrojos, otra estereoscópica, otra con objetivo calorimétrico y, por fin, otra dotada de un amplio surtido de filtros.

Era ya casi mediodía cuando Asmarin se secó con cuidado la frente sudorosa con la manga y sacó del bolsillo el estuche de plástico que contenía el activador. Galcev y Sorocinskij retrocedieron, mirando por encima de sus hombros. Asmarin dejó resbalar poco a poco sobre la palma de la mano el activador, un tubito brillante con una ventosa en un extremo y una pera de goma en el otro.

—Procedamos —dijo en voz alta.

Se acercó al «Huevo» e hizo adherir la ventosa al metal pulido. Tras haber vacilado un segundo, apretó su grueso pulgar sobre la pera roja.

Ahora sólo una descarga a quemarropa de un fusil de rayos podría detener los procesos que se habían iniciado bajo la pulida envoltura. Una serie de impulsos de alta frecuencia había despertado el mecanismo, centenares de micro receptores enviaban al cerebro positrónico y al mecano cromosoma informaciones sobre el ambiente exterior; el embrión mecánico empezaba a sintonizarse con las condiciones ambientales. La duración de este proceso era desconocida, pero en cuanto hubiese terminado, el mecanismo comenzaría a desarrollarse.

Asmarin echó una ojeada al reloj. Eran las doce y cinco. Separó con fuerza el activador de la superficie del «Huevo», metiéndolo en el estuche, y se lo guardó en el bolsillo. Luego miró a Galcev y a Sorocinskij. Ambos seguían tras él y observaban en silencio el «Huevo». Asmarin lo tocó por última vez y dijo:

—Vámonos.

Asmarin dio la orden de alto entre la elevación y los campos de sandías. Desde aquel punto, el «Huevo» era claramente visible, se erguía plateado en la colina rojiza, sobre el fondo del cielo azul. Asmarin destacó a Sorocinskij para visitar a los arqueólogos y se sentó sobre la hierba a la sombra del tero carro. Se puso a fumar mirando de la cima de la colina a la extraña nube triangular en el oeste. Por fin tomó unos gemelos. Tal como había imaginado, la nube triangular era el pico nevado de una montaña, tal vez un volcán. Con los gemelos se distinguían claramente las estrías formadas por la nieve suelta, incluso las manchas de nieve bajo el irregular cráter blanco. Asmarin dejó los prismáticos pensando en el «Huevo». Se abriría probablemente durante la noche y eso era conveniente porque la luz del día habría dificultado el trabajo de las cámaras. Luego pensó que Sermus se había peleado con Vachlakov, pero que de todas formas saldría hacia Sacharu. Luego pensó en Misima: en aquel momento estaría cargando en el cohete puerto de Kirguisia. Otra vez notó un fuerte dolor en el costado derecho.

—Achaques de la vejez —murmuró, y se inclinó hacia Galcev, tumbado sobre el vientre con la cabeza apoyada en los brazos.

Una hora y media más tarde volvió Sorocinskij. Estaba desnudo hasta la cintura y su piel lisa bronceada chorreaba sudor. Llevaba el chaleco de gamuza y la camisa bajo el brazo. Sorocinskij se dejó caer ante Asmarin y, haciendo brillar los dientes, le informó que los arqueólogos agradecían la advertencia y se habían mostrado muy interesados, que eran cuatro, pero les ayudaban los estudiantes de Bajkovo y de Severokurilsk, que investigaban en fortificaciones japonesas construidas hacia la mitad del siglo actual y, en fin, que su jefe era «una muchacha muy simpática».

Asmarin se lo agradeció y le rogó que se ocupase de la comida. Sentado a la sombra del tero carro, masticando una brizna de hierba, Asmarin miraba con ojos entornados el blanco cono de la lejana montaña. Sorocinskij despertó a Galcev y ambos se apartaron para conversar en voz baja.

—Yo prepararé la sopa —decidió Sorocinskij—, tú ocúpate del segundo plato, Vitja.

—Tenemos pollo por alguna parte —murmuró soñoliento Galcev.

—Aquí está —dijo Sorocinskij—. Los arqueólogos son muy simpáticos. Uno es todo barba, no se le ve ni siquiera un poco de piel. Hacen excavaciones en las fortificaciones japonesas de 1940. Parece que allí hubo una fortaleza subterránea con una guarnición de veinte mil hombres. Luego las tropas soviéticas los expulsaron, capturando todos sus cañones y sus tanques. El barbudo me ha regalado un cartucho de pistola. ¡Mira! ...

Galcev dijo molesto: —Déjame en paz, por favor. Tira esa chatarra.

Se sintió un olor de sopa.

—Su jefe —continuó Sorocinskij— es una muchacha formidable. Una rubita con un cuerpo... Me hizo bajar a la casamata para obligar a mirar por la tronera. Desde allí, me dijo, se dominaba toda la costa septentrional.

—Y bien —preguntó Galcev—. ¿Es verdad?

—¿Quién sabe? Tal vez sea verdad, pero yo la miraba a ella. Luego hemos medido juntos el espesor de la fortificación.

—¿Y has tardado dos horas?

—¡No! De repente pensé que ella tendría el mismo apellido que el barbudo y lo he dejado correr. Pero te digo que aquellas casamatas son una verdadera porquería. Oscuras, llenas de moho. ¿Dónde está el pan?

—Aquí —indicó Galcev—. Podría ser únicamente la hermana del barbudo, ¿no?

—A lo mejor —admitió Sorocinskij—. Fedor Semonovic, a la mesa, por favor.

Durante la comida, Sorocinskij afirmó que la palabra japonesa *totika* deriva del término ruso *ognevaja tocka*, y que la palabra rusa *dot* está tomada del inglés con el mismo significado de «centro de fuego». Luego se extendió sobre el tema de los centros de resistencia, habló de casamatas, de troneras, de densidad de fuego por metro cuadrado, lo cual impulsó a Asmarin a comer de prisa y a renunciar a la fruta. Después de comer, Asmarin dejó a Galcev observando el «Huevo». Se introdujo en el tero carro y se adormeció. A su alrededor reinaba un extraordinario silencio, roto sólo de vez en cuando por la voz de Sorocinskij que, mientras lavaba los platos, entonaba una canción. Galcev, sentado con los prismáticos, no separaba la vista de la cima de la colina.

Cuando Asmarin se despertó, el sol estaba a punto de salir; por el sur avanzaba un crepúsculo violeta oscuro y hacía fresco. Las montañas del oeste se habían vuelto negras, el cono del lejano volcán se marcaba sobre el horizonte como una nube gris. El «Huevo» estaba rodeado de una aureola escarlata. Sobre los campos de sandías se extendía una niebla azulada. Galcev estaba sentado aún y escuchaba a Sorocinskij.

—En Astrakán —decía Sorocinskij— he comido la «Rosa del Shah». Era una sandía de gran belleza. Tenía un sabor de piña.

Galcev de vez en cuando tosía.

Asmarin permaneció aún inmóvil algunos minutos, escuchando su sordo dolor del costado. Recordó los tiempos en que comía sandía en Venus con Gorbovskij. Desde la Tierra habían enviado una nave entera para el centro planetológico. Gorbovskij y él se las habían comido hundiendo los dientes en la blanda pulpa, mientras a lo largo de las mejillas caían chorros de zumo, y luego se tiraban los unos a los otros las cortezas grises.

—¡Era para chuparse los dedos, te lo digo a ti que eres gastrónomo!

—Silencio —advirtió Galcev—. Despertarás al viejo.

Asmarin se puso cómodo, apoyó la barbilla sobre el respaldo del asiento anterior y entornó los ojos. En el habitáculo hacía calor y el aire era un poco sofocante. El plástico metalizado que constituía el aparato se enfriaba lentamente.

—¿Nunca habías volado con el viejo? —preguntó Sorocinskij.

—No —negó Galcev.

—Me da un poco de pena. Y al mismo tiempo le envidio. Ha tenido una vida como yo no tendré nunca. Pero ahora está acabado.

—¿Por qué acabado? —preguntó Galcev—. Sólo ha dejado de volar.

—Cuando un pájaro deja de volar... —Sorocinskij calló—. Se puede decir que ahora todos los Pioneros están acabados —añadió, de improviso.

—Tonterías —objetó, tranquilo, Galcev. Asmarin escuchaba cómo Sorocinskij insistía en el tema.

—Míralo —decía, señalando el «Huevo»—, los harán a centenares y los lanzarán sobre mundos desconocidos y lejanos. Y cada «Huevo» construirá allí una ciudad, un cohetero, un astroplano, explotará minas, recogerá y estudiará también tus nemátodos. Los Pioneros no tendrán más que recoger informaciones y sacar fotografías.

—Tonterías —repitió Galcev—. Ciudades, minas... ¿Y la cúpula hermética para seis personas?

—¿Qué tiene que ver la cúpula hermética?

—¿A quién sirve?

—No importa —insistió Sorocinskij—. Es el final de los Pioneros. La cúpula hermética es sólo el principio. Enviarán primero máquinas automáticas que lanzarán los «Huevos», y cuando todo esté listo, llegarán los hombres.

Se puso a discutir las posibilidades de la embriomecánica, citando claramente la conocida relación de Vachlakov. Hoy se hablaba mucho de ella, pensaba Asmarin. Es verdad. Se insiste cada vez más en que, una vez probadas las primeras naves interplanetarias automáticas, a los interplanetarios sólo les quedará sacar fotografías. Cuando Akimov y Sermus lanzaron el primer SCIBE —sistemas cibernéticos exploradores—, Asmarin quiso retirarse de los Pioneros. Esto sucedió veinte años antes. Desde entonces, en infinidad de ocasiones había estado a punto de irse al infierno tras los fragmentos de los SCIEE, teniendo que llevar a cabo lo que las máquinas no habían logrado hacer. Es cierto que las astronaves automáticas, los SCIBE, la embriomecánica, aumentarán el poder humano, pero los mecanismos no están en situación de sustituir completamente el cerebro y la sangre caliente del hombre. Un novato, pensó Asmarin de Sorocinskij. Un charlatán.

Cuando Galcev dijo por cuarta vez «tonterías», Asmarin salió del aparato. Al verlo, Sorocinskij se calló y se puso en pie. Tenía entre las manos la mitad de una sandía, aún verde, en la que había clavado un cuchillo. Galcev se quedó sentado con las piernas cruzadas.

—¿Quiere un poco de sandía, Fedor Semenovic? —preguntó Sorocinskij.

Asmarin negó con la cabeza y, metiéndose las manos en los bolsillos, se puso a mirar la cima de la montaña. La pulida superficie del «Huevo» enviaba pálidos reflejos rosados. Ya era oscuro. Entre la niebla surgió de improviso una estrella luminosa que se puso a correr lentamente por el cielo azul intenso.

—El satélite número ocho —murmuró Galcev.

—No —repuso, con seguridad, Sorocinskij—. Es el número 17. ¿Qué digo? Es el «Satélite Espejo».

Sabiendo que, efectivamente, era el satélite número 8, Asmarin apretó los labios y se fue hacia la colina. Sorocinskij le aburría terriblemente; además, debía controlar las cámaras.

Volviéndose hacia atrás, vio un fuego. El inquieto Sorocinskij aventaba el brasero, agitando los brazos con una pose pictórica.

—El fin sólo es un medio —oyó Asmarin—. La felicidad no está en la felicidad misma, sino en la búsqueda de la felicidad...

—He leído eso en algún sitio —dijo Galcev.

Yo también, pensó Asmarin. Decidid ordenar a Sorocinskij que se fuese a la cama. Asmarin miró el reloj. Las agujas luminosas señalaban la medianoche. La oscuridad era ya completa.

El «Huevo» se rompió a las dos cincuenta y tres. Era una noche sin luna. Asmarin dormitaba cerca del fuego con el costado derecho expuesto a la llama. El rojo Galcev estaba junto a él, medio adormilado también, mientras que Sorocinskij, al otro lado del fuego, leía un periódico. En aquel momento, el «Huevo» se rompió.

Se oyó un ruido fuerte y penetrante. Luego, la cima de la colina se iluminó con una luz anaranjada. Asmarin miró el reloj y se levantó. La cima de la colina se delineaba con bastante nitidez sobre el fondo del cielo estrellado. Y cuando los ojos, deslumbrados por el brasero, se adaptaron a la oscuridad, vieron un gran número de pequeñas luces rosadas, que se difundían lentamente desde el punto en el que se encontraba el «Huevo».

—¡Ya empieza! —exclamó Sorocinskij—. ¡Ya empieza! ¡Vitja, despiértate, ya empieza!

—¿Quieres callarte un poco? —gruñó Galcev.

De los tres, sólo Asmarin sabía lo que pasaba allá arriba. En las primeras diez horas posteriores a la activación, el embrión mecánico se habituaba al ambiente. Los mandos abstractos colocados en el conjunto positrónico se modificaban y se sintonizaban con la temperatura externa, la composición y la presión de la atmósfera, la humedad y muchos otros factores determinados por los receptores. El sistema digestivo —un maravilloso «estómago de alta frecuencia»— se adaptaba a la transformación de la lava y de la toba en litoplástico polimerizado, mientras los acumuladores neutrónicos se disponían a suministrar la exacta cantidad de energía para cada proceso. Terminada la fase de sintonización, el mecanismo empezaba a desarrollarse. Todo cuanto en el «Huevo» no fuese necesario para el desarrollo en una determinada situación, se transformaba e iba a beneficiar los órganos actuantes ocupados en el proceso. Luego, se rompía la cáscara y el embrión mecánico empezaba a asimilar alimentos del suelo.

Los fuegos se hicieron cada vez mayores y su movimiento más rápido. Se oyó un zumbido: los ejecutantes roían el suelo y transformaban en polvo fragmentos de toba. Sin ruido, se levantaban de la cima, lanzándose al cielo estrellado volutas de humo luminoso. Un reflejo desigual, tembloroso, iluminó durante un segundo formas extrañas que rodaban pesadamente. Luego, todo desapareció de nuevo. El fragor aumentó en intensidad.

—¿No podemos acercarnos más? —preguntó Sorocinskij, en tono de súplica.

Asmarin no contestó. Había recordado el primer experimento hecho con un embrión mecánico tipo «Huevo», hecho algunos años atrás. Entonces, Asmarin era aún un novato en cuestiones de embriomecánica. El embrión mecánico había sido preparado en un amplio pabellón junto al instituto: dieciocho casetas, semejantes a armarios incombustibles a lo largo de las paredes y una gran masa de cemento en el centro. En la masa de cemento estaban sepultados los sistemas actuante y digestivo. Vachlakov había hecho una señal con la mano y alguien había pulsado el interruptor. Permanecieron todos en el pabellón hasta altas horas de la noche. La masa de cemento se había fundido. Por la noche surgió del vapor y del humo el perfil de una casita de litoplástico de tres habitaciones con calefacción de vapor y su propia fuente de energía eléctrica. Una casita igual a las fabricadas con los sistemas normales, sólo que en el baño había quedado un cubo de cerámica —«el estómago»— y las complejas articulaciones de los actuantes emomecánicos. Tras haberla examinado, Vachlakov había empujado a los actuantes con el pie, diciendo:

—Basta ya de pruebas. Hay que hacer el «Huevo».

Por primera vez se pronunció aquella palabra. Luego, mucho trabajo, muchos éxitos y también muchos fracasos. Los sistemas embriomecánicos habían aprendido a sintonizarse por sí solos, a adaptarse al ambiente, a reintegrarse. Habían aprendido a servir dócilmente al hombre en las condiciones más complejas y peligrosas. Habían aprendido a desarrollarse en casas, excavadoras, cohetes. Habían aprendido a no romperse al caer de grandes alturas, a no averiarse en olas de metal incandescente, a no temer al cero absoluto. Centenares de hombres, decenas de institutos y laboratorios habían ayudado al embrión mecánico a transformarse en lo que era ahora, el «Huevo». No, era una suerte que le hubiese tocado a Asmarin quedarse en la Tierra. ¿Quién era, después de todo, para pretender algo más?

Sobre la cima de la colina, las volutas de humo luminoso se hacían más frecuentes. Los diferentes rumores del proceso se fundían en un solo murmullo metálico. Los rojos fuegos errantes formaban cadenitas, las cadenitas se entrecruzaban en extrañas líneas móviles. Un resplandor rosa se encendía sobre ellas, permitiendo distinguir alguna cosa enorme y curvada que fluctuaba como una barca sobre las olas.

Asmarin miró de nuevo el reloj. Eran las cuatro menos cinco. Sin duda, la lava y la toba eran materiales aptos porque la cúpula crecía con mucha mayor rapidez que en el cemento. Habría sido interesante observar las variaciones de temperatura... El mecanismo construía la cúpula de arriba a abajo, por lo que los actuantes

ahondaban siempre más en la colina. Para que la cúpula no quedase enterrada, el embrión mecánico debía preocuparse de colocarla sobre pilotes o de desplazarla junto a la fosa excavada por los actuantes. Asmarin se imaginaba los bordes incandescentes de la cúpula, a los cuales las paletas de los actuantes iban soldando nuevas partículas de litoplástico fundido.

Durante un minuto, la cima de la colina quedó sumida en el silencio. Los golpes cesaron, dejando paso a un vago rumor. El mecanismo reorganizaba el trabajo del sistema energético.

—Sorocinskij —llamó Asmarin.

—Sí —contestó la voz de Sorocinskij, en la oscuridad.

—Vaya a la derecha de la colina y observe desde allí, No suba a la cima por ningún motivo.

—Voy corriendo, Fedor Semenovic.

Le oyó pedir en voz baja una linterna a Galcev; luego, el circulito amarillo de luz se reflejó sobre las piedras y desapareció.

Volvió el ruido. De nuevo se encendió un resplandor rosado sobre la cima de la colina. Asmarin creyó que la cúpula negra se había desplazado un poco, pero no estaba seguro. Pensó con despecho que debería haber enviado a Sorocinskij antes, en cuanto el embrión salió del «Huevo». Pero no importaba, las cámaras se lo revelarían todo a su tiempo.

De pronto resonó un estrépito ensordecedor. Sobre la cima de la colina brilló un relámpago rojo. La luz escarlata iluminó las pendientes y se apagó. El resplandor rosa se hizo amarillo y luminoso y fue envuelto por un humo denso. Otro golpe ensordecedor, y Asmarin vio con pánico cómo se levantaba una enorme sombra entre el humo y las llamas que se desprendían de la colina. Algo macizo y pesado, de superficie pulida, flotaba en unas patas delgadas e inestables. Otro trueno ensordecedor, seguido de un rayo que serpenteó en el cielo. La tierra tembló y la sombra suspendida en el resplandor del humo cayó.

Asmarin corrió entonces hacia la colina. Allí algo zumbaba y crepitaba. Resoplidos de aire caliente chocaban con sus piernas. En la ondulante luz rosa, Asmarin vio caer, arrastrando consigo trozos de lava, las cámaras tomavistas, únicos testigos de cuanto había sucedido en la cima.

Tropezó con una cámara, que caía estirando las patas replegadas del trípode. Asmarin avanzó con más lentitud hacia los guijarros ardientes que se acumulaban a lo largo de la cuesta. En lo alto reinaba ahora el silencio, mientras algo ardía todavía en el humo sin llama. Luego resonó otro golpe y Asmarin vio una débil chispa amarilla.

Sobre la cima había olor a humo, a algo desconocido y ácido. Asmarin se detuvo en el borde del enorme embudo. Pero no era exactamente un embudo, sino más bien un hoyo con las paredes casi a pico. En él yacía sobre un costado una cúpula casi terminada, la cúpula hermética para seis personas con la plataforma y el filtro de oxígeno. Una escoria ardía aún sin llama y a su luz se debían moverse débilmente las ventosas emomecánicas, privadas ahora de cerebro. El aire olía a quemado y a ácido,

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sorocinskij. Asmarin levantó la cabeza. Al otro lado del hoyo se hallaba Sorocinskij, a gatas, justo en el borde.

—¡Qué pena!... ¡Se ha roto! —gimió tristemente Sorocinskij.

—Silencio —ordenó, en voz baja, Asmarin. Se sentó en el borde del hoyo y se preparó a descender.

—No lo haga —rogó Galcev—. Es peligroso.

—Silencio —repitió Asmarin.

Tenía que descubrir inmediatamente lo sucedido. No era posible que el «Huevo», la máquina más perfecta creada por el hombre, hubiese cometido errores. El «Huevo» era la máquina más precisa, la máquina más inteligente.

Una bocanada de fuerte calor le golpeó el rostro. Asmarin entornó los ojos y se dejó caer junto al borde incandescente de la cúpula. Miró a su alrededor. Vio entonces cubiertas de cemento fundidas, armaduras de hierro oxidadas, así como un amplio y oscuro pasaje que llevaba a algún lugar hacia el interior de la colina. Dio un paso hacia adelante, pero casi cayó al tropezar con un objeto pesado y redondo. Se inclinó. No supo al principio qué era aquel cuerpo de metal gris, cónico por un extremo. Luego, por fin, lo comprendió todo. Era un proyectil de artillería.

La colina estaba hueca. Cien años antes se había construido allí un siniestro edificio cubierto de hormigón, para almacenar proyectiles de artillería. El embrión no podía saber lo que se ocultaba allí abajo. No sabía lo que era un proyectil, porque los hombres que la habían creado olvidaron, hacía mucho tiempo, que en el pasado existieron semejantes ingenios. Los proyectiles estaban llenos de trilita. Uno de ellos había explotado a causa del calor o de un golpe, luego explotaron también todos los demás. Y la maravillosa máquina se había convertido en un montón de chatarra.

Desde lo alto se oyeron rodar piedras. Asmarin levantó los ojos y vio que Galcev descendía. A lo largo de la pared opuesta bajaba Sorocinskij.

—¿A dónde van? —preguntó Asmarin. Galcev no contestó. Sorocinskij, sin embargo, dijo, con voz débil:

—Queremos ayudarle, Fedor Semenovic.

—No hace falta —dijo Asmarin.

—Sólo queremos... —empezó Sorocinskij, pero de pronto se detuvo.

Sobre la pared detrás de Asmarin se había abierto una grieta. La cúpula oscilaba.

—¡Cuidado! —gritó Sorocinskij.

Asmarin se apartó, pero cayó al tropezar con otro proyectil. Lo hizo con la cara hacia abajo, pero al punto se volvió de espaldas. La cúpula, se precipitó sobre él. Cerró los ojos, oyendo una especie de rugido sofocado.

Era su propia voz; el borde incandescente de la cúpula se precipitaba sobre él.

Decidió permanecer allí, tumbado, mirando el cielo azul. Hacía tanto tiempo que no miraba el cielo azul, que valía la pena quedarse mirándolo durante horas. Lo sabía de cuando era Pionero, cuando saltaba sobre el polo norte de Venus, cuando atacaba a Júpiter, cuando sobre Transplutón se había encontrado solo en un astroplano destrozado. Allí no había cielo, había un vacío astral y una estrella cegadora, el Sol. Ahora hubiese sacrificado hasta la vida con tal de ver el cielo azul. En la Tierra, este sentimiento se olvida pronto. Sólo al sonar la hora definitiva se recuerda, y entonces es demasiado tarde. Pero luego resulta que no es tarde.

—Oiga, ¿está bien? —preguntó la voz de Sorocinskij.

Asmarin no sabía si se refería a él o a Galcev. Este yacía a su lado. Estaba sin conocimiento y respiraba débilmente. Se había abrasado completamente al sacar a Asmarin de debajo de la cúpula. También Sorocinskij estaba lleno de quemaduras. Había que vivir, pensó Asmarin.

Un pionero no debe pensar en la muerte. Además, la catástrofe se había producido por una causa absolutamente absurda. ¿Quién hubiera supuesto nunca que bajo aquella altura semiesférica se ocultaba un viejo fortín japonés? ¿Quién iba a suponer que la larga, sucia cadena de crímenes llegase a través de los siglos hasta él? Recordaba que había habido años en los que cada segundo pudo ser el último de su vida. En otra ocasión ya se había encontrado así, en la misma posición, con la cara vuelta hacia el cielo. Pero ahora, el cielo era diferente: era un cielo anaranjado oscuro, surcado por largas estrías negras, rugía un huracán venenoso y alrededor de él no había nadie. Sólo había dolor, amenaza, como ahora, y la rabia de que todo se acabase.

Miró fijamente al cielo azul, en el que empezó a ver pálidas manchas. Se esforzó en descubrir lo que eran, lo que hacían allí. Luego lo comprendió: deseaba ver una extraña nube inmóvil, de contornos nítidos. Con un esfuerzo sobrehumano, levantó la cabeza. Y divisó el blanco cono transparente sobre el horizonte.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es el volcán Alaid —respondió alguien.

—Sería hermoso ir allí... —murmuró Asmarin, Dejó caer la cabeza, pensando que debía subir a aquel cono como fuese. Ciertamente el aire sería frío, tan frío como para hacer castañetear los dientes. Para ir allí tendría que ponerse zapatos de montaña pesados como los de Sorocinskij. Tal vez se llevaría también con él a Sorocinskij.

—¡Qué bonito cielo azul! —exclamó Asmarin en voz alta. Cerró los ojos, creyendo que el dolor se iba. De pronto sintió ganas de dormir.

—Se ha dormido —dijo una voz.

Asmarin dormitaba. Le parecía que se hallaba en la blanca cumbre del Alaid y que miraba al cielo azul. Podría estar mirándolo durante horas enteras, tan azul era, tan maravillosamente terrestre. E! cielo al que deseaba regresar.

Las Botas Mágicas

Víctor Saparin

Todo empezó con una nadería. Al ponerse Petja una bota, su madre notó que la suela tenía un agujero del tamaño de una monedita, tapado sólo por la plantilla. Otra «monedita», un poco más grande, aparecía también en la suela del otro pie. Petja había observado que, quién sabe por qué, la bota derecha se desgastaba más de prisa que la izquierda, por lo que el descubrimiento no le sorprendió en absoluto.

Sin embargo, su madre endureció la mirada.

—Imagínese, Iván Ivanovic —a falta de otros, la mujer se dirigía a un huésped de sus vecinos, una persona venida de lejos, que en aquel momento había entrado en la cocina—. Este chico se come las botas. Se las he comprado hace un mes y mire. ¿Ha visto alguna vez algo semejante?

Iván Ivanovic dejó sobre la mesa la tetera que tenía en la mano y miró a Petja.

—Es un chico como otro cualquiera —dijo—. No tiene importancia...

—¡Un chico como otro cualquiera! —La madre de Petja alargó los brazos—. ¿Dónde ha visto algo parecido? Es un desastre. ¡Se come los zapatos!

—Yo también era así —repuso Iván Ivanovic, conciliador. Volvió a coger la tetera y la puso bajo el grifo—. Mire, no ha pasado nada, he llegado a ser profesor... Sólo es un chico nervioso...

—Pero las botas las hacen para chicos normales —continuó la madre de Petja—. No hay zapatos especiales para los que no se están nunca quietos.

—Es verdad —contestó Iván Ivanovic, en tono serio—. Es verdad. Los futbolistas, los deportistas, disponen de botas especiales, y nadie piensa en acusarles de correr demasiado. Sin embargo, para los chicos no hay nada. Y es natural que corran... Habría que proporcionarles también botas adecuadas...

—No sé dónde encontrar botas que le duren más de un mes —exclamó la mujer, sacudiendo la cabeza—. ¡Sería un milagro!

Petja, ofendido, arrugó la nariz. ¡Qué culpa tenía él de ser un chico nervioso! ¿Debía, entonces, quedarse sentado siempre, con las piernas cruzadas? En vez de afrontar el problema específicamente, como hacía su profesor, su madre las tomaba siempre con él. Como si gastara las suelas adrede.

Iván Ivanovic dejó la tetera sobre la plancha del hornillo y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se detuvo, mirando otra vez a Petja como para examinarlo.

—Le enviaré un par de botas mágicas —prometió, con sencillez—. El muchacho me parece adecuado, siempre que sea verdad todo cuanto me ha dicho acerca de él. Se las mandaré, pero con una condición: que el chico se ponga las botas todos los días y le deje hacer todo lo que quiera. Y no se preocupe, Antonina Ignatevna, ya verá cómo mis botas no se gastan nunca.

A pesar de la cólera, Antonina Ignatevna no pudo por menos de sonreír. Era una buena persona ese Iván Ivanovic...

—Ojalá fueran mágicas...

Petja estaba convencido de que Iván Ivanovic había inventado todo aquello para calmar a su madre. No tenía, realmente, aspecto de mago...

¿Dónde estaba el cucurucho que Petja recordaba haber visto sobre la cabeza del malabarista del circo? ¿Y aquella mirada penetrante o aquel modo de mover las manos, propio de los magos? Iván Ivanovic era un hombrecillo de chaqueta gris, con gafas, de barbita puntiaguda. Se parecía mucho a Sereza, el zapatero del segundo piso. Nadie habría dicho al verlo que de joven fue un muchacho nervioso.

Sin embargo, dos semanas después de la partida de Iván Ivanovic llegó un paquete. Su remitente era el hombrecillo.

Petja pensó que contendría un par de botas claveteadas con refuerzos metálicos, tal vez un par de botas de montaña semejantes a las que en una ocasión vio en un escaparate. Pero en el paquete había un par de zapatos negros vulgares, de corte sencillísimo. Petja se los probó. Le iban de perilla. —En seguida se ve que es un hombre... —murmuró la madre—. Con toda su inteligencia, Iván Ivanovic no sabe que a los chicos se les

debe comprar todo un poco grande. Y aseguraba que le durarían mucho tiempo... Venga, póngelos. A caballo regalado...; pero las gastarás pronto. Recuérdalo...

Aquel día comenzó la extraordinaria historia de las botas.

Contra todas las leyes de la naturaleza, las botas siguieron intactas.

Al principio, Petja caminó despacio, con cautela. Llevaba botas mágicas y nunca se sabe... Luego, poco a poco, se acostumbró a la novedad hasta que no pensó más en ello. Volvió a correr como antes y a jugar al fútbol cuanto quiso.

Una tarde, cuando Petja ya se había metido en la cama, la madre cogió las botas y se puso a observarlas. «Ya las has llevado bastante —dijo para sí—, y... ¡Pero si están nuevas! Y pensar que... La suela está como nueva. Entonces, si quiere, sabe cuidarlas...»

Aquella noche la mujer dio a Petja el beso de despedida con cariño especial, pero Petja tenía la vaga sensación de no haber merecido enteramente el agradecimiento de su madre.

«Bah —se dijo, al dormirse—, dependerá mucho de las botas. También María Petrovna se lamentaba muchas veces de la calidad de sus botas. No se me puede echar la culpa a mí...»

María Petrovna habitaba en el apartamento de enfrente y era una mujer conocida por su escepticismo con respecto a todo y a todos. A los chicos, nerviosos o no, los había clasificado tiempo atrás en la categoría de los fenómenos absolutamente negativos.

Por eso, cuando Antonina Ignatevna le contó las alabanzas de Petja, explicando que se había vuelto formal y que ya no gastaba las botas, no vaciló en desilusionarla.

—Mire, María Petrovna, son realmente botas mágicas—insistió la madre de Petja—, o mi Petja ha cambiado. Hace seis meses que las lleva, sin quitárselas nunca, y aún no se han gastado.

—No tiene nada de extraordinario —le replicó María Petrovna, tras haber echado una mirada a las suelas—. ¿Ve estas bolitas? No se gastan nunca. Pero a mí no me gustan; producen reuma.

—¿Qué dice? ¡La suela de esparto deja pasar el aire!—objetó Antonina Ignatevna,

—Bueno, son de goma —admitió María Petrovna.

—No pueden ser de goma —disintió Antonina Ignatevna—. ¡Son tan ligeras! ¡Pruebe!

A regañadientes, María Petrovna cogió las botas.

—No pesan casi nada —dijo, con desprecio—. Se ve que están hinchadas.

—¿Por qué hinchadas?

—Sencilísimo. ¿Sabe cómo se hace? Se hinchan las burbujas de aire de la goma. Por eso es ligera.

Dejó las botas en el suelo, limpiándose los dedos.

Antonina Ignatevna sabía perfectamente que el procedimiento de obtener el crepé era muy distinto, pero, como siempre, María Petrovna había dicho la última palabra.

Pasaron los meses... Las botas no se gastaban, como si de verdad fuesen mágicas. Antonina Ignatevna empezó a mirirlas con cierto temor. Sabía que el profesor no era Mefistófeles, sino un hombre normal, pero en aquel regalo suyo había algo sobrenatural. Y no se trataba únicamente de la resistencia extraordinaria de las botas, había algo más.

En una ocasión, Antonina Ignatevna descubrió un araño en la punta de la bota izquierda. Sin duda, al jugar con otros chicos, Petja le había dado un golpe. Sin embargo, unos días después el araño había desaparecido sin dejar la menor huella. ¿Y cómo explicar el hecho de que las botas pareciesen siempre nuevas, aunque Petja no se preocupaba nunca de limpiarlas?

Por otra parte, seguían ajustándose exactamente a la medida del pie de Petja; pese al transcurso del tiempo, no se habían deformado.

Es cierto que, en general, el zapato de piel cede y se adapta al pie, pero al propio tiempo envejece. En cambio, aquellas botas parecían ser nuevas de trínca.

María Petrovna, incapaz de estarse callada, le echó un día un pequeño sermón a Antonina Ignatevna:

—Exagera usted con su pequeño. ¡Cada día, un par de zapatos nuevos! Debería gastar mejor el dinero. ¡Ya se arrepentirá!

—Por favor —le contestó Antonina Ignatevna—. ¡Si hace un año que lleva los mismos zapatos!

—¿Cree que soy tonta? —María Petrovna parecía ofendida—. Estas madres... ¡Pierden la cabeza por los hijos! No saben qué hacer por ellos... Pero así solo los malcrían...

Dicho esto, empezó a acusar a Antonina Ignatevna de mentirosa. De no saber educar a su hijo. De comprar cada día a «su Petenfa» un par de zapatos nuevos, mientras ella seguía usando los mismos, viejos y aun desfondados.

La pobre Antonina Ignatevna intentó explicarle la verdad, pero, ¿qué explicaciones podía dar?

Por culpa de las botas, la vida de Antonina Ignatevna se complicó de una forma increíble. ¿Decir la verdad? Nadie la creería. ¿Admitir que compraba a Petja un par de zapatos nuevos todos los días? Era absurdo.

Pasaron otros dos meses, pero los zapatos no envejecían. Antonina Ignatevna fue presa de la consternación.

—Ven —dijo un buen día a Petja—. Deja que estas botas descansen un poco. Ponte las viejas.

Y le volvió a dar las botas que en su tiempo provocaron su conversación con el profesor. El zapatero Sereza les había puesto medias suelas.

—Hice muy bien al comprarlas un número mayor —observó la mujer—. Las debes llevar, se te quedarán pequeñas. Estas las guardaré en el armario.

¿Quería convencerse de que su hijo había aprendido a cuidar las botas? ¿O bien aquellas botas eternas empezaban a asustarla? Es difícil decir lo que la madre de Petja tenía en la mente, pero cuando el chico se calzó las botas viejas, lanzó un suspiro de alivio.

Acostumbrado a las botas del profesor, tan ligeras que parecía que no las llevaba, Petja sentía ahora pesados sus pies. No pasó mucho tiempo sin que Antonina Ignatevna no tuviese que llevarlas de nuevo al zapatero. Por lo tanto, Petja seguía siendo el chico inquieto de antes, y el secreto de la larga duración de las botas regaladas por el profesor no dependía de sus cuidados. Pero Antonina Ignatevna continuó testarudamente haciendo arreglar las botas viejas hasta que, por fin, el bueno de Sereza le dijo:

—Ya es hora de echarlas a la basura. Cómprele al chico un par de botas nuevas...

¡Comprar unas botas nuevas cuando en el armario tenía un par más de nuevo!

A regañadientes, abrió el cajón donde las había puesto. Hacía ya varios meses que no las veía.

—Tienen un poco de polvo —suspiró, dándoselas a su hijo—. Pruébatelas, quizá te estarán estrechas.

Petja cogió las botas que, como en el pasado, alegraban la vista con su limpieza.

Y como en aquel lejano día en que Petja se las puso por primera vez, también ahora le sentaban como un guante.

Pero esto no fue lo que más sorprendió a Antonina Ignatevna. Ahora estaba en cierto modo acostumbrada a cosas semejantes. Pero no a aquello. Recordaba perfectamente que, al meter las botas en el armario, las suelas parecían ligeramente gastadas; entonces se había alegrado, porque las rozaduras y los arañazos venían a confirmar que se trataba de botas normales, de objetos de este mundo sometidos al desgaste de las fuerzas de la naturaleza. Hecho extraño, ahora se alegraba de algo que un tiempo atrás la enfurecía...

Pues bien, al echar una mirada a las suelas, Antonina Ignatevna vio, con asombro, que estaban absolutamente nuevas.

Y no sólo eso. Mirándolas de costado, examinando el espesor de las suelas, hizo un descubrimiento aún más increíble.

La pobre mujer se puso las gafas, se las quitó y, finalmente, las acercó de nuevo a sus ojos. ¿Sería posible? ¡Las suelas eran aún más gruesas que antes! Nunca había conseguido comprender cómo Petja no conseguía desgastar unas suelas tan delgadas, pero ahora... ¡habían crecido!

Antonina Ignatevna se quedó sin aliento. Era absurdo. ¿Pueden existir en el mundo zapatos que crecen?

Casi tuvo miedo de darle a Petja botas tan extraordinarias. ¿Pero qué podía hacer? ¿Tirarlas?

El dilema fue resuelto por la casualidad. Aquel día, Petja no pudo utilizar las botas del profesor, porque se puso enfermo. Por fortuna, sólo se trataba de un ligero catarro, que lo retuvo, sin embargo, en el lecho durante una semana. Durante aquel tiempo, las famosas botas no quedaron sin usar. Su fama se había extendido por todo el caserío y los amigos de Petja, cuyas respectivas madres tampoco les escatimaban los

coscorrones a causa de los zapatos rotos, se las pidieron prestadas para jugar a la pelota. ¿Qué les importaba a ellos que la eterna duración de aquellas botas no tuviese una explicación científica? El caso más bien excitaba su fantasía, y muchos defendían las versiones más increíbles, demostrando una fe ilimitada en las posibilidades en la técnica, mientras otros, los más pequeños, que aún no habían salido del mundo de la fantasía, creían que las «botas del profesor» eran verdaderamente mágicas.

Así, las botas de Petja empezaron a ser usadas por turno. Con ellas jugaban a la pelota muchachos enloquecidos que a veces se dislocaban una rodilla o un tobillo, pero no se rompían nunca. Aguantaban bastantes pruebas duras, pero realmente no parecía existir ninguna fuerza en el mundo capaz de estropearlas.

Llegó así un día en que Antonina Ignatevna ya no pudo más y, tras preguntar a la vecina su dirección, escribid una carta a Iván Ivanovic.

Esta fue la respuesta del profesor:

«... Sí, crecen, Y en esto, querida Antonina Ignatevna, no hay nada milagroso. Comprendo su asombro e intentaré explicarle el motivo.

»¿Por qué crecen? ¿Ha oído hablar alguna vez de las epífitas? Son plantas que no viven sobre la tierra, sino en el aire. No tienen raíces y pueden vivir sobre una empalizada, incluso sobre un hilo del telégrafo, sin tocar la tierra. ¿Cómo se nutren? No de telegramas, naturalmente, y perdóneme la broma. Toman todo lo preciso para su desarrollo del aire. En el aire siempre hay humedad, siempre hay polvo que contiene partículas minerales. Y nuestras plantas se adaptan a este tipo de alimentación, digamos "aérea".

»Desde hace varios años, nuestro instituto estudia estos minúsculos organismos vegetales, que viven en grandes colonias como los corales. Estas dan lugar a una masa compacta, ligera, flexible como la goma, pero que deja pasar el aire. Las botas que se obtienen con esa masa no son en nada inferiores a la piel, incluso tienen una propiedad de la que la piel carece: crecen. ¿Recuerda la piel de zapa de Balzac? Aquélla disminuía. Pero la nuestra crece continuamente, porque vive. Las células vegetales de que está formada se multiplican con rapidez, alimentándose, como todas las epífitas, a través del aire. Para las suelas hemos preparado una piel que crece de modo particularmente rápido, porque esta parte del zapato se gasta más. Le diré también que la suela puede alimentarse mejor que las demás partes de la bota, porque se halla en contacto con la tierra, donde la humedad y las sustancias minerales son más numerosas. La alimentación más sustanciosa contribuye a hacer que la suela se regenere más de prisa. Es un proceso imperceptible para el ojo del hombre; si no llega usted a tener las botas encerradas en el armario durante cuatro meses enteros, es probable que nunca habría descubierto que éstas crecen realmente. Como es natural, también las botas que crecen tienen sus inconvenientes. No se pueden conservar almacenadas largo tiempo porque su número variaría. Un adulto que se compra hoy un par, un tiempo después las encontraría demasiado grandes. En los zapatos de los adultos sólo puede aplicarse en la suela. Y no es poco; en efecto, hemos recibido muchas cartas de agradecimiento de carteros y de personas cuya profesión les obliga a caminar mucho, entre los cuales hemos distribuido un cierto número de pares, a título de prueba.

»Pero las botas de los chicos se pueden fabricar todas ellas con piel creciente. Creemos haber resuelto un problema que preocupa a todos: la confección de botas que puedan ser llevadas durante varios años seguidos. En nuestros experimentos hemos sometido ya a desgaste artificial varios pares, calculando un consumo normal de cinco años, pero una cosa es la experimentación y otra la prueba práctica. Por esta razón me interesa muchísimo saber el fin que tendrán las botas de Petja. Escribame, por favor, si no le molesta demasiado, al menos una vez cada seis meses. Tenemos bajo nuestro "patrocinio" muchos escolares que usan nuestras botas, pero las de Petja forman parte de la primera partida y todas las noticias al respecto nos son particularmente preciosas. Yo ya le he escrito dos veces, pero debo haber confundido la dirección, porque tampoco mis parientes me han contestado.

»Para nuestros experimentos no escogemos a los chicos especialmente inquietos, pero eso no significa que nuestras botas sean tratadas de la peor manera. Como en todas las demás cosas, también con ellas es necesario un cierto cuidado.

»Al probar una nueva marca de bicicleta, se la somete a las pruebas más difíciles, pero al usarlas normalmente, es bueno observar todas las normas prescritas de mantenimiento. Nuestras botas están

destinadas a los adultos obligados por su profesión a caminar mucho y a los chicos, pero no a las personas descuidadas. Dígaselo a Petja. Cuidar un objeto significa doblar su vida. Si Petja quiere convertirse en un ejemplo en materia de botas, no como destructor, sino por saberlas conservar y sacarles rendimiento, deberá observar estas sencillas normas, que adjunto a la carta. Esto también es un experimento y le ruego que colabore. Antes era un caso desesperado de descuido, pero hoy, sin embargo, se me cita como ejemplo de orden. Quisiera saber precisamente lo que duran nuestras botas cuando se las cuida bien. Escribame.

»P. S.: Dentro de unos días entrará en servicio la primera fábrica experimental para la producción en serie de las "botas mágicas".»

Una semana más tarde, Petja y su madre asistieron en un cine a la proyección de un documental sobre la fábrica de «suelas autor regeneradoras», como las llamaba el locutor.

—Tenemos «sierras auto afiladas» —decía el locutor—, existen relojes de cuerda automática, relojes para los distraídos que, una vez se les ha dado cuerda, ya no se paran nunca. Ahora nos llega la suela que no se gasta nunca. Ahí está, ante vuestros ojos.

En la pantalla aparecieron enormes tinas poco profundas que contenían un caldo nutritivo en el que se cultivaban pequeñísimos organismos vegetales que, vistos al microscopio, parecían minúsculas estrellas amarillas.

El documental mostraba cómo estos organismos, al crecer, formaban una delgada hoja, tan ligera que flotaba sobre el caldo. La hoja seguía creciendo, haciéndose poco a poco más espesa.

—Con el desarrollo de los microorganismos —explicaba el locutor—, el material resulta cada vez más compacto. Ahora, la piel ya está lista. Puede ser enviada al corte.

En un departamento cerrado, numerosas máquinas automáticas recortaban, en la «piel» artificial que allí llegaba, miles de suelas de varias dimensiones.

—Y la suela sigue creciendo —añadió el locutor. Se vio una enorme suela que ocupaba toda la pantalla. La toma en acelerado proporcionaba una rápida visión del crecimiento. El espesor de la suela aumentaba a ojos vistas.

—El tiempo transcurrido es, en realidad, de dos meses —explicó el locutor—. La suela ha crecido tanto, que ha compensado el desgaste producido por un uso prolongado y constante. Y seguirá creciendo indefinidamente, como los hongos que quizá alguno de ustedes cultiva. ¡Gastarán los zapatos, pero esta suela no se desgastará jamás!

—¡Menos mal! —Apenas salió del cine Antonina Ignatevna lanzó un suspiro de alivio—. Ahora todo está claro...

Al encontrarse a María Petrovna, se enfrentó con ella sin miedo:

—¡Vaya al cine! —le aconsejó—. Verá cómo se hacen los zapatos de Petja. ¡Ya no podrá decir que le compro un par nuevo cada mes!

—Ya sé lo que hacen en el cine —replicó la vecina—. Un montón de trucos. Tengo un sobrino que estudia en el Instituto de Cinematografía y precisamente estos días han dado una clase especial sobre ilusiones ópticas.

—Pues estas botas existen —replicó la madre de Petja, acercando su hijo a María Petrovna—. Y Petja, también. No son ninguna ilusión óptica.

—Bueno. Supongamos que sea verdad —concedió la vecina, con superioridad—. Pero todos los chicos son unos mentirosos. Y el suyo no es mejor que los demás. No comprendo por qué lo mima así. ¿Qué necesidad tenía de hacerle esas botas especiales?... ¿No le basta con las botas corrientes?

La Infra del Dragón

Georgij Gurevic

El círculo negro se cierne sobre las estrellas, plato opaco de bordes turbios. Las estrellas se apagan en una extremidad para reaparecer media hora después por la otra. En la constelación del Pez Volador hay una estrella de más, la más luminosa, la más bella del cielo, nuestro Sol. Pero nosotros no miramos al Sol, no es el encaje de las estrellas lo que nos atrae. Nuestras miradas están fijas en el círculo negro, aunque nada se pueda distinguir en la profunda oscuridad, ni a simple vista ni con el telescopio.

Seis personas componemos toda la tripulación de la nave cósmica: el viejo Carusin, jefe de la expedición —le llamamos el Abuelo—; los esposos Varencov, los esposos Juldasev y yo, Radij Blochin.

—¿Partimos? —preguntó el Abuelo.

—No hay nada que hacer —explicó Tolja Varencov, nuestro ingeniero jefe—, El cohete está diseñado para posarse en tierra firme, y allí abajo hay agua, un inmenso océano. No estamos equipados: seis operarios, todos de baja calificación. Aunque nos pusiéramos a trabajar durante un año, para intentarlo de alguna manera, luego nos hundiríamos. No podemos arriesgarnos.

—El combustible es apenas suficiente —añadió Rachim Juldasev—. Lo hemos controlado juntos. Descender significaría un retraso de siete años. Y no disponemos de aire suficiente para tanto tiempo. La edad...

Ajsa le tiró de la manga. Rachim había olvidado que no era correcto hablar de la edad del Abuelo, quien pasaba ya de los noventa.

—Entonces, volveremos con las manos vacías —observó Galja Varencov.

En aquel momento, Carusin dijo con calma:

—Queda una solución...

Miramos al jefe con perplejidad. Ajsa fue el primero en comprender.

—¡Nunca! —gritó.

—La vida se mide con hechos y no con años. —Estas palabras se las había oído por primera vez al Abuelo diecisiete años antes.

Recuerdo la primera visita que le hice. Otoño tardío. Viento húmedo, penetrante. Una trepidante aeromochila me transporta sobre negros campos de hierba amontonada, sobre desnudos pueblos, sobre las plúmbeas olas del mar de Kujbysev. Veo una empalizada azul sobre un despeñadero arcilloso, una casita de ladrillos de cristal verde y el anciano junto a la cancela. Tiene el cabello espeso y blanco, un blanco azul que parece sintético. Le reconozco. Apagado el motor, aterrizo torpemente justo a sus pies, hasta acabar en un foso.

—Vamos, quítese eso. Luego preséntese —me dijo, extendiéndome la mano.

Así conocí a Pavel Aleksandrovic Carusin, el famoso capitán cósmico que había participado en el primer vuelo a Venus, mandado la primera expedición a los satélites de Júpiter, la primera a Saturno, la primera a Neptuno y tantas otras... Allí, en la costa del mar de Kujbysev transcurrían los últimos años de su vida gloriosa.

Mis relaciones con las estrellas eran hasta entonces sólo indirectas. Ingeniero edilicio, trabajaba en la construcción de la estación interplanetaria central en el monte Kilimanjaro, en el África oriental. El especialista destinado a un sector ajeno tiene que rehacer las cosas a su manera. Además, yo era joven y presuntuoso. Había preparado un proyecto de reconstrucción del sistema solar. Por aquel entonces, a principios del siglo XXI, ya se había comprendido que ningún planeta era apto para ser habitado. Por eso yo proponía transformar sus condiciones: empujar a Venus y a Marte hacia la órbita terrestre, dotar a Marte de una atmósfera artificial y depurar la atmósfera de Venus de su ácido carbónico, proponía también dividir a Saturno, Urano y Neptuno en fragmentos, para reducir su gravedad, y desplazar los cuerpos resultantes a órbitas más próximas al Sol mediante explosiones atómicas. Sobre Tritón pensaba situar una colonia de exploradores, a los que se confiarían cruceros interestelares. Según mis cálculos, al cabo de unos cien mil

años, Tritón habría podido recorrer todos los sistemas estelares periféricos. Por último, proyectaba educar niños en Júpiter de forma que, dada la mayor gravedad, sus huesos y sus músculos se verían tan reforzados como para convertirse en unos Hércules.

Con asombro por mi parte, estos grandes proyectos fueron indefectiblemente rechazados. Pero no me rendía y testarudamente seguía dirigiéndome a las principales instituciones y a los especialistas más conocidos. Era natural que hablase de ello con Carusin, por lo que no dudé en volar al mar de Kujbysev. Mucha gente se dirigía a Carusin: jóvenes que soñaban con trabajar en el cosmos, autores y científicos en sus primeras armas. También en los periódicos aparecía su nombre con frecuencia. La firma de Carusin estaba al pie del Tratado de Desarme Definitivo de las naciones. En la fiesta de la Paz Universal, junto a chinos, americanos y alemanes, Carusin había arrojado simbólicamente a un horno Martin la primera carretada de ametralladoras y morteros condenada a la fusión. Era, sin duda, uno de los personajes más conocidos de su tiempo.

El viejo me escuchó sonriente, como habían hecho tantos otros, pero con una bonachona condescendencia. Luego, me dijo:

—El problema, Radij Grigorjevic, es que corre usted demasiado. Realmente, no tenemos necesidad de asentarnos en los planetas del sistema solar: sobre la Tierra estamos bien y hay espacio. Sus ideas podrán ser útiles dentro de trescientos años. Tal vez se sentirá orgulloso de ello y pensará: ¡Qué intuición! Pero se equivoca. No tiene mérito ocuparse de los problemas a destiempo. Cuando sea necesario y posible, los hombres se preocuparán de la reconstrucción de los planetas. Entonces resolverán sin fatigas todos los problemas que desea usted afrontar hoy.

No estaba de acuerdo, pero no me enfadé. Vivir con el pensamiento puesto en los siglos futuros me parecía honorable. Y seguí insistiendo a Pavel Aleksandrovic sobre los detalles del proyecto. El viejo, sonriente, demolía mis ideas, pero al mismo tiempo se animaba a proseguir. Tal vez le gustaba mi fogosidad belicosa. Y, además, la villa estaba solitaria. En verano era distinto: llegaban nietos y bisnietos y en el jardín resonaban alegres voces infantiles. Pero en invierno, sólo había algunas cartas y el timbre del teléfono.

Pavel Aleksandrovic me escuchó, luego le escuché yo a él, mientras dictaba a la secretaria electrónica sus famosas memorias. Justo entonces empezaba a publicarlas en *Komsoml'skaja Pravda*. Estoy seguro de que recordarán el principio, la primera línea:

«Nuestra expedición salió hacia la Luna para empezar los preparativos...»

Observé:

—Pavel Aleksandrovic, no se procede de manera tan... Todos inician las memorias en su niñez, en el día de su nacimiento; muchos, incluso, en el árbol genealógico, Pero usted se salta la cuarta parte de su vida y empieza en el día en que partió hacia la Luna...

Entonces fue cuando le oí decir por primera vez:

—Radij, nosotros, los hombres del cosmos, tenemos nuestro propio modo de contar. No medimos la vida por años, sino por descubrimientos, por viajes. Por eso comienzo el libro con mi primera empresa.

—Pero al lector le interesa saber cómo es usted, qué hizo de joven, cómo se ha convertido en un explorador del espacio.

El viejo no estaba de acuerdo. —No es verdad. Al lector no le intereso yo, sino lo que yo he hecho. Cada época se ha inclinado por una profesión. Hubo la época de los navegantes, la época de los escritores, de los aviadores, de los inventores. Nosotros los cosmonautas somos los favoritos del siglo XXI. No recuerdan siempre, somos los primeros en ser invitados y habitualmente se nos reserva el lugar de honor. Estas palabras las encontrarán en el *Postsonplim* del primer volumen de las *Memorias*, en donde se dice, entre otras cosas:

«He tenido la suerte de nacer con el alba de la época de los grandes descubrimientos cósmicos. Los años de mi juventud coinciden con los años jóvenes de la astronáutica. La Luna fue conquistada antes de que yo creciera. Cuando era joven, soñé con conocer Venus; de adulto, con Júpiter; de anciano, el viejo Neptuno.

La técnica me ha permitido realizar todos mis sueños. En menos de un siglo, en el transcurso de mi vida, las velocidades han crecido desde ocho hasta 8.000 kilómetros por segundo. Las posesiones de la

Humanidad se han engrandecido inconmensurablemente. A mitad del siglo pasado dominaba un solo planeta con un radio de 6.300 kilómetros. Hoy posee una esfera cuyo radio es de cuatro mil millones de kilómetros.

Nos hemos hecho más fuertes e inteligentes, hemos enriquecido la física, la astronomía, la geología, la biología, a través de la comparación de nuestro mundo con los otros. Sólo un sueño no se ha realizado: no hemos encontrado hermanos racionales. Aún no estamos cansados, es cierto. Pero hoy por hoy, es imposible continuar más adelante. Ahora hemos alcanzado ya los confines del sistema solar, hemos visitado todos los planetas, frente a nosotros está el espacio interestelar. Hemos recorrido cuatro horas-luz pero para alcanzar la estrella más cercana hacen falta cuatro años-luz. Podemos alcanzar una velocidad de 800 kilómetros por segundo, pero ahora nos haría falta una velocidad cientos de veces mayor. Evidentemente, no alcanzaremos los demás soles tan pronto, algunos sostienen que nunca lo conseguiremos. El cohete de fotones y otros proyectos aún más atrevidos, por ahora no pasan de proyectos. La época de los descubrimientos cósmicos deberá marcar el paso, tal vez, durante tres o cuatro siglos.»

Los hombres van al cosmos con fines diferentes. Yo, por ejemplo, como ingeniero, pensaba en construcciones a escala planetaria. Carusin, sin embargo, confiaba en hallar seres racionales, y con esta esperanza en el corazón pretendía descubrir nuevos mundos. Pero nada había que descubrir y limitarse a actuar como piloto cósmico no era para él. Le convenía más el descanso, los honores, los nietos, las memorias, la casita... Y así habría terminado su vida, en un callejón sin salida, de no haber pensado yo de improviso en la posible existencia de infra-soles.

En realidad, él mismo había provocado en mí aquella idea con su obstinación de no querer admitir el hecho de que no quedase nada más por explorar.

Este es mi razonamiento. Hasta los confines del sistema solar hay cuatro horas-luz; hasta la estrella más cercana, cuatro años-luz. Un desmedido océano de vacío. Pero, ¿estamos realmente seguros de que sólo haya un vacío? Únicamente sabemos que en este espacio no hay estrellas luminosas; de existir, serían visibles. ¿Y si existiesen cuerpos no luminosos u oscuros? ¿No podría suceder en los mapas celestes, al igual que en los de la Tierra, que estén indicadas sólo las estrellas-ciudades y omitidas las estrellas-pueblos?

Tomemos, por ejemplo, una esfera de diámetro de quince años-luz. Estarán comprendidos en ella cuatro soles: el nuestro, el Alfa de Centauro, Sirio y Proción. También podríamos contar siete soles, porque, a excepción del nuestro, los demás son estrellas dobles.

Pero en el mismo espacio se observan también una decena de estrellas poco luminosas: enanas rojas, subenanas, enanas blancas. Son estrellas próximas, casi todas invisibles a simple vista, cuya existencia sólo hemos conocido en el siglo XX.

Por lo tanto, a simple vista se ven unas pocas, y con el telescopio, algunas decenas. ¿No existen en el espacio centenares de cuerpos celestes invisibles incluso con telescopio? Entre los miles de millones de estrellas poco luminosas conocidas por nosotros, es difícil localizar un centenar de ellas más pequeñas y cercanas.

También las temperaturas sugieren la misma conclusión.

En el mundo de las estrellas rige esta regla: cuanto mayor es la estrella, tanto más caliente será; cuanto más pequeña, tanto más fría. Las enanas rojas son unas diez veces más pequeñas que el Sol, tienen una temperatura de 2 a 3.000 grados. Supongamos que existan cuerpos diez veces más pequeños que las enanas rojas. ¿Cuál será su temperatura? Probablemente, 1.000, 600, 300, 100 grados. Las mayores tendrán una luminosidad insignificante; las otras, cero. A una temperatura inferior a los 600 grados, los cuerpos emiten únicamente rayos infrarrojos; es decir, invisibles. Soles invisibles, negros como el carbón... Y nos interesarían aquellos que tuviesen una temperatura en la superficie de treinta grados sobre cero, planetas oscuros pero calientes, calentados desde dentro.

¿Por qué no los hemos descubierto aún? En parte, porque no los hemos buscado; en parte, porque es difícil encontrarlos. Desde la Tierra es absolutamente imposible verlos. En efecto, la Tierra emite también una luz infrarroja, vivimos en medio de llamas infrarrojas. ¿Es acaso posible, estando entre llamas, ver la luz de pequeñas estrellas lejanas?

Expuse con excitación todas estas consideraciones a Pavel Aleksandrovic. Por el rabillo del ojo vi pasearse por sus labios una sonrisa condescendiente, mientras fruncía las espesas cejas. ¡Y yo que pensaba haber razonado con lógica! Conseguí terminar y esperé la sentencia.

—Es curioso, Radij —murmuró Carusin—. Un planeta calentado desde su interior sería un mundo al revés. No puede ser como el nuestro. ¿Cree que habrá vida en él? Las plantas no podrán existir, si no disponen de luz. ¿Y animales? En la Tierra hay animales que viven a oscuras, en las cavernas y en profundidades del océano. ¿Y en las formas superiores? ¿Podría haber formas superiores en las tinieblas eternas?

De repente estalló en una carcajada y me golpeó con una mano en el hombro.

—Haremos un nuevo viaje al cosmos, y podrá buscar su infra.

—¿También usted, Pavel Aleksandrovic?

Se ofendió, entendiendo la pregunta a su manera.

—¡Aún no soy tan viejo! No he cumplido todavía los ochenta y nueve años. De acuerdo con las estadísticas, la edad media del hombre es de noventa y dos y medio...

También yo me sorprendí cuando, seis meses después, el observatorio central lunar nos comunicó el descubrimiento de la primera infra.

De no ser por Pavel Aleksandrovic, quién sabe cuánto tiempo se hubiese tardado aún. Pero con ello había descuidado todo lo demás, incluso sus memorias. Su secretaria electrónica no había hecho más que escribir cartas a las organizaciones científicas y sociales, a sus viejos amigos cosmonautas, a los científicos destacados en la Luna, en Marte, en Júpiter, en lo o navegando en naves cósmicas de gran radio de acción. Presionó, insistió con mucho calor para emprender la caza de los soles negros.

Me asombraba la energía del viejo. Parecía como si sólo hubiese esperado una señal, allí en su casita. Tal vez era precisamente eso: esperar... Ahora su vida tenía ya un nuevo objeto; descubrir mundos, lanzarse otra vez al cosmos, buscar, descubrir...

Se descubrieron infras en la constelación de Lira, de Sagitario, de la Osa Menor, de la Serpiente... Pero la más próxima e interesante para nosotros fue localizada en la constelación del Dragón. La temperatura de superficie era de 10 grados sobre cero; la distancia era *sólo* de siete días-luz. Estaba *sólo* cuarenta veces más lejos que Neptuno. Un cohete interplanetario podía cubrir tal distancia en catorce años.

Y el cohete partió un año después. A bordo, los Varencov, los Juldasev, Pavel Aleksandrovic y yo. Sólo yo conozco las dificultades que debió superar el viejo para conseguir que las autoridades nos incluyeran en el equipo a él y a mí... A él, por su avanzada edad, y a mí, por ser demasiado joven e inexperto.

Los primeros días de vuelo se asemejaron en todos sus detalles a una primera excursión a Moscú. Fueron interesantes, pero conocíamos ya hasta los más mínimos detalles, cien veces leídos, cien veces vistos en el cine.

La Tierra apareció desde lo alto como un globo gigantesco que cubría el cielo. Gravedad cuadruplicada; luego, el milagro de lo imponderable. La Luna, un mundo blanco y negro con la cara picada de viruelas. Los saltos enormes del moderador, las sombras netas y negrísimas, los barrancos, el polvo secular. Todo cuanto había leído y me había imaginado, pero al verlo me quedé asombrado.

Después transcurrieron los días que los escritores no describen. Una cabina de tres metros por tres, literas, una mesita, un armario. Una puerta, la sala de mando con un telescopio, el cuadro de mandos, instrumentos, máquinas calculadoras. Más allá, los depósitos, la sala de máquinas y medio kilómetro de tanques llenos de combustible. Podíamos pasear a lo largo de los depósitos, o bien ponernos la escafandra y lanzarnos al espacio. Luego, otra vez la litera, la mesita, el armario. En resumen: una prisión.

Treinta años de absoluta segregación.

Tinieblas y estrellas, estrellas y tinieblas. El reloj de veinticuatro horas se detuvo, pues de otro modo nos confundiríamos. Ninguna diferencia entre el día y la noche. Afuera, estrellas, de día y de noche. Silencio.

Calma. En realidad, volamos en estado de movimiento uniforme y rectilíneo. En una hora, cerca de un millón y medio de kilómetros; en un día, treinta y cinco millones. En el diario consignamos: «23 de mayo. Recorridos mil millones de kilómetros.—1ero. de junio. Hemos pasado la órbita de Saturno.» Para celebrarlo, comida de gala. Canciones. Alegría. En realidad resulta algo convencional porque, tanto antes como después de la órbita, sólo existe el vacío. Veíamos a Saturno como desde la Tierra: como un pequeño punto luminoso.

Y Pavel Aleksandrovic, que inventa distracciones de todo género. Es un maestro para llenar las horas. Incluso así, en el cohete, nunca tenía bastante tiempo. Después del sueño, carga cósmica, por lo menos durante una hora. Es indispensable, de otro modo los músculos se atrofian por falta de peso constante. Paseo obligatorio en el espacio, control de las partes externas del cohete; luego, de las internas. Trabajo en el telescopio. Comida. Luego, dos horas dedicadas al dictado de sus memorias. Pavel Aleksandrovic me dicta a mí. Luego, lectura de microlibros. El Abuelo leía una hora exacta y dejaba el libro justo al sonar el último minuto. Un poco de juego y, también, a veces, algo de lucha para levantar la moral. «Hay que esperar el mañana con impaciencia», solía decir el viejo. Procuraba seguirle como podía, pues comprendí que era lo único posible para no debilitarnos, degradarnos. Primero llega la melancolía; luego, la pereza; luego, la enfermedad. Se descuida el trabajo y se olvidan las obligaciones. En el cosmos estallaban frecuentes tragedias: muchos se perdían, o a veces invertían la ruta.

Sólo hay un medio para salvarse de la melancolía: el trabajo. Pero es precisamente trabajo lo que falta. El control, las pequeñas reparaciones, no ocupan mucho tiempo. Me ocupaba de mi proyecto de reconstrucción de los planetas, pero ante todo para mi propia satisfacción. La Humanidad es una colectividad tan potente que por sí solos no se consigue vencerla. Después de un año de vuelo, mis conocimientos, para la Tierra, habían quedado anticuados.

Única ocupación racional: las observaciones astronómicas. Preparábamos un catálogo, medíamos las distancias entre las estrellas. Normalmente, se efectúa una triangulación. La base del triángulo es el diámetro de la órbita terrestre; los dos ángulos de la base se obtienen con la dirección de la estrella. Conocidos un lado y dos ángulos, se obtiene la altura, que es la distancia a la estrella. Pero con este sistema, los triángulos resultan afiladísimos, extremadamente alargados, los errores son grandes, y sólo es aplicable a las estrellas más próximas. Nuestra posición era mejor. Lejos mil veces más del Sol, podíamos medir las distancias con una precisión mil veces mayor. En una palabra, todas las estrellas visibles con el telescopio. Una fuente de ocupación para todo el viaje: medidas, cálculos, medidas, cálculos; luego, anotarlos todo en el libro mayor: «Número de catálogo tanto; categoría espectro AO; distancia siete mil ciento dieciocho años-luz.» Escribes y vuelve a ti la melancolía. Durante siete días-luz gastamos toda una vida y hay siete mil años-luz. Nadie llegará nunca con tales distancias a ese sol de la clase AO.

Aburrimiento, monotonía torturante y, a la vez, estado de alarma. Durante años no sucedió nada, pero cada segundo puede significar una catástrofe. En efecto, el vacío no está absolutamente vacío. Hay en él meteoritos, polvo meteórico. Hasta las nubes de gas, a nuestra velocidad, son peligrosas: es como navegar por el agua. En el espacio hemos encontrado también zonas más densas, desconocidas por la ciencia. Al entrar en ellas, todo se desplaza, y se siente un peso en el pecho. El motivo no está claro. El polvo meteórico roe la envoltura, ataca el metal y genera corrientes errantes. Así, poco a poco, todo se desgasta. Se descubren fugas de aire, los mandos no funcionan, los instrumentos no cumplen su cometido. Durante años no pasa nada, pero de pronto... Por eso siempre debe haber una guardia.

La tarea más pesada son los solitarios turnos de guardia. Te acuerdas de la Tierra. Desearías estar en un bosque o en un campo. Ver florecer las margaritas, escuchar el canto de las alondras. Desearías estar en medio de la gente, en el Metro, en un estadio, en un desfile. Quisieras escuchar la bulla, y no este rimbombante silencio; codazos, multitud, mucha gente, gente desconocida, y mujeres, y chicas. Cerré los ojos: la Plaza Roja, el Kremlin, banderas rojas... Los abrí: la litera, la mesita y el armario.

Así un día tras otro, un mes tras otro. Éramos seis en el cohete. Para cada uno, dos años de guardia y cuatro de sueño. Un sueño artificial, claro está: hibernación. No se hace solamente para ventaja nuestra, sino, sobre todo, por economía. Durante los dos tercios del viaje, la dotación duerme, no come, no bebe y casi no respira. En cuanto salimos del sistema solar y el espacio se hizo más puro y disminuyó el peligro de choques,

cuatro de nosotros se prepararon inmediatamente para dormir. Primero, tres días de ayuno; luego, la narcosis... el agua helada. La temperatura del cuerpo disminuye poco a poco, llega hasta dos grados sobre cero, y el hombre se queda como una piedra. Luego se le mete dentro del termostato, una caja de cristal con regulación automática de la temperatura. Se precisa una gran exactitud. Si la temperatura es demasiado alta, las bacterias vuelven a activarse; si es demasiado baja, la sangre se hiela y los cristales lesionan los tejidos. De esta forma, con los camaradas petrificados al lado, más allá de la pared de cristal, comes, bebes, haces cálculos, respiras. Y cuando llega tu turno de dormir no sientes nada. Sólo al principio la cabeza te pesa un poco a causa de la narcosis. Luego, todo se vuelve negro... Luego, una llama de luz. Han pasado cuatro años y te están devolviendo a la vida. Es el momento más peligroso, porque el cerebro ha descansado, el pensamiento es extraordinariamente límpido y la curiosidad grande: ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido durante estos cuatro años? Tienes unas ganas enormes de ponerte a trabajar. Pero durante cuatro años, el corazón casi no ha latido y no puede cambiar repentinamente de régimen. Por ejemplo, yo soporté bien el despertar, pero el Abuelo sintió mucho malestar. Es viejo y tiene el corazón gastado. En el primer sueño se portó bastante bien, pero después del segundo tuvo desvanecimientos, dolores agudos en el corazón y en el hombro derecho. Ajsa, nuestro médico, debió cuidarle durante cuatro horas, diagnosticando luego que no soportaría otra prueba semejante. El viejo deberá, probablemente, estar despierto durante los catorce años de nuestro regreso...

... Catorce años de viaje, hasta que llegó el momento en que pudimos contemplar nuestra meta: un circulito negro que tapaba las estrellas. Habíamos llegado con precisión; los astrónomos terrestres no se habían equivocado. Pero no previeron una cosa: el infra del Dragón no era un cuerpo único, sino doble. Existían dos soles negros: A y B. A era más pequeño; B, un poco más grande. A, más próximo a nosotros; B, un poco más alejado. Un «poco» cósmicamente hablando, porque la distancia que los separaba era mayor que la de la Tierra a Saturno.

Temblábamos todos de impaciencia. Pavel Aleksandrovic en particular, pese a no demostrarlo. Ya tenía dispuesto todo el equipo de los contactos inter planetarios: señales luminosas, proyectores infrarrojos. También había un alfabeto con cuadritos en relieve y una colección de figuras geométricas.

Llegó el día solemne del encuentro.

Por la mañana empezamos a frenar. Volvieron a aparecer lo alto y lo bajo, cosas olvidadas en el aire cayeron sobre el pavimento. A mediodía, la mancha negra de la infra empezó a crecer sensiblemente, a apagar las estrellas una tras otra. Por fin nos encontramos frente a un gran plato opaco. Nos detuvimos, convertidos provisionalmente en un satélite artificial de la infra.

Imaginen nuestra desilusión. Los astrónomos terrestres cometieron un pequeño error. Habían calculado la temperatura de la superficie en diez grados sobre cero, cuando en realidad era de seis bajo cero. La atmósfera era rica en gases: metano y amoníaco, como en Júpiter; ácido carbónico, como en Venus; mucho hidrógeno y vapor de agua en nubes densas y compactas. Bajo ellas se abría un océano helado; hielos, nieve, glaciares. Espesor del hielo: decenas y centenares de kilómetros. Lo supimos gracias a las explosiones.

No valía la pena viajar catorce años para ver una vulgar noche ártica...

El Abuelo estaba completamente abatido. ¡La última tentativa, fracasada! ¡El sueño de toda una vida no se había realizado!

Decidimos visitar luego la infra B.

A primera vista parecía la cosa más natural del mundo. Estábamos allí, ¿por qué no hacerlo? Pero el cosmos tiene sus leyes. Allí todo depende del combustible. En la Tierra, la duración del viaje, los kilómetros recorridos, dependen del combustible; en el cosmos, sólo la velocidad. No se consume siempre, sino sólo en la salida y la llegada. Ir a la segunda infra significaba retrasar el regreso en tres o cuatro años. No deseábamos invertir más tiempo en el viaje, pero cuando se queman treinta años de vida, tres más, tres menos, tienen un valor relativo. Ninguno de nosotros quería dar media vuelta dejando un mundo inexplorado. Durante cerca de un año navegamos hacia la infra B. Vimos otra vez cómo la pequeña mancha crecía y se transformaba en un círculo negro como el carbón. Nuevamente frenamos, adoptamos una órbita circular y

enviamos al explorador automático a las tinieblas. La oscuridad no era esta vez completa, sino surcada por relámpagos, probablemente debidos a temporales. Sobre la pantalla eran visibles los contornos de las nubes. Por radio, el explorador automático comunicó: temperatura del aire, + 23°. Quizá éste era el motivo del error de nuestros astrónomos. Los rayos emitidos por los dos cuerpos, la infra A y la infra B, se confundían en el espacio: la medida resultaba alrededor de + 10% próxima a la realidad.

Tampoco nuestros cálculos debían ser completos, porque el cohete explorador cayó y se hundió. En el último instante vimos en la pantalla del televisor una superficie líquida con profundas olas oblicuas. Enviamos un segundo cohete, que dio varias vueltas alrededor de la infra. Vimos nubes; vimos lluvia, perpendicular y no oblicua, como suele ser la de la Tierra, con gotas más pesadas. Vimos de nuevo las olas, mares por todas partes, sólo mar, ni siquiera una isla. Océano en el ecuador y océano en los polos. Era lógico, porque la infra posee calor interno y el clima es igual en todas partes; los polos no están fríos.

Ningún continente, ninguna isla, ninguna cima volcánica. Océano, océano, solo océano...

¡Y nosotros que pensábamos encontrar, al igual que en la Tierra, océanos y continentes! Porque los seres racionales se pueden desarrollar sólo en tierra firme. También esperábamos estudiar el océano, pero partiendo de la tierra firme: recorrerlo y descender hasta el fondo con una pequeña batisfera. Pero nuestra astronave estaba adaptada sólo para posarse sobre tierra firme.

Este es el círculo negro que se sitúa entre las estrellas, plato opaco de bordes turbios. Las estrellas se apagan por un extremo para reaparecer por el otro media hora después. Constelaciones conocidas, aunque más luminosas y con dibujos nuevos, complejos. En una hay una estrella de más, nuestro querido Sol. Pero no miramos al Sol, no es el encaje de las estrellas lo que nos atrae. Nuestras miradas están fijas sobre el círculo negro, aunque no se pueda distinguir nada en la profunda oscuridad, ni a simple vista ni con el telescopio.

—¿Nos vamos? —preguntó el Abuelo. Es la centésima o la milésima vez que hace esta pregunta. Sí, debemos partir, no hay otra solución. Nos hemos exprimido el cerebro sin resultado. Hay que partir, sin haber descubierto casi nada.

—Queda una solución —dice el Abuelo. Miramos al jefe con perplejidad. Ajsa es la primera en comprender.

—¡Nunca! —grita—. ¿Pretende descender con la batisfera?

Todos estamos agitados. Sí, es posible descender con la batisfera, pero no regresar con ella. El explorador automático no puede despegar. La batisfera se quedaría allí abajo para siempre..., y con ella, su tripulante.

—No lo permitiremos —insistió Ajsa.

El Abuelo se encogió de hombros:

—Ajsa, tiene usted los clásicos prejuicios de los médicos. Cree que el hombre sólo tiene derecho a morir por causa de una grave enfermedad. Pero nosotros, los hombres del cosmos, tenemos nuestra propia manera de rendir las cuentas de nuestra vida. La medimos por hechos y no por años.

—¿Con qué fin? —preguntó Rachim—. Hay que trabajar con coherencia. Volvamos a la Tierra., informemos. La próxima expedición vendrá equipada para estudiar el fondo...

—¿La próxima? ¿Cuándo? ¿Dentro de treinta años?

Tolja Varencov quería levantarse, proponerse a sí mismo. Galja le agarró de la manga. Insistí en mi candidatura.

—Está decidido —afirmó el Abuelo—. No perdamos el tiempo en discusiones inútiles. Os ordeno que se inicien los preparativos para el descenso.

Estábamos ultimando los preparativos y aún no lo creíamos. Llegó la tarde del despegue. El viejo capitán hizo preparar una cena de despedida, y él mismo dispuso el menú. Proyectamos nuestra película favorita, un documental, *Las calles de Moscú*. Luego escuchamos la *Novena sinfonía* de Beethoven. Al viejo le gustaba porque era tumultuosa e invitaba a la lucha. Bebimos champán. Luego cantamos una canción, nuestro himno cósmico. De autor anónimo:

Para sondear el infinito

*hará falta una eternidad.
Antes de que el viaje se acabe
el capitán nos dejará.
¡Pero allí, en el infinito,
hallaremos a la Humanidad!*

Ajsa lloraba, y también Galja. Un poco ebrio, pregunté:

—¿No tiene miedo, Pavel Aleksandrovic? Y él contestó:

—Sí, Radij, tengo mucho miedo. Pero lo que más me asusta es que todo esto no sirva para nada. Tal vez lo único que lograré ver serán aguas negras...

Le tomé de la mano:

—Pavel Aleksandrovic, tiene razón, quizá no haya nada. ¡Renuncie!

Y ya sólo somos cinco. En silencio, con los labios apretados, lloramos ante el altavoz. Un zumbido, un pitido, un golpe, un grito. La atmósfera de la infra está saturada de electricidad: son parásitos.

Al fin, la voz tranquila de Carusin se deja oír a través del ruido de las descargas. El Abuelo está aún con nosotros. En la cabina resuena la familiar voz baja, ronca.

—He apagado el proyector —explicó—. La oscuridad no es absoluta. Rayos y relámpagos continuos, breves y ramificados. Se divisan nubes planas, como en Júpiter; están rasgadas. El aire es denso. En los márgenes de las corrientes hay fuertes torbellinos.

Algunas palabras, a veces frases enteras, se pierden. Luego empezamos a oír mejor.

—El aire se hace más transparente —continúa el Abuelo—. Veo el mar. Superficie negra como el carbón. Olas no muy altas, parecen encrespaduras. Desciendo lentamente, el aire es muy denso. Gravedad fortísima. Me resulta difícil moverme. Hasta la lengua me pesa.

De pronto, una exclamación de alegría.

—¡Pájaros! ¡Pájaros espléndidos! Otros más, otros... ¡Tres juntos! Han desaparecido en un instante. ¿Los han visto en el televisor? He logrado verlos. Son de cabeza redonda, cuerpo grueso, alas pequeñas, vibrantes. Me parece que se asemejan a nuestros peces voladores. Tal vez sean peces voladores y no pájaros. Pero volaban a bastante altura.

Una fuerte caída. Silencio.

—¿Han oído? He entrado en el agua. El impacto ha sido fuerte, pero no importa. He apagado la luz. Me acostumbro a la oscuridad.

Poco después:

—Me hundo lentamente, unos dos metros por segundo. He encendido de nuevo el proyector. Veo un espectáculo extraordinario. Torbellinos, olas, bancos. ¡Cuántas cosas! Parecen pequeños cangrejos. Cuanto más bajo, más aparecen. En la Tierra sucede lo contrario: en las profundidades, la vida disminuye. Pero es a causa del calor: allí viene de lo alto; aquí, de abajo.

»¿Y esto qué es? Largo, negro, sin cabeza, sin cola. Ballena, cachalote. Es veloz, deja una estela de luz, tiene una fila de puntos luminosos en el costado. Parecen ojos de buey. ¿Será un submarino? Hago señales con el proyector : dos-dos-cuatro, dos-tres-seis, dos-dos-cuatro.

»No me hacen caso. Ha desaparecido a la derecha. Ya no lo veo. Otros monstruos más; son como un cruce entre la tortuga y el pulpo. Pero tienen únicamente cinco tentáculos: uno detrás, a manera de timón, y los otros, dos a cada lado. Las extremidades terminan en gruesas ventosas. Parece un fanal. El dorso está cubierto con un escudo. Tienen los ojos saltones, sobre tallos móviles, la boca de trompa. Puedo dar todos estos detalles porque uno avanza hacia mí. Aquí está. Ahora mira por el ojo de buey. Es horrible; tiene una mirada inteligente. La pupila, con un cristalino y el iris fosforescente. Emite una luz verdosa, como los ojos de los gatos. He leído que los pulpos terrestres tienen una mirada humana, pero nunca los he visto y no puedo comparar.

»El proyector ilumina el fondo. Está cubierto de algunas raíces nudosas. Parecen corales o nenúfares. Veo gruesos troncos, tienen ramas de las que cuelgan cálices dirigidos hacia abajo; algunos parecen apoyados en el fondo. Los cálices de nuestros nenúfares están dirigidos hacia arriba para recibir el alimento que se hunde en el agua. Pero éstos, ¿qué buscarán en el fango? ¿Restos descompuestos? De todas formas, no todos tocan el fondo. ¿Buscan calor tal vez? Entonces son plantas. ¿Plantas sin luz? Imposible. Pero la luz existe: son rayos infrarrojos. ¿Es posible que la energía suministrada por los rayos infrarrojos pueda producir albúmina, escindir el ácido carbónico? Es poca y habría que acumularla. Pero también las hojas verdes de la Tierra acumulan energía. En efecto, son sólo los rayos luminosos los que descomponen el ácido carbónico.

»Estoy detenido —continuó, poco después, el viejo—. He encallado en los matorrales del fondo. Puedo mirar con calma. Estoy cada vez más convencido de que debajo de mí hay plantas. Ahora pasa un pez grueso, sin cabeza. Huye aterrado. Otro, largo, con dientes, lo aferra, se lo lleva hacia arriba. Aquí, sin duda, la corriente de la comida va de abajo a arriba. Los pájaros luminosos son el último eslabón.

Oímos un estruendo y varios sordos golpes metálicos.

—La batisfera se ha movido —explicó el Abuelo—. Alguien la ha cogido y la arrastra. No logro ver lo que es. Delante del ojo de buey no hay nada. El fondo está en pendiente, cubierto de vegetación. Pero, es extraño, las plantas están dispuestas en líneas rectas, como en un huerto. Veo algo muy grande que se mueve lentamente, arranca las plantas de raíz y las engulle como un monstruo voraz. No veo bien... Esa especie de máquina viva desaparece ahora por un lado. Ahora diviso una cadena de escollos. Paso por encima. Un abismo... La batisfera desciende, la presión aumenta. ¡Adiós! ¡Recuerdos a Moscú!

Silencio. Un segundo más tarde, de improviso, un grito:

—¡Una grieta!

Oímos unos golpes, siempre más frecuentes. Parece que el agua penetra en la cabina.

—¡Oh!...

La columna de agua debió arrollarle. Le oímos decir aún, precipitadamente:

—En el fondo... Construcciones... Una ciudad... Calles iluminadas... Una cúpula... Esferas, torres flotantes... Veo unos seres extraños... Por todas partes... Tal vez sean...

Una caída, un grito de dolor...

Luego, un silbido y el rumor de los parásitos.

Cinco hombres, en profundo silencio, miran el círculo negro, aunque es imposible ver nada en él, ni a simple vista ni con el telescopio.

—Volveremos dentro de trece años —dice Tolja Varenkov.